



AUTONOMIA DE NUESTRO
CENTRO DE BIBLIOTECA

17
CC

ICANTO

MISIA

IEROMIT

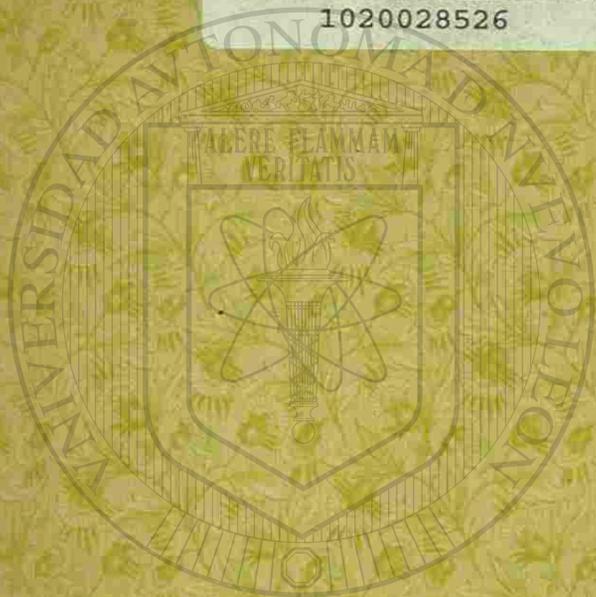
PQ7 791

.03

MS



1020028526

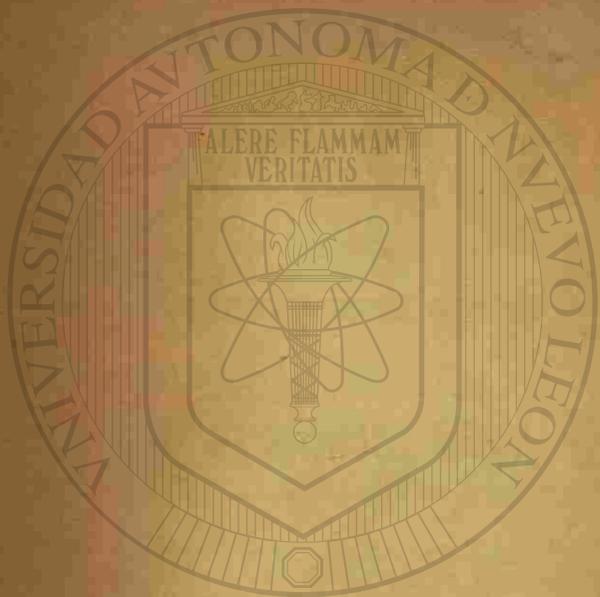


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





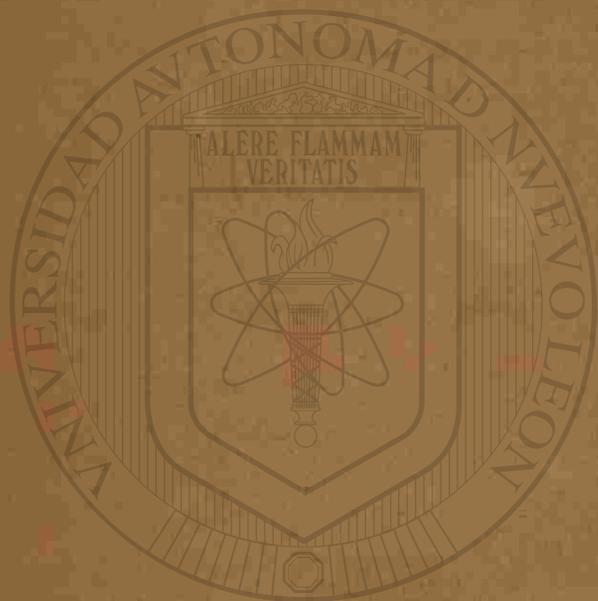
MISIA JEROMITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. De 15 m
Núm. Autor 33652
Núm. Arg. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificado _____
Catalogo _____





CARLOS MARIA OCANTOS

MISIA JEROMITA

NOVELA ARGENTINA

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MEXICO
EUSEBIO SANCHEZ, IMPRESOR.

Calle del Aguila número 12.

1898

85907

33652

183

PQ 7797

.03



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 RICARDO COVARRUBIAS

MISIA JEROMITA

I

De los Pérez Orza de Catamarca tengo ya hablado á ustedes en aquella ocasión en que saqué á la luz y expuse al aplauso una de las figuras más notables de la política argentina, el Dr. Don Adrián Rodríguez de Eneene, cuya dignísima esposa era una Pérez Orza catamarqueña de legítima cepa (que también las hay apócrifas, como se verá á su tiempo); pero, ni entonces por falta de espacio, ni ahora por sobra de asunto, llegué á decir, ni podré decir, con menudos detalles, las mil y una razones que hacen á esta familia acreedora al estudio de los sabios psicólogos á la francesa, que así dicen un alma como un insecto, siquiera la de ninguno de sus individuos fuese de éstas cortadas á la última moda de París, enfermas de mal del siglo, que tanto gusto dan á la crítica moderna. Quédese para más adelante, cuando en los archivos de la propia Catamarca vaya á recoger, con la ayuda de Dios y de mi buen deseo, los documentos indispensables para reconstituir la historia verídica y formal de estos parásitos de provincia, adheridos al cuerpo del Estado como la hiedra al tronco por medio de sus po-

derosos zarcillos, que en este caso han de llamarse pensiones, jubilaciones y empleos de toda clase.

Y si no, estenme ustedes atentos y verán la prueba: el padre, el jefe y patriarca de la familia, D. Jesús, pensionado como guerrero de la Independencia con grado de capitán; jubilados sus dos hermanos, D. Primitivo y D. Tadeo, y empleados los cinco hijos de D. Tadeo y los seis de Don Primitivo, estando casadas las hembras con prójimos que el que más y el que menos tenía su credencial vitalicia. Era cosa averiguada que en llegando un Pérez Orza de éstos á los cincuenta años, entraba en el descansado asilo de la jubilación, porque como le detestaban en la oficina, se hacia viejo para la ley apenas se le consideraba maduro para la vida.

Pues bien; el tal D. Jesús, el patriarca, según datos que poseo y he de comprobar oportunamente en los dichos archivos catamarqueños, aunque sean aquellos para mí de la más grande autenticidad por habérmelos confiado el mismo D. Juan Nepomuceno Monreal, miembro de la oficiosca familia é importante personaje de esta historia... el tal patriarca, repito, no fué en su vida militar, ni vió la guerra más que por el ojo de la llave del juzgado en que actuaba de escribiente allá por el año 13. Parece, sin embargo, que alcanzó el grado de teniente de Guardias nacionales, pero sin moverse de la oficina ni guerrear con nadie más que con su propia pereza, ni lograr más independencia que la de su persona, así que los revueltos tiempos se calmaron y pudo acogerse á la suspirada jubilación. D. Juan Nepomuceno conoce al dedillo, naturalmente, su historia estupenda, y me la ha contado con tal gracejo, que por fuerza ha de reírse quien la escuche, y hasta la mancha vinosa que afea y desfigura la cara del narrador, parece como que se borra ó disimula. Es el caso que en los famosos tiempos de la preponderancia *eneista*, ayer, como quien dice, el entusiasmo público, al que convenientemente habian preparado algunos periódicos, maestros en lo de guirle por donde más

acomoda, se desbordó por los campos de la República en busca de uno de estos gloriosos restos de gran ejército, y en la modesta casa de D. Jesús Pérez Orza penetró, por error, como un torrente, sorprendiendo al viejo, que sus ochenta años invalidaban, y elevándole sobre el pavés, héroe venerable. No sé si se corrió el D. Jesús, ó si allá en su conciencia despertáronse pujos de protestas contra tamaña burla; pero, antes socarrón que cristiano, dejó muy lindamente que le pasearan en triunfo y que le consagrasen por tan guerrero, que el propio D. José de San Martín no le igualara. Advierte D. Juan Nepomuceno que esto sucedió en Buenos Aires, adonde el héroe catamarqueño se había retirado con sus dos hijas, Jerónima y Pantaleona, hacia mucho tiempo, y así pudo realizarse cosa tan fuera de la verdad, que si cualquiera de sus paisanos cayese en ello y supiera que este Pérez Orza de la apoteosis patriótica era el mismo guardia nacional del año de 13, le denuncia y descubre como el más redomado embustero del mundo. Y añade Monreal, el historiador, que como él se pasmara de aquellas proezas que le atribuían, no conocidas de él ni de su familia, decía con espartana sencillez, el D. Jesús:

—¡Si, Nepomucenito: aquí me tienes, héroe y todo, cuando yo no lo sabia! La prensa y el público se han empeñado... ¿Qué quieres, Nepomuceno? ¿Cómo desairarles? ¡Estoy tan pobre y tan viejo!

Otorgáronle una pensión graciable, y por suscripción pública le regalaron la casa con jardín del camino del Caballito, donde vivió sus últimos años descansando sobre sus laureles. Era un vejete de facha vulgarísima, con más malicia que ingenio y más camándulas que latines; el papel que la burlona suerte le había asignado, supo encarnarlo con tanta propiedad, que oírle mentar las batallas, aventuras y lances corridos desde el año 13 hasta el veintitantos, era asistir á la viva representación de otra leyenda quijotesca; dízque, por embaucar más á sus admiradores, en la mitad del discurso arremangábase el belludo brazo y tam-

bién descubría el pecho, mostrándoles cicatrices acaso de sangrias ó de sabe Dios que operación quirúrgica; y como la mentira es á manera de veneno sutil que todo lo emponzoña, no sólo sus hijas, que nunca tuvieron noticia de tales hazañas, quedaron persuadidas de que habian pasado real y verdaderamente, sino el embustero mismo. En suma, que taata maña se dió, que no le pudo nadie descubrir el engaño y murió en su cama muy tranquilo, abrazado á su sable viejo miliciano.

Muerto Don Jesús, pasó íntegra la pensión, creo que aumentada en tercio y quinto, á su hija mayor, la que habia de disfrutarla mientras permaneciese soltera, y luego diré por qué aparecía la menor excluida de la herencia. Estas dos hijas eran como el anverso y el reverso de una misma medalla; frisaba la mayor, Jeromita, con los cincuenta años bien sazonados, y no tenia con Pantaleona (ó Leona; que así la llamaban) más parecido que el indefinible del aire de familia; muy chata y abierta de ventanas la nariz, los labios gruesos, el color amulatado, los ojos grandes y de córnea amarillosa, ceñida la frente por un casquete de pelos poztizos y teñidas las canas que, asomando debajo, denunciaban la mentira, de pecho generoso y cargada de carnes, fuera fea si en estos detalles, y sobre todo en los ojos negros, no atenuara defectos la simpatía, maga reparadora del clásico irreparable *ultraje*. También era Leona regordeta, pequeñita y morenilla, pero la maga que la protegía, la juventud, mucho más poderosa que la otra, encendiendo el carmín de los labios y el fuego de los ojos, tornasolando la negrísima cabellera ó adornándola con picarescos incentivos, como aquellos lunarcitos rojos, constelación de rubies, que esmaltaban su nuca, entre los ricillos, derramaba gracia en toda su persona. La llevaba tantos años de ventaja la más vieja á la menor, que algunos afirmaban que debían pasar de veinticinco; y á la verdad, bastaba mirarlas para no haber menester de fe de bautismo, despertando sospechas, dudas y recelos tan grande indiferencia de edad,

des, no desvanecidos, con la misma franqueza, por el claro historiador Don Nepomuceno, cuya mancha vinoso, siempre que se tocaba este punto, parecía extenderse y cubrirle el rostro como un antifaz.

— Eso quien lo sabe es Don Jesús.

Pero Don Jesús no decía palabra; y como las gentes se muere por averiguar y meterse en vidas ajenas, atando cabos, rastreando indicios y pescando datos, vinieron á caer en la cuenta de que Leona era, efectivamente, hija de Don Jesús, mas no de matrimonio, fundándose en lo siguiente: que cuando vino el Don Jesús de Catamarca, vino ya viudo y acompañado de Jerónima, que estaba entonces en todo el esplendor de sus veinticinco años; sólo Jerónima le acompañaba, instalándose los dos en una casuca de los barrios del Sud, haciendo vida modesta y no recibiendo visitas, ni cartas, pues, á lo que parece, habian reñido con Don Tadeo y Don Primitivo, y su salida del pueblo tuvo señales y ribetes de fuga. Que al poco tiempo apareció unorro [en la casa, y ellos dijeron que le encontraron en el zaguán dentro de una cesta, y con la aparición coincidió la del primo y paisano Don Juan Nepomuceno Montreal, empleado en Catamarca á título de hijo de una Pérez Orza y trasladado á Buenos Aires, donde le colocaron ventajosamente en Hacienda. Que el orro creció, y como llamaba papá á Don Jesús y éste aceptaba el tratamiento con embeleso, y Jerónima, zarandando á la niña, la decía: — ¡Pobre hermanita mía, que no tiene mamá!... — deducíase que Leoncita habia sido introducida de matute en la familia, y el matute ro, el calaverón, era Don Jesús, ó la lógica no merecía tal nombre.

Tercero (y va de pruebas): que ungido, por añagaza de la suerte, formidable guerrero Don Jesús, como á tal hija presentó en la nueva casa del Caballito á Pantaleona, y todos los que quisieron venerar de cerca su sable victorioso, admiraron aquella picaresca *morrocha*, que dicen en la tierra, y oyeron al patriarca: — Mi hija [menor... — y á misia

Jeromita:—¡Mi hermana!—Y por si quedaran dudas, al morir Don Jesús y figurar de heredera única la mayor, ¿no se dejó correr la versión de que la otra no heredaba por hija natural y afecta á su hermana, con quien vivía estrechamente unida, no queria deducir la acción correspondiente? Acatemos, pues, nosotros la opinión general, al menos por ahora y mientras á Don Nepomuceno le viene la gana de descorrer velos y aclarar misterios, si es que alguna vez ha de venirle y no nos deja á obscuras en castigo de nuestra impertinente curiosidad.

Porque, á no dudarlo, Don Nepomuceno sabia muchas cosas y las callaba, relativas á los Pérez (Orza de acá; en cambio, lo que no callaba, y antes lo decía á voces, prisionero que abrazado á la reja del calabozo demanda auxilio, era su unión desgraciada con la otra prima, hija de Don Tadeo, grillete matrimonial que no le dejaba recorrer libremente su camino y alzar el vuelo á las regiones de la política.... Empleado de nacimiento, jornalero de levita, criado en la holganza de la oficina y hecho á la seguridad de la mesada, no habia que arrojar toda la culpa á la provinciana enteca, aquella Maria del Socorro, que pasaba los dias de su vida como las cuentas de su rosario; aunque no impusieran el casorio exigencias de familia y la estúpida manía de atar voluntades ajenas, no llega Montreal á las alturas, y si le izan, se cae de su propio peso, porque era de la pasta de los neutros ó de los zánganos, de la ciega voluntad y ambición nula, como no fuera la de alcanzar la edad de jubilado sentado en el sillón de la oficina, entre bostezo y bostezo, cabezada va y cabezada viene, indiferente al movimiento general de progreso, que todo lo cambiaba y transtornaba en su redor, ostra humana durmiendo dentro de su concha. La grande inquina que guardaba contra Maria del Socorro, el rencor hacia todos los que intervinieron en aquella boda deshecha á los quince dias, era la gota de limón que le despertaba y estremecía; los ojos le bailaban de coraje, la mano cerdosa corria nerviosamente por su ca-

beza ya gris, pelada al rape, ó por la perilla, cuya punta retorcia y levantaba para morderla.

—¿Socorríto? Estará rezando sus letanias; debe de ser buho, demonio, que sé yo, por lo que vive. ¡Mire usted que no morirse! ¡Y tener que pasarle alimentos, cuando con el aceite de las lámparas le bastaría!

Con quien se desahogaba á sus anchas era con su prima Jerónima, en las visitas que la hacia con frecuencia desde su venida de Catamarca; á poco de quebrar los platos con Socorríto, lo mismo en la casuca del Sud que en ésta que la gratitud popular consagró á Don Jesús; ya detrás de la persiana de la salita, cuando en el verano se abrían las maderas para dar libre entrada al frescor aromático de la tarde, y se distrafan con el paso de los tranvías, que poco más allá de la puerta de hierro de la casa tenia su parada el de Almagro, y allí era el enganchar y desenganchar de los caballos, el atropellarse de los pasajeros, el tocar del cuerno del mayoral, para que las criadas del barrío dejaránse ver.... O también paseando el jardincillo que, entre las habitaciones en fila y la tapia, cultivaban las mujeres; algunas veces sentados debajo de la higuera añosa, viendo cavar en la huerta á Sebastiana la gringa, marimacho que para todo servia, fregaba, barria, guisaba, revuelta de pelos y sucia, cuyas manazas eran de ángel para aderezar los macarrones, tallarines y demás pastas suculentas de la cocina italiana, viendo recogerse á las gallinas, saltar en las puercas estacas del corral, picotearse airadas, despeñar las más fuertes á las timidas y adormecerse luego todas en la sombra, mientras los señores gatos de la casa, *Palitas blancas* y *Barcino*, y la perra de lanas *Diamela*, se disputaban el favor de acurrucarse en el regazo del ama ó restregarse en las ropas del tertuliano. Encima de la tapia, erizada de vidrios rotos, del otro lado de la calle, brillaba la suntuosa villa del rico alemán Franz Blumen, con trazas de castillo feudal, aplastando á su modesta vecina como una dama de copete á una pordiosera.... También solian recorrer los tres la ancha

calle que se llamó *Real de Flores*, y continuaría siéndolo si las sabias leyes municipales dejaran en paz á los árboles y so pretexto de ensanches, delinzeaciones y desacuerdos frecuentes, no abatieran los mayores y más hermosos, hasta que daban en las mismas rejas de la casa de Dolorcitas Cadenas, la cual, sentada en la ventana baja, vestida de claro y con jazmines en el pelo, espía cada tranvía irguiendo el hermoso busto, poniendo en blanco los ojos, componiendo los pliegues de la falda así que sonaba el cuerno cercano. Lo mismo era aparecer al pie de la ventana los tres paseantes, que comenzar á chillar Dolorcitas y misia Elvira, la mamá, que en el fondo de una mecedora se adormilaba, despabilándose al punto y chillaba más recio, y Leona y misia Jeromita.

— ¡Cuánto tiempo! ¡Qué ingratas! ¡Si parecía que vivirían á dos leguas! Pase que en la época del luto de Don Jesús.... pero ahora. Ellas también, cuando la llorada muerte de Don Jorge Cadenas, que se les quedó en los brazos como un pajarito el día menos pensado, se encerraron de tal modo que ni las monjas... Habían de vengarse no yendo á visitarlas en un siglo... ¿Jorgito? En la ciudad, ese no regresaba sino por el último tranvía...

Llovían los chés y las carcajadas como pedrisco, y entraban todos á gustar con las Cadenas el bien cebado matecito, ó volvíanse paso á paso, muy preocupada Leona, y en vivo secreto Don Nepomuceno y la prima mayor, debatiendo, acaso, el asunto del noviazgo de la chica con aquel tífere de Jorgito, empleado de corto sueldo en Relaciones Exteriores y picado del dandysmo y del afrancesamiento más atroces, poeta á ratos, decadente, que es lo que priva, y sin un centavo; pues bien se sabía que papá Cadenas no dejó ni para el entierro, que murió arruinado, desesperado de haber visto fundirse entre sus manos, como polvo de nieve, aquel almacén de ferretería de tan sólidos cimientos, que la nueva razón social Barbabosa, Neró y Compañía reconstruyó sin esfuerzo; bien se sabía que la madre y la hija

cosían para fuera, no pasando mayores necesidades gracias al sueldo del muchacho. Es cierto que no era Leona más rica, pero mientras viviera su hermana... y después....

Los ojos de misia Jeromita fulguraban como los verde y redondos de *Barcino*, explicando con elocuencia las reticentes palabras, detalles sueltos de algún oculto proyecto, que obligaban á Don Juan Nepomuceno á quitarse el sombrero y rascarse la cabeza gris. La conferencia seguía luego junto al piano, que la joven manoteaba á su gusto, e jecutaban la *Plegaria de una virgen* con agravio de corazones y de timpanos sensibles.....

Pantaleona quería mucho á Monreal, le consultaba, le refería sus secretitos, le descifraba los de la hermana, según el humor ó el capricho, cepillándole la ropa entre tanto, sujetándole un botón, que era él muy desidioso y nada pulcro; y él escuchaba fascinado, dejábase zarandear como un pelele; mirando los lunares rojos de su nuca, la decía con ternura:

— Sí, Leoncita, ya verás.... no hagas caso.... todo se arreglará.... ¿Otro botón? Pero ¿quién ha de pegarlos, si no tengo mujer en casa?.... Mira, Leoncita, cada día te pones más mona....

El deseo de besar los lunarcitos estremecía sus labios, y se volvía, muy pálida la media cara y sumida la otra media en las sombras de la mancha vinosa, como luna en menguante. Algunas veces iba Pantaleona, acompañada de Sebastiana ó de misia Jeromita, á poner un poco de orden en las dos piezas que en la calle de Montevideo habitaba el empleado, generalmente los domingos y á hora fija, para encontrarle, y el repasar de la ropa le ocupaba mucho tiempo.... Reíase de ver su retrato sobre cómodas y consolas, entre los pares de botas y las cajas de betún, colgado á la cabecera de la cama encima del crucifijo negro, ó rodando en sueltas fotografías, que hoy estaban ensartadas al canto del espejo y mañana debajo del destripado sofá de yute.

—¡Pero Nepomuceno! ¡Qué favor me haces! Me tienes dentro de la palangana.

—El aire, hija—contestaba Monreal excusándose,—que se cuele por esas ventanas y todo lo desbarata. Si yo no paro aquí más que para dormir. La oficina me roba el tiempo. Precisamente este retrato es aquel que te sacamos cuando tenías quince años. ¡Qué bien estás! ¿Y ese otro? Es el último, el del luto del tío Jesús. Si no fuera por tí y Sebastiana... La casera es una señora de estas venidas á menos, y no se la puede decir nada porque se sube al tejado. ¡Dios nos asista! Aquí hace falta una mujer, Leoncita; yo no entiendo de gobierno doméstico, y una casa sin gobierno, figúrate: la torre de Babel, esto que ves y te espanta; pero ya llegará el día.

—¿Qué? ¿Piensas casarte, Nepomuceno?

—Cuando enviude, cuando se lleven los demonios á esa bruja maldita, bien pudiera ser, sesentón y todo. Y ya tardan.

—Pues tendrás que esperar sentado. Socorríto no se dejará llevar á tres tirones.

Descomponfale á D. Juan el coraje y habla que mudar de conversación; recordar, por ejemplo, los tiempos de la niñez, las trapisondas infantiles, las aventuras de colegios de la indómita Leoncita; ¿quién la protegía del padre y de la hermana, la llevaba dulces, la acompañaba á los fuegos en los *veinticinco* y á los teatros de tarde? ¿Quién era el primero que los días de visita se presentaba en el locutorio de las hermanas? ¿Quién el más cariñoso, el más generoso, el más buenc?, pues el primo Nepomucenito; Jerónima no la ocultaba que en días de estrechez, cuando el Gobierno aún no se había acordado de los grandes servicios del padre, sendos pellizcos dió el primo á su sueldo para ayudarlas. ... ¡No había de quererle ella, con cariño casi filial, si se había criado sobre sus rodillas!

Enhebraba una aguja, hacía un nudo y terminaba el pa-negritico volcando el incensario.

—Eres un santo, Nepomuceno, y debías estar en los altares. ¡Mereces ser más feliz!

Contestaba Moareal llmándolapicarona y adúladora, y llegara á enternecerse si la presencia de Sebastiana no estorbaba y la vieja costumbre de dominación de sí mismo no contuviera los naturales arranques. Luego que ella se marchaba, paseaba como un sonámbulo, resoplando cual si le faltara el aire ó aspirar quisiera todo el aroma que Leoncita había dejado; é iracundo, de un cajón de la cómoda sacaba un retrato, el de Socorro, tocada de beata, y poniéndole de blanco el asaeteaba á navajazos, martirio que el San Sebastián de cartón sufría sin quejarse. Las soñolientas horas de oficina aumentaban la congoja de su *idea*, y en el perezoso transcurso de la semana lo volvía cien veces y otras ciento.....

El día que Pantaleona le confió sus primeros telégrafos con el chico de Cadenas, se quedó alelado, como si el despertar del amor en un alma juvenil fuera asombroso fenómeno y nunca visto; extraños y misteriosos celos le torturaron, supo disimular, aunque no se cuidara de contener el desborde de su incomprensible antipatía hacia el audaz pretendiente; á ver, ¿qué prisa tenía Leoncita? Pobre y todo, ¿no encontraría más ventajosa proporción? ¡Jorgito! ¡Un mequetrefe sin porvenir! ¡Valiente pareja! Se roerían las uñas, se tirarían los platos á la cabeza!... Pero ni augurios fatales ni amargos consejos dieron juego alguno, y hubo de asistir, impasible, á la invasión de las Cadenas todas y subsiguiente triunfo del pollo, llegando á conocer sus cartas amorosas, que Pantaleona le daba á leer para que las descifrara, pues venían en verso las más de ellas, y aquello de *Libélula gentil arcana*; ó testotro: *Del pensamiento azul la onda sonora, y también: Lirio de plata que de Abel la cima*....., con otros disparates, no lo entendían ella ni Monreal, ni el poeta que lo engendró.

Confidente fué asimismo, de sus dulces regaños, en los que intervenía más para agriarlos que para apaciguarlos;

con perfidia maquiavélica, y á fuerza de ver á Leoncita hablar con el otro de lejos por medio de los dedos, aprendiera el lenguaje de los sordo-mudos, si en él pudiese expresar lo que obligado estaba á guardar.

—¿Por qué no le quieres á Jorge, si es tan bueno?—decía la joven.—¡Anda, celoso! ¡Si no puedes disimularlo! ¿Crees que el querer yo á Jorge significa olvidarme de ti? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Nepomucenito, eres un pavo.

Ocurrieron entre tanto sucesos graves que distrajeron el singular resentimiento del viejo y le alarmaron más que todas las estrofas de Jorgito: como urraca que va recogiendo cuanto encuentra y en su rincón lo amontona, con sigilo, en cada visita á la calle de Montevideo, á hurtito, naturalmente, de Sebastiana, ó en discreto aparte en el Caballito, Pantaleona le aportaba un dato nuevo, producto de su inquisitorial pesquisa, y la alarma de Monreal crecía más cuanto más la noticiera ahondaba en el secreto. Hoy: «Es joven, rubio y parece italiano.» Mañana: «Seguramente es italiano.» Luego: «Juraría que viene por Jeromita.» Dos días después: «¿Que reza con ella, vaya!» Seguía ahondando la noticiera y creciendo la alarma de Monreal. «Se llama Fortunato Lucca..... Le he visto hablar con ella..... Todos los días en el tranvía de las doce se marcha Jeromita y no vuelve hasta las seis..... Está nerviosa é insufrible..... Recibe cartas, muchas cartas..... Ayer me la descaré y casi me pega..... Me parece que esto va á acabar mal..... Puedo afirmar que se llama Lucca, y que la cosa va con Jeromita.

—¿Asómbrate, Nepomucenito, añadió un día la inquisidora.—Ha venido á casa, nos ha hecho una visita de dos horas; sí, el Sr. Don Fortunato Lucca, muy bien trajeado, muy fino, muy zalamero; lucía un alfiler de corbata, de coral y diamantitos; yo he visto en alguna parte esa esfera rosada, y el cintillo; los reconozco. Está empleado en la ferretería de Barbarossa. ¡Qué peine, *ché*, qué peine! y como buen mozo, es todo un buen mezo. Ese se cuele por el ojo de una

aguja. Y Jeromita derrétida, hecha un merengue..... Yo les dejé plantados y me fui á la huerta, de rabia.

Esta vez D. Juan Nepomuceno se disparó:

—Tu hermana ha perdido el juicio, ¿sabes? y tendremos que darla un baño frío de asiento, como á las gallinas cluecas.

No se presentó en el Caballito lo menos en un mes, y anduvo como autómatas, distraído con su *idea*; el apático Monreal, de ordinario, pareció á todos, á la casera, misia Mercedes, al mozo que en la *Antigua Fonda Española* le servía, á su dueña Doña Manuela Romacha y á sus compañeros de oficina, próximo á despeñarse en los abismos de la ahilladura, viéndole enflaquecerse, perder botones y abandonar las manchas de su ropa. Porque él no iba allí; pero tampoco venía Pantaleona; lo que le determinó al cabo, á meterse en el tranvía, un jueves santo por más señas, después de vagar por calles y templos, paseando su levita raída, su chistera grasienta y su tristeza entre la muchedumbre de elegantes devotas.

Su *idea* le llenaba el cerebro; le cerraba ojos y oídos, le iluminaba el alma toda entera. ¡Ah! Jeromita había perdido el juicio y la memoria, olvidaba el por qué de la escapatoria de Catamarca, la desesperación de D. Tadeo, la sorpresa y la furia de Don Jesús, el *maremagnum* de iras, discordias, recriminaciones y escándalos que agitó á la hasta entonces tranquila familia, dividiéndola para siempre en dos bandos irreconciliables, como el aceite y el vinagre.... Sobre todo, el compromiso, aquel compromiso noblemente pactado entre los dos. Y todo esto lo olvidaba la otra, comprometiendo el porvenir de Pantaleona al declinar de la vida, cuando había resistido en la juventud el cerco de más de un desocupado!....

—Si está más vieja que Matusalén,—le soplabá al oído la señora Lógica;—los cincuenta años le han comido sus atractivos, como los gusanos una manzana; no tiene pelo, no tiene dientes, la desfigura la grasa, la manan los ojos...

bias varas de nardo, que se agrupaban en la desahogada boca de un florero panzudo, mezclando su violento perfume al del sahumerío, ponían á prueba de jaquecas los nervios mejor templados... Quitáronse las mantillas las señoras; en el hueco de la ventana buscaron refugio Leona y Jorgito, la mamá y Dolores se sentaron ni muy cerca ni muy lejos; misia Jeromita, de pie, junto al sofá, desnudaba sus manos de los mitones, algo nerviosa, mirando con disimulo y desconfianza al primo, que en aquel momento tenía el aire de juez severo, dueño ya del cómodo asiento y hundido el brazo en el almohadón, tapada la media cara blanca por la palma de la mano, de modo que la sombra de la mancha vinosa asemejaba su cabeza á estas de talla antigua, obscuras por los siglos; tan inmóvil estaba y callado.

—Pues, sí—dijo la alterada voz de la de Pérez Orza—nuestro señor primo nos ha tenido olvidadas un mes entero... Yo le dije á Leona: no iremos nosotras tampoco; dejaremos que se lo coma la polilla y se le llene el cuarto de basura, porque esto de ejercer la caridad con ingratos...

Tiró al aire el último mitón, y se sentó á su lado, desafiándole, provocándole á la batalla, deseosa de entrar en pelea contra aquel juez que osaba alzarse enfrente de ella. Cuanto la señora Lógica soplara en el camino á D. Nepomuceno, lo confirmaba ahora el gas con escándalo de los ojos, aumentando defectos y denunciando los alevosos afeites de la dama.

—Jerónima, tengo que hablarte—insinuó pensosamente Monrestá.

—Habla cuanto quieras, si estoy rabiando por oírte—contestó agresiva la solterona.

—Es reservado....

—Mejor.

—Sarà largo....

—Con tal de que no me hagas dormir.

El duelo comenzó en voz baja, al compás del susurro de los dos tórtolos, de los bostezos de misia Elvira y el aba-

niqueo de Dolorcitas; al principio, por preguntas y respuestas breves, secas, botonazos de ensayo que, á poco, se convirtieron en serias estocadas: las cabezas de ambos combatientes se ergulan, y sacudíanse como si fueran á embestirse; las manos se agitaban, se buscaban, hulan al repentino contacto y de nuevo alzábanse para rechazar una acusación ó sostenerla, sofocada la señora, furiosa, revolviéndose á cada golpe; y él, implacable, cuidando sólo de que el rumor de la disputa no trascendiera: los labios, blancos de cólera, dejaban caer expresiones sueltas:—Qué te habías creído.... —Pues, sí.... —Tendría que ver.... —Lo que me dé la gana.... Y el borbotón de palabras atropellábase confuso.

Se oyó decir á Pantaleona:

—¿Ve usted, Jorgito? esto sí que se entiende: *Cadena soy que te encadena.... Guárdate en la cárcel de mi pecho...., Y á tu guardián, por fin, tã le aprisionas....* Muy bonito, muy conceptuoso.

—¡Psh!—hizo el poeta, inflándose—los he compuesto así, al correr de la pluma, pero no me satisfacen. Los encuentro vulgares. A usted, apasionada de Bécquer y de su escuela empalagosa, naturalmente, le parecieran buenos. ¡Si usted leyera el francés, y pudiera saborear á Verlaine, el dios Verlaine! eso es poesía, eso es tener alma, eso es saber engarzar una idea en cada palabra, perla de Oriente en su montura de oro finísimo; lo demás no pasa de sensiblería, que rechaza nuestro fin de siglo. Por supuesto, que la deleitará á usted Fernando Hierro, nuestro Bécquer llorón y trasnochado, ¡quite usted allá, por Dios! Hierro, el pu rista el clásico.... ¡No me hable usted de la escuela española! ¡El español es duro, hasta ordinario! El francés, en cambio, es la lengua por excelencia: yo, palabra de honor, no leo sino en francés, y tengo hechos algunos ensayos que se los mostraré á usted, aunque no los entienda.

—Todo lo que usted quiera, Jorgito; pero, aunque me llame usted vulgar, á mí español me atengo. *Cadena soy que*

le encadena ... Lea usted, Elvira, están preciosamente hechos.

—¿Qué periódico es ese?— preguntó la mamá, abriendo boca tamaño.

—*El si de las niñas.*

—A ver, á ver,— exclamó Dolorcitas— busca los noviazgos; me han dicho que salea ustedes en el último número.

—¡A ver, á ver!

Tendiéronse todas las manos al periódico, que, con las alas abiertas, reposaba en las de Leona; pero ésta no le soltó, más curiosa que las otras.

—En la sección *Marina*— apuntó Dolorcitas con el abanico.

—¿Marina? ¿qué tiene que ver?... ¿Será esto? *La gentil balandra P. P. O., con el bergantín J. C., de la matrícula del Caballito, se harán muy pronto á la vela, con rumbo á las costas de Himeneo...* Pero, ¿qué tontos!

—¿Qué barbaridad!

La voz de D. Nepomuceno sonó como un trompetazo, y sus labios coléricos arrojaron sobre la enconada adversaria nuevo flujo de razones, como lluvia de piedra; misia Jeromita se defendía con calor, firme en su terreno, sin perder compostura, sin alzar el diapasón, manejando ya la ironía, ya el desprecio, riendo unas veces y oponiendo á las estocadas del primo el argumento poderoso:—Lo que me dé la gana...—escudo en que D. Nepomuceno se estrellaba, y contra el cual daba golpes y testarazos.—Si aunque quieras...—Si no puedes...—Solamente una conciencia ciega, una cabeza destornillada...—La señora repetía:—Lo que me dé la gana...—Y el respingo hacía temblar el artefacto de su cabeza, la complicada peluca color de castaña.

—¿Qué pasa?— preguntó, bajito, misia Elvira.

—No sé, lunas de Jeromita, que está inaguantable,— cuchicheó Pantaleona;— acaso el pobre Nepomuceno, que nos quiere bien, la aconsejará algo... ¡vaya una á saber!

Se distrajeron, porque el joven poeta, en la más graciosa galiparla, exhorta sus grandes proyectos para el porvenir, sobre la base firmísima del prometido ascenso en Relaciones, que le abriría á dos batientes las puertas de la diplomacia. ¡A qué buenos aldabones se agarraba! Al Ministro y al Presidente los tenía en el bolsillo... ¡Oh, papá Estado cumplía dignamente su misión! la de amparar á los huérfanos, los inválidos, los desheredados todos de la República: todos los que, por culpa de la suerte, que les negó fortuna, inteligencia ó voluntad para el trabajo, víctimas fueran del vicio y de la miseria si papá Estado no les cubriese con su manto. ¡El Estado! *pater noster*, el padre nuestro, cuyo sagrado deber es dar pan y vestidos á los que no saben ganárselo; cargar con las deudas y errores ajenos; ser el Cirineo de los ciudadanos. Ya lo dijo Rousseau: que la educación y amparo de los hijos corresponde al Estado, á cuyo efecto le cedió en la forma que ustedes saben, echándoles á la inclusa, los que Amor les dió generoso; máxima esta que, atenuada conforme la civilización exige, habían puesto en práctica muchos (sin duda aludía á los Pérez Orza de Calamarca), colocando en una oficina pública á cada vástago así que le apuntaban los dientes:—¡Anda y que te crte el Estado!... También á él hubo de recoger el soberano protector, cuando le faltó el apoyo de su padre, Don Jorge Cadenas. ¿Y qué fuera de él si no le recoge, no habiendo nacido con alientos de ganapán, y la divina Poesía, arrebatándole á la realidad, le apartaba del surco donde el trigo germina? ¡Papá Estado, gracias! ¡tu hijo Jorgito te saluda!

—¿Ha leído usted á Rousseau, Sr. D. Nepomuceno?— preguntó Jorgito.

Don Nepomuceno, sobresaltado, contestó:

—¿A quién? Díjeme usted en paz, yo soy criollo viejo y no leo más que *La Opinión* por la mañana y *El Cotidiano* por la tarde.

Velvióse, al mismo tiempo, y advirtió la triunfante son-

risa de misia Jeromita; la vió satisfecha de haberlo vencido, resistiendo valerosamente el empuje de los argumentos de odo calibre que empleara para que imperase la razón allí donde el delirio sentaba sus reales; y aunque callada estaba, fatigada también de la batalla, le pareció escuchar el irritante estribillo:—Lo que me dé la gana.....

Misia Eivira decía:

—¿Y cuándo te ascienden Jorgito?

—¡Oh! Cualquir día —contestó el joven, acariciando su barba amarilla como huevo hilado;—precisamente espero pronto una vacante.

—¡Ah! Sí—dijo Leona riendo, —debilidades de papá Estado, que desea complacer á su *enfant gaté*, como usted dice, Jorge, y le hará un huequito.

Monreal se levantó. Levantose también misia Jeromita, midiéndose mutuamente, los ojos relampagueantes.

—¡Nepomuceno!

—¡Jerónima!

Monreal humilló la cabeza y dirigióse al grupo de la ventana, el que curiosamente le interrogaba con gesto mudo, que tradujo luego Pantaleona:

—¿Te vas ya? ¿Qué tienes?...

El no podía hablar y la estrechó más conmovido que nunca la fría manecita. Y salió dando tropezones.

No volvería más, no volvería más. Su *idea*, su generosa *idea*, no se realizaría nunca, nunca.

Creyó sentir en los faldones el afrentoso contacto de una bota, la del joven y rubio italiano, muy fino y zalame-ro, que lucía un alfiler de corbata de coral y diamantillos; la bota, de charol seguramente, del Sr. Don Fortunato Lucca.....Para colmo de desventuras, la perra de lanas, la blanca *Diamela*, le ladró en la puerta y le mordió los zancajos.

II

Asáltanme grandísimo temor y confusión, ahora que obligado estoy á referir la interesante conferencia de ambas hermanas, pocos días después de aquel en que Don Juan Nepomuceno Monreal fué vergonzosamente derrotado: ¿qué locuciones escoger y qué giros para expresar con fidelidad cuanto dijo misia Jeromita y contestó Pantaleona, de manera que todos los que me leyeren me entiendan? Porque desde que di en la menguada idea de componer estas *Novelas*, ciertos críticos (que también los hay por acá, aunque parezca mentira) vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el *idioma nacional* que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea. Siempre he tenido la sana intención de hacerlo del mejor modo que mi ignorancia y el mal ejemplo me permitan, pero es tan importante la dicha conferencia, y tanta miga encierra, que no deseara yo que, por torpeza mía, dejase el lector de gustarla: así, voy á ensayar contarla en dialecto criollo, que es, á lo que se me alcanza, el *idioma nacional* de los respetables críticos citados:

•Recién se había levantado misia Jeromita y estaba de bata y pollera de lustrina negra mateando en el jardín, cuando acertó á salir Pantaleona de su cuartó con un durazno, que pelaba, sin duda para comérselo.

risa de misia Jeromita; la vió satisfecha de haberlo vencido, resistiendo valerosamente el empuje de los argumentos de odo calibre que empleara para que imperase la razón allí donde el delirio sentaba sus reales; y aunque callada estaba, fatigada también de la batalla, le pareció escuchar el irritante estribillo:—Lo que me dé la gana.....

Misia Eivira decía:

—¿Y cuándo te ascienden Jorgito?

—¡Oh! Cualquir día —contestó el joven, acariciando su barba amarilla como huevo hilado;—precisamente espero pronto una vacante.

—¡Ah! Sí—dijo Leona riendo, —debilidades de papá Estado, que desea complacer á su *enfant gaté*, como usted dice, Jorge, y le hará un huequito.

Monreal se levantó. Levantose también misia Jeromita, midiéndose mutuamente, los ojos relampagueantes.

—¡Nepomuceno!

—¡Jerónima!

Monreal humilló la cabeza y dirigióse al grupo de la ventana, el que curiosamente le interrogaba con gesto mudo, que tradujo luego Pantaleona:

—¿Te vas ya? ¿Qué tienes?...

El no podía hablar y la estrechó más conmovido que nunca la fría manecita. Y salió dando tropezones.

No volvería más, no volvería más. Su *idea*, su generosa *idea*, no se realizaría nunca, nunca.

Creyó sentir en los faldones el afrentoso contacto de una bota, la del joven y rubio italiano, muy fino y zalameño, que lucía un alfiler de corbata de coral y diamantillos; la bota, de charol seguramente, del Sr. Don Fortunato Lucca.....Para colmo de desventuras, la perra de lanas, la blanca *Diamela*, le ladró en la puerta y le mordió los zancajos.

II

Asáltanme grandísimo temor y confusión, ahora que obligado estoy á referir la interesante conferencia de ambas hermanas, pocos días después de aquel en que Don Juan Nepomuceno Monreal fué vergonzosamente derrotado: ¿qué locuciones escoger y qué giros para expresar con fidelidad cuanto dijo misia Jeromita y contestó Pantaleona, de manera que todos los que me leyeren me entiendan? Porque desde que di en la menguada idea de componer estas *Novelas*, ciertos críticos (que también los hay por acá, aunque parezca mentira) vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el *idioma nacional* que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea. Siempre he tenido la sana intención de hacerlo del mejor modo que mi ignorancia y el mal ejemplo me permitan, pero es tan importante la dicha conferencia, y tanta miga encierra, que no deseara yo que, por torpeza mía, dejase el lector de gustarla: así, voy á ensayar contarla en dialecto criollo, que es, á lo que se me alcanza, el *idioma nacional* de los respetables críticos citados:

•Recién se había levantado misia Jeromita y estaba de bata y pollera de lustrina negra mateando en el jardín, cuando acertó á salir Pantaleona de su cuartito con un durazno, que pelaba, sin duda para comérselo.

—Dejate de comer duraznos en ayunas—dijo misia Jeromita.—¿Por qué no te tomas un mate, un buen cimarrón? Me parece, ché, que del solazo de ayer en el tambo me ha venido un chavalongo: me he paesto estas papas en las sienas... Vení, hombre, sentáte y decime lo que pensás de este proyecto que tengo y no me ha dejado pegar los ojos como sós tan letrada, vos!

Se acercó Pantaleona, desde ya dispuesta á meterle los monos á la hermana, si esta mentaba al gringo, por casualidad.

¿Han comprendido ustedes? Sospecho que no, desgraciadamente. Dejo, pues, á otros la tarea de complacer á aquellos señores de la crítica, que no faltará quien lo haga mejor que yo, y proseguiré mi relato según mi leal saber y entender. Quedamos en que estaba la de Pérez Orza en el jardín muy ligeramente vestida, á pesar del fresco de la mañanita de Marzo, con falda y cuerpo de alpaca negra, tomando su mate amargo, que era, sin duda, su desayuno habitual, cuando salió Pantaleona pelando el melocotón, y entonces la llamó y la instó para que se sentara, la confió el dolor de cabeza que sufría, y mostró deseos de consultarla sobre cierto proyecto que la había desvelado; acercándose, por último, Pantaleona, con bélicas disposiciones....

Sentóse, pues, la morena Leoncita en una silla baja, á la sombra del parral y haciendo rodar entre sus dedos emmelados por el jugo la gorda y hermosa fruta que despellejaba, miró á la hermana con desconfianza. La mayor lentamente, entre dos chupadas y un suspiro, comenzó á quejarse de los males tiempos que corrían, de la carestía de muchos artículos, de los esfuerzos suyos para que la pensión cubriera todas las necesidades, esfuerzos inútiles, pues en poco estaba que tuvieran que coser para fuera como las Cadenas. Tan triste situación (que ella ennegreció á su gusto, de modo que Pantaleona la escuchaba alarmada, ociosa la navaja y sin catar la mondada fruta) la obligó á

buscar el medio más decente de salvarla, sacando de la almohada, que es donde se esconden y maduran las ideas, esta felicísima, aquí expuesta: ceder en arrendamiento la pieza grande contigua al comedor, admitir un huésped en la casa. ¿De qué servía la pieza grande? Estaba llena de trastos, que se acomodarian en el *altillo*; por la pieza grande bien podían dar veinticinco pesos ¡veinticinco pesos! Añadió misteriosamente, á medias palabras, como si *Barcino* y *Patitas blancas*, que enredaban cerca, pudieran comprenderlo, que corrían también el riesgo de verse con la pensión suprimida: un trazo en el presupuesto bastaba; ¿y entonces? ... Porque, la verdad, de la justicia de aquella pensión dudaba un poquillo: así se pasara recapacitando el año entero, no se acordaba de haber oído á su madre, ni á ninguno de la familia, que hubiera el padre figurado jamás en el ejército; recordaba, sí, que Adrián Eneene, por la intervención de su mujer, la tía Damiana, puso en favor de Don Jesús toda su influencia, entonces poderosísima, é hizo aprobar el proyecto sin discusión y con voto unánime. Los azares de la política desposeyeron á Eneene de su dictadura, y relegado á su provincia, en la obscuridad y el olvido, no era ya aquel árbol soberbio, la fuerte encina á cuya sombra los Pérez Orza, grandes y chicos, prosperaron milagrosamente.

Bueno. Había en el Congreso un diputado joven, Tito Barbado, que por meter ruido y conquistar popularidad, como el traperero en los recovecos andaba hurgando en los expedientes, á la pesca de chanchullos. ¡Valiente polvareda levantara si en la punta del gancho aparecía el de Don Jesús! y se ponía en claro el error, ó el engaño ó la... ¡Dios de los cielos! ¡Qué hacer, si Adrián había caído del candelero para siempre! No les quedaria entonces más que la casita y sus manos lavadas.

Pantaleona apenas chistó, sobrecogida. Sin embargo, como todo reduciase á aprensivas cavilaciones de la hermana, indicó que le (parecía muy bien prevenir los males

posibles; que en cuanto á los de imposible remedio... Misia Jeromita quiso dar mayor fuerza á su argumentación, mostrando nuevas razones: además, la soledad la tenía amedrentada: no eran más que tres mujeres, las paredes bajas, y, por lo tanto, fáciles de escalar; cierto que hasta ahora nada había sucedido, pero el mejor día, á pasar de la buena vecindad, los Blumen de un lado, el médico inglés de enfrente, y las Cadenas de más allá, podían darlas un susto. El Caballito no es la ciudad, y así como está á media hora, parecía estar á diez leguas, en pleno despoblado.....

—Por mí yo no tengo miedo—dijo Leona, decidiéndose á dar un tajo al melocotón;—en cuanto á alquilar la pieza grande, las primeras razones bastan para convencerme: que se alquile; hoy mismo se ponen los papeles; acaso demos con una buena señora, cuya compañía nos sea útil y agradable.

Chupó misia Jeromita la bombilla hasta agotar la calabaza.

—¡Una mujer más! ¿Pues qué falta nos hace? ¡Un hombre! Los calzones inspiran respeto y temor.

—Piensas de veras meter un hombre en la casa?

—¡Claro! Un hombre serio, que nos defienda si el caso llega. ¡Esta muchacha parece *tilinga*! Y que ya le tenemos, á Dios gracias, de manera, que ni poner papeles necesitamos.

Echó una ojeada de soslayo á la joven, y, entre los gorritos de la bombilla vacía, pronunció este nombre:

—D. Fortunato Lucca.

A Leona se le cayeron la navaja y el melocotón de las manos. Furiosa, se levantó para increpar á la hermana. ¿estaba en sus cinco sentidos? ¿no comprendía el escándalo que iba á armarse en todo el barrio, cuando se supiera que con ella vivía un hombre joven y de las buenas trazas de aquel italiano? ¿Qué dirían sus relaciones todas, qué dirían las Cadenas, qué Jorgito? Porque si su honra de cincuenta

años no sufría peligro, la suya sí, y ¡no consentiría jamás que anduviera entre lenguas. ¡Cuántas voces diern las dos, á seguida del violeto estallido de Pantaleona! pues como Sebastiana estaba de compra, no se quedó corta misia Jeromita para replicar, y allí mismo se pusieron verdes; asustando á la gatuna pareja, que salió escapada y á Diamela que aprovechó el tiberio para llevarse en la boca el caído melocotón.

—Que te opongas ó que no, la pieza grande se alquilará al señor Lucca—siguió chillando la mayor después de apagar los fuegos á Leona y de obligarla á huir, llorosa y descompuesta;—que digan lo que quieran las Cadenas. Y si te parece, vas á contárselo á tu primo Neponuceno..... Aquí te espero, por si la zurra de la otra noche no le ha bastado y le apetece otra. ¿Perra, desagradecida! que si supieras lo que has dicho, te cortabas la lengua con los dientes...

Encerrose Leona en su alcoba y en la suya penetró misia Jeromita, ahogándose, derecha al tocador, para auxiliarse con el frasco de Colonia, ¡Pero, señor! ¿Qué se figuraba la chiquilla esa? ¿Qué se figuraba el primo Neponuceno? ¡Neponuceno! ¡Quien menos derecho tenía á alzar el gallo! ¡El zángano, el piojoso! Seguramente había soliviantado el ánimo de la muchacha, imbuyéndola desatinadas ideas de rebelión contra su santa voluntad. Bien, que se rebelaran los dos, que chillaran hasta ponerse roncos, no dejaría por eso de cumplirla; y que murmuraran las Cadenas y todas las lengüillargas del barrio, él, él entraría bajo su techo con los honores del triunfador.

Poco á poco se serenaba sonriendo al despertar de dulces recuerdos, aplicado el frasco á las narices, balanceándose en la mecedora, mientras el áspero reclamo del tranvía sonaba en la calle. ¡El tranvía! Allí le conoció á él, á Fortunato, aquella mañana del aguacero... ¡Ay! sí, digan lo que quieran cuantos de corazonadas se burlan y niegan á pies juntillas que los actos humanos están fatalmente su

peditados á una voluntad superior, que nos mueve y lleva como titeres á su albedrío; no cabía duda que si aquella mañana el reloj no se retrasa, y no sueltan las nubes un chaparrón, y no se la olvida á ella el paraguas (preparativos todos del Destino para facilitar el enlace de dos almas), ni conoce misia Jeromita á Fortunato ni Fortunato cae en la tentación.... ¡Ay! sí, la lluvia la sorprendió antes de subir al tranvía, y por alcanzarle más pronto, tropezó y dió en el arroyo y se calara toda, si el brazo y el paraguas de aquel joven amable no lo impidiesen.... Era hermoso como un arcángel, blanco, sonrosado, rubio, con ojos de zafir, barba dorada y guedejas sedosas, un San Gabriel miserablemente enfundado dentro de un gabán gris y afrentado por el hongo de color y las enormes botas embarradas.

Ríanse, sí, ríanse también los que quisieran que el corazón femenino, por amojamado, fuera insensible á los varoniles atractivos. ¿Por qué injusticia tamaña? ¿Poes no anda por ahí cada prójimo, con el fardo á cuestras de los setenta, encalabrinándose y babeando al paso triunfal de una muchacha jaçarandosa? ¿Qué ley ni qué pragmática otorga al hombre este derecho y á la mujer lo quita, estableciendo para la una el límite de la edad, que no rige para el otro? ¿Y por qué lo que en el uno apenas choca y es digno de consideración, en la otra ha de ser motivo de bota, chacota y regocijo sainetesco? Ríanse, digo, los tales que, por no entender de psicologías, pretenden que el amor alienta sólo en pechos juveniles y desearan verle siempre en el libro y en el teatro, de melanita rizada y tonelete color de rosa; mas no echen á broma si aquí se asegura que la vista del San Gabriel mal pergeñado á la moderna dejó absorta á la señora de Pérez Orza y removió las fibras todas de su corazón, helado casi por tantos años de virtuoso celibato. El Destino, que en aquel momento gobernaba su voluntad, la entregó desarmada al enemigo, abandonándola pérfidamente. Ella puso toda la miel de su cortesía en la palabra de gracias con que pagó el servicio recibido y la vulgar res-

puesta:—No hay de qué....—suavemente pronunciada, la confundió más y más aumentó el hechizo. ¡De qué medios tan simples y vulgares se vale el Destino para enlazar por siempre dos almas!

Era el héroe toscano, y su historia la misma de muchos otros: la escasez en la aldea natal, que obliga á expatriarse, el miraje de América que finge la ambición, la cosecha de ilusiones y desengaños, la sorpresa de la realidad fundada sobre la base del trabajo.... ¡El trabajo! Dios único, á cuyas aras han de acudir forzosamente todos los que no quieran llamarse á engaño. Las manos de Fortunato Lucca eran pequeñas, limpias y lustradas como las de un príncipe, manos hechas para estar ociosas en la aristocrática prisión de los guantes de Suecia, y no para encallecerse con el mango de la azada. Hijo del maestro de escuela, con educación suficiente, llegó dos años antes al país en busca de un empleo liberal, que no encontró; sin familia, sin amigos ni apoyo, ¿qué hacer? Estaba en Flores, desempeñando un cargo ínfimo en un comercio, mientras no le saliese otro más provechoso y digno de su ambición legítima, porque, eso no, él no vino á cavar tierra, y si le dijeran que en las entrañas de ésta se hallaba el tesoro de su porvenir, meodigar prefería á ejecutar lo que sus hábitos, sus gustos y su delicada salud le prohibían y *la sua mamma*, al partir, le recomendó que no ejecutase por todos los santos en general y la Madona en particular. ¡Con qué ternura nombraba á la madre, qué melancolía exquisita para acentuar la lamentación contra su mala estrella!....

—¡Y, sin embargo, me llaman Fortunato!

La de Pérez Orza sintió maternales impulsos de proteger al hermoso arcángel descañado, y con atropelladas palabras se le ofreció en cuanto quisiera mandarlas, dió su nombre, expuso su calidad de pensionista y propietaria y dejóse correr hasta fiar promesa de colocarle mejor, porque contaba con buenos amigos en el mundo oficial.

Y salúditos viene y van cada mañana, y sesión de pa-

lique en cada nuevo viaje, y cartas recíprocas acerca del asunto de la colocación, acabaron de hacerles perder á ella el seso, y al toscanito la vergüenza. Para buscarle el empleo soñado, pensó misia Jeromita en Barbarossa, dueño de la antigua ferretería de Cadenas, y tal empeño mostró que el italiano admitió al fin á su compatriota en muy buenas condiciones, llevando la señora su generosidad, porque se presentara decentemente vestido, hasta regalarle un traje completo, de casimir lrisimo, un alfiler de corbata que fué de Don Jesús, y pañuelos, camisas, calcetines.... Gozaba en la satisfacción de sus impulsos maternales hacia el bonito jovencuelo de veintidós años, se ufanaba en contemplarle tan majo y ser una segunda *mamma* suya superior á la otra en lo previsora y en la abundancia de medios protectores; embriagada por el aroma juvenil, apegábase á él cada día la solterona, y pronto los coloquios en la tienda de Barbarossa, mostrador de por medio, fueran más frecuentes si no se opondieran razones muy graves, muy graves. Como perrillo callejero, que ha encontrado un asilo, Fortunato mostrábase su agradecimiento en formas zalameras que la entontecían: su *mille grazie* á cada nueva dádiva (más de una vez misia Jeromita volcó su bolsillo en aquella mano aristocrática) era música de ángeles para su corazón amoroso; y multiplicaba las dádivas por asegurarle mejor.

—¿Es alguna parienta tuya?—preguntábase el colosal Barbarossa, el patrón; Nero, el segundo socio; el hijo de Nero, Felipito, un mozalbeta pelinegro y burlón, y los dependientes, Pietro Calli y Glácómo Verola, sus compañeros.

Y Fortunato, guiñando el ojo con picardía, contestaba:

—Sí, es mi abuela.

No cayó la infeliz señora de Pérez Orza en tan peligrosos extremos sin luchar heroicamente; las razones *muy graves*, que ella misma oponía á su afición, tan pronto como se dió cuenta de ella y pudo distinguir el carácter verdadero del instinto maternal con que se disfrazaba, revestían en sueños las formas tangibles de Pantaleona y D. Juan Nepo-

muceno, que la acosaban furiosos y la despertaban sobresaltada; durante la vigilia, la vista de la hermana ó la visita del primo renovaban la temerosa batalla entre su deber y su capricho, y así, ni despierta ni dormida gozaba de paz alguna, presa por invisibles y misteriosas cadenas, de cuyos cabos tiraban Pantaleona y D. Juan Nepomuceno, hasta inutilizar su voluntad y ahogarla. Pero, si grande era el obstáculo, más grande todavía era la pasión insana, y entre luchas, zozobras, cavilaciones y desfallecimientos, se alojaba la resistencia, entumecía la razón y el diablo soplabá sobre las brasas para avivar la llama en que misia Jeromita se consumía; por broma ó por cálculo (los acontecimientos posteriores prueban que fué obra de cálculo) Fortunato insinuó melosamente una tarde, en la tienda, algo que sacó toda la sangre á la cara de la solterona, y ésta, que sentía la comezón de las miradas de Nero el pequeño, contestó tartamudeando:

—¿Estás loco, hijo? El día que yo me casara me quedaba sin pensión. Estoy condenada á celibato perpetuo.

Suspiró dolorosamente, y el mozo sepultó los dedos en las doradas guedejas, buscando inspiración para conciliar tan opuestos intereses. Era preciso encontrarla, porque el doncel florentino estaba ya aburrido de la sujeción en la tienda, del obligado madrugar, de la brega diaria con parroquianos, patronos y dependientes; sus manos padecían del roce de los utensilios de hierro y los bajos menesteres; su instinto señorial, de la mezquindad de la alcoba en que dormía, del cacho de espejo incapaz de reflejar su imagen y de las toallas y sábanas de lienzo, cuya aspereza le irritaba la piel; su muelle voluntad, en fin, de prestar obediencia y acatamiento á las ajenas en todo aquello que no contribuyese á la lisonja propia. La conquista de América puede intentarse por medios diversos y no llegan solo á alcanzarla (así se lo aseguraba á Fortunato la holgazanería) aquellos que sudan sobre la tierra. Los mimos y carantoñas de misia Jeromita sugiriéronle el que más convenía á su natu-

raleza, el más cómodo y descansado, y no tuvo escrúpulo en proponerlo á la abuela, y al proponerlo no paró mientes en las canas, arrugas y trasnochados encantos de la solterona; pensó únicamente que los labios agrietados y cubiertos de carmín se abrirían para dar el sí á todos sus caprichos; la sobada cartera para derramar en sus manos todos sus billetes; pensó en el dulce *far niente* de maridito bien cebado, bien vestido, bien tratado, amable realización de sus sueños de la aldea.

—¿Casaca á mí? —repitió ella embelesada. —Si no puede ser, hijo.

Como del pedernal sale la chispa, de la cabeza rubia del arcángel salió la idea conciliadora, y era tal, que ni la virtud sufría quebranto, ni la pensión menguaba, ni la sociedad agravio, ni carga la conciencia, porque con burlar la ley... muchos la burlan á destajo y tan campantes. ¡Ay! Misia Jeromita no la rechazó, antes la disputó por muy feliz y peregrina; mas no cedió á la habilidad italiana sin trabar nuevos combates en la sombra de la noche con los fantasmas de Pantaleona y del primo, sorprendiéndola el alba con los ojos obolargados por el insomnio; y hay que decirlo para que se la conceda el perdón que su debilidad merece: no aceptó la idea del toscanito sino cuando se sintió vencida, ya ciega y sorda á la razón y á todo miramiento.

—Haz lo que mejor te parezca, Fortunato; me someto á todo, á todo me resigno. No sé que rara influencia tienes sobre mí, que me dominas y mareas. La dificultad está ahora en hacer pasar el trago á Pantaleona: es terca, voluntariosa, indomable; el día de tu visita te echó la vista encima con desconfianza: será tu enemiga jurada, no lo dudes. Temo que vamos á andar de zapa á la greña... En fin, hijo, hágase tu voluntad. ¡Ah, por qué me dejaría yo el paraguas aquella mañana! No te hubiera conocido ¡pillo!, y por querer hacer de madre tuya [que bien pudiera serlo, ó no lo ha reparado tu afecto], cayera de cabeza en esta deliciosa tentación... Otro enemigo tendrás en casa, tan furioso

y más también que Pantaleona: Nepomuceno, mi primo; un mal casado á quien las penas han revuelto el genio, y es más agrio que el propio limón; pero, á ese le doy un par de bulidos el día que se desmande, y á volar. Tal vez, como eres tan fino y azucarado, te les cueles á los dos en la voluntad y les domesticques, ¿no se amansan con dulzura las fieras? Y entonces el Caballito se igualará al paraíso. ¿Para quién serán los primeros frutos de la huerta? ¿Para quién el mejor racimo de la parral? ¿Y la gallina más gorda? Para el nene mimado de la casa. ¿Cómo te vas á poner el cuerpo, holgazán! ¿Qué cuarto voy á prepararte! con muebles de nogal, y lindas cortinas, y una mesa de escribir, para que escribas á tu madre, á la de allá. Ya me doña el pensar en el maltísimo que ahora ocupas, y lo peor que te dará de comer: ¡pues apenas sabe Sebastiana condimentar los platos de tu tierra! y cuando te hartes de ellos, aquí estoy yo para hacer todos los guisados criollos que quieras...

Sonreía misia Jeromita, hamacándose en la mecedora, serena ya, y con el frasco de Colonia sobre la falda. El recuerdo de la idílica residencia que á Fortunato destinaba, provocó otro, y otros más, que debían traducirse en las urgentes ocupaciones del día: ver al ebanista, al tapicero, y al albañil para que diera una mano de cal á la pieza grande... ¡Ah! y llevar los papeles á Fortunato. Se levantó, y delante del tocador, procedió á aderezar el rostro untándole de *cold cream* casero, y almidonándole generosamente, poniendo en los labios y en los pómulos buena cantidad de carmín, y con la punta de una horquilla quemada en la llama de una bujía, ennegreciendo cejas y pestañas; ahuecó la peluca de modo que no descubriera las canas auténticas, y satisfecha de su arte decorativo, buscó en el armario la sombrilla de las grandes ocasiones, la del rabo de marfil y encajes blancos, y el abanico de nácar y lentejuelas.

Después del almuerzo [al que no asistió Pantaleona] salió de casa y tomó el tranvía. ¿Qué ufana iba, qué orgullosa, y cómo dejaba sentir los mil perfumes en que se había

angido, el benjui de las ropas, el jazmín del pañuelo y el delicadísimo de la diamela y las flores del aire que, encerraditas en un cucuracho de papel, llévaba como obsequio á Fortunato! Hubieron de abrirse los cristales, y cumplido el obligado calvario de atascamientos, descarrilamientos, revolcones de caballos y cien más tropiezos, que son atributo y gloria de las calles y tranvías bonaerenses, apeose la señora en la puerta misma de Barbarossa; que si antes no se ha dicho, enmiéndase ahora la omisión señalando que estaba la ferretería situada en la calle de Rivadavia. Entró, pues, misia Jeromita en la tienda, á tiempo que tres fornidos mozállones hacían rodar sobre dos carriles una vagoneta, que llaman aquí *zorra*, no sé por qué mal motivo, la cual traían cargada de cubos de hierro y muchos lios de alambre enroscado, vestían de lienzo blanco los tres, con anchos calzoncillos y mandil ceñido á los riñones, camiseta listada, boina y alpargatas, el pecho y las pantorrillas al aire, cubiertos de sudor y de vello, y con tal furia empujaban, que á poco atropellan á la señora, si ella no chilla y detrás del mostrador no vocea el patrón, Barbarossa, hércules de rojiza y crecida barba, de miembros recios y facciones brutales, como forjado á martillazos sobre el yunque de un ciclope.

En lo más alto de la anaquelaría que rodeaba el hondo almacén, sobre una escalera, Giacomo, el dependiente, escogía paquetes de clavos y dejábalos caer en una banasta que abajo sostenía Pietro Calli, gritando á cada uno que arrojaba: *due, cinque, sete*, como si jugaran ambos á la morra; los dos muy preocupados en su tarea, vigilados por el patrón y el socio Nero, un viejecito de nariz bulbosa que en el fondo se paseaba, rasca que rasca á la nariz y mira que mira el acompasado caer de los paquetes. El otro Nero, el pequeño, y el bonito Fortunato estaban junto al mostrador; volviéronse al chillido de la de Pérez Orza, y así que la reconocieron cambiaron una mirada, que de Nero pasó á Fortunato, de éste subió al techo y tropezó con el socarrón de

Giácómo, bajó y sorprendió á Pietro, y buscando al viejo Nero, á quien quitó los dedos del naso irritado, fúé á parar al colosal patrón, que se inclinaba cortesmente ante la señora; tras de la ojeada brotó una sonrisa, la de Fortunato cruel, la de ambos Neros burlona, despreciativa en Giacomo y Pietro y en Barbarossa de lástima, y todos contestaron á la salutación que misia Jeromita les enviaba desplegando el abanico de lentejuelas:

—¡Buenos días nos de Dios!

—Allí le tiene usted— indicó Barbarossa maliciosamente.

Fortunato avanzó y la tendió la mano. Ella se dejó llevar hasta una silla de la trastienda y se sentó emocionada; allí no podían verlos, y debatirían el magno asunto lejos de la curiosidad de los impertinentes.

—Me encontrarás muy pálida, ¿verdad, hijo? con ojeras tamañas: es del sofocón que me ha propinado Pantaleona, porque sabrás que ya ha roto las hostilidades esa mocuza, esa entrometida. ¡Tiene gracia esto! que á mis años deba dar cuenta de mis actos á una niña de colegio. ¿La he dicho yo algo de sus amores con ese Cadanitas insólso? Ni esto; ni jota. Y mira si habla que decir... Pues nada, apenas le anunció lo convenido, que tu alquilabas la pieza, se me desbocó y casi me araña, hecha un basilisco. ¡Ay! no sé cómo no me dió un accidente. No ha querido almorzar y ahí se queda encerrada la indina... También el otro, el otro, Nepomuceno, fué con pretensiones de ajustarme cuentas y le saqué con las orejas calientes... Esto clama al cielo!

Dulcemente, Fortunato trataba de calmarla en su jerga italiana, con muchos, *mio Dio* melosos, y *paciencia, pacienza, á calderadas*. Era *naturale* que la *signorina* y el *vecchio* se escamaran al principio, pero la pflidora estaba tan lindamente amasada, que el viejo, la niña y el mundo entero se la tragarian sin sentir.

—¡Ay! qué bien lo arreglas todo—dijo misia Jeromita

—no me extrañará que á los tres días estés con Pantaleona á partir de un confite, porque eres más fino y hábil que un diplomático; así me has embaucado á mi y me tienes chocha, florentinito diabólico. Bueno; al grano. Aquí traigo los papeles; mi fe de bautismo y los demás que hacen falta; los he sacado yo misma, pues si nos sieaten las moscas estamos perdidos. ¿Han llegado los tuyos?

—Sí; están arriba, en mi baúl.

—Perfectamente; entonces...

—La semana que viene, el *giovedì*, á las tres.

—¿Qué es eso de *giovedì*? ¿El jueves? A veces me cuesta entender tus terminachos; también te costará á ti entender los míos criollos, ¿verdad? Quedamos en que el jueves, á las tres: de aquí al jueves se blanqueará tu cuarto y se amueblará. Pero dime, ¿cómo haremos? ¿Irás tú ó vendré yo?

El joven explicó su programa, con ademanes y visajes, que traducían las palabras incomprensibles, atosando las guedejas blondas ó el bigotillo de seda, mientras recorría el pequeño espacio libre que dejaban las cajas y las pilas de braseros, anafres, cubos y otros utensilios depositados en la traillería; mareaba á la solterona con sus paseitos y su labia, y á cada número la interrogaba con un *capite?* al que misia Jeromita asentía dando una cabezada.

—Sí, *capito*, digo, comprendo... Al fin vas á hacer de mí una gringa de cuerpo entero. Pero, ¡por Dios! no te muevas tanto, hijo: estoy mareada, de tus paseos, de lo que me dices, ó del olor de estas flores. De manera que vendré yo...

¡Claro! Vendría ella sola, vestida muy sencillamente, sin decir oste ni mosté á Pantaleona, ni darla nada que sospechar, y en la ferretería la esperaría él con los dos testigos Giacomo y Pietro; la ceremonia no tendría lugar en la iglesia, porque si había de mantenerse secreta, mejor y más segura era verificarla en una casa particular, en la de Nero, por ejemplo, que vivía con su padre; tenía Nero un amigo

cura tan influyente, que hasta de las amonestaciones en la parroquia les dispensaba, y él mismo le echaría una bendición que ni el Padre Santo de Roma.

—Bien, bien—dijo la señora—; pero anda el bandero en tantas manos, Fortunato! Si en una sola no está seguro un secreto, ¿qué será en poder de tus tres compañeros, que me parece gente informal y burlesca? El Felipito de to to se ría y todo se le vuelve mostrar los dientes; tu Giacomo es otro que tal, y de Pietro no se diga, pues á irrespetuoso y ordinario no le gana su compinche.

—Ma no—protestaba el toscanito—no, no.

Eran los tres excelentes muchachos, serviciales y fieles á carta cabal. Guardarían el secreto como una *tomba*. Luego ¿á quiénes de mayor confianza podía recurrirse? Y como se les gratificaría copiosamente, á Nero, y á cara con bonitos regalos, y á los otros dos con buenos billetes de Banco...

—Sí, sí; échale que no se derrame; si creerás que guardo un Potosí dentro del colchón! La mitad de la pensión nos la comemos Pantaleona y yo, y de mis economías, con estas andanzas no quedará migaja: te he comprado tu traje completo, las botas de charol que deseabas, la docena de camisas, la media de corbatas... ¡Los muebles! ¿Y los muebles? Mil pesos en conjunto, y aún me quedo corta. Dirás que más vales tú, y dirás verdad, pero con el poderoso Don Dinero, que leí yo en un almanaque, hay que andarse con muchos miramientos. En fin, les coseremos la boca á tus compadres con una buena aguja de oro, y que me cueste el celeste si tanto le deseo, ¡Ay! Fortunato...

Sentado ahora sobre la caja más próxima, él sonreía; y la dama, cuya sangre criolla, mezclada de no pocas gotas de india, corría alborotada por sus venas, quemando los salientes pómulos, le alargó el ramito de diamelas y flores del aire.

—Toma, las he cortado para ti—dijo apasionada—yo misma, de mis plantas. ¡Ay, Fortunato! Tengo deseos [de

reír y de llorar; siento cosas muy raras y se me ocurren disparates muy grandes; no duermo, no como, no vivo.... Nunca me ha pasado nada semejante; mi vida ha sido siempre tranquila y triste, lo mismo el hoy que el ayer, hasta que te conocí, ¡qué revolución! ¡Qué cambio! ¡Qué manera distinta de verlo todo, como si me hubieras puesto otros ojos, y metido otras ideas, y colocado en el hueco de mi corazón otro corazón, ó t l vez inflamado el antiguo! ¡Qué sé yo? Maduro y todo no ha sabido resistir. Para mí, eres el diablo en carne y hueso. ¿Ves aquella araña de la ventana y la mosca prendida de las patas, temblando en la tela? Pues la mosca soy yo, y tú la araña pérfida.... Repito que me has cambiado el corazón, porque yo antes quería mucho á Pantaleona, como hermana.... como hermana mía que es, y hoy la he tomado inquina de ver que te odia: si odia al inquilino, figúrate cuando llegara á descubrir la verdad.... ¡El jueves á las tres! ¡Qué largo se me va á hacer el tiempo, Fortunato.

— *Trinta é tre, trenta é cuatro, trenta é cinque.....*

Al galán le pareció que la situación exigía una palabra siquiera de esas usuales en los lances de amor, y la dijo con mucho fuego, cual si realmente sintiese la que decía, mirando á la puerta por temor de que el guasón de Nero le oyera; misia Jeromita contaba las lentejuelas de su abanico.

— Cállate, ¡mentiroso, falso! ¿Acaso no ves que soy una vieja? Los italianos sois todos así, buenos para cómicos.

El afirmaba que la fruta madura es la mejor, con otras galanterías de este jaez que á la solterona sabían á miles; ¿qué importan los años, cuando el corazón se mantiene joven? y además, no sumaban tantos: ella había cumplido la verdad, la verdad, los treinta y nueve el 5 de Febrero....

— *Trinta é nove*—gritó Giácomo desde la tienda.

— Parece que me hubiera oído y se burlara bservó alarmada la señora; —cierra esa puerta, Fortunato.... no,

no cierres, que á esa gentuza no se le ocurra cosa buena. Me voy, pues he de ver todavía al mueblero. ¿No necesitas nada? ¿La ropa te cae bien? Si quieres, te compraré un buen sobretodo, porque ya está el invierno encima y el Caballito es frío.... sí, sí; no me digas, que te lo compraré en vueltas de terciopelo negro. ¡Cómo te sentará el terciopelo! ¡Cuidado con las conquistas, señor florentino! Porque te advierto que soy muy celosa, soy una *Olela*. ¡Hay que temer á las americanas, eh!

De pie uno y otro, insistían en los detalles del programa, no fuera á fallar alguno y se malograra la empresa. Nuevamente mostró la dama su miedo de confiar tan grande secreto á los dependientes, y convinieron en que, si bien después del jueves abandonaría Fortunato la mezquita alcoba de Barbarossa, seguiría desempeñando su empleo en la tienda, no sólo por distracción y hasta por necesidad, pues debe tener el hombre ocupación que le evite los peligros de la holganza, sino porque el roce diario de los compañeros, a quienes la fatalidad trocaba en cómplices, permitiría vigilarlos y matar en flor los pujos de delación, que para guardar secretos no hay arca bastante segura. Luego, para la misma Pantaleona, cuya suspicacia era conveniente adormecer, el entra y sal de todos los días demostraría, mejor que muchos razonamientos, el apego al trabajo y la seriedad del que, para ella y para los vecinos, para la sociedad en general, y en particular para el Gobierno, había de pasar por el inquilino de las señoras de Pérez Orza Fortunato, gravemente, manifestábase conforme con *tutto* lo que la dama expresaba intercalando un *jeccol* de aprobación á cada *no te parece?* de duda ó desconfianza; y ella no se marchaba, vaciando el saco de advertencias hasta que se viera el fondo.

De pronto, echó mano al bolsillo y sacó dos objetos: una cartera y un estuche.

— Me olvidaba de lo principal—susurró alegremente;— esta sortija que te traigo, de montura antigua: el brillante

es muy bueno, mírale. Perteneció á mi madre; fué su regalo de boda. Dame la mano, que quiero ponertela yo. ¡Qué mano de príncipe tienes! ¿De príncipe? Muchos habrá por las Uronas que te la envidiarían. Te queda que ni pintada. ¡Ay! Fortunato, esta acción es simbólica, y sin duda Dios la bendice desde el cielo: representa el acto de nuestros desposorios. . . . Ya me entran ganas de llorar! Bueno, ¡serenidad, Jerónima! A ver ¿qué otra cosa pensaba darte? Si no me acuerdo. . . . Te lo he dado todo, Fortunato: ¡hasta el corazón! ¡Ah! Si, esta memoria. . . Gastos habrá que hacer para la ceremonia, los derechos parroquiales, propinitas al sacristán, coches, algún refresquito con que obsequiar al señor cura, etcétera; toma cien pesos y sanseacabó. Que Dios nos ayude. Hasta el jueves, Fortunato.

Rendido, el toscanito la besó la mano.

—Déjame que pueden vernos. Adiós, hasta el jueves.

Salió de la trastienda, abanicándose y fingiendo hablar de generalidades.

—¿De veras, Sr. Lucca? ¿Cree usted que tendremos cambio de tiempo? Aunque estamos en otoño, el calor es sofocante. . . .

Barbarossa y los otros la saludaron al paso con exagerada urbanidad; pero, tan pronto como se perdió en el revuelto enjambre de la acera, en los carnudos labios del patrón asomó la primitiva sonrisa que, contagiando á todos, transformose en general carcajada; Giacomo, sobre la cúspide de la escalera, descañaba las mandíbulas como un epiléptico; Pietro Calli, por meterse los puños en los ijares, abandonó la banasta y la tarea; el viejo Nero se despellejaba la nariz; Barbarossa reventaba, y Nero el chico, con voz de barítono muy fuerte, haciendo piruetas delante de Fortunato, entonó la romanza aquella que empieza: *Una nuova conquista*. . . .

—¡Colombo egregio, sa'ute! —vociferó Barbarossa,

—¿E quando s'incomincia? —cantó Felipito Nero con música de *Mefistófe's*.

—¡Ja, ja, ja! —aullaban Pietro y Giacomo.

—¡Signori, silencio! —ordenó el viejo Nero haciendo sonar el badajo de una enorme campana que de un madero pendía, y destinada, sin duda, á alguna iglesia de pueblo.

El campanazo fué atroz y retumbó en la tienda como si hubieran disparado una pieza de artillería. Los que pasaban se asustaron; y los carreros que en la calle, ayudados de los tres mozállones, cargaban las mercancías, acercáronse curiosamente á la puerta, echando sobre los ojos el chambergo, con quiebro de cadera, porque ¡pucha! parecía que los gringos estaban de *farra*. . . .

—¡Brindo por la *fidanzata*! —Gritó Giacomo, asiendo un balde que había en el estante.

—¡E viva, e viva! —aplaudió Pietro.

y todos rieron más alto. Barbarossa al punto de querer saltársele los ojos inyectados y lacrimosos, porque Felipito coronó á Fortunato con una rama de hierro colado, y le ofreció de cetro una pala de chimenea, y como el toscano, antes de enfadarse, saludaba al concurso dando gracias con burlesca prosopopeya, arreciaba la chacota, y Nero, el viejo, hubo de soltar otro campanazo horroroso.

Etonces el patrón, muy serio, hizo un gesto de mando, y lo mismo los mirones de la puerta que los dos risueños dependientes, prestaron de nuevo los lomos al trabajo.

Cálidas bocanadas entraban de la calle, que incendiaba el sol de Marzo, y donde carros y tranvías disputábanse el estrecho paso con trompeteo incesante, latigazos, juramentos é ingrata algarabía. Fortunato había cogido de las solapas á Felipito Nero, y le hablaba vivamente, en un ángulo; y sus gestos, harto elocuentes, eran los de dos personas que en un principio disputan y al cabo se convencen y fraternizan: porque la cara morena de Felipito expresó asombro, duda, indecisión, disgusto, benevolencia y alegría franca, y conforme aparecía reflejada una de estas impresiones, manoteaba el otro, exaltábase, insistía, se enojaba y

tornaba á machacar y á enojarse, hasta romper ambos en una risotada.

—¿Para el jueves, á las tres?—preguntó el joven Nero abegándose.

—Ecco, eso es;—respondió el toscanito haciéndole ceco.

Felipe se apoyó en el mostrador, vencido por la hilaridad; Fortunato no podía hablar, amordezado por el pañuelo. Se miraban, y la nueva explosión de risa les sacudía con dolorosos esfuerzos.

—¿Ancora?—exclamó Barbarossa.—¿Qué estáis tramando? ¡Ah! *briganti*.

Giácómo y Pietro dejaron nuevamente paquetes y barnasta, escarabajados del deseo de tomar parte en la franquachela: se volvían, con las bocazas abiertas, retozándose en la garganta la carcajada estúpida, y también Nero, el padre, con gruñidos de curiosidad. ¿Qué sucedía? ¿De qué se burlaban los dos? *Diavolo* de chicos...

—Pregúntenselo ustedes á Fortunato—dijo Felipito casi llorando.

—No, que lo diga él—indicó Fortunato, más con el ademán que con la palabra.

Y Felipe, apretándose la barriga, se acercó al oído del padre y le secreteó buen rato; luego á Barbarossa, y á Pietro y á Giácómo, que descendió de las alturas. Y todos se rieron locamente, estrepitosamente, como al principio; desplomado Barbarossa sobre el mostrador; Giácómo en brazos de Pietro; Nero, el padre, en el escritorio..... Callaban y volvían á reírse, siendo todo esfuerzo inútil para detener la desbordada jarana, ni el mismo gesto del patrón, mueca de broma que no llegaba á adquirir la necesaria rigidez del mando.

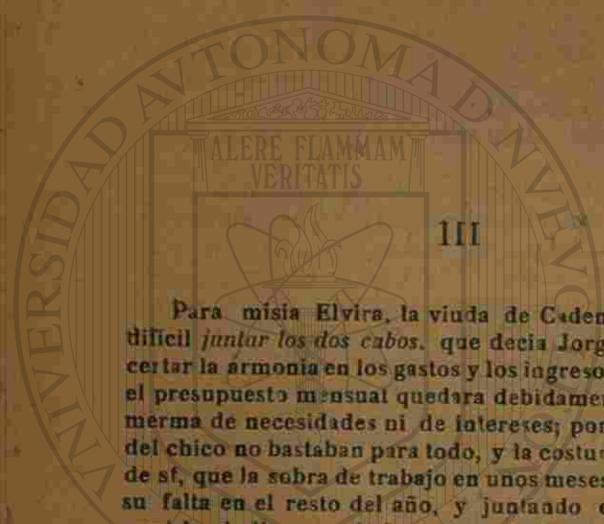
Felipe, Giácómo y Pietro cantaron aquello de *Alle tre, alle tre*.....haciendo reverencias á Fortunato; y otra vez le pusieron la corona de hierro y le pasaron en triunfo. Barbarossa mismo tamborileó sobre un balde con un par de cla-

vos largos, y el viejo Nero se colgó del badajo de la campana, *plum, plum, plum*, que no parecía sino que tocaban á fuego.

Entraban los mozos empujando la vagoneta vacía y en ella hicieron subir al alegre toscanito, proclamándole el más travieso de los traviesos del mundo. Retorciéndose de risa, Fortunato, con el dedo sobre los labios, les recomendaba discreción.

Y Barbarossa, Felipito, Nero el viejo, Giácómo y Pietro, entre el alboroto del balde aporreado y las campanas, respondían:

—Ja, j-. ja.



Para misia Elvira, la viuda de Cadenas, era cuestión difícil *juntar los dos cabos*, que decía Jorgito, ó sea concertar la armonía en los gastos y los ingresos de manera que el presupuesto mensual quedara debidamente cubierto, sin merma de necesidades ni de intereses; porque los sueldos del chico no bastaban para todo, y la costura daba tan poco de sí, que la sobra de trabajo en unos meses apenas resarcía su falta en el resto del año, y juntando entradas vivían, ¿qué ha de llamarse holgura á la decencia con que sabían vestir la estrechez? vivían discretamente, sin sacar pie ni mano fuera de la sábana mezquina, para no enterar la público de lo que nada le importa. Asimismo, y á pesar de que muchas noches se pasaban en blanco, sobre la máquina, no hacían vida tan aperreada que mereciera la compasión; pues, gracias sin duda al sabio administrar de misia Elvira (y sus buenas cavilaciones la costaba, sumas, restas y un tejemaneje de arbitrista sagaz), nunca escaseó el puchero, ni dejaron ellas de lucir la última moda y Jorgito de pasearse hecho un figurín.

La casa que ocupaban, una planta baja de apariencia modesta, estaba muy bien arregladita; la sala, que servía á la vez de estrado y para pruebas, ostentaba una sillería de palosanto y terciopelo de lana, que debía proceder de los buenos tiempos del difunto D. Jorge, cuando el comercio

de clavos no se había contaminado todavía de la fiebre especuladora y practicaba el sano sistema de *tanto compro, tanto pago, tanto vendo, tanto cobro*, el cual no improvisará millones, pero da cimientos sólidos y pan seguro, y á la larga también prosperidad indiscutida; no fueran los maniqués de paja, á medio vestir con las faldas hilyanadas, los patrones de transparente papel revueltos sobre la consola, la Singer junto á la ventana, en plena luz, y las láminas de colores pegadas al cristal sin visillos, estiradas muñecas pregoneras del arte modistil, esta salita burguesa chocaría por la ausencia de pretensiones y de mal gusto; adorno obligado hasta en aquellas que el dinero puede disfrazar con el lujo. Las demás habitaciones, rígidamente enfiladas según el antiguo plano de rigor, aparecían pulcras y alegres, y la mejor de todas, el despacho de Jorgito (porque Jorgito tenía despacho, ¡vaya!) con una librería de nogal, una mesa ministro, un sillón de respaldo alto y cortinas y butacas de estas que quieren ser de Persia y descubren el más cíngulo la mentira; todos los casos raros de la literatura francesa en los últimos años, engendros y abortos de la imaginación enfermiza, figuraban de la biblioteca: como en un laboratorio usándolo en el alcohol dentro de f ascos de cristal, tenía Jorgito los in-octavos de tapas amarillas en los estantes del armario, y sobre la mesa aquellos apenas desflorados por la plegadera de hueso, que, cruzada encima del libro abierto, marcaba la página donde la obligación hubo de disputar el espacio á la afición nociva. Reinaba en el testero el retrato fotográfico de Don Jorge, en la mala compañía de algunos de los dioses literarios objeto del culto fervoroso del poeta; y estaba el pobreta del comerciante como si quisiera salirse del cuadro, espantado acaso de verse en aquel cenáculo, donde recibía su hijo la visita de la musa histérica que le inspiraba, y flotaban los miasmas de las ideas deletéreas almacenadas en tanto librero, pudriero donde asfixiábase el alma y languidecía. Preso por el cristal, D. Jorge había asistido al doloroso espectáculo de

la lucha entre los bellos ideales, flores que engalanan la juventud, y los feos gusanos de la librería, y deshojarse una á una y marchitarse todas, allí, sobre la mesa-ministro, cayendo de la rubia cabeza de Jorgito, como del rosal cuando le sacude el viento, mientras la musa pagana, desgredada y flaca, le estrujaba el corazón hasta secarle todo.

Así, desorientado y sin fe, vagaba el poeta á flor de tierra, dando testarazos, como pájaro al que han arrancado los ojos, y desplomábase después de revuelos inútiles, herido de impotencia en plena virilidad intelectual.

Las horas que el empleo y el amor le dejaban libres, dedicábalas al coloquio de sus amigos de los estantes, ó al estéril ayuntamiento de la pluma con el papel, bajo la mirada del padre azorado; y decía misia Elvira que, en sumergiéndose en su ocupación favorita, no le distraían el machacar de la máquina vecina, las canciones de Agueda, la criada paraguaya, ni las jugarretas en el patio de la corretona Evangelina, la hija de Agueda; pues para traerle á la realidad y llevarle al comedor, tenía ella que cogerle de un brazo y Dolorcitas de otro, y aun así no recuperaba el sentido.

Si la viuda de Cadenas no poseyera las dotes administrativas apuntadas, ciertamente que no es Jorgito quien, con su consejo y su ayuda, la saca de apuros; él limitábase á poner en las manos maternales las dos terceras partes del sueldo cada mes, y no se ocupaba de cuentas caseras, entrometimiento de mal gusto. Mientras él paseaba, hacía versos, ó en su biblioteca se daba de corromperse, la mamá y la hermana velaban sobre la costura, y con su agría infatigable vestían á las muchas parroquianas del barrio, y enmendaban las deficiencias que la escasez del sueldo de Jorgito producía desgraciadamente de Enero á Enero. ¡Ay! ¿por qué el Estado, el padrino nacional, no se acordaba de ellas? Misia Elvira, á la muerte de D. Jorge, fundándose en que éste desempeñó de mezo un cargo en la Aduana, buscó empeños porque la concedieran viudedad, y de todas partes

pacharon con grosería. ¡Qué ingratitud! ¡Que injusticia! Si se jubila á los válidos y se pensiona á los ricos, ¿por qué abandonar en la pobreza á la familia de un hombre honrado que dedicó tres años de su juventud al servicio público? La gruesa señora enarbolaba las tijeras abiertas, indignadísima. Gracias que le colocaron á Jorgito y de esta manera pagó el Estado á medias, y muy cicateramente, la deuda que con los Cadenas tenía.

Una esperanza halagaba á misia Elvira, pero ¡cuán remota! la de que les saliera á los chicos una buena proporción: que Jorge y Dolorcitas se casaran bien, pareciéndole el matrimonio la operación comercial de más seguros resultados; de la figura de Jorge y de su talento podía enamorarse la más pintada, y el bonito talle, la palidez romántica, y las gracias todas de Dolorcitas atraer al solterón más recalcitrante; la niña, adivinando por instinto el deseo de la mamá, que era el suyo propio, aunque no lo confesara, se sentaba en la ventana todas las tardes con la paciencia de un pescador de caña, y pasaban los tranvías y los meses sin que pez alguno, ni gordo, ni chico, cayera en la red de sus hermosas pestañas. En cuanto á Jorgito, ya sabemos que los ecos melancólicos de la *Plegaria de una virgen*, al brotar de los dedos expresivos de Pantaleona, cautivaron a su musa vagabunda.

Francamente, no agradó en un principio á misia Elvira el noviazgo con la menor de Pérez Orza. Las conocía muy bien (eran sus parroquianas antiguas) y las estimaba de veras, pero ambicionaba para su hijo mujer de más fuste, de más jugo pecuniario, que en la *high life* abunda, y, según fama, no pecan de orgullosas ni difíciles; el aluvión de clases y nacionalidades que revuelve, sofoca, confunde y transforma la sociedad argentina, podía subir á Jorgito á la superficie de un momento á otro; ¿á qué, pues, precipitarse y desbaratar el acuerdo probable de la suerte? En lo de inventar quimeras, no le iba ella en zaga al poeta, y dando puntadas ó tijeretazos, discurría sin concierto por los cam-

pos de la fantasía, y ya le parecía Jorgito hecho ministro y casada Dolorcitas con un millonario, alemán ó turco; ya les tocaba el gordo de la lotería y quebraban la aguja para siempre. Cuando todo se espera de lo alto y en la eficacia de la ayuda ajena se confía á ciegas, no es raro admitir con displicencia los favores de la fortuna, mirándoles el pelo, que no luce tanto como lo pretendiera la ambición. Pantaleona no sería lo que se llama un partido, pero, futura heredera de la casa y de la pensión de misia Jeromita, ningún servicio la hacía el señor poeta con brindarle su mano pedrada.

Acaso tuvieron sus dimes y diretes madre é hijo sobre el particular y debió vencer la razón, porque misia Elvira estrechó su amistad con las de Pérez Orza al punto de estar siempre juntas: en una casa ó en otra armaban diariamente la tertulia, y cuando el trabajo era muy urgente en la de Cadenas, donde Leona las ayudaba, tan mañosa en lo de respuntear, dobladillar, pegar forros y cortar nesgas, que misia Elvira y Dolorcitas, dos maestras, se maravillaban, ahuyentando á Jorge para que no la distrajera, y riéndose todas de verle por los cristales del patic atisbar como un moscón á quien echó fuera el plumero.

Igual pena sufría siempre que, instigado por sus arranques de pollo enamorado, atreviase á husmear en la sala en el crítico momento de la prueba, haciéndose el sorprendido. ¡Cuidado que tenían las Cadenas buena parroquia! Especialmente en el verano, cuando las quitas de los alrededores se llenaban, y Agueda, la paraguaya, suspendía los viajes casi diarios á la ciudad para la entrega y recibo en los registros de los uniformes de tropa, último recurso á que acudían en tiempo de escases. La tertulia entonces estaba animadísima: la pequeña Evangelina y Agueda iban y venían con el mate espumoso, y lenguas y tijeras se mepeaban á más y mejor, bajo la luz de la lámpara y la caricia de los perfumes del patio; las dos de Pérez Orza, la mujer y la hija del médico inglés, la institutriz de los niños de Blumen, tres vecinas gua-

pisimas del lado, á las que llamaban las tres Marias, y otras de la ciudad, que se renovaban cada noche... ¡Pobre de Jorgito si metía la pata en el cotarro! Le picoteaban y zaherian, consintiéndole sólo permanecer entre ellas cuando el trabajo había concluido.

Misia Elvira se vanagloriaba de ser una Prisco le gitima, si bien de la rama pobre, y hallarse emparentada con los riquísimos Sangil; de esta manera excusaba ella, ó creía excusar, la situación que al oficio de modista la había arrasado, persuadida de que si el Don Jorge viviera, á pesar de la quiebra y de los malos tiempos, rehecho, gracias al auxilio de Don Pepe Sangil, ocuparía la familia el lugar que en la alta sociedad le correspondía. A la verdad, sus relaciones eran numerosísimas y muy granadas; hoy las enviaba un billetito Graciana Sangil, la de Pozuelo, invitándolas á que la acompañaran á comer; también las llevaba con frecuencia á la *cazuela* de la Opera, y las de Paso las ofrecían el coche, enfandándose cuando no lo aceptaban. Esponjábese la vida con tan señaladas atenciones, y en ocasión de prueba ó de tertulia se la oía decir, puesto al cuello, como una estola, el metro de seda, erizada la boca de alfileres ó hilvanando una pieza:

—No te olvides, Dolorcitas, que mañana comeremos con tu prima Gracia. La pobre es una mártir: la ha salido el marido atroz, y nosotras la distraemos mucho, la consolamos, de modo que no puede pasarse sin nosotras. ¡De algo ha de servir el parentesco! También, si te parece, Dolorcitas, nos acercaremos á ver cómo sigue Segundita Paso; que está con su pierna, tan pronto se le hincha como se le deshinch, y los médicos sin entenderlo... ¡Ah! Pero necesitamos antes concluir la *pollera verde*. ¡Jesús! No sabe una cómo cumplir con las relaciones y la obligación, esta triste obligación...

Pues, señor, ocurrió que pasaron tres días sin que las de Pérez Orza parecieran por la tertulia de Cadenas; éstas no iban tampoco á visitarlas á causa de una labor urgente

que tenían entre manos, y Jorgito, aunque paseó la acera de un cabo al otro, no logró echarle la vista á la esquiya. Fué Evangelina disparada con un recado, y trajo el de que la niña estaba en cama, atacada de neuralgia. La mamá y la hija se enternecieron. ¡Con neuralgia Leona! Ya irían á verla, se terminara ó no la bata de la señora de Blümen.

Aquella noche, en la sala cerrada, porque el relente de Marzo empezaba á molestar, la jaqueca de la vecinita fué tema principal de conversación y motivo de que la mayor de las tres Marias soltara el siguiente disparo:

—¡Ah! pero ¿usted no sabe? Es toda una historia eso de la enfermedad de Leona....

La imprudente recibió de las dos hermanas un pellizco y un pisolón; mas la bala había partido y no podía recogerse. La viuda y Dolorcitas se volvieron á interrogarla, en riestre las agujas, con movimientos de extrañeza: —¿El qué? ¡Una historia! ¿Qué historia?... —corriendo á la Ma la mayor; y la segunda María y la tercera la disculpaban: —Cosas de ésta; no le haga usted caso, Elvira... Tosió la institutriz, una señora fea, que parecía muda porque nunca hablaba, y la médica y su hija, á quien en el barrio conocían por la *Escopeta*, sin duda á causa de su estatura y de lo magra que era, sonrieron y se dijeron con los ojos:

— Ya verás la que se arma. Nos vamos á divertir.

— Si yo creí que ustedes lo sabían— insistió la bella deslenguada;— no se habla de otro asunto en el barrio; ¿verdad, Emma? ¿verdad, Lili? María Tránsito y María Carmen están enteradas tan bien como yo... como todas... porque todas... ¡por Dios, si no es tapujo ni secreto!

La señora Emma, la institutriz y Lili, la por mal nombre apellidada la *Escopeta*, eludieron discretamente el solicitado testimonio con un fruncimiento de morro, que significaba:

— Con nosotras no cuentas para salir del atolladero.

En cuanto á las Marias menores, sus caritas de vírgenes

bobas no expresaban nada, y recibieron la alusión impasibles.

—Pues si no es tapujo, destápalo—dijo misia Elvira con impaciencia, —y aunque lo fuera... Estos días he dejado de ir á casa de Jeromita por mil razones: ¡la costura la come á una el tiempo! y ellas tampoco han venido... ¿Qué ha pasado? Venga esa historia, María Rosa; ya me pica la curiosidad.

—Y á mí— exclamó Dolores.

—Allá va la historia—repuso decidida María Rosa;— y conste que en ella no hay un ápice de cuento. Empieze; hace unos días, el lunes de Pascua...

La vinda de Cadenas se había levantado y sobre el maniquí ensayaba el corpiño de alepín recién hilvanado: prendía un alfiler, rectificaba una puntada y ofrecía un comentario á la narradora.

—¿Qué las oíste dar voces esa mañana? Eso te ocurrirá á menude; como vives frente al paredón, calle por medio... Jeromita tiene el genio fuerte... Dime, ¿no se descubre el jardín y la huerta desde tu casa?

—Sólo con subirse encima de un banco; apuntó María Tránsito, la segunda.

—Yo la oí gritar— continuó María Rosa;— la oí gritar esta frase: «¡Lo que me dé la gana!»

—Lo mismo que le soltó á Monreal. ¿Te acuerdas, mamá— intervino Dolores.— La noche de las estaciones estaba furiosa.

—Lo mismo—dijo la señora descosiendo de un tirón un volante;— francamente, hasta ahora no le encuentro yo pies ni cabeza á la historia de María Rosa.

—Espere usted, Elvira; he recordado lo de los gritos del lunes de Pascua, porque acaso pudieran tener relación con los acontecimientos posteriores. Bueno, adelante. Observen ustedes que desde el lunes no hemos vuelto á escuchar en el barrio los lamentos de la *Plegaria*: ni Leona ha

tocado el piano, ni se ha puesto á la ventana, ni ha visitado á ninguna de nosotras...

Usted, Elvira, opondrá el argumento de que está con jaqueca; pero esa es la disculpa conocida: á nosotras nos produce jaqueca todo lo que nos contraría. Tengan presente ustedes estos síntomas: gritos, jaqueca y encerrona, síntomas graves. Y pasemos ahora á lo sucedido después: anteayer, papá, de vuelta á su escritorio, me pregunta: «Se mudan las Pérez Orza?» «¿Por qué?» —le dije yo sorprendida. «Porque ahí está un carro con muebles delante de su puerta.» Ya se sabe: cuando queremos espiar algo que nos interesa, nos subimos al banco que dice María Tránsito, y es el mejor observatorio que ustedes se imaginarían; desde la ventana no podíamos ver el carro, porque la puerta de Jeromita está en la calle Real y nosotras en el callejón, pero nosotras dominamos el interior: las habitaciones, el jardín, la huerta. . . . Si lográbamos descubrir la salida de muebles, sabíamos á punto fijo lo de la mudanza. Confieso que tuve la debilidad de subirme en el banco. . . . y en efecto. . . .

—¿Qué? exclamaron misia Elvira y Dolorcitas—¿se mudan?

—No, señor; ¿qué han de mudarse? Los muebles entran, no salían; unos muebles de nogal, nuevos, y los metían en la pieza junto al comedor, ¿para qué? preguntarán ustedes. . . . Sebastiana, á quien se encontró en el almacén la mulata Aurora, asegura que sus señoras han alquilado la pieza grande. . . .

Misia Elvira rechazó el maniquí y se sentó frente á María Rosa. No comprendía, ¡vaya! no acababa de comprenderlo. ¡Alquilar piezas las de Pérez Orzá! ¿á santo de qué? ¿Las habían suprimido la pensión? La crisis, causa funesta de tanto descalabro financiero, de lutos y de ruinas, ¿también las alcanzaba á ellas, las ahijaditas del Estado? ¡Si no podía ser! porque ni misia Jeronimita, ni Pantaleona la dijeron palabra jamás que revelara temor de deshucio, apuro pecu-

niario ó intención de arrendar parte de la casa. . . . ¡En fin, allá ellas! Cuando lo habían hecho, sus buenas razones tendrían; á fe que, tan meticolosa era la señora, ocuparía la pieza *ana inquilina* muy apetable. . . . Sonrieron las tres Marias; volvió á toser la señorita alemana; la médica y la *Escopela* carraspearon; y unas á las otras se transmitían ojeaditas burlonas: —¡Una inquilina! ¡Qué risa! ¡Pero qué inocencia! ¡angelical la de esta buena! ¡amiga María Rosa —recificó la primera.

—Precisamente, Elvira, eso nos confunde á todas y causa mayor asombro: ¡la inquilina no es tal inquilina, es inquilino! ¿Se espanta usted también? Pues oiga usted: y no es ningún viejo, sino un mozalbetes, un joven de veinte años. . . . Acabo de verle, le hemos visto todas, ¿verdad, Lili? ¿verdad, Emma?

Esta vez todas confirmaron con calor lo dicho por María Rosa. Las lenguas, inquietas, rompieron las trabas de la timidez y acometieron furiosamente el sabroso manjar que se las ofrecía; las uñas apercebidas, la ponzoña á punto, la murmuración se apoderó de todas, hasta de la institutriz muda, que echó su cuarto á espaldas con germánica elocuencia. ¡Era vergonzoso, era indecente! ¡Un mozalbetes, sí, señor; un jovencito de veinte años, y muy guapo, muy reteguapo! María Rosa le había visto pasearse ¡qué horror! en mangas de camisa por la huerta; María Tránsito, afeitarse y la tercera rizarse el bigote, un bigote rubio que parecía de oro: se pasaron el día entero en el observatorio, porque el asunto valla la pena. También la señorita Emma le vió tomar el tranvía, mientras estaba ella asomada á la ventana del cuarto de estudio con los niños de Blumen, y en igual ocasión le vieron la médica y la señorita Lili. ¡Jesús!

Todas alzaban las manos con alardes de exagerada comiquería y mutuas preguntas:

—¿Qué le parece á usted? Si parece mentira. . . . Las de Pérez Orza deben de haber perdido el juicio.

—Y ¿saben ustedes?—exclamó María Rosa dominando

el alboroto, — el tal inquilino es el misero que ha estado de plantón en la acera muchas veces; á mi no se me despianta. Por lo tanto, no hay que romperse la cabeza para descifrar el logogrifo....

La médica declaró sin ambages que ella había prohibido á Lili pusiera más los pies en casa de las Pérez Orza; idéntica prohibición hizo el papá de las tres Marias, según afirmaba una de ellas, y la señorita Emma resumió así la opinión general:

—Estar mucho mal hecho, pero mucho malisimamente mal. ¡Oh!

Enmudecieron todas de pronto al observar la palidez de misia Elvira y el azoramiento de Dolorcitas. Ninguna de las dos hablada, atónitas las dos. Y Agueda, presentando el mate á la médica y que reventaba de ganas de meter baza, la cobriza cara reluciente como de bruñido metal, los pómulos saltones, el pelo recio, cerdoso y negro, partido en medio de la frente y tocando casi la línea de las cejas..... Agueda, la paraguaya, arrojó la última brazada de leña:

—Esta mañana estaba Sebastiana aquí, en el de San Carlos, en el mercado... La niña Jeromita acostumbra comprar en la puerta á los ambulantes la carne y la verdura, porque á desconfiada... ¡La gringa me cuenta unas cosas! Pues estaba la gringa con una canasta muy grande, que sólo ella puede llevar, y en este puesto me compró tres perdices de las primeras, y que cuestan un ojo de la cara, en este otro un lechón y morcillas... ¡Qué se yo, si la canasta se salía de repleta! Yo le dije: «Ché Sebastiana, ¿están de fiesta en tu casa? ¿Hay banquete? ...» La gringa es muy mal hablada y me largó un ajo lo mismo que un carretero. «Lo que hay en mi casa es un convidado de piedra que debe de tener la tripa rota, según traga el maldito; ya nos ha caído que hacer; es el alquilino de la señora.» Así me contestó, y yo pienso que eso de llamarle *de piedra* será porque parece un niño de los altares, tan sonrosado y hermoso que da gloria.... También lo he visto yo, y como

todo se me olvida no he dicho nada, pero bien que lotenia en la punta de la lengua.....

¡Ah, también comía en la casa! ¡Oh! El viento de la murmuración redobó su furia; las lenguas, como los badajos de campanas echadas á vuelo, se agitaron desordenadas, y poderosa artillería irresistible, en un instante pusieron por los suelos la fama de las de Pérez Orza, que si fuera almenado castillo se derrumbara también al empuje de armas tan mortíferas y de tan intrépidas Amazonas. Como queda en el oído el rumor de la tempestad al alejarse, y despejado el zénit, el nubarrón que huye va descargando truenos más y más débiles, luego que desfilaron las tertulianas de las Cadenas, en el zaguán y bajo las ventanas, aún se escuchaba el murmullo de sus voces, el repique de sus malas lenguas, y dentro la sala el eco de la charla venenosa.

Misia Elvira volvió á su manequí, silenciosamente; y prendiendo ella alfileres en el corpiño y cosiendo Dolorcitas, pasaron buen espacio sin que chistaran, guardando una y otra, piadosamente, sus reflexiones amargas por vergüenza de sí mismas, por lástima de Jorgito. Una vez se encontraron sus ojos, y comprendiéndose, la viuda, con súbito enojo, apartó el manequí, que desmayado quedó sobre el sofá, y vino hacia la hija, inoviendo la cabeza:

—¿Qué te parece, Dolores?

—Mamá ¿qué te parece?—dijo la chica en el mismo tono.

—Hay que prevenir á Jorgito.

—Sí, hay que prevenir á Jorgito.

—Afortunadamente, no tiene con ella compromiso. ®

—No, no tiene compromiso.

—¿Jorgito ha vuelto?

—Ya habria parecido por aquí.

—¡Claro! Como no sea día de visita de su Leona, viene á las tautas.

Decidieron esperar á Jorgito. Le esperaron mucho tiem-

po sin hacer cosa alguna, atentas al rumrum de las habillitas que les zumbaba en los oídos, presente en la imaginación y sugestionándolas aquel personaje extraordinario que estaba á mesa y mantel con las de Pérez Orza, intimidad sospechosa, cohabitación vituperable en todos sentidos, aunque en el fondo fuera inocente. Maria Rosa lo dijo, con lengüetazo cruel: que no habia necesidad de quebrarse los cascos para descifrar el enigma; caballero tan galán iba atraído á casa de las de Pérez Orza... ¿Por quién? ¿Por la vieja?... Era indispensable prevenir á Jorgito. Y esperaron á Jorgito mucho tiempo. Cuando el timbre del tranvía sonó en medio del silencio nocturno, delante de la casa, las dos saltaron de sus asientos; y misia Elvira, apenas descubrió Agueda el cerrojo de la cancela de hierro, se abalanzó al joven, que entraba, le cogió de la muñeca, y tirando de él, le llevó á la sala, diciéndole con premioso acento:

— Ven acá, páñfalo; ven acá, infelizote, que mientras te estás de lectura ó te paseas por las nubes buscando consonantes, no falta quien te ponga en ridículo y te escarnezca ante el mundo entero. No lo sabes, ¿verdad? Bobo, estúpido....

— ¡Ah, tilingo, Juan Lanás, alcornoque!— exclamó Dolorcitas sacudiendo el brazo libre del asustado mancebo.

— Pero ¿qué hay, qué?... —acertó él á mascullar.

— ¿Qué hay? ¿qué?— repitió la viuda con visajes de burla;— ¿qué? sí, grandísimo zonzo, prepárate á abrir la boca, á desmayarte.... Dolores, hija, pídele un poco de vinagre á Agueda... ¿Qué hay? que mientras su señorita ladra á la luna, la señorita Leona se ha metido á vivir con un galante de veinte años; aquí, en las propias narices nuestras. Toma, y chúpate el dedo.

— ¡Mamá!

— ¡No hay mamá que valga! Nos lo acaban de decir las tres Marias....

— ¡Las tres Marias son unas deslenguadas!

— Y la médica inglesa, y Lili y Emma. Pregúntaselo á

Agueda, que ha sorprendido á Sebastiana comprando perdices para el que ellas disfrazan con el nombre de inquilino, como si quisieran tapar el cielo con un harnero. Sí, hijo, un galán, que según el parecer de todas estas amigas, es de *primo cartello*... ¡Toma, toma! ¡Ay, quién lo pensara! Te digo que las Pérez Orza nos han pasado el bizcocho.... ¡Qué finas, qué lagartas!

Le dejaron libre, y Jorgito se desprendió el gabán claro de entretiempo, se echó á la nuca el sombrero, se atusó las patillas rubias; atolondrado por el chaparrón de insultos y la noticia, no sabia por qué registro salir: únicamente la confianza en la inocencia de Leona, brillaba, iluminando la confusión de las ideas, como estrella que asoma en noche lóbrega, y se atrevió á exponerla á las iras de la mamá y de la hermana:

— Sospecho que en todo esto existe un *mal entendido*; ¡Leona no es capaz, creo en la inocencia de Leona!

— Creo en Dios padre.... dijo misia Elvira con risa forzada.— Cállate, infeliz, que si tú tienes buenas tragaderas, por aquí no pasa nada. ¡Si está instalado el buen mozo desde ayer, en la pieza grande! Y la prueba del pecado salta á los ojos: hace días que ni Jeromita ni Leona vienen á casa, ¿por qué? Pues por temor de un careo. ¿Has visto tú tampoco á Leona? ¿Por qué se encierra? ¿Por qué huye? ¡Sólo huyen los criminales!

¡Leona culpable! Jorgito rechazaba esta idea, á pesar de los cargos abrumadores. Y como dos avispas, la madre y la hermana, le picaron furiosas; después de lo ocurrido; y comprobado por todo el barrio que en casa de las Pérez Orza vivía un hombre, que no era hijo ni hermano de ninguna de ellas, aun que alegar pudiera otro parentesco, hubiese ó dejara de haber sombra de trapicheo en el asunto, y estuviera Pantaleona más limpia que una patena, no lo estaba de sospechas, y en consecuencia, el rompimiento se imponía, pero en seguida, calentito, sin más trámite que el de la notificación fulminante. Para que no se escudara en

el nombre honrado de Cadenas, y á su abrigo pretendiera parar los golpes de la crítica social; para que no las arrasara en su caída vergonzosa y les cubriera á todos de porquería... ¡Ah, con razón, en los albores de sus relaciones, la viuda se opuso á ellas; el estado civil de Pantaleona Pérez Orza ofrecía obscuridades donde la lógica, obrero que en profunda mina cava y cava sin resultado, no sacaba dato que satisficiera, ni conjetura; ¿era hija de D. Jesús? legítima no, porque no le heredó. ¿Natural? por qué renunciaba á la parte de herencia que le correspondía si llegaba á probarlo? Y dando de barato la filiación natural, ¿quién era su madre? ¿Dama, criada, mujerzuela, qué? ingerto, al cabo, la tal Leoncita, sabe Dios de qué árbol podrido, su alianza no valía ninguna ganga para la familia honorable de Cadenas, que por el entronque de una Prisco, misia Estanisladita, con un Sangil, D. Pepe, gozaba del parentesco de los acandalados Sangiles. Pues bueno se pondría D. Pepe, su padrino, el protector á quien debia el empleo de Relaciones, cuando se enterase de la turbia aventura en que se mezclaba el nombre de su futura sobrina! Misia Elvira y Dolorcitas no querían ni pensarlo... Aquel suceso, confirmando los pronósticos, y reforzando los argumentos expuestos, venía á punto para desatar un lazo que, felizmente, no estaba del todo anudado.

Algo más repuesto, Jorgito contestó:

—¡Lo pensaré... digo, lo haré, lo haré después de averiguar la verdad... *sapristi!* Eso de condenar sin oír al reo, al supuesto reo... No sean ustedes tan crueles. Eso de Leona se me antoja un disparate, una calumnia....

—¡Zonzo, habieca, adiós!—exclamó la madre, amenazándole con las uñas.

—¡Adiós, poeta!—le saludó la hermana, regalándole un pellizco.

Y se marcharon ambas, dejándole que se encerrara en su despacho y en los brazos amorosos de Polimnia, la lírica, buscarse el consuelo del mal rato que le habían propi-

nado. Parece que los espíritus superiores, devotos de las modernas escuelas filosóficas y literarias, en cuyas ondas se bañan á diario y se recrean, como en un lago de aguas milagrosas, adquiriesen fortaleza diamantina para resistir la prueba del dolor; y ó no sienten el que les hiere, por babérseles vuelto guijarro el corazón, ó no confiesan lo que sufren, por orgullo de sectarios... Jorgito encendió un cigarro, y sentándose en el sillón de la mesa, pronto al recado de escribir y apercebida la pluma, clavó los ojos en el techo. Era su manera de invocar á la musa: y para expresar el amargo sentimiento que debia de embargarle, en el almacén de sus recuerdos poéticos escarbaba; ansioso, á caza de la palabra rara, estrambótica, nunca oída, de la cuenta de cristal que en la estrofa habia de sustituir á la lágrima sincera; porque los espíritus superiores de la decadencia ni aman ni lloran en la forma cursi que los que no calzan tantos puntos de grandeza soberana. Batió la musa sus alas, dió el pie con la palabra deseada, y Jorgito escribió este epígrafe: *La duda*, y debajo el primer verso. *Al Styrión las concerberas testas...*

Retorcendo conceptos, y en la búsqueda de aquellas palabrejas que mejor ocultaran el pensamiento y lastimasen el oído, entretúvose hasta la media noche, y llegó á ennegrecer dos páginas, las cuales contenían, á su juicio, la hiel toda de la duda que la brutal franqueza de su madre derramó en su pecho enamorado.

Fuése luego á acostar y durmió tranquilo, sin que celos ni dudas le desvelasen, y cuando á la mañana siguiente, los pájaros alegres, esos poetas del aire que no esclavizan su inspiración y á las leyes de escuela alguna prestan acatamiento, rompieron á gorjear, y el sol bañó el patio y entró la pequeña Evangelina con la taza de chocolate, al joven, ya vestido, recitaba los versos de la vispera: *Al Styrión las concerberas testas...*

¿Qué sería, en suma, el lio monumental armado por la madre, la hermana y aquellas preciosas Marías, los moni-

simos vibreznos del barrio, descendientes directos de la serpiente abuela del Paraíso, la que debió de tener, como ellas, la piel suave, los ojos mansos, la boca risueña, la lengua afilada y los dienteños agudos...? ¿Qué sería, al cabo, sino un atajo de necias mentiras, ó una verdad desfigurada y contrahecha? Si tal inquilino existía, ¿á qué atribuirle el papel de galancete y colgarle á la otra un sambenito inmerecido? No que le pareciera bien á Jorgito el hecho que había soliviantado al barrio, pero ¿quién se mete á juez en la casa ajena? Probablemente, después de tanta alharaca, iba á resultar el galán convertido en un vejancón inválido, amigo y acaso pariente de Don Jesús, si no en el mismo Montreal en persona!

Tal pensaba Jorgito, mientras zabullía bizcotelas en el chocolate, abierias las puertas de la alcoba, y cara al patio, por donde acertó á pasar misia Elvira en chambra aún y pantuflas, ocupada en la matutina faena de *picanear*, como ella decía, á las criadas, ó sea meterlas prisa y azuzar la paraguaya pachorra. Detúvose la señora y muy bajo le enjaretó este parrafito:

—He encargado á Agueda que le soasaque á Sebastiana cuanto pueda acerca del Fulano, con mucha habilidad: quién es, cómo se llama y cuántos años tiene... Y para vencerme del todo, que apenas una línea me falta, esta tarde me planto en el observatorio de las tres Marias, y hasta no conocerle no paro; además, Dolorcitas irá á hablar con la misma Leona, que entre muchachas hay confianza, y aunque no soy tan boba que crea va á confesarle la verdad, algo se sacará en limpio, y según sea ello, la relación quedará cortada para siempre... ¡Tú, por supuesto, tan fresco! Habrás compuesto tus versitos, y no pensarás sino en que te los publiquen... ¡Qué sangre de pato, señor! ¡Ay! Que si estuviera en tu pellejo, las Pérez Orza no se burlaban de mí: ¡de un par de bofetadas había mandado ya al intruso á alquilar piezas en otra parte!]

—Mamá, ¿y si fuera un viejo el dichoso inquilino?

— Eso lo sabremos hoy mismo... No han de tener cataratas en los ojos cuantos afirman que es joven, rubio y bien parecido.

Pusieron punto al coloquio, y Jorgito, muy preocupado ya, salió al patio, y bajo el alero del corredor, mientras paseaba con el cigarrillo en los labios, dejaba tomar cuerpo á estas ideas desagradables:

—El asunto me parece más grave que anoche. ¡Buen papelón hago yo si el inquilino nos sale tal cual le pintan. Nada, que el carpetazo se impone ó no tengo vergüenza, ¿Querré yo de veras á Leona? Porque más me duele la ofensa que la pérdida de su amor, lo confieso... ¡Ah, Leona! Leoncita de mil demonios! ¿Qué significa eso de admitir inquilinos en tu casa, y así, de buenas á primeras?... ¿Por necesidad? Entonces, ¿y la pensión?... ¡Ay, Leoncita de mi vida! culpable ó no, te vas á llevar el bolsazo del siglo. ¿Conque inquilinos á mí, buenos mozos y de primo cartello? Aguarda, que pronto te mandaré el desahucio. Mamá tiene razón, hay que romper; lo exigen las consideraciones sociales, el que dirán, el amor propio... ¡Yo, que me había acostumbrado á verla y á darla bromas sobre los lunarcitos de la nuca, el fresal que yo le llamaba! Vamos, que no me esperaba esto, y maldigo de la estúpida idea de acoger inquilinos que á misia Jeromita le ha entrado. Estoy que no sé por dónde salir: si lo aguanto, el ridículo mecae encima; si protesto, lo pierdo. Asunto grave, gravísimo...]

En la cocina daba voces misia Elvira porque encontró las cacerolas llenas de pringue, un vaso roto, los paños sin lavar, abierta la fresquera y con un enjambre de moscas dentro, y todo en el más lamentable desorden del mundo. ¡Si á Agueda se le caía el alma y su cachaza sacaba de quicio á la paciencia misma! ¡Qué mastuerzo de mujer! ¡Qué zafia, qué marrana! ¡Y la otra, la pequeña Evangelina, la china descocada! Acababa de sorprenderla con los dedos untados de nata. ¡Ah, ladrona! ¡Ah, puerca! ¡Han visto ustedes? ¡Meter la mano en el jarro de la leche! ¡Ni que la

mataran de hambre! ¡Gelosa!... Algunas gallinas, muy huecas, guiadas por el orondo gallo, escababan con desenfado en los arriates, y el morrongo, sobre el brocal del aljibe, se lavaba gravemente la cara, señal segura, al decir de Evangelina, que por huir del nublado escapó hacia la huerta, de que vendrían visitas. Entre los árboles se despepitaban charlando los atrevidos *chingolos* y los jilgueros, y allá en la sa'a sonaba la *Singer* galopando sobre la tela de alepín, haciendo curvas y rectas bajo la habilísima dirección de Dolorcitas, que hasta dos veces levantó la cabeza y dirigió a su hermano una mueca expresiva:

— ¡Que te la pegan hermanito, que te la están pegando.

El joven, aburrido, se echó a la calle con esta intención: Si está en la ventana, le hablaré; también puedo descubrir al prójimo. De todos modos, pescaré algún dato: ¡pecho al agua! Hasta la esquina de Pérez Orza anduvo con las manos en los bolsillos, pensando que seguramente la hallaría en la ventana, porque a esa hora acostumbraba a aviar la sala ella misma, como buena mujercita hacendosa, y sin temor de que la vieran con la escoba ó el plumero; envuelta la cabeza a la moda vascongada, barria y fregoteaba, sacudía los limpiabarras en el balconcito y se mostraba al público doncella perfecta, la que luego hacía de señorita á maravilla. Jorge sabía también que labava y planchaba, y de guisar entendía mejor que el practicón más sabio. ¡Cómo, con tan bellas disposiciones daba que hablar al barrio, la que respetada fué siempre de la malicia? Porque generalmente no se ensaña ésta con la mujer casera, á quien poco importa tizne de más ó de menos en horas de labor, y á la coquetería no da otro espacio que el exigido por la pulcritud y la buena crianza... Cerradas aparecieron las dos ventanas, y el joven desandó el breve camino, más preocupado que antes: ancha y larguísima la calle del hermoso arrabal bonarense extendíase entre las dos aceras, bordeadas de árboles diversos, casi solitaria, y sólo el tropel de lecheros á caballo, de robustos vascos de boina y

chiripá, singular maridaje de indumentaria, cómoda transacción de costumbres regionales interrumpía el concierto de los pájaros en los jardines con el golpear de los cascos, el batir del líquido dentro de los tarros enormes, bruñidos como la plata, y la monótona canturía; ó el cascabeleo de los tranvías que bajaban repletos á la ciudad, fábrica gigantesca donde el Trabajo inapera, y á cuya cita parecen todos correr, animosos. Pasaban rápidamente, y el silencio campestre renaca; tras de las verjas, que el rocío esmaltaba y lucían al sol con chispeo de [diamantes, oíase vago rumor de insectos y alegres risas de niños; entre la arboleda, las casitas rústicas, los castillejos feudales de imitación, las *villas* caprichosas, abrían de par en par sus persianas y celosías al aire salútilero de la mañana, y en tanto la calzada blanca dormitaba en paz, larga, larguísima, dominada por la cúpula plomiza de San José de Flores, reina y señora del contorno....

Volvióse Jorgito, y hacia la esquina de Pérez Orza de nuevo dirigió sus pasos: en el jardín de Blümen vió á Emma, la institutriz, con dos serafines de luengo; cabellos rubios, persiguiendo á las mariposas, y á la *Escopeta* en el suyo, un ojo sobre el libro, que aparentaba leer, y el otro en la calle: mas, no bien llegó al callejón, descubrió la linda cabecita de Maria Rosa fisgoneando por la tapia, y las otras dos, que ya se ocultaban, ya aparecían, para desaparecer las tres de golpe y asomar después una á una tímidamente. Al mismo tiempo, en el hueco de la ventana abierta de Pérez Orza, se mostraron dos brazos vestidos de blanco y dos manecitas morenas, que sostenían el conocido ruedo de moqueta con el rey moro sobre el camello color de café con leche, al que sacudieron el polvo de lo lindo; pero la dueña de aquellos brazos no daba la cara á la curiosidad callejera y Jorgito avanzó hasta encontrarla re-guardada por la persiana, tan desmejorada que no le pareció la Leona alegre de otros días.

Con los dedos, ágilmente, trazó en el aire las letras que constitulan esta pregunta:

—¿Es cierto que...?

La muchacha quiso contestar en el mismo lenguaje, pero no movió un solo dedo: inclinó la cabeza manifestando que sí.

—¿Es cierto que...? —insistió la mano de Jorgito

—Sí, respondió la abrumada cabeza de Pantaleona.

Y los brazos vestidos de blanco recogieron al rey moro, corriendo la persiana en las mismas narices del chico de Cadenas.

IV

—Ya se han marchado —anunció Sebastiana entrando gozosa en la alcoba de Pantaleona —el príncipe delante y ella después; salga usted, niña, de este encierro y venga a tomar el aire mientras yo la preparo el almuerzo. ¡Santa madona! Se está usted poniendo más flaca que un perro, y si tiene pensado no salir del cuarto ni sentarse a la mesa en tanto ese jilguero vive en la casa, se irá usted al cementerio en tran expreso. ¡Hay alquilino para rato! Venga usted, niña, salga usted...

—¡Ah, Bastiana! —suspiró la muchacha —ni a la ventana ni al jardín puedo asomarme, porque me acechan Emma enfrente, la Escopeta en la esquina, las Marias al lado. Tú misma me cuentas que el barrio hierva en chismes y comentarios, que te asedian en el mercado a preguntas y anda mi nombre rodando por el suelo. Vergüenza me da que me vean... ¡Hasta ellas, las Cadenas, deben de dudar de mí! Jorgito me sorprendió anteayer en la ventana y me preguntó si era cierto lo del inquilino. ¿Qué había de responderle? Luego me mandó con Evangelina estos versos, que yo no entiendo, pero cuyo título basta para explicar la intención: *La duda*... Esto quiere decir que él duda también. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¿Qué va a ser de mí? Porque ni Jerónima cederá, ni yo tampoco, eso no; y en la lucha lle-

Con los dedos, ágilmente, trazó en el aire las letras que constitulan esta pregunta:

—¿Es cierto que...?

La muchacha quiso contestar en el mismo lenguaje, pero no movió un solo dedo: inclinó la cabeza manifestando que sí.

—¿Es cierto que...? —insistió la mano de Jorgito

—Sí, respondió la abrumada cabeza de Pantaleona.

Y los brazos vestidos de blanco recogieron al rey moro, corriendo la persiana en las mismas narices del chico de Cadenas.

IV

—Ya se han marchado —anunció Sebastiana entrando gozosa en la alcoba de Pantaleona —el príncipe delante y ella después; salga usted, niña, de este encierro y venga a tomar el aire mientras yo la preparo el almuerzo. ¡Santa madona! Se está usted poniendo más flaca que un perro, y si tiene pensado no salir del cuarto ni sentarse a la mesa en tanto ese jilguero vive en la casa, se irá usted al cementerio en tran expreso. ¡Hay alquilino para rato! Venga usted, niña, salga usted...

—¡Ah, Bastiana! —suspiró la muchacha —ni a la ventana ni al jardín puedo asomarme, porque me acechan Emma enfrente, la Escopeta en la esquina, las Marias al lado. Tú misma me cuentas que el barrio hierva en chismes y comentarios, que te asedian en el mercado a preguntas y anda mi nombre rodando por el suelo. Vergüenza me da que me vean... ¡Hasta ellas, las Cadenas, deben de dudar de mí! Jorgito me sorprendió anteayer en la ventana y me preguntó si era cierto lo del inquilino. ¿Qué había de responderle? Luego me mandó con Evangelina estos versos, que yo no entiendo, pero cuyo título basta para explicar la intención: *La duda*... Esto quiere decir que él duda también. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¿Qué va a ser de mí? Porque ni Jerónima cederá, ni yo tampoco, eso no; y en la lucha lle-

haré la peor parte. Nepomuceno, él con no venir y yo con no ir á verle, porque Jerónima te ha prohibido que me acompañes, maldito lo que el pobre puede ayudarme. Ya conoces la carta que me ha escrito, aconsejándome que aguante *en nombre de sagrados deberes*.... ¡Dame algún consejo, Bastiana de mi vida!

—¿Qué mejor consejo que el de salir á tomar el aire, ahora que no hay moros en la casa? Usted dispense, pero la señora *sacramento!* no se porta como una señora.... ¡Caramba!..... Pues lo primero es salir, por lo menos hasta que ellos vuelvan, y mascar alguna cosita. Entretanto discurremos un medio..... Diga usted, ¿y si yo le aburriera quemando todos los guisos y echando en las salsas ciertos polvos que yo me sé y le tuviéramos de cólico todas las noches?

—¡Jesús! Te ponía enseguida Jerónima de patitas en la calle.

O le rompiera el espejo donde se pasa mirando el bigote todo el día, ó el estuche de sus navajas, ó.....

—Ay, Bastiana! Si no se te ocurre otra cosa.....

—*Sacramento!* (Lo mejor será darle un guantazo. ¡Le parto yo por la mitad como á un muñeco, con estos mano!..... Porque le tengo sentado en la boca del estómago; la hace á usted sufrir y á mi trabajar más que á una negra: que los tallarines para *sua eccellenza*, y los raviolitos, y hoy *polenta* y mañana *gnochi*, y mucho queso parmesano... Traga como un bultre y se bebe dos botellas por comida de *Chianti* especial, pues no qu'ere *carlón*. ¡Ah, si me dejara yo llevar de mi genio!....

Callaba la joven, y la mujerona se ¡atrevió á cogerla de la mano:

—Vamos, niña, afuera, que la grasa se estará pasando. Para los criminales se ha hecho la cárcel.

Delante de la cocina, donde ardía la hornilla y ebulliendo estaba la manteca en la sartén, sentose Leona rodeada de *Diamela* y los dos galos, que la festejaban con arruma-

cos graciosos, y prestó grande atención á la obra de Sebastiana. . . Desde aquella mañana del escándalo que no se sentaba así, libremente, en el jardincito: reclusa voluntaria, por no tropezarse con la hermana, á quien no hablaba, ó con el otro, transcurría el día sin que saliera de su alcoba; comía después que ellos habían concluido, y oía su alegre charla de sobremesa en el comedor vecino; velales pasar ante su puerta, misia Jeromita indiferente, él entre curioso y desconfiado: apenas tocaba á los platos, dejándose consumir de tristeza, de cólera impotente, de sofocada desesperación. Ocho días iban corridos de esta manera, ella encerrada y ellos como si estuvieran solos en la casa, ó no existieran Leonas en el mundo, ansiosa-ella de saltarle á la cara y desfigurarle á arañazos cada vez que cerca de su jaula se pavoneaba, tan relamido y ecicalado, ó recibía de la hermana una chinita de estas:—Cuidado, señor Lucca, que puede morderle á usted. . . ¡Lo que llevaba pensado, urdido, desechado, imaginado Pantaleona en estos ocho días, convencida de la absoluta nulidad de los medios que la ofrecía su situación de mujer, y de mujer desvalida! Había asistido, en abarriencia impasible, á la transformación de la pieza grande en dormitorio digno de un rey, según el juicio de Sebastiana, y á la pacífica instalación del extranjero un día que misia Jeromita se puso de tiros largos con la falda negra de moaré, la mantilla de Semana Santa y unos pendientes de perlas pocas veces sacados á relucir del estuche viejo donde los guardaba, nunca pudo averiguar Pantaleona el motivo de vestir tan ceremonioso, y cuando la vió volar en coche, traía al lado á Fortunato Lucca, y entró triunfalmente, radiante, con satisfacción y altanería que á ella, la derrotada, la crisparon los nervios y pusieron mala de verdad el alboroto de la noche, luego, en el comedor y los tapacazos del Champaña corriendo en celebración de un suceso incomprensible y desconocido para Pantaleona.

Ciertamente, Pantaleona quería mucho á misia Jeromita: no conoció la infeliz otra madre que ella, y su cariño

tenía algo de filial, mezcla de ternura y gratitud, sino efusivo, arraigado y firme; en vida de D. Jesús, y después de muerto, sus querellas fueron las de dos niños que disputan por un juguete, y á la verdad, la primera en ceder y en perdonar era la más vieja, y Leona la tercera, la rencorosa, la indomable, más por mimo extremado que por dureza de carácter. Y así como quería Pantaleona á misia Jeromita, la respetaba en su virtud austera, de señora aprisionada en el círculo angustioso que las conveniencias trazan despóticamente á la mujer, envejeciendo con resignación, soportando las tristezas del celibato con dignidad, sin ofrecer á la malicia sombra de pretexto para disculpar una mordedura en su reputación, acaso, ¡ay, sí! sacrificándose en aras del cariño fraternal, pues no era tarasca á quien muchos desdénasen, y su cualidad de pensionista la aseguraba marido en la primera ocasión deseada.

No, Pantaleona no lo comprendía, ni se daba cuenta de este cambio asombroso, extraordinario, que, de golpe y porrazo, habla transformado á misia Jeromita, volviéndola del revés al punto de quedar desconocida. No, la que tales desaciertos cometta, liándose la manta á la cabeza, era otra Jeromita que la reposada, amable y grave de antaño; otra, porque no distinguía lo que con los ojos cerrados el menos listo: estas dos razones, grandes como un templo, claras como la luz: primera, que el Fortunato Luca en casa representaba el mejor incentivo para la calumnia, que hiere con más saña y acierto cuando la lógica le presta su disfraz; segunda, que la víctima propiciatoria sería ella, su Leona querida, cuyo nombre y cuya felicidad comprometía.

Pantaleona comenzó á dudar de misia Jeromita: su desatinada conducta y la dureza para tratarla, hicieron que volteara cien veces la rueda de su pensamiento, y cien veces se detuviera en el mismo punto tenebroso: ¿qué clase de relaciones unta á la hermana con el joven toscano instalado en la pieza grande, contra viento y marea? Tales parecían los síntomas posteriores, como los prolegómenos del

hecho inaudito, que Pantaleona, al cabo de los ocho días, no dudaba casi, y ante la supuesta evidencia retrocedía avergonzada.

—No te molestes, Bastiana,—insistió suspirando,—que tengo más ganas de llorar que de probar bocado.... ¡Te parece que con estas cosas!.... Me doy de cabezadas en mi jaula, pretendiendo escapar por los barrotes estando abierta la puerta, como rabioso pajarraco, y me ensangriento y lastimo sin encontrar la salida. ¿A dónde he de ir? ¿Qué he de hacer? Mi protesta silenciosa de nada me vale, promover el escándalo sería dar gusto al barrio con renosca-bo de la razón que me asiste y en perjuicio de mí misma: consentir, no puedo; transigir, tampoco; aguantar, como dice Nepomuceno; ¿hasta cuándo? Esta clase de situaciones no se prolongan mucho y á voluntad, revientan el mejor día, y lo arrastran todo.... ¡Ay, Bastiana, déjate de hacer bifeecs y dame un consejo, por tu vida.

—Todo consejo que yo diera, *signorina*—contestaba la mujerona aporreando el trozo de carne y aderezándole sabiamente,—maldito si le serviría á usted, porque el que no come se muere y una vez muerto no le resucitan todos los consejos del mundo. Después que haya usted comido, le daré yo uno....

—Dámelo ahora, que te prometo devorar cuanto me pongas delante.

—Pues, verá usted; á mí, si usted no lo toma á mal, me pasó algo parecido á lo que en esta casa está ocurriendo: que el mi padre, ya viudo, se buscó mujer joven y la quiso meter conmigo, y nos pusimos á matar las dos, yo que había de echarla fuera, y ella á mí, y mi padre, naturalmente, del partido de ella, porque no hay mayor siavergüenza, con perdón de usted, que viejo á quien le pica el amor.... Pues, entre ella y yo y mi padre, y todos tres, convertimos la casa en el mismo infierno: el día que no nos tirábamos con los platos, nos arañábamos ó nos hacíamos las más grandes perrarias, hasta que yo, cansada, una noche de

gresca la pegué una tunda á la mala hembra en las nalgas desnudas, que corrió sangre ó creí verla correr; acudió el viejo á defenderla, y de un guantazo le hinché los hocicos, y á los dos les dije: «¡Abur, queda el campo libre, me voy á América!»

—¡Bastiana!... ¿Y eso quieres que haga yo?

Cuando á una se la acaban la paciencia y las razones, vengan moquetes, y venza el más fuerte. ¿Había yo de aguantar á la tal? Eso de aguantar, bucao está para el señor D. Nepomuceno, que es un bendito... ¿A qué no sabe usted á qué ha ido la señora al pueblo? A comprarle unas toallas más finas á *nuestro príncipe*, porque las de pelo ¡le estropean el cutis! Aguante usted, aguante usted... Y esta noche le guisaremos con arroz la gallina catalana, esa tan ponedera, que usted crió y sacó del huevo: aguantar, aguantar... Y más, y más, ¿le he dicho que Agueda me dijo que sus señores *no pondrían ya los pies aquí*? ¿Y tampoco la médica, ni ninguna vecina? Aguante usted, niña... Si no habrá otro remedio: ¡con estas manos, y el que es delgadocho y flitito! si usted me autoriza, le hago picadillo.

—¡Cállate, Bastiana, no seas borrica! que me estás friendo como la carne de esa varién, ¡ay, Dios mío!

—El que dará lástima de verle, es su primo de usted, D. Nepomuceno, ¡tendrá el cuarto a aquel... ¡y como la señora Mercedes no toca una escoba, porque su condición de viuda de un visca de Adarna se lo prohíbe... ¡Sacramento! Yo creo que debiera usted casarse con D. Nepomuceno... ¿Y qué? ¡Eh! la quiere á usted muchísimo, la adora, y tiene unos celos de D. Jorgito... ¡Parece mentira que no lo haya usted descubierto! Pues, ¿qué mejor solución del *timbró-glio*? Cada uno en su casa y *tutti contenti*.

—Bastiana, que desbarras. Si Nepomuceno es casado!

Se levantó, disgustadísima, y fué á visitar sus plantas olvidadas, que, en la sofucida lonja de terreno que la tapia y la vereda las concedían, vegetaban tristemente, expuestas, sin defensa, á sus minúsculos y poderosos enemigos, y así

talaban las orugas los rosales; los jazmines perdían hojas y capullos, devorados por los piojos; la hormiga negra, en volantes escuadrones, asoleaba el campo de batalla, y la humedad y la sombra del muro daban vida á más formidables combatientes... En el corral, gallináceas y palmípedos la saludaron con estrejitosa algarabía; dieron zapatetas los conejos y esponjose el pavo, arqueó la cola y alargó el colorado moco más de un palmo, la triste condenada, acurrucada en el nidal, cloqueó mansamente bajo la mano del ama cariñosa. Mediaba el día, y el sol triunfante incendiaba el campo y el aire, como en las mejores mañanas de esto; las torrecillas y flechas de la quiata de Blumen, sobre el fondo turquí del cielo, se destacaban graciosas, á semejanza de recortada estampa de colores; volteaban ruidosamente las finas y pintadas aspas de su molino, dispensador del agua benéfica; chapaba la vidriosa cresta de la tapia; daban el alerta los gallos del contorno, y convidaba á ses-tear la tranquilidad vecinal.

Cuando Sebastiana llevó el almuerzo á la señorita, la halló de codos sobre la consola de su alcoba, donde había echado un mantelillo y colocado el cubierto; y cuanto hizo el femenino coloso para distraerla, ya con su charla pintoresca, ó con juramentos de irrespetuoso y mal contenido enfado, fué completamente inútil y hubo de tornar á la cocina, arrojando el desdenado filete á Diamela, que por no querer compartirlo con su amiga *Palitos blancas*, recibió un zarpezo de *Barcino*, arañándose entre los tres trifalca superior.

Hartose de cavilar Pantaleona, al cabo, y la sedación la adormiló en la butaca. No oyó, pues, el violento cerrar de una sombrilla delante de la alcoba, cuya persiana dió paso á Dolorcitas, entrando ésta muy solocada, con fingidas tos de necio portador de encargo grave, mientras decía:

—¡Jesús! ¡No se ve gota! Ché, ¿dónde estás?

Acercó una butaca á la en que Pantaleona reposaba y

sacudió el brazo de la durmiente. ¡Qué frescura! ¡Qué conciencia tan ancha! ¡Durmiendo, como si no hubiera toto un palo, á la vista y paciencia de todo el barrio! ¡Leona! ¡Leoncita! Cuando la otra despegó los hinchados los ojos, advirtió la de Cadenas las huellas del dolor, y se echó atrás:

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Todavía la maldita jaqueca?

Y quedó sin saber cómo soltar la bomba, que bien preparada y envuelta acababa de confiarla misia Elvira; porque, Pantaleona, al reconocerla, rompió á suspirar, y ella se enterneció al punto de titubear si la soltaría ó no, aunque la advertencia final de la mamá la sonaba en los oídos: —Guárdate de sus lágrimas de cocodrilo y de algún patatlús de comedia! Se compuso el pecho, mirando á la bonita alcoba tendida de cretona y adornada de mil graciosas chucherías; entretanto, renovaba la tosecilla impertinente.

—¡Por Dios! En verdad, razón no te falta para afligirte, pero... Confieso que yo no soy de las que creen, y las hay que creen horrores. ¿Acaso te conocemos de fayer? Sin embargo, hija, suceden cosas... Al más ciego se las pueden poner delante. Y en el barrio sobran ojos que vean y lenguas que corten, ¡qué lenguas! También ustedes, ¡qué poco tino! Yo se lo he dicho á mamá y á Jorgito, queriendo disculparte: es falta de tino nada más. Porque, al principio, pensábamos que el tal sería algún vejete inofensivo, á pesar de lo que en contrario afirman todos, y la pobre mamá ha llegado á creerlo cuando lo ha visto, lo ha visto...

Apenas respondía Pantaleona, aplicando el pañuelo á la cara. Dolorcitas continuó, dejando miramientos inútiles:

—Después de esto, hija... Ponte en nuestro lugar. Tú no niegas que hayás tomado inquilino...

Pantaleona movió la cabeza.

—No niegas que este inquilino sea joven...

Volvió Pantaleona á mover la cabeza, y Dolorcitas hizo un gesto expresivo:

—Largo...

Apartó la otra el pañuelo de la cara y la miró. Había

tanta serenidad y resignada tristeza en los ojos negros de Pantaleona, que Dolorcitas quedó medianamente confusa, y como si de viva voz la acusaran, defendiéndose dando golpes con la sombrilla sobre la estera.

—Repito que yo no creo nada, no creo nada.

Y Pantaleona desahogaba su amargura á raudales, con atropellada exaltación. Si era cierto, ¿cómo negarlo, y para qué negarlo? Misia Jeremita había arrendado la pieza grande en uso de su perfecto derecho, sin consultar al vecindario, ni darle parte de lo que ni poco ni mucho le importaba; y hábala arrendado porque los tiempos corrian muy difíciles y cada cual sabe dónde le aprieta el zapato, y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y así como unas se valen de la aguja para ir tirando, otras del mejor medio honrado que encuentran, etc. etc. En estas razones sanchescas, y cien etcéteras de igual calibre encerrada estaba la verdad, la verdad pura y limpia de las máculas sospechosas con que la pérfida malicia pretendía agraviarla: creyéranla ó no, á despecho de apariencias y cavilaciones, ella tenía su conciencia muy tranquila, y llevaba más alta que nunca la frente. Lo que la afligía mucho, muchísimo, era que ellas, las Cadenas, la juzgaran mal; que Jorgito pudiera imaginarse... ¡Si la primera en criticar la decisión de misia Jeremita, la primera en oponerse formalmente y con todos los recursos de diplomacia y de guerra, fué ella, ella quien aconsejó, rogó, se enojó y chilló hasta poner el grito en el cielo!

—Hace ocho días que ese hombre está en casa—añadió acalorándose más;—pues hace diez que no hablo yo con Jerónima ni me siento á la mesa, recluida en esta habitación, y de aquí no saldré ni haré con Jerónima las paces mientras ese hombre siga en casa. ¡Lo he jurado! Y si á ver á ustedes no he ido, atribúyanlo á la dolorosa vergüenza de saber que se me señala con el dedo... Quisiera esconderme debajo de la tierra. ¡Dolores de mi alma! ¡Soy muy desgraciada!

—Tranquillízate ... Eso mismo te he dicho yo á mamá y á las que nos fueron con el cuento. Pero, hija, las apariencias, el decoro ...

—Entonces, ¿ustedes también? ¿Jorgito también? ¡Ah!

—No; ¿qué hemos de creer nosotras de ti? ¡Mujer, por Dios! Te diré ... Oye: á mamá ¡ya la conoces; tan celosa del buen nombre de su familia, exageradísima en los achaques de honor como un caballero andante; lleva sus dos apellidos de Prisco y Cadenas montados en las narices, y todo lo mira al través de ellos, agigantándose cuanto mira porque son vidrios de aumento. Pues figúrate cómo andará desde que supo ... Hija, no le entran razones y exige el rompimiento absoluto. El pobre Jorgito, ¡figúrate también! él te quiere, te adora, pero lo que dice mamá: el honor antes que el amor. Así, estos días han sido de barullo en casa: discusiones, gritos, lágrimas, soponcios; anoche Jorgito no comió, y me parece que ha velado en su despacho. El quería venir para hablar contigo, pero te disuadimos: «Y si tropiezas con el prójimo y se arma una cuestión?» Mamá quería venir también, pero temió un choque con Jeromita. Entonces convinimos en que viniera yo, no á pedirte explicaciones, que sobran, sino á ... ¡Te aseguro que he dado una carrera! ... Está la calle más vigilada ... El callejón de las tres Mariss es un puesto de policía; sin embargo, supongo que no me han *pispado*.

Ahogándose, ofreciendo el seno á la estocada, Pantaleona preguntó:

—Has dicho que no vienes á pedirme explicaciones. ¿A qué vienes entonces tan madrosa de que te vean entrar en mi casa?

—Pues á eso—contestó simplemente la embejadora,— á manifestarte que las relaciones con mi hermano, por causa de este suceso desagradable, no pueden continuar. Ponte en nuestro lugar, Leona, y de seguro nos darás la razón.

Calló la de Pérez Orza, intensamente pálida; tosió Dolorcitas, satisfecha de haber soltado la bomba tan fácilmente.

te y sin que la crisis de llantos y lamentos se produjera, y entre cada *jé, jé*, de la tos fingida intercaló estas gruesas palabras: *apariencias, decoro, sociedad*, con aspavientos de los lindos ojos y golpecitos de la sombrilla, mientras decía para sí:

—La he clavado como un murciélago á la pared; apenas respira. ¡Si pensaba engatuzarme con sus gazmoñerías ... Toma y ráscate ahora ... He cumplido mi misión. Y el zonzo de Jorgito que no se atrevía ...

Friamente, con desdén que cubría la honra herida, Pantaleona rechazó la ofensa. ¡Buena! ¿A qué tantos rodeos para decirlo? Hubiera comenzado por ahí y se ahorrarán palabras inútiles. ¡Triste misión la que cumplía la embejadora! Y qué mayor nobleza mostrara Jorge Cadenas si él en persona, como buen caballero, se presentaba á acusarle, así, frente á frente, le dijera cosas que á un tercero parecía excusado decirles! Jorge Cadenas se había portado muy bien, de una manera digna de los Priscos y Sangiles, orgullo de su madre, misia Elvira.

—Ni anillo ni palabra de compromiso tengo que devolverle—añadió.—Si acaso, sus versos y sus cartas. *Levantándose.* ¿Que él no lo exige? No importa. ¿Qué haría yo con ellas? ¿A él pueden hacerle falta, Dolores! Con cambiar mi nombre y el consonante, le sirven para otra ... ¡Para otra tonta que crea que lleva corazón dentro del pecho! *(Abriendo un secreter.)* Aquí están los versos, las cartas, las flores secas ... estas no le servirán ya, pero van tan baratas como los versos. Transmítele este buen consejo de mi parte: que á otra la hable en lengua vulgar; porque si sus versos han de ser tan expresivos como su corazón, mal éxito le auguro en sus amores: no todas son Leonas crédulas, mansas y bobas. Y con el consejo, mi profundo agradecimiento por el honroso concepto que le merezco. Toma.

Desconcertada, titubeaba Dolorcitas en tomar el paquete. Pantaleona se lo echó sobre la falda, y la dió la espalda, canturreando entre dientes.

— Supongo, amiga mía, que esto no será una razón para... Las circunstancias variarán, y entonces, todavía... — insinuó melosamente la de Cadenas.

Y Pantaleona, súbitamente inflamada, sacó la zarpa feroz:

— ¡Nunca! ¿Lo oyes? Jamás; así me lo pidiera de rodillas! Me ha ofendido con su sospecha infame, ha lastimado mi orgullo de mujer: No se lo perdonaré nunca. Las circunstancias variarán, y brillará la verdad, ¿quién lo duda? Pero Jorge Cadenas no recuperará mi estimación, que mi amor él mismo se ha encargado de matarlo. ¡Nunca, nunca! Tendría que ver... Y si me encuentra, que no me mire, que no me salude, porque le volveré la cara.

— ¡Leona, por Dios!

Se acercó a besarla, y ella se dejó besar toda erizada, temblando de indignación y de cólera. Dolorcitas es excusaba; al fin y a la postre, no tenían culpa de lo sucedido; ¿por qué habían de separarse enemigas? Y despediese con monerías gatunas, achacando a los otros, a la mamá y al hermano, la desconfianza y la intransigencia... Al salir, el sol las deslumbró a las dos, y Dolorcitas abrió la sombrilla; pero, no se marchaba, deslizándose ojeadas curiosas hacia el fondo de la casa, hacia la puerta de la pieza grande, albergue del prójimo misterioso, a quien rabiaba por conocer, para decir como las otras: «¿Le he visto? ¿Estaría o no? Con el pretexto de admirar las uvas del parral, que ya pintaban, se acercó dando saltitos como los gorriones... ¡Qué dicha! la puerta, de par en par, descubría la hermosa alcoba, recién aviada, amplia, limpia y bien oliente...»

— ¡Ay, Leona! Yo soy muy curiosa, ¿me permites?

Y entró de rondón, palpando la tela de las cortinas, los frascos de perfume del tocador, los libros de la consola, las fotografías agrupadas en las paredes. Huroneó a su antojo, mientras preguntaba a Pantaleona, que no pasó del umbral, contrariadísima:

— Dime, ¿éste es él? ¿Qué buen mozo! Y estas serán sus

hermanas, porque se le parecen mucho. Aquel de los bigotazos, ya le conozco: Víctor Manuel; no se concibe italiano sin Víctor Manuel, Garibaldi y Mazzini, su trinidad política. En cambio, ningún emblema religioso para un remedio. ¡Qué bien huele! Parece cuarto de dama; no debe de fumar, que si fumara... ¡Ea, ya salí de la curiosidad, dispensa, hija, hasta la vista!... ¡Ay!

No fué ella sola quien chilló de sorpresa, sino también Pantaleona, porque a su espalda, la voz de Fortunato Lucca, aquella voz dulzona y odiosa, acababa de pronunciar:

— Signorine....

De pie, en la vereda de ladrillo, el bonito Fortunato inclinaba la bionda cabeza de cubierta, muy halagado de la visita de ambas jóvenes. ¿Por dónde entró, que no le sintieron? Leona escabullóse, sin cuidarse ya de Dolorcitas, y ésta huyó también, corrida de vergüenza, las dos como palomas asustadas.

Pantaleona echó la llave a su puerta, y en la misma butaca se recogió cejijunta. Oía al otro dar ordenes a Sebastiana y alborotar en el comedor con mucho abrir de cajones y remover de botellas, platos, vasos y cubiertos; sin duda preparaba su merienda, el obligado *lunch* de la tarde; sin duda, en la ferreteria de Barbarossa el trabajo no sobraba ni urgía tanto, cuando en día hábil se daba suelta a los dependientes. Oíale Pantaleona andar, hablar y disponer con arrogancias de amo que no admite réplica, ni sufre deficiencias en el servicio... Y olvidaba la irritante vecindad, señoreando su imaginación la idea del rompimiento con Jorgito, y de nuevo, la cólera, que apenas pudo refrenar delante de Dolorcitas, desatábase impetuosa, haciendo que golpeará el brazo de la butaca y arrojase palabras de desprecio: — ¡Imbécil!

Porque no era pena de amor lo que padecía, sino herida del orgullo. ¡Imbécil! que tan gravemente la ofendía, y en forma tan descortés. ¡Imbécil! poeta ñoño, mal caballero.... ¿Qué encontró en él que la había cegado al punto de

no caer en la cuenta que sacaba ahora con perfecta claridad? ¡Qué estúpidos somos, pero qué estúpidos! ¡Y qué misterio este del amor, más tenebroso, á pesar de cuanto sabios, psicólogos y moralistas de toda laya han dicho y estudiado. Véase, para muestra, lo que luego, más calmada, escribía la joven á Monreal:

«La novedad del día, Nepomucenito de mi alma, es que ha estado Dolores Cadenas á noticiarme, lisa y llanamente, que su señor hermano, en vista de lo que ocurre en casa y en el barrio se murmura, ha resuelto quebrar amistades conmigo, ó sea enviarme un bolsazo superior. Tú creerás que yo me he desmayado y flojos mis nervios por la guerra que sostengo, he preparado mi vasito de agua con fósforos, y estoy hecha un mar de lágrimas; pues no, Nepomuceno, por extraordinario, inverosímil y contradictorio que te parezca. La idea de que el señor Cadenas llegara á sospechar de mí en la situación equívoca que la locura de Jerónima me ha creado, me arrancó más lágrimas en estos horribles días que las que vertiera Magdalena arrepentida; pero, la realidad del hecho, en vez de producirme el dolor del perdido cariño, ha sublevado mi orgullo de mujer indignamente agraviada, y á estas horas no queda en mi corazón rastro alguno; de que haya estimado siquiera al señor Cadenas. Más todavía, para que sea mayor tu extrañeza y me consideres la criatura más voluble y sin seso de la tierra: veo ahora todos los defectos, físicos y morales, del señor Cadenas, como los ves tú, enemigo suyo desde el primer día y opositor constante de estos amores nuestros; no disputo ya contigo que sea un títere sin carácter, un poetaastro sin inspiración, un perdulario sin porvenir, tonto, vanidoso y hasta feo con aquel rubio amarillito que gasta, los ojos descoloridos y la tonadilla que emplea para hablar... Explicame, Nepomucenito, este raro fenómeno, tú que sabes, á veces, filosofar tan bien: ¿por qué le reconozco yo al señor Cadenas estas cualidades, que no le reconocía (¡te juro que no!) antes de ofenderme? Si el cariño me cegaba, ¿qué cariño tan

arraigado, que se deja arrancar del primer tirón! ó será que el amor propio es más fuerte que el otro, y puestos á reñir le vence sin remedio?»

«En suma, que tal como lo pinto está mi ánimo, y no creo que vuelva á acordarme del Sr. Cadenas, ni del santo de su nombre, sino para execrar su villanía. Porque, ¡ay, Nepomuceno! de su indigna sospecha participa todo el barrio, y nadie nos visita y todos huyen de la nuestra, como de casa apestada; ¿qué peste mayor que la calumnia, Nepomuceno? ¡Tampoco vienes tú, que fuiste siempre mi consuelo y mi apoyo! Ven, y no hagas caso de él, si le tropiezas, ni de Jerónima, si sale á desafiarte, y entra derecho en mi cuarto, que aquí te espera esta prisionera del decoro y esclava del deber; mira, Nepomuceno, que no hallo de quien valerme, y el profundo entredicho que me separa de Jerónima se ahonda por instantes y por instantes crece la insolencia del toscano, y mi prudencia sola no bastará á impedir que la mina reviente, si ellos, en el umbral de mi puerta, se complacen en mantener encendida la mecha. Tú me predicas la paciencia en nombre de sagrados deberes... ¿Qué deber más sagrado que el de salvar la propia honra? ¡Te parece que yo, después del afrentoso repudio del señor Cadenas y de las murmuraciones con que se me abruma, puedo seguir indefinidamente en mi actitud de protesta silenciosa, privada de aire, de libertad, de afecciones y de distracción? ¿No comprendes que no, Nepomucenito de mi vida? ¡Doy vueltas, desesperada, en la estrechez de mi jaula, para caer en la dolorosa cuenta de que, si vinieras tú decidido á sacarme de este infierno, había de estrellarse tu buen deseo en los miramientos sociales, porque fardar más pesada que mujer joven no existe, ni de colocación más difícil. ¿A quién me arrimo? ¿dónde voy, que no me persiga la calumnia y me aceche el peligro? ¿Estaré condenada á partir el pan en la misma mesa con ese hombre, causa y motivo de mis penas? ¡Antes en un convento, Nepomuceno! ¡Mira

cómo, forzosamente, ha de volverse la vista á Dios, cuando el mundo nos abandona! . . . »

«Por las razones ante dichas y estas exigencias ridículas que me prohíben vaya sola, sin perro de compañía, á visitar á un señor primo sesentón, no me verás en la calle de Montevideo hasta las calendas griegas; pero si yo pudiera ir, aunque tú, por rencor contra Jerónima, no vieras, bastante adelantariamos en el camino de la solución. Pensamos Sebastiana y yo cómo tendrás el cuarto, Nepomuceno, de arañas y de polvo, cómo la ropa blanca, sin zurcir, y la de paño, falta de botones y bencina; cuántos pañuelos te habrán perdido y cuántos cuellos, porque misia Mercedes entiende sólo de cobrar su mes y al inquilino que le parta un rayo. . . . Aquí suspendo este memorial, porque acaba de llegar Jerónima, y su voz, como la del otro, ¡lo confieso, Nepomuceno! me crispera los nervios. Tengo miedo de que á ella le alcance un día el odio que al otro conservo, y el que cultivo empeñosamente. Escríbeme pronto. . . . Pero no me hables del Sr. Cadenas, ni me recuerdes que he estado encadenada á su insignificancia un año corto, que mi desgracia ha hecho demasiado largo. . . . »

Dejó la pluma, y extendió la mano hacia un mendrugo que de la cena anterior quedara sobre el secreter con la botella de vino dedicada á su servicio; y lo mordió ansiosa, pues su estómago sordamente comenzaba á quejarse de la injusta penitencia que sufría, alborotándose á causa de los efluvios culinarios procedentes del comedor, y que la nariz iba recogiendo golosamente; bebió así mismo un trago de vino, y se absorbió de nuevo en la tristeza de sus preocupaciones, de la que no saliera si la charla de los vecinos no la perturbase é irritara.

Mientras de asuntos baladfes trataron, poca atención les prestaba Pantaleón, y en la callada alcoba, que oscurecía la sombra de la persiana, estabase inmóvil, comentando sólo con un fruncir de cejas las palabras sueltas más melosas ó de ambiguo sentido; pero muy pronto bajó el diapa-

són la pareja, cesó el retintín de los cubiertos y el diálogo tomó tales caracteres de misterio que, lo que hasta entonces no le ocurriera, entráronle á Pantaleón desafortadas ganas de espiar por el ojo de la llave. Fué de puntillas, se arrodilló delante de la puerta y miró. . . . ¡Oh, exquisito refinamiento de la malicia, suspicacia del pecado y astucia de la desconfianza! Misia Jeromita habia opuesto á la probable curiosidad de Pantaleón una pelotilla de papel introducida en la cerradura, no tan fiel y bien colocada que pudiera resistir al ligero, sigiloso y paciente empuje de una horquilla, que la mano de la muchacha eslogió en el negro rodete, franqueando á la vista cuanto ésta pudo abarcar, y era, en verdad, digno de contemplarse. . . .

Sobre la mesa tendida de un mantel adamascado, en que se combinaban los colores rojo y gris y festoneaba ancha cenefa blanca, el servicio de te, de metal, las fuentes con pastas y fiambres, la empajada botella de *Chianti*, un florido vaso en el centro, y en ambas cabeceras, negligente-mente apoyados, los brazos de misia Jeromita y de Fortunato, sosteniendo las caras plácidas de mortales que en amorosa paz celebran una buena digestión; no se habia quitado la capota la señora, cargada de plumas y cintajos; él, de batín perla con cabos azules, se esponjaba en la silla con el pedantesco aplomo de quien conoce la importancia de sus prendas físicas. Hablaban bajito, y no de asuntos que suscitaran discusión, pues apenas si replicaba Fortunato á lo que exponía misia Jeromita, y debia de estar relacionado con Pantaleón, porque ésta, enhebrando palabras y descifrando gestos, pudo entender lo siguiente:

— ¡Si acabará por cansarse, tonto! ¡Lleva ocho días! Pnes antes de dos semanas la tenemos aquí, mano á mano con nosotros. ¿Quién resiste al encierro y ayuno que ella misma se ha impuesto? Dice Sebastiana que hoy tampoco ha querido almorzar; ya la obligará su estómago á ceder. Siempre fué igual: pronta en atufarse, de genio vivo, rencorosa. . . . hasta que se aburre de su papel. Y si no cediera

¿qué? peor para ella; ¿dónde irá que más valga? Pero no es mal síntoma ese de que la hayas sorprendido en la puerta de tu cuarto, mientras la desfachalada de Dolores curioseaba dentro: te digo que antes de dos semanas abandona su actitud revolucionaria.

Aquí Fortunato interpuso algo en su lengua, y Pantaleona siguió traduciendo la respuesta de la hermana mayor:

—El primo Nepomuceno, después de la tunda recibida, no vuelve aquí, porque sabe lo que le espera; ella tampoco irá, pues Sebastiana, ó cumple mis órdenes ó la pongo en la calle; y ¿sola qué ha de salir de casa? Le escribiré, eso sí, y me tiene sin cuidado: ¡contra cien Pantaleonas y cien Nepomucenos te defendería yo!

Cogiendo una pelotilla de pan, se la arrojó, muerta de risa, y el toscanito se escudaba con la mano.

—¡Figúrate! ¡Si la dueña de la casa y de la bolsa soy yo! Además, estoy cansada de la tiranía del primo, que siempre me ha manejado de las narices. . . . Déjales que se unan y conspiren: no podrán, ¿qué han de poder?

Otra vez dijo algo Fortunato, pero lo que centestó misia Jeromita no logró atraparle la muchacha; sólo trases descosidas:

—Dueño y señor. . . . Si el borrico de Barbarossa te va cargando, no vayas á la ferretería. . . . También los otros son muy exigentes: piden y piden, y no dejan de pedir. . . . Bien que se pagó la ceremonia. . . . ¡Ay, Fortunato, Fortunato!

No percibirían los oídos, al través del diminuto agujero, cuanto deseaba la curiosidad insaciable; en cambio, la vista gozaba á sus anchas de la mimica de los dos actores, interpretando fácilmente sus silencios y apartes, de modo que á la espía no le quedaba duda de lo que la cara morenada de la hermana expresaba, toda bañada en placentera alegría, chispeantes de pasión los ojillos, temblándole los labios zalameros, acariciando al otro con la mirada y la voz, y recreándose en él con orgullo. . . . El se esponjaba desdeñoso, y hasta dos veces bostezó sin recato, atusaba

las rubias guías del bigote, contemplábase las uñas rosadas. . . . ¡Qué cosas se descubren por el ojo de la llave! Misia Jeromita le ofreció un bizcocho que él rehusó, y cortándole en pedacitos con el tenedor, se los ponía en la boca, y él no rehusaba ya, se reía, se reían los dos á carcajadas; ella le cogió la cabeza para besarle, y él se resistía; más forcejeaba ella y más se resistía él; él se levantó para huir y ella le detuvo por la manga, corriendo ambos, él delante, ella detrás: José y la Putifar en donosa lucha, que no cesó hasta que no hundió á su antojo la dama los golosos labios en la perfumada cabellera del doncel. . . .

Pantaleona se apartó del observatorio, y furtivamente ganó la butaca. La ira y la vergüenza la sofocaban. Y el llanto que no arrancó la insolente embajada de Cadenas, afluyó á los ojos de Pantaleona; con el pañuelo sobre ellos gimíó la joven bastante rato, ahogando los sollozos, de temer que la oyeran sus vecinos. Luego acabó de desahogarse en este párrafo agregado á la epístola de Monreal:

«¡Lo que he [descubierto, Nepomuceno, ahora, ahora mismo, en el espacio transcurrido desde que dejé la pluma, porque oí la voz de Jerónima, hasta que vuelvo á tomarla, más muerta que viva, después de sorprender cosas. . . ! No sé lo que me pasa, Nepomuceno; la vergüenza me confunde, la ira me quema y atosiga: temblando estoy, apenas puedo escribir, no distingo bien; mi letra descuidada y los borrones te demostrarán el estado de mi ánimo. ¡Qué horror! ¡A sus años! ¡Si es para no creerlo! Lo sospechaba, me lo tenía tragado, pero me decía: mientras no lo compruebe palpablemente, no, no hay que pensar mal de nadie. ¡Si, Nepomucenito de mi vida, sí, sí; se entienden, se tutean, se besan, se besan! lo he visto por el ojo de la llave, en el comedor. . . . ¡Qué desvergüenza! ¡Qué infamia! ¡Es esta una casa honrada, Nepomuceno? Jerónima está loca, loca de atar. Dice que ni de tu oposición ni de la mía hay que temer; que á ti te desterró para siempre y á mí me doblegará con su indiferencia, segura de que cederé en plazo

breve y acataré los hechos producidos.....Ahora menos que antes: me colgaré de un madero, me beberé un jarro de agua de fósforos... todo menos suscribir con mi complicitad el deshonor de la familia. ¡Qué día, Nepomuceno! ¡Día completo! ¡Después del bofetón del señor Cadenas, este descubrimiento espantoso! ¡No puedo más...!»

En el comedor sonaban las patadas de Sebastiana, que alzaba los manteles. Pantaleona, hecha un caos su cabeza febril, no se movía. Porque, dijera lo que dijera á Monreal, en el fondo de su alma, entre otros sentimientos en revuelta, luchaban el amor de Jorge y su propia soberbia como dos feroces combatientes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625-MONTERREY, MEXICO

V

Desde que la madre Eva comió la indigesta manzana del Paraíso, ha sido triste achaque humano padecer el castigo de la reflexión después de la caída, y que al recién apurado placer acompañe la náusea del remordimiento. No había de sustraerse á esta ley ineludible la señora de Pérez Orza, quien antes de los quince días, con la miel en los labios aún, estaba en guerra con su conciencia, siendo inútiles cuantas componendas y transacciones forjaba para acallarla, y evidentes ya las señales de la derrota bajo la forma ingrata de ojeras profundas, que acentuaban el marchitamiento de la faz. Sobre todo, lejos de la presencia de Fortunato y de su influencia sugestiva, en la quietud de la siesta, cuando sentada repasaba la ropa oyendo cacarear á las gallinas, entapujados bajo su falda la friolera *Diamela* y los dos morrongos, el interrogatorio del juez formidable la suspendía hondamente.

Lo primero que á ella la escogió fué la intransigencia de Pantaleona, cuya fiereza creyó domar; luego, la revuelta del barrio entero, aquel cordón sanitario que en torno de su casa se formara; la fuga de sus amigas, negativa de saludos y otros síntomas de la general censura, tan elocuentes, que no se necesitaba mucha sagacidad para apreciarlos en su verdadero significado. Sebastiana la tenía al corriente del chismorreco diario, que en un principio provocó su furia, y al cabo, sintiéndose ahogada en el vacío, tra-

breve y acataré los hechos producidos.....Ahora menos que antes: me colgaré de un madero, me beberé un jarro de agua de fósforos... todo menos suscribir con mi complicitad el deshonor de la familia. ¡Qué día, Nepomuceno! ¡Día completo! ¡Después del bofetón del señor Cadenas, este descubrimiento espantoso! ¡No puedo más...!»

En el comedor sonaban las patadas de Sebastiana, que alzaba los manteles. Pantaleona, hecha un caos su cabeza febril, no se movía. Porque, dijera lo que dijera á Monreal, en el fondo de su alma, entre otros sentimientos en revuelta, luchaban el amor de Jorge y su propia soberbia como dos feroces combatientes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625-MONTERREY, MEXICO

V

Desde que la madre Eva comió la indigesta manzana del Paraíso, ha sido triste achaque humano padecer el castigo de la reflexión después de la caída, y que al recién apurado placer acompañe la náusea del remordimiento. No había de sustraerse á esta ley ineludible la señora de Pérez Orza, quien antes de los quince días, con la miel en los labios aún, estaba en guerra con su conciencia, siendo inútiles cuantas componendas y transacciones forjaba para acallarla, y evidentes ya las señales de la derrota bajo la forma ingrata de ojeras profundas, que acentuaban el marchitamiento de la faz. Sobre todo, lejos de la presencia de Fortunato y de su influencia sugestiva, en la quietud de la siesta, cuando sentada repasaba la ropa oyendo cacarear á las gallinas, entapujados bajo su falda la friolera *Diamela* y los dos morrongos, el interrogatorio del juez formidable la suspendía hondamente.

Lo primero que á ella la escogió fué la intransigencia de Pantaleona, cuya fiereza creyó domar; luego, la revuelta del barrio entero, aquel cordón sanitario que en torno de su casa se formara; la fuga de sus amigas, negativa de saludos y otros síntomas de la general censura, tan elocuentes, que no se necesitaba mucha sagacidad para apreciarlos en su verdadero significado. Sebastiana la tenía al corriente del chismorreo diario, que en un principio provocó su furia, y al cabo, sintiéndose ahogada en el vacío, tra-

jo la batalla interna que la clavaba en el sillón y hacia sus pirar á la vista de Pantaleona, cuando, obligada por sus quehaceres domésticos, pasaba ésta silenciosa y severa, como una sombra acusadora.

Pero cuanto se diga del paroxismo de cólera que acometió á misia Jeromita la vez que Sebastiana la refirió la embajada de Dolores Cadenas, no dará idea que lo exprese mejor que haberia visto desencajada, echando injurias, pronta para deshacer la calumnia y castigar el agravio. No he encontrado en mis apuntes la comprobación de que fuera seguidamente á casa de misia Elvira á ajustar cuentas estrechas, y aunque el testimonio de criados sea, por lo común, sospechoso, á él habré de apelar, consignando, en prueba de imparcialidad, lo que declara Agueda la paraguaya, y es al tenor siguiente: que entre las dos y las tres, á tiempo que en la sala, rodeando al maniquí la viuda y Dolorcitas ensayaban una prenda, como pantera furiosa se presentó la vecina de enfrente, y con voces, que más bien parecían aullidos, exclamó:— ¡Aquí estoy yo, que vengo por mi honra y la de mi hermana!—Del susto, quedó tumbado el maniquí, y mudas la madre y la hija sobre las cuales llovieron porción de insultos y buen puñado de verdades. ¡Malas lenguas! A ver si repetían en su cara las indignidades que en contra de ella y de Leona propalaban. Nadie tenía el derecho de hablar de la familia de Pérez Orza, y el que hablaba mentía, mentía y mentía! Porque ningún Pérez Orza habia sido, hasta ahora, acusado de quiebra fraudulenta como Don Jorge Cadenas; ningún Pérez Orza pescaba en los pantanos de la curia como Sangil... ¿Quiénes eran los Cadenas para rechazar una Pérez Orza? ¡Si le hicieron un favor inmerecido al poetilla del Jorgito! ¿Dónde estaba el mocoso que no salía? Que saliera, que le enseñaría á respetar á una señora, ¡ella era una señora! y donde ella pisaba, y donde pisaba Leona, no merecía ninguna Cadenas poner el hocico. ¡Guaranguas, atrevidas, deslenguadas!

Dice Agueda que temblaban los cristales con los gritos, y que á estos y otros denuestos semejantes opusieron las Cadenas vergonzoso silencio; si misia Jeromita pasara de dichos á hechos y las da la graa soba, ellas consenten de puro cobardes y espantadas que estaban por la recia é imprevista acometida, pero, según declaró, repugnábala ensuciar en ellas sus manos, y las dejó bien vapuladas, sin que, por fortuna, tropezara á su vuelta con ninguna de las Marias, la Escopeta ó Emma la germana, pues tal venia de iracunda, que hiciera picadillo de lenguas en plena calle.

Respecto del fracasado intento de reconciliación con Pantaleona, hay indicios para creer que, sea después de la azotaina á sus examigas, ó porque el relato de Sebastiana la conmoviera en favor de aquella víctima de su flaqueza, llorosa, indignadísima y eternecida penetró en la jaula de la prisionera, y, antes que se pusiera en guardia, la dió mil besos, llamándola su Leona, su Leoncita, como en los buenos tiempos de su fraternal cariño.

—Lo sé todo, hija, pobre Leoncita de mi alma! Ese imbécil, ese pelagatos se ha atrevido... No le hagas caso, mejor; no hay mal que por bien no venga; no te merecía. Sólo siento que no hayas sido tú quien le diera el pasaporte... Deja, que él y toda la familia de Cadenas corre de mi cuenta. Tocan á cortar lenguas, hija mía, y las cortaré de raíz... Entretanto, perdona mis arranques pasados: ya sabes que te quiero, mala, rencorosa; venga usted y abrace á su hermana vieja, señor erizo!

—Jerónima, contestó secamente Pantaleona—pobre olvidar y perdonar y muchas cosas, que soy tu hermana, y entre hermanos la guerra es odiosa, pero mientras ese hombre esté bajo nuestro techo, no esperes avenencia conmigo.

—Eres terca: tienes la cabeza de piedra.

—Y tú el corazón!

—¡Leona, que me faltas!

—Pues me callo.

—¿Es tu última palabra?

—La última.....

Diéronse recíprocamente las espaldas, y quedó peor que estaba la situación. ¡Ese hombre! Sabía la tonta quién era ese hombre? ¡Oh! interés menguado y dura exigencia de ley! Con una palabra sola misia Jeromita reducía y amansaba á Pantaleona y se apagaba la alharaca del barrio, como se calman las encrespadas olas arrojando aceite sobre ellas. Pero la discreción la costó los labios, y obligábala físicamente á desafiar bablillas y exponer la felicidad de su hermana menor, por conservar la pensoncita oficial de que vivían, y que en tan grande peligro había puesto la tardía pasión del hermoso toscano. ¡Qué mucho que las ojeras aparecieran más evidentes cada día, y el afán de refrescar los ajados encantos fuera ocioso, si la preocupación colaboraba con la edad en la obra destructora?

Los mismos sobresaltos que antes de echarse de cabeza en el Rubicón de su amor disparatado la torturaban ahora, pero más vivos y dolorosos; y si pudiéramos conocer lo que, oculto en secreto recoveco de su conciencia, guardaba con avaricioso cuidado, no extrañaríamos aquel abandono repentino de la media sobre la falda, el clavar de la aguja en el acerico pendiente del pecho anheloso y la dilatación de los espantados ojos, testigos de algún feo pensamiento que hubiera surgido de pronto como re pugnante animalejo.

A tantos motivos de intranquilidad y desagrado que amargaban el dulzor de la deliciosa manzana, vino á sumarse uno de gravedad suma y capaz él sólo de perturbar la serena paz á que la infeliz señora debía renunciar, y éste la venció en el sillón, después de volver y revolver la cartera, y en los escondrijos del armario, de su lavabo, del joyero de concha y de todos los muebles en que solía depositar dinero, buscar hasta perder la cabeza. Indudablemente, de la pensión del mes no la sobraban más que 12 pesos con 20 centavos, ¡y estaban á 18 de Abril! Apenas para el gasto diario, mientras esperaba la nueva paga, demorada

siempre... ¡Claro! ¡El menaje de la pieza grande, el equipo de Fortunato, los derechos parroquiales, los accesorios de la ceremonia, el impuesto del silencio á favor de los testigos Pietro Calli y Giacomo Verola, dos tunantes insaciables todo había salido de la misma bolsa, la suya, que ella escurrió y agotó imprevisora! La miraba en sus manos vacía y decíase asombrada:—Pero, señor, ¿cómo ha podido ser esto?... Las economías que permitió acumular la tranquila existencia que Pantaleona y ella llevaban, se habían evaporado, y en el aturdimiento febril en que hallábase ahora no lo notaron sus dedos voraces hasta dar con el fondo. Quedose fría, pensando, con lucidez extraña en quien el amor senil trastornaba, que exhausta la bolsa, faltábale el único cebo capaz de retener al lindo Fortunato, el cual, ¡oh amarga certidumbre! si no veía la ruina de sus atractivos, canas, arrugas, dientes postizos y carnes fofas, era porque ella le tapaba los ojos con dos monedas doradas; que el día que no pudiera tapárselos, descubriría la realidad y vendrían desvíos, surgirían regaños, y la pérdida de Fortunato en la primera disidencia conyugal. ¡Válgame Dios! ¿Por qué el corazón ha de mantenerse joven, mientras el cuerpo envejece y, privado de auxiliares y valedores, se empeña en ser el paladín de la imaginación?

Misia Jeromita estaba segura de que para conservar á Fortunato hacíase indispensable conservar también la maravillosa armadura, que reemplaza [en muchos casos con ventaja] las de la juventud y la belleza. ¿Cómo? Por el método vulgar de sumas y restas, reduciendo prudentialmente los gastos, moderando los apetitos de modo que el debe y el haber estuviesen en equilibrio, ya que pretender saldo favorable fuera exagerada ambición. Se lo diría á Fortunato, ¡vaya si se lo diría! en forma tal que no se ofendiese, ni pudiera vislumbrar la penuria de la bolsa en aquel desdichado mes de Abril; sobre todo, porque se suprimiera definitivamente el brutal saqueo de las manazas de Pietro y

Giácomo, que si paraban de meterlas en ella era para preparar nueva embestida.

Y se lo dijo, con circunloquios, sonrisas y cucamonas, tirándole pellizquitos y papirotazos; de cuyo sabroso color es resumen el parrafillo que sigue:

—Mira, rico, ¿sabes? Nuestra pensión merece que la tratemos con más respeto; la pobre hace cuanto puede por complacernos y nos da todo lo que la exigimos, siempre que no la saquemos de quicio y la dejemos vivir el mes que la corresponde. Si la maltratamos, se nos queda en la última boqueada antes del 30, y adiós caprichos, golosinas y *tutti quanti*.... ¿Qué tal, mi gringo? ¿Verdad que adelantó?.... Bueno, florentinillo mío, decíamos... eso, que cuidemos de su buena salud, para que acabe sus días en la fecha legal, y sin trastornos ni escaseces esperemos su resurrección, el dinero de fresco. ¿A qué declararte, si lo sabes de pe á pa, que el derecho de llamarte mío me ha costado todas mis economías? Todas, hijito, ni migaja queda. La triste pensión tiene, pues, que llevarnos á cuestras... Y cuidado, que esto no va contigo: va con los desalmados de tus compañeros de la ferretería, que abusan, sí, señor, abusan; se les ha dado suficiente... ¿qué digo para guardar un secreto?, para cien secretos, y todos los días se descuelgan con nuevas pretensiones: hoy, que la mujer de Giácomo está á punto de parir; ayer, que el hermano de Pietro se rompió un brazo, y lástimas á diario, miserias y exigencias insolentes. También al Filipino Nero se le compró el reloj con medallón.... Hijo, para tantas misas se necesitaría un tesoro, y aun así, dudo que bastaría para el furioso pordiosear de tus paisanos. Bien sé yo que algún sacrificio se impone, dada nuestra vidriosa situación: que abran ellos la boca y publiquen lo que está y debe estar oculto, y nos parten, nos revientan, nos dejan en la calle. Pero que miren un poco, ¡per Dio!, como tú dices, y muestren que tienen conciencia.... ¿Me das la razón, gringuito de mi vida? ¿Verdad que me la das?

El contestó que se la daba muy á gusto; pero, en realidad, el discurso le pareció deplorable, dibujándose en su boca fina y encendida el menosprecio, y en su mirada dura la amenaza. Que los tempranos alardes de tacañería le sentaron mal, lo comprendió misia Jeromita de seguida, y decidió hacer lo que los patrones de buque que corren una borrasca: echan todo el lastre al mar, es decir; vender las últimas alhajas de familia para que su producto rellenase el hueco que la torpe administración había dejado en el presupuesto del mes, y al próximo pedido de la voz amada contestar con el *si* cuya dulzura alegraba los ojos del arcángel, en vez del ingrato *no*, semilla de futuras desazones y causa inicial del recelado vencimiento.

Entretanto, Fortunato abandonó la ferretería de Barbarossa. Motivos que alegar no le faltaron, siendo todos originarios de la mala crianza y el despotismo del gigante, que pretendía manejarle como á un muñeco y le maltrataba de palabra á todas horas. El no estaba acostumbrado á que le sobajasen: su padre, maestro de escuela y todo, era persona cultísima y de mucha ciencia; su madre, hija del *sindaco*, pertenecía al cogollito de su pueblo; la hermana mayor estaba casada con un capitán de *bersaglieri*, y la más pequeña *fidanzata* al hijo de un *marchese*, arruinado, pero marqués de ley. En su casa no se conoció jamás el mal-estar pecuniario, y si él emigró fué por humor de aventuras... Pues el bruto de Barbarossa, olvidando que se las había con persona decente, vomitaba sobre su cabeza la bilis de su genazo cada día; se complacía en humillarle, acaso envidioso de la posición conquistada, gracias á su enlace con la señora de Pérez Orza, y llevaba su osadía hasta á gastarles bromitas de muy mal gusto relativas á la edad centenaria (¡así, allí se expresaba el indecente!) de su consorte. Si continuaba en la ferretería, exponíase á perder entre las manos de aquel bárbaro, porque, acabada la paciencia en un raptó de cólera, le arrojaba una pesa ú otro proyectil que hubiese á su alcance, y le despachurraba

el gigante en seguida de un zarpazo, león que castiga la insolencia del gusano

Con ambos Neros había muy buenas migas, lo mismo que con Giacomo y Pietre, pero con Barbarossa... Lo más cuerdo y previsor era dejar la plaza, y la dejó, sin que misia Jeromita se opusiera, aunque ella lamentase de veras una resolución que amenguaba el fondo conyugal, pues poco que le pagara Barbarossa á Fortunato, ese poco servía, por lo menos para afileres, y nunca está de más un pan con un pedazo. De esto nada dijo, pero adujo razones muy sutiles acerca del probable contagio de la malquerencia de Barbabosa en el ánimo de sus compañeros: ¿y si éstos, por congraciarse al patrón, se volvían también enemigos y le hostilizaban con las armas terribles de que disponían? ¿Y si cantaban de plano? ¡Ah! ¡Fortunato imprudente y temerario!

—Ma no— afirmaba él, garantizando calurosamente la lealtad y la discreción de sus compinches de la ferretería.

Y en la capuana ociosidad á que aspiraba se sumergió con delicia. Levantábase muy tarde, entreteníase en el jardín ó en el corral con los bichos domésticos, y, sentado en un sillón de paja al pie de la higuera, leía á Stechetti y á otros poetas modernos italianos, cuyos versos declamaba muy propiamente; ó con un hilo de voz abaritonada, de boniño timbre, cantaba las partituras más famosas, mostrando conocimientos de la música bastante extensos. Pintaba también acuarelitas y óleos inocentes, habilidades todas estas que asombraban y cautivaban á misia Jeromita, porque lo que apenas era fugaz llamarada de artista incipiente y falto de energía creadora, parecíale á ella prueba de talento superior y nuncio de sabe Dios qué brillantes destinos. No se movía Fortunato de la casa, entregado á tan variadas y gratas distracciones, y ella de su lado, admirándole, aplaudiéndole, cuidando de que no cogiera frío, de que le sirviera el café á punto Sebastiana y cuanto lisonjeara su capricho, esclava suya, idiotizada con la posesión del hermoso

arcángel florentino: dejándose él querer, mimoso, displicente, antojadizo, iracundo á veces, y manso, dulcísimo para pedir, para sonsacar aquello que la señora deseaba poder defender mejor y apenas defendía: los restos de la manoseada cartera de tafilete.

Guardado como le tenía, y tan sujeto, no padecía de celos misia Jeromita; pero, el mismo toscano, aburrido de la sujeción ó de la monotonía, insinuó que valía la pena de pensar en qué emplear algunas horas, de provecho y escaso trabajo; en un comercio, no, porque él no quería depender de patronos autoritarios, y sus instintos artísticos le inspiraban aborrecimiento al mercantilismo de baja estofa; pero dado que en la metrópoli bonaerense «comerciante serás ó no serás nada,» sería de estos que van á la bolsa, las manos en los bolsillos y con aire de rentistas desocupados, á mirar las pizarras y arriesgar un centavito al negro y al rojo, á la baja ó á la alza. Se alarmó la señora, y pretendió disuadirle; enfadose él, suplicó ella, trazándose la cuestión de modo que él saliera con la suya, y ella pagara, ó prometiera pagar, la bursátil aventura.

Digo que hasta entonces no había sentido celos misia Jeromita; y de pronto, unidos á los otros sobresaltos, que la tenían en un tris, despertáronsele vivísimos al verle salir cada tarde tan guapo y cepillado, y no regresar sino muy oscuro ya, á la hora de la comida. Le esperaba en la ventana, detrás de la celosía, y el correr de los tranvías sin detenerse ante la puerta, aumentaba su desazón; con ahogadas imprecaciones saludaba á cada uno, y retorció sus manos murmurando:—¡Ay, Dios mio!.....—Y en el cuarto de hora que entre uno y otro mediaba, contemplaba repetidas veces al espejo los deplorables estragos de sus cincuenta años, y díera, como Fausto, su alma al diablo, por recuperar las gracias perdidas. ¡Ay! Porque otras se le quitarían cualquier día; otras, jóvenes y hermosas, que poseían lo que ella no poseían ya, lo que enamora y cautiva, lo que rinde y subyuga; sí, otras, otras.....

Poco á poco el pretexto de la Bolsa se convirtió en pesadillasnya, y cayó vulgarmente en las garras de la enfermedad fatal: y veló, espío, registró bolsillos, adivinó señales, ó creyendo adivinarlo todo, forjó lo que acaso no existía, acabó de destruir el propio reposo y se hizo enemiga de sí misma. A Fortunato, sin embargo, cuidose bien de molestar con quejas, porque el resto de razón que la quedaba dejábala comprender que, celos de amor sólo en bocas de estas poéticamente denominadas «de grana y perlas» tolera el desvío, ¿qué habian de sentar en la suya, que debía la grana al tocador, y las perlas al dentista? ¿Ni qué ilusión de conmo- ver, atraer y esclavizar abrigaría por otros medios que los metálicos, ¡ay! también escasos é inseguros? Misia Jeromita reservaba su fiereza de *Otela*, que decía ella, para cuando tuviera la prueba patente del adulterio; ¡pobre arcángel florentino entonces!

De lo que daba Fortunato mayores y frecuentes pruebas, era de una mala suerte extraordinaria: no jugó una vez que no perdiera, y jugó y perdió tantas, que parco y discreto, sin embargo, en sus operaciones, el producto de las alhajas se lo tragó la Bolsa, lo mismo que si se lo llevara la trampa. Y parezca ó no un contrasentido, hay que declarar que la señora se alegraba de verle llegar perdidioso, porque estaba segura de que en varios días no saldría del Caballito, dedicado á sus pinceles ó á sus libros, y sería su prisionero, el dócil catecúmeno á quien sermoneaba y tiraba cariñosamente de las orejas.

—Si te estuvieras aquí tranquilo, donde nada te falta, te evitarías esas pérdidas de Bolsa, verdaderamente lamentables. No quieres hacer caso.....

—Sí, viejecita mía, te hago caso—contestaba Fortunato, besándole la mano—verás cómo te hago caso.

—¡Ay, y qué dulce me parece tu promesa en esa hermosa lengua tuya! ¡Si fueras capaz de cumplirla! Eso dices ahora; y hasta otra. El día que yo te cierre la cartera, florentinito perverso, me pondrás esos ojos malos que sueles,

y duros, que no parecen los tuyos, y esta viejecita que hoy adulas será una tarasca digna de que la ahogues con tus dedos aristocráticos. ¡Anda, zalamero, que de tí no me fio!..

Y no se fiaba, en efecto, misia Jeromita: mucho menos desde que cazó un indicio singular, suficiente para exacerbar sus celos, un hilo tenue de araña del que no podía tirarse sin peligro de que se rompiera, y necesitábase grande astucia y paciencia para desenredarlo y hallar el ovillo. El tal indicio, si lo era en realidad, figurábase un pedazo de cartón en el cual había esbozado el toscanito un perfil femenino, de naricilla picaresca y rizos volanderos, ojos negrísimos y adormilados, con una cadena que servía de orla al busto y una flecha que atravesaba una letra gótica, tan adornada, que no acertaba á descifrarla un calígrafo; esté cartón lo encontró misia Jeromita un día de requisa en el bolsillo del conocido batín perla, y se dió de calabazadas por recordar á quién se parecía el retrato, porque retrato quería ser y no uno de tantos modelos que habia visto copiar á Fortunato: con alguien tenía vago parecido, muy vago y difícil de precisar, ¿con quién? La señora puso delante del morro á Sebastiana la misteriosa pintura, y la preguntó:

—Dí, pronto, ¿á quién te recuerda esta cara? Así, á primera vista.

—Permítame usted..... á ver..... ¡claro! Si es la niña Leona, ¡y qué propia!

—¿Qué ha de ser Leona! ¿Tiene Leona esta nariz desvergonzada? ¿Y este color de pelo? ¡Sal, torpe!

Y guardó el cartoncito, preocupada. Cuando vino Fortunato, se lo enseñó de improviso, y Fortunato cambió de color, ¡vaya! sí, señor, cambió de color, palidieron las rosadas chapas de sus pómulos, y se apresuró á recoger el dibujo indiscreto.

—¡Oh, niente!—dijo turbado.—Una cabeza de mujer, un capricho.

Misia Jeromita no olvidó la palidez y la turbación del

joven, la prisá en arrebatarla el retrato. . . . Y la mujer representada, la *otra*, la rival temida y vencedora, adquirió formas tangibles en su imaginación, la veía tal cual debía de ser, pero no la reconocía, no acababa de reconocerla; convenía, sí, en que era joven y bella, y esto bastaba para que sus celos indecisos tuvieran asidero y el alimento que hasta entonces sólo les prestó la suspicacia. A la vez que la media, zurciendo iba la dama estas cavilaciones:

— Yo conozco esa mujer, ¿quién es? No doy en el clavo. De repente, me viene como una llamarada que ilumina mis recuerdos, y cuando estoy para gritar: ¡Ah, ya sé! me quedo á oscuras. . . . De todos modos, ¿qué me importa el nombre? Existe la *otra*, la rival, y no necesito saber más. Tenía que suceder: si soy una vieja, puedo pasar por madre suya, ¿acaso no lo comprendo? ¿Me he de engañar á mi misma? Y si lo pretendiera ¿qué diría el espejo, el amigo francamente odioso, que me repite: mira que las patas de gullo aumentan, y tus carrillos se aflojan, y tus pestañas se pelan y te apunta un orzuelo? . . . Pero, también soy su mujer, por la Iglesia, y los derechos que me da este título valen más que todos los que formuló la insu'sa juventud. . . . ¡Ah, Jerónima! ¿Para qué cediste? ¿Para qué te casaste? ¿Has caído á sabiendas, que es la peor manera de caer!

Esto, después de romper con D. Nepomuceno y de faltar á su palabra empeñada, y de alborotar el barrio y de prolongar la rebelión de Leona, que no sabía en qué iba á terminar, y hasta miedo de pensarlo la entraba, y de haber labrado acaso su infelicidad en beneficio de su capri'ha. . . . ¿Qué sortilegio emplearía el pillo para engatuzarla? ¡Pillo! ¡mal hombre, florentino infernal! ¿A qué dejará Dios estos individuos sueltos por el mundo, tan peligrosos y péfidos. . . . ¡Ella también! . . . ¿Qué la autorizaba á imaginar todo esto? Una pintura caprichosa. ¡Ah! Pero es que la tal pintura se la encontró luego en la cartera, y anteayer en su libro de versos favorito. . . . Debía preparar sus uñas, aguzar su olfato. . . . rastrear y descubrir, y cuando hubiera

descubierto, ¡zás! con la agilidad de *Patitas blancas*, le saltaba el pescuezo y se las clavaba en su linda piel aterciopelada. . . . ¡Infame! ¡Al mes cabal!

Admitida la existencia de la *otra* sin mayores fundamentos y á pesar de que Fortunato con socaliñas ensayaba vencer su reserva y su tiesura, mostrárase misia Jeromita necia de verdad si no intentara, por lo menos, averiguar quién era; y para ello, lo mejor que le pareció fué seguirle los pasos muy discretamente. . . . Detrás de él se marchaba en el tranvía inmediato, y ora oculta en un coche ó en el hueco de un portal, ya arrastrando su maciza envoltura por las calles y plazas de la ciudad, le vigilaba con tal rigor y habilidad de polizonte, que no se le escapara como no fuese volando. Y ¡rara coincidencia! nunca le sorprendió en sitio sospechoso: las más veces entró en la Balsa, una sola pasó dos horas en casa de Felipito Nero, donde aquel jueves de inolvidable memoria se celebró el matrimonio de *Tapadillo*; otra fué á parar á la heterogénea barriada de la Boca, y en un bodegón de aquellos, entre marineros y gentuza, echó unas copas á la salud de antiguos camaradas ó conocidos. Desteñida, la peluca de través, sudando y derrregada, volvía al Caballito la señora, y en la desesperación de no encontrar el ovillo, sobre la inocente cabeza de *Diamela* descargaba su malísimo humor.

No se rendía, sin embargo. Las horas de plantón, aquel husmear de sabueso alarmado, distraían su doloroso cavilar; no quedaba ella tranquila si en pos de Fortunato, como la sogá tras el caldero, no salía siempre que Fortunato saliera. Le seguía á distancia, le cercaba, se alejaba evitando sorpresas y volvía sigilosamente, de tal modo que él nunca pudo notar la persecución, y si le viene en mientes ejecutar cosa alguna contraria á la fe jurada, cae en la trampa con lastimoso descuido.

Una tarde, misia Jeromita se tropezó con el mismo Don Juan Nepomuceno, y vacilaron los dos si reconocerse ó fingir que no se conocían, decidiéndose la de Pérez Orza á tor-

cer la cara, en prueba de que la querrela pendiente era honda y de arreglo difficilísimo. . . . ¡Qué flaco le pareció Montreal, y qué trazas las suyas de hombre derrotado, á quien una idea fija entontece y amilana! Llevaba el gabón con lamparones, el cuello sucio, montada sobre éste la corbata y el sombrero con reflejos aceitosos; los guantes negros eran color de violeta en las palmas y en la punta rapada de los dedos. ¡Pobre hijo del Estado! Y cómo se notaba la falta de la propia iniciativa, allí donde no podía alcanzar la prolección del padre amoroso, y en qué altas voces proclamaba su dejadez la ausencia de la prima Pantaleona! El encontronazo disgustó grandemente á misia Jeromita, dando por terminada la pesquisa diaria y ganando el primer tranvía de Flores que apareció. . . .

Seguramente [pensaba ella] Montreal la consideraba muy feliz en medio de su triunfo, vencida ó sofocada la rebelión casera, satislecho el capricho y halagada la soberbia, que rechazó todo consejo. No, no, el primo se engañaba de medio á medio: ¡feliz, viviendo intranquila como vivía, sufriendo los alfilerazos de la conciencia y los tormentos de la duda! No, ¿qué había de ser ella feliz? Asomárase el primo al fondo de su alma y se desengañaría. . . . Por ejemplo: que aquella torcedura del gesto con que acababa de saludarle, no era manifestación de encono; lo parecía, pero no lo era. La soberbia, que pronta está siempre á desbordarse, la tiró de los músculos para que le diera de lado; mas su primer impulso, profundo, realmente sincero, fué abrazarse á él y suplicarle que la amparase en aquella cuita; que olvidando pasadas ofensas, tornase á ser el consejero sayo de otro tiempo, y se aplicara á reparar los estragos hechos y los que se avecindaban, gracias á su desatinado enlace con el bello florentino.

Asimismo, conforme observó ella el lamentable empaque de Don Nepomuceno, pudo él dejar de notar la tristeza, la ansiedad, el desaliento y el temor, retratados en la

faz ajada de la prima? Y después de notarlo, ¿creís de veras en su felicidad?

Volvió más tarde que de costumbre Fortunato aquel día, y halló á misia Jeromita ensimismada, detrás de la ventana de la sala, esperándole; clareaba aún, y sin embargo, ya había encendido Sebastiana un pico de los tres del candelabro de gas colocado sobre el sofá, cuyo ancho testero salpicaba de irisados reflejos con sus caireles de cristal. Galantemente, besó el mancebo la mano de la dama, y ella la retiró con presteza, como si le hubiera mordido.

—¡Me asustaste, Fortunato! Estaba distraída. . . —dijo misia Jeromita en son de disculpa. —¡Tienes los labios más fríos! ¡Qué horas de venir, señor maridito!

El se sorprendió de la acusación, ingenuamente. Consultando el rico reloj de oro, declaró que era más ó menos, la hora de siempre: las tardes de Abril son muy cortas, y las de Mayo! Pronto se convencería que, si llegaba de noche, había que echar la culpa á la estación. Sentose en el taburete del piano, é hizo correr los dedos sobre el teclado, se levantó tarareando, y poco á poco fué acercándose á la señora, á cuyo lado, sobre el descanso de la ventana, en el extremo de su almohadón, tomó asiento, previo el *permesso*: allí cogió la arrugada mano de misia Jeromita y se la besó de nuevo.

—¡Baboso! —exclamó ella entre seria y risueña. — ¡Falsol! ¡Quién no te conociera! ¡Ya sé á lo que vienes: ¡no hay dinero, hijo, no hay dinero!

—¡Oh! —dijo el mozo con ademán cómico.

—¡Quita de acá, zalamero! ¡Acaso, porque no entienda bien tu lengua, ignoro tus mañas y tu manera de pedir? Digo que no hay ni un sucio centavo, hasta el 3 ó 4 de Mayo que iré á cobrar al Ministerio. Sal. ¡Qué frialdad de labios! Tus besos parecen los de la muerte, aunque derraman luego un calorcito en las venas. . . . ¡Déjame! ¡Si te digo que no hay, hombre! ¡Qué pesadez!

Fortunato protestó de que le llamara pedigüño. Dos

veces señaló al corazón como testigo y garantía de su sinceridad; porque, no, señora, no iba a pedirle nada, sino a hablarle de un asunto de mucha monta. Lo juraba *per la sua mamma*. Tan guapo estaba, ensartando sus razones de descargo, que misia Jeromita cerró los ojos, temblorosa.

Y con desganada curiosidad preguntaba qué magno asunto era aquel provocador de tan cariñosas expresiones. Pues... un negocio de segura *guadagnanza*, colosal, de esos de que América guarda el privilegio: Nero, el joven, decía que el acierto del golpe valdría una millonada a cada uno; porque Nero y su padre, con dos especuladores muy fuertes de la Bolsa, lo habían preparado y se mostraban tan convencidos del éxito, que, oyéndoles, parecía no tendrían más trabajo que el del cobro á tocateja. El cual negocio se reducía á esto, simplemente: acaparar todos los trigos del mercado y venderlos al alto precio que el monopolio exigiera; chillarían los tahoneros, encarecería el pan, y los del sindicato, entre tanto, se enriquecían: hermosa muestra del poder comercial; maravillas de la especulación, que encumbra y despeña nombres, de las necesidades crea las fortunas y hace brotar de la ruina la abundancia; los Neros y Luccas oscuros de hoy se transformarían mañana en capitalistas de fuerza, respetados y temidos, y de qué manera facilísima, por virtud de qué medios más inocentes! Trazado el plan, hechos los cálculos rigurosos, descartadas probables contingencias, el millonejo le sentían ya en sus faltrigueras. . . .

—Bueno—dijo recelosa misia Jeromita;—¿á mi qué me cuentas? ¡Ojalá no te ganes, y dos que fueran! Pero, ¿qué pito tocas en ese embrollo de los Neros, que á mí se me pone son gente de poca conciencia, y como de trigo se trata, el menor trigo limpio del mercado?

—¿Io?—respondió Fortunato,—soy socio... es decir, quiero serlo.

—Quieres, pero no puedes.

Dobló el mozo la rubia cabeza, suspirando. El no po-

dia, ciertamente; pero ella, su viejecita adorada, su segunda *mamma*..... Ella sí, y conforme hasta entonces nada le negara, tampoco rehusaría esta vez que se trataba de su engrandecimiento futuro. ¡A tan poca costa y en tan breve tiempo! A ver, ¿quién era su maridito cariñoso? ¿Quién el dueño de su corazón? ¿Quién por su amor soportaba odios y desdenes en la casa? ¿No se merecía él un pequeño sacrificio? ¡Sacrificio que había de producir la riqueza, la riqueza compartida entre los dos, gozada bestamente por los dos, mañana y siempre, siempre juntitos! ¿Y por qué llamarle sacrificio, palabra que asusta al más tímido, si el préstamo importaba unos míseros diez mil pesos, que en el rinconcillo del armario, bien envueltos y zahumados, guardaría la querida viejecita de su ánima?

—¡Jesús me valga!—clamó la señora.—¿Has perdido el juicio? ¿Yo diez mil pesos? ¿De dónde? ¡En el armario! Toma la llave, y regístralo: registra la casa entera; te regalo el dinero que encuentres. ¡Si pensará que soy alguna *Cresal*! Bien claro te hab'è dias pasados: que ó poníamos coto á los gastos ó nos quedaríamos por puertas; la pensión no es de goma elástica que pueda estirarse tanto. Tenemos lo suficiente para vivir con decoro, y nada más. No sueñes con esos tesoros escondidos, ni te empeñes en matar la gallina de los huevos de oro: ¡Diez mil pesos! ¡Este muchacho está loco!

—Si no en el armario, en el Banco..... refafluó el toscano.

—Eso, en el banco de una plaza he de verme pidiendo limosna, si no ato yo corto á mi niño.

—Quiere decir.....

—Que no cuentes con los diez mil pesos, ¡valiente locura! Renuncia á la negocio magno, que así no te remorderá la conciencia de haber perjudicado á los pobrecitos panaderos. ¡Ave María purísima!

Sin disimular el torvo gesto de contrariedad, Fortunato abandonó el almohadón y dió cuatro paseos por la estancia,

manoseando las rosadas guías del bigotito; aquel mismo gesto que endurecía las líneas graciosas de su rostro, debió de ser el del ángel malo al sentir los primeros impetus de rebeldía. ¿Decía verdad la vieja? ¿Mentía? ¿Tan poco era su inlojo, que había de verse derrotado? ¿Apelaría á la violencia? Quizá un sólo grito bastara para desarmarla y matar en embrión sus pujos de cochina avaricia. ¿Sería tan es túpida que creía que la consagraba él su juventud espléndida por el halago de su apetosa chochez? No comprendía (seguramente no, cuando estrechaba los cordones de la bolsa) no comprendía que una sólo caricia suya valía los diez mil pesos que rehusaba darle? ¡Oh, vejez! si quieres amor, págalo, págalo bien, te digo, para que los Fortunatos mercenarios, los barbilindos de alquiler, engañen sus sentidos, de suerte que la ilusión, alma del deseo, se mantenga escondida; págalo sin regatear, que si él acepta, tuyo será mientras á tí te sobre con qué entretener su interesado celo. . . .

Acaso esto mismo se le ocurría á misia Jeromita, mirando de soslayo á Fortunato, y adivinando los malos y rebeldes pensamientos que desfiguraban su bonita estampa y daban martirio á sus bigotes blondos, y no será ocioso consignar, á fin de precisar la fuerza y desatino de la pasión que á la señora de Pérez Orza avasallaba, que si á mano tuviera la suma, causa de la primera nube y triste presagio de tormenta, sin defenderla se la entrega, y muy dichosa por haber desarrugado la frente del toscanito. Hizo balance mental de su haber presente y de los medios posibles de procuración de tan exorbitante cantidad metálica, y hubo de confesarse que lo mismo podía ella encontrarla que alcanzar la luna. Entonces veló la cara con el pañuelo, por no dejar á Fortunato, libre en aquel momento de la dorada venda, que examinase las injurias de la edad, y comparándola con la rival supuesta, terminara el desprecio lo que su negativa había comenzado.

El joven atribuyó á lagrimitas oportunas y mensajeras de arreglo aquel movimiento de la dama, y volvió cariño-

samente á su lado, pronta á recoger el sí con que, sin duda, le aguardaba. La obligó á que se descubriera, y teniéndola cogida de las manos susurraba:

—Estaba *sicuro*: eres *tropo* buena para negarte; á Fortunato, á este florentinito, su *manma* no le niega nada; *se vero, carina!*

—¡Ay!--suspiró ella—¿qué habla de negarte si lo tuviera? ¡Me llamas *carina!* Eso á tí, que bien, caro me cuestas. Cuanto poseía te lo he dado. No me queda una hilacha, te lo juro. Toma las llaves y registra, para que te convenzas. . . . Nada, nada! ¿Qué digo yo diez mil? Veinte, cincuenta te regalaría porque me disguta esa miradita perversa con que me amenazas, y si con dinero la cambiaba en la dulce y sumisa de siempre, bendito sea el dinero y su poder. . . . Nada, hijo, nada. Las alhajas se fundieron en provecho tuyo. De economías. . . . ni polvo. Jamás tuve depósitos en el Banco; unas pocas cédulas del tiempo de mi padre las arrastró la crisis última. . . . Esta es la pura verdad. No te engañe. Bastantes pruebas de mi cariño has recibido, para que me creas y no insistas. . . .

Sin soltarla, pegándose á ella como la culebra embriagándola con el aroma de su cuerpo de efeso, Fortunato acercó su boca al oído de misia Jeromita. La creía, sí, la creía. . . . Pero había un medio para armonizarlo todo, un medio que, así, de sopetón, se le figuraría absurdo é irrealizable, aunque luego de pesado y medido, vistos los brillantes resultados del negocio magno, hallaría fácil, más fácil conveniente, eficacísimo. Gastaba *uno* para ganar mil, *cento mille*. ¿Como? Hipotecando. . . . hipotecando la casa. ¡Sí, señora, la casa! ¿Se asustaba? Ya sabía que iba á ausiarse. . . .

—Y á decirte que no, hoy y mañana y siempre que no—exclamó rechazándole la señora.—¡Hipotecar mi casa yo! Jamás, jamás! ¡Ni por todos los Fortunatos del mundo! Arréglate en tus negocios como puedas y á mí me dejas lo mío. Has vendido con las *manos* limpias y quieres quitar-me hasta mi pobre techo paterno. Acuérdate que soy crío-

lla, Fortunato. Si no he sabido defenderme yo de tu melosa perfidia, sabré defender mi casa, esta que heredé de mi padre, y que á Leona tiene que ir á parar algún día. ¡Hipotecarla! ¡Eso faltaba.....

Desconcertado, renegando de su tropeza, Fortunato se mordía los puños. Intentó hacerse oír, pero misia Jeromita, desfigurada por la cólera, le rechazó una segunda vez, loca, dispuesta á todo, y él se achicó, sumiso y cobarde, junto al piano, impetrando el perdón, convencido que por la fuerza no lograría lo que tanto el interesaba alcanzar.

Uno y otro se callaron. Sobre el almohadón, misia Jeromita, dada sendos suspiros, ayes amarguísimos; con el pañuelo enjugaba los ojos áridos, lágrimas que se sentían venir y el oprimido corazón retenía. Oyéronse en la calle, sobre la acera que alumbraban la luz vespertina y la luna en creciente, pasos juveniles, risas de muchachas alegres, y bajo las ventanas pasaron de braceró Dolorcitas y María del Carmen y Lili, las cuatro con toquillas blancas en la cabeza, y así parecían colegialas en tropel, que vuelven de algún honesto esparcimiento, escoltadas por la superiora que, en este caso, era oronda misia Efvira. Dió frente la regocijada comitiva á la ventana en que se hallaba la de Pérez Orza, y todas, con siseos y codazos, la designaron á su curiosidad imprudente; Dolorcitas se alzó sobre la punta de los pies y cara á cara desafió burlona á su enemiga.

Como mira el león al perrillo que le ladra, misia Jeromita observó á la de Cadenas; y de pronto, el recuerdo del cartón misterioso, aquella cabeza picaresca de los rizos volanderos, la trastornó, al punto de que, estremeciéndose, dió un grito: la del retrato, la que ella juraba conocer, la incógnita, la rival era... ¡Dolorcitas? Corrió á Fortunato y quiso hablarle, sofocada... Las otras se alejaban: se oían sus pasos y el eco de sus risas, más débil más débil....

—¡Fortunato! Confíesame que es Dolores la del retrato,

ese que he visto en tu bolsillo. ¡Confiesa! No me engañes... ¡Es ella, la descarada, la infame!

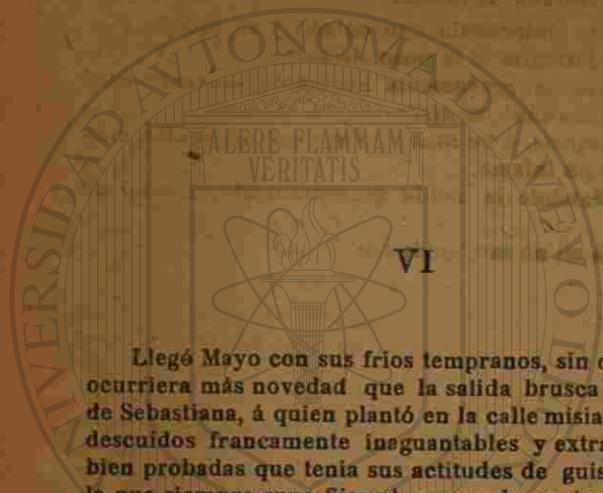
El mozo se desprendió con enfado y se dirigió á la puerta. Misia Jeromita se le puso delante.

—¡Señora—dijo gravemente Fortunato,—olvida usted que *yo* *so* el marido! ¿*sapete?*

—No, no *sapote*, ó no *sapo*... Digo que no sé otra cosa sino que eres un infame.

Y franquéandole la salida generosamente, añadió en criollo.

—¡A mí, á mi no me *fumás* vos!



Llegó Mayo con sus frios tempranos, sin que en la casa ocurriera más novedad que la salida brusca y estrepitosa de Sebastiana, á quien plantó en la calle misia Jeromita por descuidos francamente inaguantables y extraños, dado lo bien probadas que tenia sus actitudes de guisandera; pues la que siempre supo fijar el necesario punto de condimento á todos los platos y preparaba los ojaldres divinamente y asaba carnes que ni el mismo Lucifer con su legión de pinches infernales, dejó varias veces que se le pegara el arroz, presentó un pastel de estos llamados *de cubilete*, que resistió, ¿qué digo los dientes? al cuchillo y hasta el hacha, si esta intentara partirlo, como que semejaba de cartón-piedra, y achicharró dos hermosos capones con vergonzosa ignominia. Además, antojósele á la maldita salpimentarlo todo, de manera que consumía la sal y la pimienta á carretadas, y bocado que entraba en la boca salía arrojado de seguida, ofendiendo al paladar y burlándose del estómago; y no se cuentan otros desmanes culinarios, que revelaban tenebrosas manipulaciones en el fondo de sartenes y cacerolas, por carecer de pruebas, aunque de los efectos incómodos malas noticias pudiera ofrecer Fortunato.

En suma, que se cansó de reñir la señora y la mujerona de que le zumbaran en las orejas, terminando el pleito

con la destitución de la criada, después de un alboroto en que todos los cacharros de la cocina se vinieron abajo. Reemplazó á Sebastiana en su importante cargo aquella mulata Aurora, sirvienta que fué de las tres Marias y primer *repárter* que hizo circular la nueva del inquilino sospechoso albergado por las de Pérez Orza; y aunque la mulata Aurora, zarrapastrosa y sucia en grado máximo, no llegara á la suela de la chanqueta de Sebastiana en ciencia gastronómica, sabia hacer sus bodrios sabrosos que, por lo menos, no comprometían la salud y la tranquilidad nocturna.

Tocante á otros sucesos que modificasen la situación, ninguno halló el glorioso sol de Mayo que digno sea de referirse: quiso entrar en la alcoba de Pantaleona y dieron sus doradas narices en los cristales cerrados; el negro cavilar de misia Jeromita no disipó con sus alegres rayos, como la neblina de las mañanas, y si encontró á Fortunato risueño y gorgeador, era por las dos razones fundamentales siguientes: la primera, que habia dinero fresco en casa, y siquiera hasta mediados del mes sobra de alpiste; y la segunda que sólo con el poder de la verdad confesable logró calmar los arrebatados celos de la dama, los que, de no sofocarlos á tiempo, destruyen y malogran planes hábilmente combinados y dignos de la travesura suya, economizada y aplaudida triunfalmente en la ferretería de Barba-rossa.

En el capítulo riguroso á que fué sometido, adujo e-donce, pruebas tales en favor de su inculpabilidad, que misia Jeromita le absolvió, aplicandole, á guisa de correctivo, dos cariñosos bofetones y declarándole sujeto á la vigilancia de la policia. Y de qué policia! ejercida por misia Jeromita con mayor severidad que antes, pues además de andar tras de él en la calle, tomó en casa precauciones admirables: no sé si á su tiempo se dijo que la huerta tenia una puertecilla sobre el callejón, la que se dedicaba al serlvicio: la señora condenó esta salida falsa y escondió la lla-

ve, ordenando que la principal se la entregara noche á noche Aurora después de cerrar la puerta de hierro. Noche hubo en que, desconfiando de la fidelidad de la mulata, cerró ella misma con dos vueltas; é imaginó poner un timbre que le advirtiera la presencia de entrantes y salientes, hizo guarnecer de afiladas púas de hierro la sobre-puerta, demasiado baja, y reforzar los temibles vidrios de la tapia. Cuando sobre la cómoda depositaba la llave de la fortaleza, sentía consolador alivio de tenerle así encerradito y libre de las asechanzas de *la otra*, que si no se llamaba Dolores, cualquier día se encarnaba en un nombre también real y positivo.

En el barrio no daba más pasos Fortunato que los necesarios para llegar al tranvía ó dejarlo, siempre enfrente de la casa y á la vista de misia Jeromita; porque si se corriera algo acera arriba, sospechaba ella que le llevaba el deseo de pasearle la calle á la de Cadenas, y el tiempo se ponía muy malo, muy malo.

Del préstamo de los diez mis pesos y consiguiente propuesta de hipoteca de la casa, no se volvió á hablar; era asunto candente y peligroso, que el mismo toscanito evitaba, asustado aún del estallido que provocó la primera vez con tamaña torpeza. Mientras él escogitaba la manera de salir del apuro airosamente (porque á los Neros había confido promesa de figurar con ellos en el negocio, y ellos se aburrían esperándole, y le tachaban cada día de mandria y poco ducho en el arte de sacar cuartos), pensaba misia Jeromita, con horror, en que se aproximaba el momento de doblar el cabo de la quincena, y que la ya mermada pensión no infundiría respetos al desdén, ni autoridad á su palabra, ni influencia á su consejo, conspirando con su rotunda negativa de marras y las demás causas fatales al terrible vencimiento que preveía. Se estremeció la infeliz, y falta de otros medios de resguardo, temiendo, acaso, un acto de violencia probable que arrancara á su debilidad lo que decidida estaba á defender de su propia

pasión, ocultó en el ruedo del vestido la escritura de la casa, la partida de matrimonio y el dinero del mes, para decir á Fortunato, ofreciéndole el llavero, en la ocasión temida:

—¡Busca!

No se quitó ya de encima la preciosa falda, y de noche la encerraba en el armario y ponía la llave debajo de la almohada. Más la inquietaba el temor de sí misma, que la amenaza del ataque de Fortunato, y se comparaba á estas plazas fuertes, bien artilladas y municionadas, que se entregan al enemigo por cobardía de los jefes: huyeron de ella el sueño y el apetito, desertión que, alterando su salud, la precipitara luego en el delirio de las persecuciones, como no viniera de Dios el remedio.

A todo esto, Fortunato, ó fingía ignorar los cambios de humor de la dama y la red de precauciones en que le aprisionaba, ó, canario inocente, hallaba muy de su gusto la jaula dorada; pues, aparte sus visitas diarias á la Bolsa, no asomaba fuera de casa, pintando, leyendo y cantando.

Hacia mediados de mes observó misia Jeromita que el ruedo de la falda apenas acusaba la existencia de un par de billetes, y la entraron grandes angustias, por figurársele próxima la crisis. Seguramente, Fortunato abriría el pico en demanda de grano, ¡insistiría en la hipoteca de la finca, se atrevería á insistir! En su desesperación, se acordó de D. Juan Nepomuceno, y pensó impetrar su ayuda, á cambio del sacrificio de su soberbia... pero, ¿en qué podía ayudarle el primo? El, tan pacato, tan débil de carácter... Convencida de la necesidad de ampararse de alguien, de buscar un consejo superior, y á la vez disipar ciertos punzantes y misteriosos celos que la ocurrían, se resolvió á consultar á un abogado, acudir á la ley ella que la había violado, y que vivía del producto de su engaño; así, como los pecadores que descargan sólo á medias la conciencia y esconden los fardos más pesados, no confesaría sino la pertinente é indispensable para alcanzar la

absolución, es decir, el favor de su auxilio en cuanto fuese relativo á su conveniencia.

Coincidió con este designio de la señora, una recrudescencia de amoroso afecto en el florentino, verdaderamente alarmante; y no presentándose aquello de que parecía síntoma precursor, el sablazo de *peccata minuta* para gastos de bolsillo, pensó ella que el grande, el tremendo se la venía encima, y se encomendó á la misericordia de Dios; pero, embriagada con las marrullerías de Fortunato, dejaba correr los días, y llegó el 31, fecha en que espiró la pensión...

El 31 de Mayo fué día ocupadísimo para misia Jeromita: por la mañana tuvo con Fortunato menuda bronca á causa de haberle visto en la acera hablando con un mozo de cuerda, á quien confiaba, ó parecía confiar un recado, y no dando él una explicación satisfactoria, se pusieron ambos de morros y empezó á formarse la tormenta en los ánimos y en el cielo, que se cubrió de nubarrones opacos. Después del almuerzo, armada del paraguas y de una resolución inquebrantable, salió, como de costumbre, en su seguimiento, le dejó á la puerta de la Bolsa y fué á llamar á la del doctor Barbado, en la calle Florida, en el piso principal de la conocida [guantería, donde, decía la fama y él dejaba noblemente que lo dijera, amasó su familia el bienestar de que gozaba, y cuyo frente ostentaba aún el nombre de su antiguo dueño. *Barbado*, en doradas letras.

Antes olvidaría misia Jeromita el sombrero que el abanico blanco de lentejuelas, y echándose aire, como en bochornoso día de canícula, penetró á la sala de espera [que le indicó un *groom* correctísimo; había otras personas sentadas en los divanes y sillones con resignación de litigantes aburridos, las caras vueltas hacia el cortinón de terciopelo verde, tras el cual sonaban voces, y que recogía, á su tiempo, una mano, cuyo dueño no se descubría, para despedir á cada cliente y recibir al que por turno riguroso de llegada le correspondiera: tres damas muy compues-

tas había, un caballero de patillas, á quien su pleito debía preocupar tanto que discutía sólo, y un chico, escribiendillo de juzgado, con un mamotreto de mil folios, por lo menos, bajo el brazo. La obscuridad del cielo tormentoso entristecía la habitación, decorada con la severidad de un gabinete de consultas, y sumida en el silencio que imponen el respeto y la curiosa revista del vecino; así, como un ruido insólito en la iglesia, sobresaltaban el palabreo incoherente del señor rezongón y los suspiros de impaciencia de las damas, que luego, de cuchichear entre sí, mirando de reojo el abanico blanco de la de Pérez Orza, bostezaban, y bostezaba el chico y también misia Jeromita, cada uno, entretanto, ordenando en el magín el asunto que cerca del hombre de ley le llevaba, prontos á exponer la lesión de intereses, las lacras de familia, las heridas sociales que el Derecho puede curar, aliviar ó prevenir, como la medicina las enfermedades del cuerpo. Levantose el cortinón verde, salió un hombre con trazas de cuervo de curia, y se apresuraron las tres damas á cofarse en el confesonario; misia Jeromita pensaba, con desabrimiento, que el plantón duraría hasta que aquel señor y el chico del expediente fueran despachados; pero, así que las damas salieron, el de las patillas, galantemente, la cedió el turno, y ella, redoblando el abaniqueo, pasó la cortina.

—Servidora de usted—dijo misia Jeromita haciendo una reverencia.

El doctor Tito Barbado se inclinó. Parecía muy joven, mas no necesitaba que la corona de canas ciñera su frente despejada, porque el estudio la había marcado con su sello profundo: miraba fijamente, y la gravedad y corrección de su persona, sin pizca de campanuda jactancia, le representaban como á hombre maduro para el consejo. Apenas reparó la señora en estos detalles, y si la preguntaran lo que vio en el despacho, con entera certeza respondería que sólo á un amable joven, que la escuchó atenta-

mente, y cuyas advertencias la turbaron luego de modo que salió de allí trastornada; un joven, de pie ó sentado, rubio ó moreno, acaso de bigote, ó con patilla recortada, el cual hablaba muy despacio, ¡y qué claro! ¡ay! demasiado claro. ¡Qué habitación fuera aquella, y qué muebles tenía!... No, misia Jeromita no sabría decirlo: sus ojos desempeñaron en la entrevista el papel de lazaretillos, para evitar que tropezara con las paredes ó diera una caída en la escalera, y no percibieron más que bultos, sin precisar naturaleza ni forma; en cambio, sus oídos cumplieron su misión de transmitirle las palabras del abogado, con fidelidad tanta, que hubiera deseado ser sorda, ya que también quedaba ciega.

— Señor doctor — empezó la señora con temblores de penitente, — yo soy viuda, quiero decir, casada... Es decir, la casada es una amiga mía, en cuyo nombre vengo á consultar á usted. Dispénsame usted: me siento confusa y apenas atinaré á explicarme... Casada esta amiga, aunque parezca mentira... sí, señor doctor, que pretende hipotecar la casa que la dejó su padre, y que ella, á su vez, quiere dejar á una hermana menor. Bueno; mi consulta es ésta, doctor: ¿le acuerda la ley derecho para hipotecar ó vender la casa?

Contestó de carretilla el abogado, y misia Jeromita dió un suspiro.

— Sin su firma no puede... Lo que yo decía. Bien, doctor, ¿y si esta firma se la arranca por la violencia, que hasta ahora no ha empleado, pero empleará sin duda? ¿Será válida la firma? aconséjeme usted, proteja á mi amiga de la perfidia florentina de su marido.

Ansiosamente esperó la respuesta, y cuanto dijo el doctor Barbado, con risueña filosofía, ella lo comentaba á su modo, repitiendo palabras, como niño que aprende una lección. ¡Sin su firma no podía! El *quid* estaba en defenderla, en no dejársela arrebatarse... Más tranquila, se atrevió á exponer lo más grave de la consulta:

— Esta amiga mía, señor doctor, tiene ciertas dudas acerca de la legitimidad de su partida de matrimonio, no sabe por qué... De esas dudas que nacen así, de una nada, y aun sin fundamento molestan. Un abogado, como un médico, es un confesor: pero, por cortedad natural, y en obsequio de su marido, que pillo y todo al cabo es su marido, mi pobre amiga quiere reservar su nombre. Así, al mostrarle el documento, me va usted á permitir que diga solo el pecado... es decir, que se lo expondré á usted ocultando la parte en que está la declaración de los nombres.

Con honesto ademán, levantó el ruedo de la falda y buscó en el singular bolsillo que había fabricado, sacando un papelote, que dió á leer al doctor, puesta la mano sobre las líneas que su propio nombre denunciaban. El doctor sonreía discretamente.

Entre tanto, la señora, con un primoroso pañuelo de encaje paraguayo, ó *nanduty* que llaman, ahogaba los suspiros, y al mismo tiempo el doctor volvió los ojos para mirarla.

— ¿Que documento me ha entregado usted, señora?

— La partida de casamiento...

— Extraña me parece, en efecto; (leyendo: *El sacerdote que suscribe, Anselmo de Casas y Casas*.... No hay sello de parroquia, ni rúbrica autorizada, ni contiene fórmula semejante á las usuales en documentos de esta clase. Tampoco parece extendida en el papel marcado....

Aterrada, misia Jeromita balbuceó:

— ¿Vé usted? ¡Ay, Dios mío!

— Esta que llama usted partida — agregó gravemente el letrado — ó es falsa ó es un papel sin importancia legal.

— ¡Falsa, doctor... ¡Dios mío! Mi amiga está bien casada, sin embargo, bien casada; que ese padre Anselmo vive y lo atestiguará... como también otras personas, otras personas....

Se ahogaba. El doctor Barbaño la devolvió el sospechoso documento, añadiendo con galantería:

—No lo pongo yo en duda, señora.... Pero bueno será que á quien ha proporcionado á su amiga de usted esa partida, llamémosla así, le pregunten de dónde la sacó y qué persona se la facilitó, porque, indudablemente, en esto hay un error ó un abuso criminal. En buena hora viene la ley de registro civil, sancionada en ambas Cámaras, á evitar este género de delitos....

Misia Jeromita se abanicó furiosamente. Le zumbaban los oídos, y escasa atención podría prestar al discurso del letrado, que mezclando citas de código y bondadosas razones trataba de fortalecer á su amiga supuesta contra las florentinas acechanzas, y fundaba su opinión sobre las deficiencias que, á su juicio, sujeto á error como todo juicio humano, presentaba el documento consultado.... La partida se la entregó á ella Fortunato, quien, á su vez, la manifestó haberla conseguido por mediación de Felipito Nero: había que interpelar primero á Felipito, á Fortunato después.... ¿sería en efecto falsa la partida? Luego no estaba casada, ¿no estaba? ¿Y la ceremonia en casa de Nero? ¿Y aquel padre Anselmo, de roposado continente, de macizos y afeitados carrillos, de dulce sonrisa?... Ya encendía la revuelta sangre su cara toda, ya se podía amarilla, y del abanico, con su mano nerviosa, hacia crugir la armazón de nácar; tenía que ver también al Padre Anselmo, y le vería, como existiera en el mundo, con hábitos ó sin ellos....

La súbita resolución la puso de pie, y se despidió bruscamente del letrado, á quien dejó poco menos que con la palabra en la boca; en la sala de espera tropezó con el chico del juzgado, echándole á rodar su expediente por los suelos, y bajó la escalera á grandes trancos, trastornada por la horrible sospecha de que viviera en concubinato con aquel miserable arcángel de sus pecados. ¿De veras?... Recordaba ahora que ella observó la tarde de la ceremonia (lo poco que su natural emoción la permitió observar) que

el padre Anselmo pronunciaba un latín que no parecía latín, antes más bien italiano *agenovesado*, con tal cual latínajo de los corrientes, también notó que ambos Neros y Pietro y Giácomo, reventaban de risa.... atribuyéndolo á indiscreto comentario de unión tan desproporcionada.

Estos recuerdos la espolearon más en dirección á la casa de Nero, que quedaba allá en la calle de la Reconquista, á la altura del Retiro; no quería ir á la ferretería de Barbarossa, donde, sin duda, le encontraría, por las chungas maliciosas de que se la había hecho víctima, y prefirió buscarle en su casa, que si él no estaba, su criado la facilitaría cuantos datos deseaba acerca del padre Anselmo, pues criado de hombre solo sabe tanto como el amo, por tener medidas las narices en sus intimidades. Y de vuelta en el Caballito, tiempo había para el interrogatorio de Fortunato, y aclarar lo pavoroso de aquel misterio que el doctor Barbaño acababa de revelarle.

Dando tropezones, á punto en cada esquina de que la atropellase, llegó á la casa y subió la escalera, prendida del pasamanos. Era la de ambos Neros una casa de estas que la moderna arquitectura construye con tanto primor, muy cuca de fachada, de dos pisos, y en cuyo interior se combinaba la disposición de las viviendas europeas con el espacio, la luz y la independencia que aquí demanda la costumbre; en el recibimiento, de paredes pintadas al óleo, había hermosas palmeras y un banco de hierro, en el que se sentó misia Jeromita antes de llamar con el timbre. Dos puertas que, enfrente, aparecían cerradas, eran las de la sala donde se celebró aquella ceremonia, sanción y fundamento de sus desgracias; por la galería abierta se descubría el cielo color de plomo, que rasgaban temerosamente los relámpagos, y entraba el aire en remolinos, balanceando el farol con sus colgajos de vidrio pulido y agitando las hojas de las palmeras: á modo de cantos gigantescos, que rodaran por la falda de una montaña, resonaban los truenos á intervalos. La tempestad se aproximaba.... Misia Jeromita lla-

mó y vio un criado de malas trazas, que, debido á que la señora se le quedó mirando con mucha atención y extrañeza, merece el honor de una instantánea: era grande, cabezudo, de pelos tiesos y centientos, los ojos engarzados debajo de unas cejas espesísimas, y tan pequeños, que sólo se distinguía de ellos la pupila, brillando como siniestra luz en lo más hondo de un matorral; de redondos cachetes afeitados, nariz puntiaguda y finos labios de perenne sonrisa, sinoma de falsía; traía puesto un delantal de algodón azul, en el que enjugaba sus manazas velludas. Aquellos labios risueños se ensencharon hasta mostrar los dientes perdidos de tabaco, así que los ojillos de raposa se clavaron en misia Jeremita; y riendo, se inclinó delante de ella.

—¿Está el señor Nero?—preguntó la señora, algo escamada—D. Felipito ó el padre, lo mismo da.

—No, *mia signora*—contestó el hombre alegre—*fine* hasta las seis.

¡Qué voz! ¡Qué acento! ¿Dónde había escuchado aquella voz, de genovés legítimo, recién llegado, misia Jeremita? ¿Dónde vió, pero señor, dónde vió, y en qué ocasión, aquella cara moquetuda y sonriente?

Empeñose el hombre alegre en que pasara á la sala, y abrió la puerta con amabilidad empalagosa. ¡Ah! Allí estaba todo como en aquel jueves de ingrata memoria: en un ángulo, el velador que, vestido de blanco, con un crucifijo y dos candeleros, sirvió de altarcito... Suspirando la señora no se atrevía á hablar. Y de repente, figurósele que, sobre el velador mismo, entre otros libros, veía aquel de bonita cubierta, en que el padre Anselmo leyó la Epistola, y abriéndolo apareció en la primera página pintada una mujer que no tenía más traje que su deliciosa envoltura carnal de pecadora; segura de haberse equivocado, lo dejó como si le quemara la mano:

—Escuche usted—dijo entonces—mi objeto, al venir acá es para averiguar el domicilio del padre Anselmo Casas, el sacerdote que en esta misma sala me casó hará unos dos

meses. Usted debe de recordarlo, si es que servía á los señores Nero... También quiero hablar con D. Felipito, pero esto lo dejaré para mañana, que volveré á las seis. Por hoy me basta con que usted me diga, si lo sabe, dónde vive el padre Anselmo.

Hizo el extraño sujeto un ronco gorgorito, como de risa imprudente que quisiera sofocar, y se pasó varias veces la manaza por la erizada testa.

—¿El padre Anselmo? ¡Je, je... *non só*... digo, el padre Anselmo; je, je... ah! sí, el padre Anselmo... *in Italia, ecco*, en Italia.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora;—¡nada menos que á Italia se ha marchado! Y ¿cuándo se marchó?

—*Non só*... El padre Anselmo *in Italia*... ¡Je, je!

Desbordábase la risa al hombre alegre, y porque la escamada señora no le sorprendiera, con el delantal en la boca atajaba la descortés manifestación. Misia Jeromita pensó que, si el padre Anselmo se había marchado, sólo Nero podía sacarla de aquella espantosa duda: ¡Nero! ¡qué poca fe la inspiraba su testimonio! Tan poca como el de Fortunato, que había de protestar con teatral arrogancia, seguramente, la mano sobre el corazón y los azules ojos en el cielo, de las afirmaciones del letrado. El padre Anselmo, por su carácter sacerdotal, era el único capaz de atestiguar la verdad...

Dijo la dama que volvería al siguiente día, y bajó despacio la escalera, mientras el estúpido *je, je* del genovés sonaba á sus espaldas francamente. Ya en la calle, no supo á dónde ir, si tornar á su estación de la Bolsa ó al Caballito en el primer coche que pasara; el viento huracanado la empujó calle abajo, y ella se dejó llevar, indecisa, angustiada, tejiendo y destejiendo planes sin concierto. El sofista que hay dentro de cada uno de nosotros, y á todas horas se empeña en desorientar á la razón, oscurecerla y dominarla, abogado del capricho y portavoz del amor propio, indicó á misia Jeromita, por el camino, que lo de la falseda

de la partida, aun comprobada, no implicaba la nulidad de su matrimonio; el padre Anselmo lo había bendecido solemnemente, y un sello de meaos, un error de fórmula, el olvido de un requisito legal, no eran razones bastante fuertes para desatar lo que atado quedó en el cielo aquel jueves famoso. Se enmendarían los tales yerros, cuanto antes mejor, y con la nueva partida, que se mandaría á firmar al padre Anselmo, iría á consultar al doctor Barbado. Y aquí no ha pasado nada ¡vaya!

Como sintiera venir un coche, le cogió con mucho trabajo, y le mandó que se detuviera en la plaza de Mayo, resuelta á esperar allí á Fortunato, atraparle y llevárselo consigo, para provocar, en la intimidad del vehículo, la explicación que tanto la interesaba. Corrieron los dos rocines poco menos que á galope, se plantó el carruaje en el sitio indicado, y misia Jeromita tendió su pesquisidora visual hacia la Bolsa, sin que lograra columbrar á Fortunato en las dos, en las tres horas de plantón. Cuando en el Palacio de Gobierno comenzó el desfile de empleados, entre una nube de polvo que arastraba un grupo huyendo hacia la avenida que la piqueta abría en el flanco mismo del viejo Cabildo, reconoció la señora á Don Juan Nepomuceno; le reconoció á tiempo que volvía la manchada cara, y sea que el huracán le empujara del lado del carruaje, sea que cediera á la resolución de aproximarse y de hablarla, le vió venir como en volandas, y súbitamente, antes de sufrir la embestida, dió un abanicazo sobre el cristal, rompiendo el padrón de nécar, y con alterada voz la orden perentoria de seguir para el Caballito.

Luego, temblando, se escondió en el ángulo del coche y corrió ambas cortinillas. A no dudarlo, D. Nepomuceno había intentado hablarle; su ademán resuelto, la expresión del rostro y la súplica de espera que designó con el brazo no dejaban duda ninguna; pero ella, temerosa más que nunca de aquel juez, huyó vergonzosamente.

Por las calles, que barría el vendaval, escapaban las

gentes azoradas; el cielo, tendido de negro, se desgarraba en ígneos resplandores. Aún no llovía, pero percibíanse ya los sanos perfumes de la tierra mojada, de hierbas y de flores, que venían de la Pampa á oxigenar los poderosos pulmones de la gran ciudad. Misia Jeromita, recelando que la sorprendiera la tormenta en el camino, miraba con miedo la desbandada de los transeúntes y en Fortunato ponía el pensamiento; y á la luz de los relámpagos y el rumor de los truenos, se despertaba el recuerdo de aquella otra tempestad, cuando el ángel malo se le apareció por vez primera bajo la forma seductora que el enenigo usa de costumbre en sus correrías á caza de almas.

No llovía aún; eran las cinco, y por haber cerrado la noche los faroles estaban encendidos. La señora pudo llegar sin contratiempo hasta su puerta y llamar, muerta de frío y de susto. Los árboles la saludaron con forzadas reverencias, presentándose luego la multa Aurora, que al abrir la dió la extraña noticia de que el Sr. D. Fortunato tenía de visita á un caballero llamado D. Felipito, de estos pelos y señales.

Holgaba indicarle, pues por el nombre cayó al punto misia Jeromita en la cuenta de quién era y hasta de lo que le traía á Nero el joven á conferenciar con su paisano, y se pasmó de que tan pronto hubiera vuelto Fortunato, á las tres, según la declaración de Aurora, habiendo empezado el cabildeo minutos antes de las cuatro. Sintió la señora un desagradable escalofrío, que la hizo tiritar; mandó á la criada que encendiera el gas de su alcoba, y mientras se despojaba de la capota, de los mitones y de la manteleta, Aurora la comunicó nuevos detalles de la sospechosa visita.

—Mire usted: llegó á las cuatro con mucha prisa y unos modos que se llevaba todo por delante; el otro, D. Fortunato, le oyó y saltó á recibirle. Luego se encerraron en el cuarto, y ahí están hablando por los codos en su lengua del demonio. Me parece que D. Felipito (que así le

llamó D. Fortunato) quiere una cosa que D. Fortunato no puede darle, y se enoja y grita diciendo; *Bisogna, bisogna*, que no sé lo que significará. Cuando fui al comedor por el Jerez que me pidieron, á D. Fortunato le llamaba *Cobar-done*..... Esto sí que lo entendí. Lo menos seis copas de Jerez se ha tomado cada uno. Se lo prevengo á la señora para que no me venga después á cusarme de borracha..... ¡Santa Bárbara bendita, qué *refusitos!* Voy á cerrar....

Dejó la señora que despotricara á su gusto la mulata, cuya aplastada caraza se animaba con el sabroso chismorreó; porque de los minuciosos informes que iba enredando aquella maestra en el espionaje doméstico y oficiala suya de confianza en la campaña de vigilancia que pasaba sobre el toscanita, sacaba ella muy claras consecuencias, las suficientes para ponerse en guardia y preparar su plan de defensa. Que lo que Nero exigía y Fortunato no podía darle eran los diez mil pesos, ninguna duda le quedaba á misia Jeromita; espoleado por las recriminaciones de Nero, sus insultos, la propia codicia y el licor jerezano se determinaría el asalto, y muy pronto había de verle esgrimiendo la amenaza; pero no contaba él, sin duda, con la nueva arma que la casualidad puso en sus manos, la partida tachada de falsa, que le restregaría en los hocicos valientemente, obligándole á una justificación perentoria, arma que la salvaría también de aquella sugestión irresistible del florentino, dominadora de su voluntad y de sus potencias todas, que languidecían y entregábanse á la sola vista del mancebo.

Misteriosamente, haciendo un gesto de picardía, Aurora, la soplona, acercó los gruesos labios á la oreja de misia Jeromita.

—De lo de esta mañana tengo un dato.... ¡superior! Era una carta lo que dió al *changador*: para una señora, según parece, que se llama... no lo recuerdo bien. Me lo ha dicho *changador* mismo.....

Emudeció la dama infeliz, ahogada por la impresión

que la denuncia de su alguacil la causaba. Alzó la mano para despedirla, pero Aurora, á fuer de concienzudo agente de pesquisas, no consintió en marcharse antes de presentar el parte diario completo:

—También la niña Leona recibió una carta, con el mismito sobre de siempre.

Fuése la mulata, arrastrando los chanclos. No se movió misia Jeromita del sofá, acongojadísima. De no encontrarse Nero en el cuarto del infame, quizás va ella enseguida á abofetearle; también la vinieron impetus de abofetearles á los dos y deshacer á golpes aquella conspiración, rociada de Jerez, que tramando estaban contra ella, oponer la rudeza criolla á la astucia florentina, y dejando que estallase el orgullo de la sangre indígena, mostrar á los dos extranjeros que América no se conquista por malas artes.

Sin duda se las prometían ambos muy felices: los azucarados mimos y todos los recursos de confitería en que el toscanita era maestro, habían de emplearse para combatirla y vencerla; como á los niños, á los viejos la dulzura desarma, emboba y domina. ¡Qué chasco! ¡Qué sorpresa y qué susto, cuando la viejecita se irguiera, digna hija de D. Jesús, el guerrero, y de una manotada le sacara los ojos al mozalbete imprudente, aquellos ojos azules, tiernos y melancólicos, en los que dijérase un alma se reflejaba toda candidez y pureza!

Por primera vez, en aquel día aciago, sonrió misia Jeromita: de gozo cruel, de satisfacción por creerse ya vengada, destripando al hermoso arcángel como á un muñeco que dejó de agradar, y con los ojos azules, arrancándole el rubio pelo ensortijado, la lengua mentirosa... y arrojándole fuera, en el estercolero donde iban á escarbar la s gallinas. ¡Qué chasco! Ya podía venir, ¿qué esperaba? ya podía venir, bien aleccionado por Nero, partrechado de todos sus atractivos.... Además de la partida falsa, la carta á la desconocida la serviría eficazmente, y no le daría á él tiempo á percatarse siquiera, á indicar el petitório audaz

que anhelaba; abrumado y corrido le tendría á su merced, y le impondría las más duras condiciones que sufrió jamás un vencido. Bien á punto llegaba la ocasión de liquidar cuentas, sin un centavo el ruedo de la falda, ni alhajas por empeñar, pero fuerte el ánimo con los dos argumentos poderosos, hallados providencialmente. Ya podía venir, ¿qué esperaba?

Impaciente la señora, paseó un rato, con fuertes taconazos, á fin de que el otro la oyera y se enterase que ella estaba pronta y no le temía; preparó el llavero, tras del cual las miradas de Fortunato se escurrían golosas, como guardían de un tesoro que la codicia mira con interés profundo, y lo puso en la cerradura del armario, produciendo el chocar de unas llaves con otras alegre música y bailoteo, capaz de atraerle de lejos, ratón que acude al olor de queso.

Sintió que por la vereda del jardincito venían dos personas, y entreabrió un postigo, tosió, taconeó más fuerte... Nero y Fortunato, en la puerta de hierro, se despedían afectuosamente, con misteriosos cuchicheos, últimas instrucciones y advertencias indispensables para el éxito de un plan maduramente trazado: y entre uno y otro relámpago distinguíanse sus cabezas juntas, de cómplices que redondean importante negocio. Al escucharse el lejano tintín de las colleras del tranvía, Felipe Nero saludó con la frase *A rivederci*, volviendo á su alcoba Fortunato sin advertir, seguramente de intento, la iluminación de la de misia Jeromita, y el jaleo que ésta se traía dentro.

Porque antes de proceder según lo convenido con Nero, si la especulación magna había de hacerse, deseaba Fortunato pedir refuerzos al Jerez y consultar al espejo; su temor de una nueva *plancha* era grande y necesitaba armarse de todas armas, sobre todo de aquellas probadas como francamente mortales en casos análogos, á cuyo efecto roció con agua de rosas el cabello y lo peinó con suma coquetería, se perfumó también y rizó el bigote; aseó sus blancas

manos con pasta de almendras, y escogió la corbata que mejor le sentaba... ¿Estaría esfadada todavía la *vecchia*? ¡Bah! Si acaso lo estuviera, como el sol derrite la nieve, en cuanto se presentase la desenojaría.

Al dar el último toque de peine, se paró algo pensativo... ¿Qué torpeza haber escamado á la *vecchia* en visperas del gran sablazo? ¿Y si lo perdía todo, la existencia regalada, el fruto costoso de su sacrificio y astucia? ¿Valía la otra, prácticamente, lo que valía la *vecchia*? ¡Ni por pienso! Así, cuanto mayor cautela pusiera, abandonándola en caso de peligro verdadero, más seguridad tenía de conservar la conquista jugosa de la incomparable misia Jeromita.

Preguntó al espejo qué tal le hallaba, y el espejo le contestó que muy guapo. Satisfecho, se encaró con la trinidad revolucionaria que en la pared señoreaba gloriosa y la saludó canturreando... ¡Ay de la *vecchia* si le oponía los morros de la mañana ó sus furores ridículos en defensa de su bolsa. ¡A los ojos de Nero aparecer como un mandria que se deja zurrar de manos femeninas, y seniles por añadidura, no lo sufriría su orgullo... ni su interés!

Cuando abrió la puerta de misia Jeromita, ésta, en medio de la habitación, parecía esperarle; pero Fortunato no lo echó de ver, porque el llavero colgando en el armario le distrajo agradablemente. Sonriendo se acercó á ella, y con un dulcísimo *buona notte* pretendió apoderarse de su mano para besarla, como de costumbre.

—¡Quite usted allá! —chilló la señora, ¿qué se ha imaginado este gringo? ¡Ya no me compra usted con zalamerías! Te esperaba; ansiando estaba que vinieras para ahogarte; de tal modo, que si no vienes pronto voy á buscarte yo. Porque las cosas en caliente, en caliente... ¿Abres la boca, eh? ¡Te sorprende, te asusta!... Cierre usted esa puerta, que Leona puede oírnos, y esa niña inocente no debe oír lo que tengo que decir á usted... ¡Cosas muy graves, señor florentino! La indignación me da fuerzas con que no contaba, con que no contaría tampoco su cómplice de us-

ted, Felipito Nero. . . . Responda usted Sr. Lucca, responda usted: se trata de comprobar la validez de una partida de matrimonio, que un abogado considera falsa. • Esto, primero; después hablaremos de otro asunto, también importante. Le escucho á usted, señor Lucca.

Espació intencionalmente las sílabas del apellido, y Fortunato, agobiado, cadavérico, no chistó. Al mismo tiempo retumbó en las alturas un espantoso trueno, como si el cielo se hundiera y se descuajara la casa. . . .

Horrible estruendo que estremeció el Caballito entero, y en la vecina de Cadenas hizo desprender de su clavo el retrato de D. Jorge sobre la legión de poetas que prestóia, volar el enjambre de vocablos que en preparación tenía Jorgito y apagó la escandalera que cierta carta levantara al pasar de manas de Evangelina á las de Agueda y de las de ésta á las de Dolorcitas, sin el correspondiente permiso de la respetable viuda.

La tormenta había estallado.

VII

Quando sonó aquel tronitoso estampido, releía Pantaleona en su prisión, sentada delante del tocador, la epístola siguiente del primo Nepomuceno:

«Mayores novedades y más sorprendentes que las de tus últimas cartas, podría yo referirte, Leoncita querida de mi vida, si los debidos respetos me lo consintieran; porque son de tal naturaleza las que casualmente he obtenido en la ferretería de Barbarossa, que te sacarian la vergüenza á la cara y muchas lágrimas á los ojos: basta que sepas que, gracias á este descubrimiento, quedará despejada la situación bochornosa que nos ha traído la locura de nuestra desgraciada Jerónima. Sin embargo, ¿á qué ocultarlo? le temo á Jerónima, y no sé si podremos triunfar, sin ruido, de su cioga condescendencia.

«Figúrate, Leoncita impaciente, que se trata de que yo vea á Jerónima y la ponga en autos de hecho tan extraordinario, que estallará su cólera en seguida. Te juro que, á pesar de todo, iré al Caballito mañana mismo, por el honor de la familia y los fueros de la justicia; haré de tripas corazón, arrojando el geniazo de mi pobre prima. . . . ¡Ah, cuando la entere y se dé cuenta de todo! ¡Aún me dura á sí el efecto de la confianza de aquellos dos truhanes de la ferretería! . . .

ted, Felipito Nero. . . . Responda usted Sr. Lucca, responda usted: se trata de comprobar la validez de una partida de matrimonio, que un abogado considera falsa. • Esto, primero; después hablaremos de otro asunto, también importante. Le escucho á usted, señor Lucca.

Espació intencionalmente las sílabas del apellido, y Fortunato, agobiado, cadavérico, no chistó. Al mismo tiempo retumbó en las alturas un espantoso trueno, como si el cielo se hundiera y se descuajara la casa. . . .

Horrible estruendo que estremeció el Caballito entero, y en la vecina de Cadenas hizo desprender de su clavo el retrato de D. Jorge sobre la legión de poetas que prestóia, volar el enjambre de vocablos que en preparación tenía Jorgito y apagó la escandalera que cierta carta levantara al pasar de manas de Evangelina á las de Agueda y de las de ésta á las de Dolorcitas, sin el correspondiente permiso de la respetable viuda.

La tormenta había estallado.

VII

Quando sonó aquel tronitoso estampido, releía Pantaleona en su prisión, sentada delante del tocador, la epístola siguiente del primo Nepomuceno:

«Mayores novedades y más sorprendentes que las de tus últimas cartas, podría yo referirte, Leoncita querida de mi vida, si los debidos respetos me lo consintieran; porque son de tal naturaleza las que casualmente he obtenido en la ferretería de Barbarossa, que te sacarian la vergüenza á la cara y muchas lágrimas á los ojos: basta que sepas que, gracias á este descubrimiento, quedará despejada la situación bochornosa que nos ha traído la locura de nuestra desgraciada Jerónima. Sin embargo, ¿á qué ocultarlo? le temo á Jerónima, y no sé si podremos triunfar, sin ruido, de su cioga condescendencia.

«Figúrate, Leoncita impaciente, que se trata de que yo vea á Jerónima y la ponga en autos de hecho tan extraordinario, que estallará su cólera en seguida. Te juro que, á pesar de todo, iré al Caballito mañana mismo, por el honor de la familia y los fueros de la justicia; haré de tripas corazón, arrojando el geniazo de mi pobre prima. . . . ¡Ah, cuando la entere y se dé cuenta de todo! ¡Aún me dura á sí el efecto de la confianza de aquellos dos truhanes de la ferretería! . . .

«Dime las horas de entrada y salida del pájaro italiano: es preciso y conveniente, por mil razones, que yo no me tropiece con él; ante todo, hay que evitar más historias, y yo no quiero voces ni disputas: cumplido mi penoso deber, que se arregle Jerónima como mejor le parezca... Sea este arreglo bueno ó malo, no creo equivocarme al asegurar que el italiano tendrá forzosamente que levantar el campo; porque Jerónima será mantática, y en este desdichado asunto habrá demostrado poco juicio y ni sentido común si quieres, pero es de rectas intenciones, y aunque hayas tú visto cosas que parecen reñidas con la decencia, debes disculparla: alguna razón oculta las justificaria, que ella no podía confíarte. Jerónima es honrada, á despecho de las apariencias, y debes amarla y respetarla, Leoncita, créemelo á mi, á tu viejo primo, que, casi, casi, es tu padre. Yo también la he acusado y juzgado mal; ahora la compadezco y no la reprocho sino su inexcusable debilidad. ¡Desgraciada Jerónima!

«Pronto, pues, saldrás de la cárcel en que te encerró tu ofendida dignidad, y de la que no te he sacado antes, ya sabes... por eso.

«Dos noticias para concluir: que tu exJorgito vino á verme el domingo, no sé con qué pretexto, y castigué su audacia mandándole á paseo después de cruzarle la cara con esta frase: «Celebro muchísimo el rompimiento, y crea usted que me ha proporcionado la más grande y franca alegría, porque un tipejo de su calaña, no se merecía la joya de nuestra Leona...» Y es la verdad; hija, ¡qué alegría, qué regocijo inmenso! Para haraganes en casa, que todo lo esperan del Estado, basta y sobra conmigo. Soy modesto y lo confieso. La otra noticia es esta: que, según carta de Caturmarca, fecha del sábado, está Socorro en las últimas... Todavía hay justicia, Leoncita.

Atolondrada quedó Pantaleona de las incoherencias y tapujos de la carta de Montreal, y cuanto más la releía, menos sentido la desentrañaba: ¿qué descubrimiento sería ese

de la ferretería? La honradez de misia Jeromita y las cosas vistas *reñidas con la decencia*, no pegan, á la verdad, ni con cola... Estos y todos los párrafos de la carta misteriosa, enhebrados sin lógica, la confundieron petosamente. Mientras volcaban las nubes sus cantaradas de agua, estremeciendo la puerta el viento, se afanaba por descifrar la joven el enigma de Montreal... Estaba muy flaca, los digustos y el encierro habían apagado sus hermosos colores y acentuado sus ojeras azuladas; envuelta en un mantón de lana, recogida en la butaca, tiritaba de frío, bajo la llamita del gas, único fuego que las preocupaciones y la costumbre consentían en la alcoba.

De pronto, ayudado por Aurora, que traía el servicio, abrió el aire la puerta con grosería, intentó apagar la luz dió un beso helado á Pantaleona, alborotó sus rizos y le arrebató la carta, que, volando, se elevó hasta el techo y abatió sus blancas alas sobre el pico del gas, perdiendo abrasada con todos sus misterios... Gritó la mulata, y Pantaleona corrió á arrojar fuera al intruso, que continuó dando golpes contra la puerta cerrada.

—¿Ha oído usted, niña—dijo Aurora temerosamente.— El trueno ha reventado en el dormitorio de la señora... ¿Oye usted? Es con el señor.

Se escuchaba, en efecto, rumor de disputa; pero la joven, que no soñaba á la espía palabra utilizable para sus tenebrosos mensajes, se limitó á aligerarla del servicio, poniendo sobre un velador el plato de sopa, el filete, el asado, el postre, la botella de vino, el pan... Quitó luego el anillo de hueso á la servilleta, y, sentándose, la puso debajo de su barbilla. Comprendió Aurora que no estaba el ama para conversaciones, y se largó á la cocina, refunfuñando.

Pantaleona sumergió la cuchara en el plato de sopa, con evi lente desgano. ¡Sí, disputaba! La voz de misia Jeromita traspasaba los tabiques, y, dominando á la tormenta, llevaba la casa como clarín de guerra: largos parlamen-

tos sostenidos en el mismo tono agudo, que apenas terminaban, sin dar tiempo á la réplica, empezaban de nuevo forzando el diapason; entre uno y otro, apenas lograba la vocecilla de Fortunato intercalar una piada tímida, que súbitamente sofocaba la señora. Mas ni una sola frase que diera idea del motivo del alboroto podía atraparse; y Pantaleona, asustada, abandonó la cuchara en el plato, renovándose la lucha interna que en dos meses de cavilaciones la había extenuado: ¿quien era aquel hombre? ¿cómo debía juzgar lo que veía y lo que oía? Monreal, el bondadoso primo, apartado de la casa por la misma razón que á ella, falta de mejor recurso, la confinó en el fondo de su alcoba, acababa de proclamar la honradez y buena intención de misia Jeromita... ¡Extraño misterio! El filete se enfriaba, cusjándose la olorosa salsa en que aparecía bañado, y la joven, empuñados tenedor y cuchillo, se distraía con el bullicio de la contienda doméstica.

Sonó un portazo, y por la vereda de ladrillo, bajo la lluvia, pasó Fortunato de prisa; y á poco, en el comedor, el arrastrar de sillas y repiquetear de cubiertos anunciaron á Pantaleona que el enemigo se apercibía á comer filosóficamente. ¡Sólo? ¡Ah! Por desgracia, el tapón de papel que cerraba el ojo de la llave, tan lindamente descubierto á horquillazos, había sido reemplazado por duro yeso, imposible de desalojar... Pero ahora incitaba muy poco la curiosidad á Pantaleona, preocupada con el anunciado desenlace de una situación ya tan grave, que cuanto ocurrir pudiera serviría para el estallido de la mina. A pesar de los dos meses de desesperada resistencia que había llevado con fatiga, amenazada, sitiada, befada de mil maneras-herida, en sus amores inocentes y en su felicidad, comprometidas su salud y su buena fama, estaba dispuesta á perdonar á la hermana, á disculparla también, á creer que todo lo sucedido, por singular (no quería calificarlo con término más apropiado) por singular que la pareciese, fué pesadilla suya y caprichosa fantasía: es decir, que allí no

había pasado nada, según lo insinuaba Monreal en la carta enigmática; y aunque esto la costara muchos reparos y sacrificio de su dignidad, de buen grado lo acataría siempre que el extranjero, cuyos esfuerzos por congraciarse con ella en la dolorosa temporada rechazó desdeñosamente, saliera de la casa.

Solo comía, sin duda, porque no se escuchaba más voz que la suya. Y al cabo sintió que se retiraba á su cuartel tarareando una de esas cancioncitas pegadizas de su repertorio, que la alteraban los nervios; luego, nada más que el ruido del fregoteo de Aurora en la cocina, los azotes de la lluvia en las paredes.

A las nueve vino Aurora á recoger el servicio y anunció que la señora no había comido, del disgusto, pero que el señor se puso á reventar, como si tal cosa. La despidió Pantaleona, y junto al cristal quedó mirando al embalsamado jardincito, cómo doblegada el viento á los raquíllicos arbustos, chapuzándoles en el lodo á su sabor, errancándoles las hojas y maltratándoles cobardemente, y cómo se erguan ellos de nuevo y hacían frente al adversario, que otra vez les tumbaba para que volvieran á enderezarse, valiéndoles de escudo su insolente debilidad; el molino de Blumen daba volteretas rapidísimas, con lúgubre trepidar de su elevada armadura, y los giros de sus aspas blancas y rojas, en la obscuridad, fingían un ojo inmenso de algún gigante colocado allí de centinela. El agua caía en gruesos chorros, abundantísima, con la rabia y la violencia de una catarata desbordada; en la calle formaba arroyo tumultuoso, anegaba el jardín y amenazaba inundar la habitación... A poco, resbalando en el umbral, se deslizó mansamente por las junturas bajas de la pueria y la joven acudió con paños para contenerla, retorcidos y apretados de suerte que formaran dique; al mismo tiempo, y mientras en la puerta se atajaba la invasión, por el techo, revestido de simple lienzo blanqueado, se colaba también el agua, que en tres puntos á la vez comenzó á dejar caer goteras co-

picosas; aquí fué el correr de Pantaleona, con cubos y otros recipientes, ó ya apartando muebles y enjugando la alfombra, porque, mojado el dique de trapo, los delgados arroyuelos la calaban lastimosamente y se extendían á capricho; reforzó la valla primero, y con mil fatigas logró arrastrar hasta el centro de la habitación la pesada cama de bronce, cuyo inundado baldaquín dió en gotear sobre la colcha de seda. Más llovía dentro que en una mala tienda de campaña; de los bordes del cielo raso caían las chorreras libremente, y el lienzo quedó al cabo tan preñado de líquido, que la reclusa pensó si se le desplomaría encima; había sacado las estampas de las paredes y cuantas bonitas chucherías las decoraban, vuelto las cortinas y los extremos de la alfombra, haciendo el menor ruido posible entre la acompañada música de los cántaros.

Sofocada, se sentó en el lecho, único sitio donde no podía humedecerse los pies, y miró con desconuelo la rayuela alcoba, sobre todo aquella amenazadora hinchazón de arriba, ubre repleta que el propio peso haría desgarrar y exporaría al naufragio el arca de su salvación... ¡Valiente noche! Así la pasaría, vigilante, bien despabilada, envuelta en el mantoncito protector, antes que pedir asilo á la hermana Jerónima. Afortunadamente, la fuerza de la lluvia menguaba por grados, y el temeroso desenfreno de la tormenta; en cambio, otros ruidos se percibieron, gritos confusos de animales, angustioso mallar de gatos y chirios del gallo con aleteos de susto en el corral. ¿Qué sería?

Pantaleona se calzó unos zuecos enormes, que la servían para andar por la huerta, se ciñó á las piernas la falda, se echó el mantón á la cabeza, encendió una linterna, cogió un paraguas y salió valientemente... Eran las diez: contándolas estaba el reloj del comedor, y aunque no llovía tanto, la joya hubo de machar con precaución chapoteando el agua del jardín, convertido en lago; sin duda, todas las habitaciones expuestas á la inclemencia, sin tejadillo de protección ó galería, debieron ser también inunda-

das: al menos, la cocina, donde Aurora olvidara un cabo encendido, aparecía con el agua al nivel del fogón y flotando cacerolos, sartenes, y la fresquera como barca pronta á zozobrar. El patio interior era río, que no pudiendo desaguar por el atascado albañal, todo lo cubría y arrastraba; y aquel mallar de los gatos tenía por causa deplorable el que *Patitas Blancas* y *Barcino*, expulsados de la cocina, se habían refugiado en una rama de la higuera, donde no se hallaban á su gusto, mezclando sus quejas á las protestas de la muchedumbre gallinácea, hasta cuyas estacas llegaba la inundación. A la luz de la linterna vió Pantaleona los estragos del temporal: las hortalizas destrozadas, ahogados algunos conejos, que la corriente se llevaba, entre otros objetos, con un cajón en el cual una clueca y sus polluelos náufragos imploraban auxilio con toda la fuerza de sus picos aterrados.

¡Ah! No á humo de pajas dieron *Barcino* y el rey del gallinero sus voces de alarma. Costó á la compasiva muchacha Dios y ayuda el difícil salvataje: abandonado el paraguas, que la servía más de estorbo que de defensa, colocó un grueso madero entre la higuera y el sotechado del corral, á modo de puente, que los mininos apresuráronse á cruzar, tieso el rabo y espeluzados de susto, yendo á refugiarse en seguro recoveco; abrió luego Pantaleona la puercecilla del gallinero, porque las aguas tuvieran más ancha salida, y las mismas aves en caso de peligro, y con un garfio de hierro pescó la cesta de aquellos nuevos Moisés, muchos de los cuales, empapado el amarillo plumón y ataridos, estaban á punto de fenecer miserablemente. No se mostró la faraónica princesa más tierna y conmovida en paso semejante, que Pantaleona al recoger y dar calor en su seno á los inocentes bichos, enjugándoles con cuidado, orándoles con su aliento, mientras la clueca, debajo del delantal, roncaba, desconfiada...

A todo esto, el siniestro concierto de la tempestad y un frío intenso reinaban en el contorno; ni la misma Aurora,

cuya habitación daba á la huerta, habia sentido nada que pudiera enterarla de las proezas de la valerosa niña. Ni Aurora ni nadie... es decir, ¿nadie? Cuando Pantaleona volvía camino de su alcoba, la luz del cuarto de Fortunato se apagó de pronto y giró el picaporte. Apenas tuvo ella tiempo de esconder la linterna y pegarse al muro. Sigilosamente salió Fortunato, avanzó por la vereda de ladrillo, tanteando las paredes para guiarse, avanzó un poco, avanzó más... ¿A dónde iba? ¿A la calle? Misia Jeromita guardaba la llave, y de la casa no podía salirse sin su permiso. ¡A la calle, á tales horas! Echose á temblar Pantaleona, no sabia si de emoción ó de frio. Entre tanto, Fortunato habia llegado á la puerta de misia Jeromita, la empujaba, daba en ella discreto repique de nudillos. La angustia y el asombro de Pantaleona subieron de punto. ¡Qué audacia! El infame... Seguramente la hermana no le abriría, no le abriría... Y misia Jeromita le abrió, con sigilo igual al suyo; cerrose la puerta y reinó de nuevo el silencio.

—¡Dios mío! —murmuró Pantaleona estupefacta— ¿estaré yo soñando? Y si es cierto lo que acabo de ver, debo seguir creyendo, como lo ha dispuesto Nepomuceno, en la virtud de Jerónima?

Se refugió en su alcoba, acomodó á sus protegidos en sitio apropiado y caliente, se quitó los zuecos, se mudó de falda... Porque pensar en dormir, revuelto todo como estaba y convertida en un avispero su cabeza! con el gesto fruncido, echada á medias sobre el lecho, rumiaba aquello, el descubrimiento suyo, más importante, sin duda, y sorprendente que el de Don Nepomuceno. ¡Ay, el primo, de puro bueno era toato de capirote. ¿Qué vuelta de hoja tenía el hecho de la introducción clandestina del extranjero en el cuarto de misia Jeromita á altas horas de la noche? A ver, que lo explicara el primo, que intentara disculparlo siquiera. Pretendían hacerla pasar por boba, hacerla colmular con ruedas de molino. Y la culpa era de su débil pasividad, de su protesta silenciosa, de su reclusión volun-

taria, estrategia verdaderamente infantil; bien que se habian burlado de ella. ¡Pues no! ¡Cambiaría de táctica, pondría por obra el primer disparate que se la ocurriera: ella no aguantaba aquello, no lo aguantaba!

Desgraciadamente, la ausencia de Sebastiana la privaba de un auxiliar importante; con Aurora no tenía confianza y podia venderla. Su cabecita crepezó á forjar planes, muchos planes, tan desatinados los unos como los otros; cuando alguno se le venia á tierra, convencida ella misma de su inconsistencia, se mordía de ira los labios y apretaba sus menudos puños... Porque no queria aguantar más aquella abominación de su hermana; todo lo que el primo dispusiera menos eso; y en último y desesperado caso, se marcharía con lo puesto, le hablaría claro á Don Nepomuceno, y ayudada de él, ó sin su ayuda, se metería en un convento: sería Hermana de la Caridad; ¿qué mejor solución?

En esto le pareció que la disputa de la tarde se renovaba en el cuarto de misia Jeromita, pero sostenida por la voz de Fortunato, la que engrosaba el enojo de tal modo, que semejava otra que la suya; y si Pantaleona no le ve entrar, dudara quién gritaba así, con imperio tal y descomedia soberbia. No debía responder la señora cosa alguna, ó respondia con mansedumbre tan singular como la insolencia del florentino; y de pronto arreciaron los gritos, hubo carreras, abertura violenta de muebles y golpes de los mismos al ser volteados, síntomas de lucha, que asustaron á Pantaleona; escarriose del lecho y pegó el oído á puerta.

Esta puerta daba á lo que ellas llamaban el *costurero*, y serviales de salita de confianza y de labor; la alcoba de misia Jeromita era la pieza siguiente. Como el tumulto aumentaba, Pantaleona decidióse á entrar en el costurero, y no acabó de entrar, cuando la herida voz de la hermana se elevó clamando socorro.

Como una fiera entonces, se abalanzó Pantaleona á la alcoba y cayó sobre Fortunato, á cuyos pies yacia la mal-

tratada según... Empuñaba el ángel malo, en la cobarde diestra, un rollo inofensivo de papeles, con que amenazaba castigar, ó había castigado ya, la resistencia á sus abominables maquinaciones, y le desfiguraba la cólera sobre toda ponderación, mostrando el lugar de la escena señales de grande y desahogado combate: por el suelo, revuelta multitud de prendas y objetos que antes guardaba el armario, y una mano rabiosa había esparcido; el velador y dos butacas, palas arriba: destripada la cartera, y no pocas figurillas de porcelana en mil trizas, sobre el charco que la general inundación formara en mitad de aquel campo doméstico de Agramante.

Cayó, pues, Pantaleona sobre el enemigo, y le golpeó con ambas manos, abofeteándole muy á su gusto; le cogió luego por el cuello, y á empellones, que Fortunato no resistía, sin duda humillado de la pujanza criolla representada en aquel momento por tan valiente amazona, le arrojó fuera con violencia, derribándole de espaldas en el fangoso jardín. Echó seguidamente la llave, y acudió á levantar á la hermana, que no abrió los ojos de dolor ó de vergüenza: la palpó ansiosa, de miedo de que el bárbaro la hubiese herido y se tñó los dedos en la sangre que le manaba de la frente, parida por el golpeazo, y la lavó, la condujo hasta la cama, estimulándola afectuosamente, olvidada de los agravios y de las diferencias que las desunían.

No podía hablar misia Jeromita, y lloraba en silencio, teniendo entre las suyas la mano de Pantaleona, el cariño, si enfriado, jamás extinguido, la gratitud del auxilio oportuno, la sed de una explicación necesaria, de una disculpa que la devolviera algo del perdido aprecio, la hicieron incorporar al cabo de muchos esfuerzos, y pronunciar con trabajo estas solas palabras:

—Leona, hija... ¡es mi marido!

—¡Tu marido!—repitió Pantaleona.

Como velo negro que se rasga de súbito y descubre no sospechados horizontes, todos los misterios de aquellos dos

meses, cuanto alarmó á la moral y fué piedra de escándalo y causa de ya irremediables sucesos, quedaba cumplidamente explicado, hasta la carta del primo Monresl en todas sus reconditeces y obscuridades, aparecía iluminada por la revelación... ¡Su marido! pero ¿por qué le ocultó entonces, por qué semejante tpujo con ella, su hermana, provocándola á pensar mal, á dudar? ... Estas preguntas se las dijo al oído, alegre de ver borrada la mancha que en el honor de los Pérez Orza creyó ella había estampado misia Jeromita, y tan desmayada estaba la hermana, que no habló más en buen rato, mientras Pantaleona se consumía en estériles preguntas:

—¿Por qué? ¿acaso era algún pecado? Pues peor me parece haberlo ocultado de esta manera.

—¿Por qué?—suspiró la dama infeliz...—¡La pensión! acuérdate de que sólo tengo derecho á ella permaneciendo soltera: si mi casamiento se divulga, nos quedábamos sin pensión, que es lo mismo que quedarnos sin pan. Una indiscreción tuya bastaba!... ¡Mejor fuera no haber caído, si, y bien castigada estoy! ¿Has cerrado, Leona? ¡Qué no vuelva ese hombre!

—¡No volverá!—aseguró la joven, salgurándole los ojos;

—Quería hacerme firmar la hipoteca de la casa, y yo me negué, ¿cómo habla de firmarla? Era perderla para tí, arrebatarte lo poco, lo único que he de dejarte á mi muerte. Antes me mata que consentir yo... ¡Y me mata, Leona, me mata, si no llegas á tiempo!

Se agitaba mucho con el recuerdo de la horrible escena, sin despegarse de la mano de Pantaleona, á quien, entre suspiros y ayes, pedía perdón de los malos ratos y del pésimo ejemplo que la había dado. ¡Ah! Su destino la tenía condenada á parecer lo que no era, prendida en revuelta madeja, que, si el mismo diablo la enmarañara, no lo fuera tanto ni más difícil de desenredar; con virtuosos principios; con intenciones excelentes, hubo siempre de extraviarse en descarriados senderos: mujer de ley, la violaba, contraban-

dita por necesidad... Nunca deseó una cosa, que, para aliviarla, no tuviera que acudir á otros medios que los legítimos, puestos á la disposición de todos los demás. Eran sus compañeros de camino el engaño y la mentira, y aun que ella tirara hacia el buen lado, empujábanla ellos hacia el malo. ¡Fatalidad cruel, ó debilidad de ánimo; blandura de corazón excesiva, ó falta de tino para brujular en la vida!

Apenada, la rogó Pantaleona que se callase.

--Estás disparatando, Jerónima. ¿Qué crímenes son los tuyos? Cualquiera diría que el fardo te oprime la conciencia....

No había de aprobar ella su matrimonio entre gallos y media noche; al contrario, lo reprobaba con todas sus fuerzas, y de haberlo podido impedir, lo impide. ¡Miren ustedes que la elección! ¡Un hombre que pasaría muy bien por su hijo! No volvía del pascmo que lo que acababa de confesarle la produjo. ¡Su marido...! Pero no era ese tan gran delito, que justificara cuanto decía.... ¡Pobre Jerónima! Nada que perdonarla tenía. ¿De Jorgito, quién se acordaba ya? Era un mal caballero, y valía más conocerlo antes que después. Lo que había que pensar ahora era en volver por el buen nombre. ¿Cómo se arreglaba lo hecho, si no podía declararse la verdad? ¿Qué conducta seguir con ese señor Lucca, en vista de su indecente comportamiento de esta noche? Había que meditarlo bien. Que contara con ella; lo pasado, pasado. Ella era la misma de siempre, su Leona invariable, que si dudó de ella, hoy la devolvía su afecto, convencida de que era una excelente hermana.... aunque un poquito débil y caprichosa también, pero, ¿quién es perfecto en el mundo, verdad?

--¡Ay, Leona!--exclamó sollozando misia Jeromita--ven acá, bésame. ¡Cómo me consuela el oírte! y sin embargo, no sabes, no sabes... ¡Tu nobleza es mi mayor castigo! Dices bien: hay que meditar. ¿Cómo desenredamos es-

ta horrible madeja? ¡Leona, es preciso prevenir á Nepomuceno; que venga Nepomuceno!

--¡Sí, sí; que venga mañana mismo!

--Mañana mismo. Vas tú y le traes. Nada de cartitas, que se pierden ó las roban.

--Pues Nepomuceno ya está enterado y mañana viene; pero, de todas maneras, iré yo á buscarle.

--¿Enterado de qué?

--De tu casamiento.... supongo; porque hoy me ha escrito avisándome que en la ferretería de Barbarossa ha descubierto algo tan extraordinario, que cuando lo supieras te pondrías furiosa, algo que resolvería el conflicto en que estamos y apresuraria la marcha del otro.... del señor Lucca.

--En la ferretería.... Un descubrimiento, que apresurará su marcha....

Muy pálida repitió la señora dos ó tres veces estas palabras. La sospecha, que no lograron desvanecer sino á medias las marrullerías florentinas, en la explicación tormentosa que precedió de algunas horas á la vía de hecho, resurgía en su espíritu como si en el mismo doctor Barbado la despertase nuevamente. Porque, en realidad, Fortunato contestó á los cargos con excusas y *cuerpeadas* (que así llamaba ella al escurrir al bulto), y nada concreto sacó en limpio del interrogatorio, nada, nada.... Creció la sospecha horrible y como negro fantasma se interpuso entre ella y Pantaleona, grande, gigantesco; creció, creció, hasta ocupar la habitación entera.... Era capaz, muy capaz: ¡si había querido matarla! ¿Qué extraño fuera que falsificara la partida?

--Que venga Nepomuceno ¿eh? mañana.... El nos explicará qué es eso de la ferretería.... ¡No comprendo, no comprendo!

Tampoco lo comprendía Pantaleona, ahora menos que antes, y vióse de nuevo rodeada de tinieblas, apenas el recuerdo de las palabras del primo trajo el del suceso cuyo

descubrimiento fortuito sería motivo para que abandonara la casa del toscano. Esposo de su hermana, ¿quién podía arrojarse de ella? ¿Conocía Monreal esta calidad de esposo? ¿Mentía la hermana al atribuírsela?... Se abatió Pantaleona en una silla, al pie del lecho, y misia Jeromita, que no la sentía junto a sí, la llamó con lastimera insistencia.

— ¡No te vayas, Leona! ¡No me desampares!

— Aquí estoy — contestó ella — estoy recogiendo y ordenando todo; ¿sabes cómo ha puesto el cuarto tu señor Lucía? Mira que entre él y la inundación.....

En efecto, por distraer su imaginación y evitarle el suplicio de nuevas cavilaciones, se entregó a la siempre para ella grata faena del mangoneo doméstico, y en un decir amén borró las señales de la batalla en que fué desairado protagonista el pícaro florentino; hecho lo cual, se sentó en la misma silla, después de examinar la descalabradura de misia Jeromita y dictaminar, con perfecto aplomo que eternas para dos días de áfrica, sin ulteriores consecuencias.... La señora la mandó que se acercara más, porque en estando ella á su lado veía todo más claro, como si fuera luz maravillosa....

— Si no lo haces, creeré que no me has perdonado mi mala conducta; sí, Leoncita, soy una vieja loca digna de que me encierren en un manicomio: en esto vendré á parar. Tengo la cabeza hecha tarumba. Se me ocurren disparates, distingo muchos fantasmas... El golpe no lo he sentido en la frente, sino en el alma, en el alma. ¿Con qué me pegó? Me parece que con un palo; he visto un arma en su mano, una daga ó un puñal, no sé. Todo, porque pretendía quitarme la casa, esta casa que yo guardo para ti, Leoncita. ¡Ah, eso no, Jerónima Pérez Oza habrá perdido la chabeta, pero ¡no tanto que no le quede una ráfaga para defender los intereses de su hermana, de su... de su hija! ¡Leona, Leona, porque tú eres como si lo fueras: yo te he criado, yo te he educado, yo te he querido... como una hija, como una hija! Acércate, ¡no te veo! ¿Estaré yo ciega? Pe-

ro no me mires; tengo vergüenza de ti, del escándalo que he dado... ¿Qué habrás pensado de esta vieja! Peor de lo que mi debilidad merece. Porque, óyeme, enténdelo bien: yo soy una víctima de las apariencias; las apariencias, que han influido en mi destino y gobernado toda mi vida.... En esta casa todo es mentira y todo es verdad. Que venga Nepomuceno: él lo sabe, él lo ha descubierto.... Al otro se le obligará á confesar; pero, cierra bien, que no vuelva....

Le acometió luego grande desvario, en que mezclaba nombres y sucesos, conocidos unos, y otros desconocidos para Pantaleona, retazos de la nebulosa historia de su pasado: Catamarca, Don Tadeo, Don Jesús y Socorrito..... asociados á Barbarossa, á Nero y al padre Anselmo, vibrando sobre todos el de Fortunato, el ángel malo que la había partido el corazón de un solo golpe de su tajante espada. Asustose la joven de oírle desatinar así, y no se atrevía á llamar, de miedo que el otro, el enemigo, se colara, pues debía de estar acechando en el jardín la ocasión de veagar su humillante derrota; y voltejeaba ansiosamente, buscando la tila, el azahar, el agua de Colonia....

Sus pasos estremecían á misia Jeromita, que clamaba:

— Leona, hija, ¿quién es? ¿vuelve? échale, échale..... ¿O es el padre Anselmo? que entre, quiero preguntarle una cosa.... No le reconozco: trae la misma cara de aquel de casa de Nero, el de la risita....

Nada de lo que buscaba había en la alcoba, y Pantaleona decidió valientemente ir al comedor, donde pensaba encontrar el azahar en algún rincón del chinero; fué sin luz, á tientas, pero no bien llegó á su alcoba, la condenada puerta le recordó que era preciso salir al jardín para entrar en el comedor, y se volvió desolada: ¿llamarla á Aurora? Por fortuna, misia Jeromita se adormecía, presa de la fiebre, y á poca cesó el incoherente balbuceo.

Pantaleona se acurrucó en la silla, después de reducir la

lengüeta del gas y dejar la habitación sumida en la penumbra propia de enfermos y medilabundos. ¡Qué noche! Eran tan variadas las emociones sufridas, que ella también se sentía febril, inquieta, llena la cabeza de pavorosos fantasmas; perdida en el laberinto de sus reflexiones, cuando creyó iluminado por la revelación de la hermana, más oscuro lo veía ahora, más oscuro, como si el telón hubiera caído de nuevo. Miraba á las ventanas deseosa de que apareciera la nueva luz y abuyentara el alba la sombra de sus temores y de sus angustias; ¿faltaría mucho aún? El reloj del comedor no se oía: sólo se oía el bramar del viento, la voz potente del pampero, que limpiaba de nubes el cielo para que ella pudiera hacer su visita al primo Montreal sin mojarse los piecitos, y estuviera encendida la gran luminaria en celebración del fin de su cautiverio.

Debía faltar mucho aún. Y se desesperaba, porque el nuevo día traería la resolución de todos los problemas, rompecabezas en que se estrellaba la lógica. Don Nepomuceno se le figuraba con grande linterna alumbrando las profundidades del pozo donde, revueltos y enzarzados, hablaban los Pérez Orza de la catamarqueña familia y el ingerto florentino. Misia Jeromita dormía. Tierna conmiseración se apoderó de Pantaleona al contemplarla así, aplanada, bajo su salvaguardia y cuidado, á la que en horas de rebeldía deseara males mayores para castigo de su culpa y de los que ésta la había acarreado injustamente; flaqueza y egoísmo de que se acusaba ahora, al retoñar de aquel cariño que ella no sabía cómo llamar, cariño filial sin duda, y de ahí la mezcla de celos y el odio contra el toscano. Era su hermana, pero de madre hizo siempre: no conoció otra, ni oyó hablar jamás de que otra hubiera tenido, ni en estampa siquiera se le reveló su fantástica figura, misterio este que la mágica linterna del primo nunca llegaría á descubrir quizá; era su hermana, pero sus sentimientos (menos en aquella aclaga temporada en que la influencia florentina nubló su razón) fueron sinceramente maternas, y si para

probar los recuerdos de tantos años de amorosos desvelos no estuvieran patentes, bastaba el hecho sólo que acababa de quebrar violentamente el lazo secreto que la unía á Fortunato: por ella, por su porvenir, por el interés y el afecto profundo que la conservaba, habían chocado ambos y la discordia estallado, y estaba ahí herida, vendada la frente y el corazón sangrando. ¡Pobre Jerónima! Sintió la joven deseo de besar á la triste vencida, y se inclinó sin ruido. Quedaban selladas las paces.

La fatiga la entornó los ojos al cabo, y se adormeció también. ¡Qué noche! Con frecuencia se irguió asustada por los bramidos del pampero y al respiración de misia Jeromita. A las cuatro de la mañana (distintamente las anunció el reloj del comedor) se oyó en la calle el tropel de los lecheros, que pasaban canturreando con desapacible monotonia, y chirriar las ruedas de las carretas perezosas, y transcurrió buen espacio aún, una hora larguísima, antes que clarearan las rendijas de ambas ventanas y sonara el cascabeleo del primer tranvía. Cantó luego el gallo alegre, y poco á poco los diversos ruidos de la vida exterior se hicieron notar; la luz pálida del alba, más intensa, amortiguó á la del gas, á pesar de las barreras que la rechazaban. Un chico voceó *La Opinión* una, dos tres veces. Era el nuevo día. ¡Gracias á Dios!

Pantaleona, cuidadosamente, entreabrió un postigo. ¡Qué sol! ¡Qué palido brillaba en medio de los estragos de la pasada borrasca! El molino de Blumen, rotas las aspas, aparecía como gigante á quita el huracán cercenara la orgullosa cabeza; los árboles con las ramas tronchadas, los eucaliptus, los pinos, magnolias y araucarias lloraban aún del maltrato y crueldad de su enemigo, soltando lágrimas innumerables á la menor sacudida del aire. En el jardincito, las plantas abatidas se humillaban en el lodazal; un seibo, gala de las islas paransenses, tenía partido el tronco y se doblaba en dos con doloroso desmayo; delante de la puerta podía reconocerse la huella del cuerpo del ángel malo, donde le derribó la mano vengadora de Pantaleona. Esta cerró ap

pronto, espantada de que el otro quisiera volver á reanudar la batalla, porque en la casa estaba y forzosamente había de tropezárselo apenas saliera. La nueva luz no le traía el alivio y el consuelo que ella creía.

Cerró, pues, preocupada y temerosa, y se dirigía á su sitial de enfermera cuando llamaron á la puerta por el lado del jardín. ¿El? ¿Sería él? No contestó Pantaleona, y llamaron de nuevo. Ya misia Jeromita se había incorporado, y limpia de fiebre, al parecer, interrogaba á la muchacha con los ojos. Pantaleona dió un paso.

—¡No abras—ordenó la señora,—no abras!

—¿Y si no fuera él?—preguntó indecisa la joven.

Deliberaron. Antes de abrir miraría por la rendija; si era él, aunque mostrara el arrepentimiento mayor del mundo y gastara toda la miel de su zalamera perfidia, no le daría entrada; le diría que no, de orden de ella, de Jerónima; y si pretendía forzar la puerta pediría auxilio por la ventana. El último escándalo, el último, ya que él se empeñaba en provocarlo. Fue Pantaleona y miró recelosa.

—¡Si es Aurora!—dijo alegremente.

Dejó paso á la mulata, que entró desgreñada y sin lavarse aún, trayendo el mate cebado para misia Jeromita y en una bandeja la taza de chocolate para la niña; el desayuno del señor hubo de llevarlo á la cocina, porque estaba el señor encerrado y no contestaba, lo mismo que si estuviera muerto.

—Estará durmiendo—apuntó la joven.

—¡Qué ha de estar durmiendo!

—Pues se habrá ido de paseo.....

—¿Por dónde ha de haber salido, si la llave la guarda la señora?

Misia Jeromita, más amarilla que un cirio, echó una ojeada á la mesa de noche, donde aparecía la enorme llave del portón. Pantaleona la observó también y se pasmó.

—Pongo mis manos en el fuego que algo le ha suce-

didó—añadió Aurora—y si por mí fuera llamba al cerrajero enseguida.

Reparó que estaba vendada la señora, y alzó el grito lamentándose del accidente. También ella dió una costalada en el patio y casi se desnucó. ¡Bueno lo había dejado todo la inundación! En la cocina tuvo que sacar el agua con baldes, y se pasó la noche en blanco para evitar que se anegara su cuarto; el cielo raso del comedor se había desprendido, y colgando estaba una mitad y la otra mitad de la arpillera á punto de caer también; habían muerto ahogados tres conejos, dos gallinas, una de ellas la piulada cenicienta, que ya ponía la pobre, y un pato, el abuelo... ¡Qué dolor! Era preciso llamar á los albañiles, porque con otra tormenta igual se derrumbaba la casa.

Misia Jeromita se apretaba con ambas manos las sienes del escozor de la herida ó del más hondo que la causaban tantas malas noticias juntas, rechazó el mate que la mulata, irrespetuosamente, llevó á sus labios para arrancarle una sabrosa chupada, y llamó á Pantaleona, á quien, bajito, consultó ansiosa.... ¿Había oído? No lo referente á los perjuicios de la noche última, que eso, lamentable como era y seguro motivo en cualquier otra ocasión de grandísimo disgusto por los gastos que demandaba, no merecía la pena ahora de tomarse en cuenta, sino aquello de la encerrona misteriosa del otro; encerrado estaba, sin sombra de duda, porque á la calle no pudo salir. ¿Dormido? ¿Cómo no respondía al llamamiento de la criada? ¿Muerto? ¿Suicida acaso?

—¡Qué disparates los tuyos, Jerónima!—la sermoneaba la joven al oído.—¡El suicidarse! No le dará tan fuerte atribuye más bien al Jerez, á los restos de la botellita de anoche, su sueño de plomo; porque anoche estaba en *trinquis*, apóstaba á vino, y esto excusa, si hay excusa para lo que ha hecho, la escena en que te dió buena muestra de su cariño. Déjale que duerma á pierna suelta: así nos libramos de alguna nueva acometida si le viniera la gana de in-

testarla; contra dos mujeres indefensas; todo cobarde es valiente y mira, yo no sé si me sentiría hoy con fuerzas de repetir el guatazo que le di anoche con tu permiso. Quieta, pues, por lo menos hasta que venga Nepomuceno, que supongo sabrá arreglarlo todo á satisfacción general. Si quieres, te dejaré encerradita con llave, para mayor seguridad tuya y tranquilidad mía.

—¡Ay, sí, sí! —lloró la señora,— y te la llevas, Leona; tengo miedo, me inspira horrible miedo, á qué extremo hemos llegado!

Las chupadas de las mulatas advirtieron que no debían prolongar el secreto delante de testigo semejante, y la ordenaron que dejara entrar al sol, que asomó tristón, con mal humor, sin duda, de que le obligasen á dar luz á la desolada alcoba.

Bajo la venda, señal evidente de su infortunio, misia Jeromita seguía llorando. Acercose Pantaleona para levantar el improvisado apósito, y ella, que la contemplaba tan flaca y ojerosa, experimentó nueva fortura, mayor dolor del que hasta entonces sintiera; recostando la cabeza sobre su hombro, murmuraba angustiosamente:

—¿De veras que me perdonas? ¡Leona, hijita mía! no tardes. ¡Llévate la llave! ¡Lo tengo miedo, horrible miedo!

VIII

Es creencia vulgar que en los cuentos, novelas y toda clase de bonitas patrañas compuestas para distraer el ocio, la casualidad ha de tener grande parte, ayudando al autor de manera que éste deja que vaya ella tejiendo la trama y la desenrede luego, y obstáculo que encuentre, á ella acude, que le remedia al punto; más, si esto en cosas de imaginación suele ser verdadero, en la vida real pasa como indiscutible y repetido accidente, porque la susodicha casualidad, libre de las impertinencias de autorcillos caprichosos, dispone de los destinos humanos á su antojo y los enmaraña, corta, anuda, enlaza ó separa, sin que valgan las leyes del arte ó de la razón, que en cierto modo gobiernan las novelas y comedias. No se atribuya, pues, á intervención mía en los sucesos de que soy torpe cronista, el que Pantaleona se encontrara con Jorgito Cadenas al subir al tranvía, aquella mañana que fué, por encargo de la acongojada misia Jeromita, en busca de D. Juan Nepomuceno para que enderezara lo que los amores florentinos habían torcido tan miserablemente; era el tranvía el de las diez, el mismo que conducía á Jorgito todos los días laborables á la ciudad, y así se dió de narices con él, que fumando iba en la plataforma.

Cualquiera sabe el género de sentimientos que alimen-

testarla; contra dos mujeres indefensas; todo cobarde es valiente y mira, yo no sé si me sentiría hoy con fuerzas de repetir el guatazo que le di anoche con tu permiso. Quieta, pues, por lo menos hasta que venga Nepomuceno, que supongo sabrá arreglarlo todo á satisfacción general. Si quieres, te dejaré encerradita con llave, para mayor seguridad tuya y tranquilidad mía.

—¡Ay, sí, sí! —lloró la señora,— y te la llevas, Leona; tengo miedo, me inspira horrible miedo, á qué extremo hemos llegado!

Las chupadas de las mulatas las advirtieron que no debían prolongar el secreto delante de testigo semejante, y la ordenaron que dejara entrar al sol, que asomó tristón, con mal humor, sin duda, de que le obligasen á dar luz á la desolada alcoba.

Bajo la venda, señal evidente de su infortunio, misia Jeromita seguía llorando. Acercose Pantaleona para levantar el improvisado apósito, y ella, que la contemplaba tan flaca y ojerosa, experimentó nueva fortura, mayor dolor del que hasta entonces sintiera; recostando la cabeza sobre su hombro, murmuraba angustiosamente:

—¿De veras que me perdonas? ¡Leona, hijita mía! no tardes. ¡Llévate la llave! ¡Lo tengo miedo, horrible miedo!

VIII

Es creencia vulgar que en los cuentos, novelas y toda clase de bonitas patrañas compuestas para distraer el ocio, la casualidad ha de tener grande parte, ayudando al autor de manera que éste deja que vaya ella tejiendo la trama y la desenrede luego, y obstáculo que encuentre, á ella acude, que le remedia al punto; más, si esto en cosas de imaginación suele ser verdadero, en la vida real pasa como indiscutible y repetido accidente, porque la susodicha casualidad, libre de las impertinencias de autorcillos caprichosos, dispone de los destinos humanos á su antojo y los enmaraña, corta, anuda, enlaza ó separa, sin que valgan las leyes del arte ó de la razón, que en cierto modo gobiernan las novelas y comedias. No se atribuya, pues, á intervención mía en los sucesos de que soy torpe cronista, el que Pantaleona se encontrara con Jorgito Cadenas al subir al tranvía, aquella mañana que fué, por encargo de la acongojada misia Jeromita, en busca de D. Juan Nepomuceno para que enderezara lo que los amores florentinos habían torcido tan miserablemente; era el tranvía el de las diez, el mismo que conducía á Jorgito todos los días laborables á la ciudad, y así se dió de narices con él, que fumando iba en la plataforma.

Cualquiera sabe el género de sentimientos que alimen-

tan estas almas decadentes, llamadas á sí propias *fin de siglo* con gálica fatuidad. ¿Fué emoción amorosa, remordimiento, deseo de paz, banal galantería, acaso intención grosera (dada la fama que en el barrio gozaba la infeliz muchacha), ó también alarde de petulancia, viéndola tan desmejorada y abatida, seguramente de resultas del rompimiento? Todas estas interpretaciones pueden darse al rápido ademán con que el Cadenites saludó el paso de Pantaleona, muy metida ésta en su esclavina de pieles haratas, con velillo á la cara y sombrero ajustado á la moda por sus hábiles manos... y á la sonrisa amistosa, al tender de la diestra, luego de arrojar el incivil cigarrillo; y rechazados sus avances, con natural dignidad, á la desembarazada acción de sentarse en el banco, junto á ella, dando á entender al público que era aquella conquista suya y segura. Pantaleona iba sola, porque más necesitada de compañía estaba la hermana enferma que su honestidad, y así se puso de mil colores y pasó angustias mortales; él la hablaba al oído, disculpándose, protestando contra la tiranía de misia Elvira y la oficiosidad incorrecta de Dolorcitas: si el pleito era entre los dos, ¿quién metía á los demás en el panderó? Él, palabra de honor, jamás creyó lo que las chismosas y calumniadoras inventaron; jamás, jamás, palabra de honor; ¡sí, disgustado del paso atrevido de Dolorcitas, y deseoso de arribar á un decoroso avenimiento, determinó de ir en demanda y oferta de mutuas explicaciones al señor Monreal! porque olvidarla no podía, y soñaba día y noche con el delicioso *fresal* de su nuca. Lo menos tres docenas de poesías llevaba compuestas en su honor. Que le dijera, con noble franqueza, ahora que la casualidad les había reunido, qué pilos tocaba en la casa aquel condenado inquilino, que como fueran satisfactorias sus excusas, la daba á la mamá el gran disgusto haciendo las paces más sonadas que hicieron novios en el mundo.

No contestaba Pantaleona, alisando el manguillo de felpa sobre la falda, y á cuanto él repitió, ya manso, enojado

ó ofendido, ella no le hizo más caso que á un mescón que zumba: alizaba el manguito, miraba por la ventanilla de enfrente con afectado interés, tosía y bostezaba á posta, para enrabiarle más y darle á sentir su desprecio. Pero, cuando éste quedó marcado y lo observaron los pocos viajeros que en la aburrida compañía cabeceaban, fué al presentar los billetes el mayoral: echó mano al bolsillo Jorgito y quiso pagar el suyo y el de la joven, no lo consintió ella, y como él insistiera, Pantaleona, friamente, entregando el papelito de veinte centavos, cortó la cuestión diciendo:

—¡Caballero, muchas gracias! ¡usted me dispensará si no acepto... No tengo el honor de conocer á usted!

La cara de Jorgito mostró las mismas señales vergonzosas del que recibe una bofetada, como si, en efecto, la hubiera recibido, se corrió de manera que no volvió á chistar: mordiose el bigotillo, y no se estaba quieto, por guardar la mayor compostura que el desaire consentía; hubo un momento en que le sofocó el amor propio, y se inclinó hacia Pantaleona con ánimo de soltarla cuatro frescas, de decirle que á él, Jorgito Cadenas, ninguna *piruja* le faltaba, y menos quien daba tanto gusto á las lenguas conduciéndose como la más desenvuelta mujerzuela... Pero, la *piruja* guardaba el ceño fruncido, y le pareció que no debía provocarla á una disputa en plena calle: la miró con sorna, carraspeó con insolencia, y abandonó el asiento; luego, se apeó, desapareciendo ignominiosamente.

—¡Tipo! ¡retipo! —le despidió la joven mentalmente, sin inmutarse ni volver la cabeza. —¡Cobardón! ¡que haya podido yo quererle!

Aquí vendría de perilla un discurso psicológico, bien enrevesado para que pareciese más profundo, explicando, ó tratando de explicar las causas del desvío de Pantaleona, y las etapas (así creo que debe de decirse) que siguió hasta estallar en la forma que se ha visto; pero, hay almas transparentes que rechazan todo estudio por inútil, y la de

la cándida hermana de misia Jeromita no ocultaba que el afrentoso carpetazo de Jorgito, hiriéndola en lo más sensible, en lo que más duele, en su orgullo de mujer, mató el amor que le tenía, amor de tan escasas raíces, en verdad (y culpese de ello á la decadente poesía del mancebo) que más daño la hizo á Pantaleona la ofensa, que el arrancárselo. Así quedó satisfecha de haberla vengado, muy tranquila; y figurándosele por esas calles hecho un toro, se decía:

—Si no puede ser que yo haya querido á ese tipejo, tan estúpido, tan desabrido... ¡Qué cara ha puesto! ¡cuánto me alegro! ¡toma, toma!

Es lo cierto que bajó Pantaleona en la calle de Montevideo, y con paso vivo se encaminó á la casa del primo Monreal, sabiéndole á nuevo cuanto veía, sin duda por la influencia del aire de la libertad; seguramente que estaría el primo: eran las diez y media. Pues, á las diez y media daba él su última vuelta en la alcoba y se sentaba á leer los periódicos, hasta las once, que salía á almorzar; á las doce en punto entraba en su oficina. Iba á encontrarle, pues, leyendo, y le daría un susto... Andaba la joven por la acera del sol, que calentaba poco, buscando el número, porque estas casas de planta baja todas se parecen; al fin la descubrió y no tuvo necesidad de tocar el llamador, porque misia Mercedes estaba en el patio escarpando sus tientos. ¡Qué sorpresa y desagrado para Pantaleona cuando la comenico misia Mercedes que el señor D. Nepomuceno había salido á eso de las nueve, sin dejar dicho si volvería ó no volvería!

—¿Y á dónde le busco yo ahora?—exclamó la muchacha dando una patadita.

—Espérela usted aquí, mi vida,—cantó la señora que era del propio Corrientes y á quien el ostracismo bonaerense no la había despegado la tonadilla, ni la costumbre de los mote dulzones—puede que venga antes de media hora; pase usted á la sala, corazón: dichosos los ojos que la ven á usted, lucero...

Siguió muy contrariada Pantaleona á misia Mercedes hasta la salita en que la amable viuda del vista de Aduana la invitó á sentarse, y allí supo, entre un chaparrón de poéticos dictados, que el señor Monreal se había echado á perder de modo que nadie le conocería: el hombre tranquilo, metódico, manso, dócil, que no tenía boca, y llevaba camino de merecer la canonización en vida, no existía ya; de dos meses á esta parte dió un cambiazó extraordinario: llegaba á deshora, trastrochaba, se levantaba tarde y andaba malhumorado; recibía cartas casi todos los días, de la ciudad, y cada carta le ponía peor.... A veces escribía hasta las tantas. En fin, que era otro, enteramente.

—Para darle á usted una prueba, mi vida, de cómo está el hombre, diré á usted que esta mañana, sin ir más lejos, tuvimos unas palabras.... Usted sabe, mi vida, cuál ha sido mi posición, y que si mi esposo viniera no me vería yo alquilando piezas. Pues el santo varón, empeñado en que no se le limpie el cuarto.... A ver, estrella mía, ¿voy yo á ponerme ahora de barrenders? Demasiado hago con arrear á Zenona, que me saca la indina canas verdes.

Las mostró la viuda, con vivo ademán, y eran verdes, en efecto, del mal tinte que les daba. Su rostro alargado, la fina piel, los ojos inmensos y el buen talle expresaban elocuentemente que las pasa las primavera de la dama correntina debieron de ser de rechupete.

—Si hubiera dejado la llave Nepomuceno y usted me o permitiese....—indicó Pantaleona.

—Con mucho gusto, sol mío, vamos allí.

Estaba la llave colgada de una escarpia, detrás del pintado zarzo en que se enredaba un soberbio jazmín, y misia Mercedes la cogió, diciendo:

—No sé si habrá hecho la cama Zenona. ¡Ah, mi vida! estas chinias dan un trabajo....

¡Santo cielo! las dos habitaciones aquellas, que eran as de la calle, semejabán una perrera; tan revuelto, desor-

denado y su ia aparecía todo: ni escoba ni plumero entraron en los dos meses, seguramente, y si hubo manos que en algo quisieron probar que se ocupaban, fué en la correcta alineación sobre la cómoda de las fotografías de Pantaleona y el lazo fúnebre que coronaba el alanceado retrato de María del Socorro, la beata. Espantose la muchacha á la vista de aquel nido, digno de un *carancho*, el pajarranco que por acá disfruta de mejor fama de gorrino, y pidió á voces instrumentos de limpieza: se quitó los guantes y el sombrero, se lió en la cabeza un pañuelo y á guisa de delantal una toalla....

— ¡Pero, estrellita mía, se va usted á poner pérdida! — exclamó horrorizada misia Mercedes.

Escoba en mano, arremetió Pantaleona contra la porquería, y la desalojó de sus posiciones, persiguiéndola en sus más recónditas guaridas: formó el polvo espesa nube; misia Mercedes huyó tosiendo lastimosamente, y tras de ella, á sendos plumazos, los últimos átomos, que la corriente de ambas ventanas ayudaba á borrar; luego puso orden la muchacha en las prendas de vestir, que cepilló, limpió y dobló con mucho primor; lustró el espejo, fregó el lavabo. Y habiendo hallado una aguja mohosa, se sentó á coser unos sietes del forro del gabán, muy encarnada por la fatiga, pero satisfecha de su victoria.

Dado una puntada, sintió pasos en el zaguán que se le figuraron ser los de Don Nepomuceno, y se escondió con infantil picardía, y le hizo: *Cucú*.... así que entró el primo, sorprendido del alíño de la habitación, Pantaleona asomó la bonita cabeza por la abertura de la cortina, y repitió:

— ¡Cucú! Soy yo. ¿Quién podía realizar el milagro? Buenos días, Nepomucenito.

Grandes fueron el asombro, el alborozo y el susto de Monreal. Aquel extraño impulso que sentía siempre cerca de la primita, de besarla los lunares rojos, gracioso emblema de su hermosura, y que la costumbre de dominarse

contenia fácilmente, lo experimentó ahora con mayor fuerza: en medio de la pieza, los brazos extendidos, bañada la media cara en alegre luz, exclamó:

— ¡Leoncita! ¿aquí? ¡Ay, qué gusto! hoy que esperaba tu carta, antes de ir.... pero, ¿ha sucedido algo? ¿Qué ha sucedido?

— Mucho y malo — contestó rápidamente Pantaleona; — ya comprenderás que mi presencia no puede ser de buen agüero. Vengo á buscarte, por encargo de Jerónima.... La mina reventó al fin, y por donde menos se ¡ensaba.

— Ese hombre.... insinuó Monreal tragando saliva.

— ¡Su marido, Nepomuceno, su marido — rectificó la joven con aspavientos.

— ¿Te lo ha dicho ella?

— Sí, me lo ha dicho. Y me ha explicado la razón del tapujo. ¿Lo sabías tú también?

Monreal se calló. Luego, con trabajo y visible disgusto, declaró:

— Lo sabía. Es su marido. Jerónima no ha mentado.

— Bueno; entonces ¿qué significa esa afirmación de tu carta de ayer, sobre la próxima y segura partida del señor Lucca? ¡Explícame, Nepomuceno, dime la verdad! Este es un enredo que no lo comprendo. Me dan ganas de llorar.... ¡Como si no hubiera ya llorado bastante! ¡Mira qué cara traigo, y dí si esta Leona es la misma del jueves santo, aquel de tu última visita! ¡Ay, Dios mío!

Don Juan Nepomuceno la cogió cariñosamente las manos, y sentado en el sofá, ya más tranquilo, la habló él así:

— Ante todo, hija mía, no me preguntes nada. Conténtate con lo que sabes, que es ya bastante para disculpar la conducta de Jerónima en lo tocante al agravio que se creyó hecho á la moral. Ese señor Lucca es su marido ¿qué quiere? Extravíos injustificables, pero que no hay más remedio que perdonar.... ¿Cuál es, pues, el enredo aquí? ¡La afirmación de mi carta! Ella se refiere, sencillamente, á que los

informes del señor Lucca no son favorables: por consiguiente, si de los tales informes se entera, como ha de enterarse, Jerónima, y de eso respondo yo, la situación del señor Lucca quedará muy comprometida. Y será lo que Dios quiera. Nada más, hija, na la más. Hoy pensaba ir yo, sin dilación: Ayer la encontré, á Jerónima, y la hubiera hablado, si ella no lo evita. Porque tengo que hablarla de cosas muy graves, gravísimas... ¡Pobre Jerónima! ¡He pasado unas noches!... Tus cartas me volvían loco. ¡Tu ignominiosa prisión, tu desesperada protesta, tus luchas, tus voces de auxilio! Y yo atado, Leoncita, atado, créemelo. ¿Qué adelantábamos con provocar á Jerónima? Jerónima ciega, rabiosa, loca... ¿Qué hacía yo de tí? ¿Te sacaba de casa de tu hermana para traerte conmigo? Imposible, imposible. Teníamos que esperar y sufrir esperando... Pero ahora no hay que esperar más. Volvamos al objeto de tu venida, que me alegra, porque te veo después de tanto tiempo, y me asusta á la vez: ¿qué ha sucedido? ¡Jerónima me llama, Jerónima se ha confiado á tí! ¿Qué ocurre, Leoncita, ¿qué ocurre?

—¿Qué? ¡Pues, nada, Nepomuceno! Figúrate...

Cada vez que Montreal quería ocultar una emoción, volvía la cara del lado que asombraba la mancha vinoza, de modo de presentar al interlocutor la media faz muda é inmóvil; la relación de los inauditos sucesos de la noche anterior, no reflejó nada en ella, y creyérasele indiferente si con frecuencia no levantara su mano la canosa perilla, hasta morderla en la punta.

—Figúrate... —decía Pantaleona—¿cómo no olvidarlo todo? ¿cómo no perdonarla?

Montreal dió una palmada.

—¿Conque la ha pegado? Bien, bien. ¡No es mal castigo para ella, que se lo ha buscado ciegamente! ¡Y ahora se acuerda de mí!

—¡Ay! ¿Te niegas á ir, Nepomucenito? No seas rencoroso: mira, que aunque sea á lazo te he de llevar.

—No, si no me niego, al contrario. Lo de anoche y la nueva actitud de Jerónima ayudarán á precipitar la solución.

—Eso es otra cosa. Y arreglarás todo muy bien...

Tan bien, que, si gracias á esos horribles informes de la ferreteria, se lograba que el italiano emigrara de la casa, mejor que mejor. Porque, aun sabiéndole marido de misia Jeromita, no lo podía ella pasar, de veras, y la vida en común la repugnaba tanto ó más que antes. Luego, lo indispensable y lo urgente era mudarse, salir del Caballito, paraíso que fué de su juventud, hoy infierno de chismes: no quería vivir en el Caballito; no quería volver á ver á las Cadenas, tropezarse con ellas á cada rato, y con el tal Jorgito, como ahora en el tranvía... Halló alegre sonrisa para contar el paso del tranvía, y Don Nepomuceno, distraído bruscamente de sus preocupaciones, se rió también, y sufrió el nuevo acosón del deseo en los labios indiscretos.

—¡Le despediste! —dijo contentándose y apartándose de ella— ¡bravo! ¡así, así; duro con él!

—¿Y entonces? ¿después de lo que hizo? Soy yo tan orgullosa, que aun estando enamorada de él le hubiera tratado lo mismo. Y no lo estoy, ni le estuve, cuando por aquí no pasa un alma. Ahors, Nepomucenito, quedarás satisfecho, tú que le odiabas tanto, que le tenias celos... Y cuando enviudes, como pretendía la pobre Bastiana, podrás casarte conmigo.....

—¿Qué atrocidad! ¡Leoncita!

Del respingo, Montreal se fué al extremo del sofá. Pantaleona reprimió una carcajada.

—Miren el vejistorio! así te lo hicieran bueno, ché. Por lo menos, habría aquí más limpieza, orden... y etcétera, señor primo.

—Déjate de bromas—dijo Don Nepomuceno gravemente, volviendo la parte oscura del rostro, con alarmante temblorcillo de la ceja.—Bastiana ha dicho un disparate y tú desbarras repitiéndolo. ¡Espantoso disparate, Leoncita!

Yo te quiero... pero no de ese modo. Y tú me quieres también...

—También, y ¿lo digo? ¿lo digo? pues, sin los sesenta años, me gustarías mucho, Nepomucenito.

—¡Leona, Leoncita! Cállate, que me enojaré de veras. ¿Estamos locos todos, como Jerónima?

Se acercó á ella, y de nuevo la cogió la mano, armada todavía de la aguja. Y acariciándola suavemente, añadió:

—No has de quererme, si puedes y debes considerarme como á tu padre? Me contento con que me quieras así, Leoncita. Yo también, yo también te considero á tí como á una hija... Te lo he probado y te lo probaré. En verdad que cuando vienes, todo lo perfumas é iluminas: te vas y se oscurece el cuarto, pero queda embalsamado. Estos dos meses han sido de muerte para mí... ¿Y á que no has observado una cosa, Leoncita? Por algo ha salido hoy el sol y estás aquí: ¿de qué color es mi corbata? ¿y mi traje? ¿y el lazo aquel de ese retrato?

—¡Ah! —exclamó la joven, asustada.— ¡Te has puesto luto, Nepomuceno! ¡Has enviudado! ¡Socorrito ha muerto!

—Ha muerto ayer. Esta mañana recibí el telegrama.

Sobrecogida, Pantaleona miraba el maltratado retrato de la beata, que entre las señales de su martirio, cortes horrendos y despellejaduras, mostraba los ojos hermosos, la boca fina, de hundidas comisuras; recordaba haber oído decir que poseía una mata de pelo extraordinaria, que tocaba al suelo, y para peinarla hacíanla subir en una silla y tenerse tiesa una hora, mientras la alisaban y trenzaban. Nunca se enteró Pantaleona de las picardías que pudo cometer la prima Socorrito para disculpar el odio y la separación de Don Nepomuceno; no la conocía tampoco, sino de nombre: asimismo, sintió mucha pena, y suspiraba mirándola. Monreal recobraba su alegría....

Muerta, sí señor. Bastante había tardado en entregar su alma al diablo, su padrino. Ya estaba libre de ella, y la pensión forzosa que la servía, suprimida. ¡Qué alivio!

Quando leyó el despacho, lo creyó mentiroso traductor de su deseo, y convencido al fin, se vistió de negro, decente transacción á que cedía muy á gusto, y á fué poner el péssimo á uno de sus cuñados, Luis, oficial segundo de correos en Catamarca y único de la familia con quien conservaba tibia relación; al feroz Don Tadeo ni le escribiría siquiera. ¡Buena pieza la tal Socorrito! ¡Que en paz descanse!

—¡Jesús, Nepomuceno! —exclamó Pantaleona;— ¡Que hables así, muerta y todo la pobre! ¿Qué te hizo, á ver?

Resopló Monreal, triturando la punta de su perilla. Y como no respondiera, la joven interpretó aquel silencio por elocuente pregón de las culpas de la difunta, las que debieron ser tales, que repugnaba la castidad de sus oídos, se ruborizó de su indiscreción, que le pareció tan grave como incómodo el recuerdo de la prima, sombra que entre los dos, en el mismo sofá, alzabase iracunda, y sintió extraña alarma de su pudor, viéndose sola en aquel cuarto; algo que jamás sintiera, vergüenza también de su abandono, de sus excesos de confianza con el que ella motejaba incontinentemente de mil cariñosas maneras, de sus bromas candorosas, de todo cuanto formara hasta allí la levadura de su afecto por Monreal, el primo á quien los sesenta años no pesaban tanto, libre ya de la esclavitud de Socorrito..... Se puso en pie, repentinamente, diciendo que se marchaba porque misia Jeromita estaría desesperada y sabe Dios lo que habría ocurrido; antes que Monreal indicara la idea de acompañar'a, puesto que á buscarle vino, antipose ella á proponer que fuese después, porque los que les vieran juntos murmurarian, de seguro.

—¿El qué?— saltó el viejo descompuesto.— ¿No son mis canas bastante garantía? ¡Qué inocente aprensión! Si se atrevieran.... No desbarres, Leoncita, por favor! Si supieras lo que dices..... De todos modos, no te acompañaré: tengo antes que tomar un bocado y pasarme luego por el Ministerio á prevenir que hoy faltaré á la oficina: los empleados, hija mía, esclavos somos de la oficina y del jefe-

¡Malhaya quien me dió el primer empleo y me inutilizó por la vida! Yo no soy un hombre, soy una máquina, una máquina con los muelles enmohecidos ya. Hasta luego, Leoncita, y muchas gracias por los escobazos y los plumerazos de tus diligentes, preciosas y adoradas manos. A Jerónima, que aguarde. Y cuidado con hacer barullo..... Daría cualquier cosa por no tener que habérmelas con este desgraciadísimo asunto, que urge resolver, sin embargo. Dime, el otro, el gringo, está allí?

— Si no sé

— Pues si no está, mejor. Sería conveniente que no estuviera.

Con palabras embozadas expresó lo grave del conflicto, lo vergonzoso de la situación, el desagrado que le causaba y la poca gracia de intervenir él, hombre pacífico, en lo semejante. Sólo por el honor de la familia, por el cariño de sus dos primas. Pantaleona dijo:

— Que no te arrepientas ¿eh? No contamos sino contigo: ignoro cómo lo arreglarán ustedes, ni qué clase de arreglo pueda tener.....

— ¡Ah!— contestó Monreal, amenazador. — ¡En cuanto á eso, descuida! Ya verás si sirvo yo para diplomático. Pero no me preguntes nada, nada.

Y suavizando el tono, la mirada y la expresión de su fisonomía, repuso:

— ¡Adiós, pícarona! ¡Conque rehusas la compañía del primo viejo? ¡Ah, tonta! ¡Ah, inocente! Ya me las pagarás.

Temió la joven que se apoderase de su mano otra vez, y la singular alarma creció de modo que, por no ofenderle abiertamente, evitó la ocasión encerrándolas en el manguito y salió á escape, muy turbada y hasta furiosa consigo misma de aquellas desatinadas ideas que la muerte de María del Socorro había engendrado. Nunca, nunca se la ocurrió tal cosa del del primo Nepomuceno: ¿por qué ahora? ¿por qué?.....D. Nepomuceno la despidió en el mismo portal, y se entretuvo en admirar su gracioso meneo por la

acera; andaba tan de prisa que en dos minutos la perdió de vista, pero él permaneció parado, como si la distinguiera aún, atusándose la perilla. Cuando entraba en el patio, vió á misia Mercedes entre sus liestos, la que trató de ocultar, con pudoroso movimiento, un atroz cigarro de hoja, resabio de sus malas costumbres provincianas, no tan diestramente que él no lo descubriera.

— Eche usted su cigarrito sin temor, señora—dijo D. Nepomuceno.—¿Tiene usted vergüenza de mí? ¡No se la primera vez! ¡Cran noticia, misia Mercedes, ha muerto mi mujer!

— Le felicito á usted, señor Monreal—contestó, la viuda, meliendo en la boca la tagarina—nunca es tarde, señor Monreal.....Ya conoce usted el refrán.

Penetró el digno empleado de Hacienda en su habitación, cogió el retrato de Socorrito y le partió en cuatro pedazos. Luego arrojó los cuatro pedazos al cubo, y sobre él la última maldición. Negras reflexiones debieron asaltarle porque se sentó en el extremo del sofá donde Pantaleona había estado sentada, y se estuvo, las manos cruzadas, los ojos fijos, gran rato; el aroma de la joven, subiendo á sus narices, como las ondas de sagrado pebetero, ahuyentó las negras ideas, le mareó, arrancóle dulce sonrisa.....Y encaminándose hacia la cómoda, uno tras otro, sobre cada fotografía, depositó largo beso, figurándose, con amorosa ilusión, que no era en la fría cartuliana donde pegaba sus labios, sino en la tibia y moteada nuca de Leoncita.

Diose prisa, en seguida, por cumplir el arduo encargo que recibiera, y con la mecánica parsimonia de costumbre se puso el sombrero sin cepillar echó, la llave á la puerta y la colgó en la escaupia, detrás del zarzo, avisó á misia Mercedes que salía y se fué por la calle de Cuyo al centro, á la fonda donde era pensionista de muchos años, y que sustitula más ó menos limpia, económica y acertadamente, con mayor ó menor gusto del paladar y salud del estómago, la mesa propia, siempre deseada, de que le privó su triste

estado de solterón (pues por tal podía contarse), con otros goces domésticos también apetecidos de su carácter blando y su morigeradas costumbres.

Creo que han derribado ya aquella casa de la calle de Cuyo, en que estuvo instalada la *Antigua Fonda Española*, de Benito Romacha. Era de las bajas, de azotea, y aparecía pintada de color de rosa, con dos banderas cruzadas debajo del letrero *Se sirven viandas á domicilio*, entre las dos puertas que, por escalones gastados y sucios, daban acceso á la sala; ésta, vestida de papel con flores amarillas y encarnadas, tenía hasta media docena de mecitas, en que lo basto del servicio no excluía la pulcritud de que se envanecía doña Manuela, la viuda de Romacha, entonizada siempre en el mostrador del fondo, tan gorda y reluciente como una manzana de su tierra, que era la propia Reinosa, para servir á ustedes. Tenía, además, la sala una bonita lámpara de gas, envuelta casi toda ella en rosados tules por temor de moscas, y sobre las paredes una legión de grabados de la guerra de Africa, descollando el retrato de Prim en colores....

El más antiguo pensionista era Monreal. El vió morir á D. Benito, el montañés francote y bondadoso, crecer á las dos chicas, Pepita y Carmen, á Pepita casarse muy bien con un tendero acomodado, y á Carmen con un estudiante, que fué luego médico y andaba arrastrado en coche; vió Monreal refrescar la patriótica decoración de la sala cuatro veces bien contadas y conozió diez y ocho mozos y no sé cuántos parroquianos: la mesa de la derecha, junto al mostrador, se la destinaban á él, y de su aseo y buen servicio cuidaba la misma doña Manuela, que consideraba al empleado como de su familia, y á quien consolaba de sus tristezas de hombre solo con muy atinados consejos, porque era la de Reinosa de tan sano corazón, que igualaba sus propias mejillas.

Pues, aquella mañana, 1.º de Junio, apenas entró Don Nepomuceno, enlutado y grave, doña Manuela se asustó

creyendo que á las señoras primas del Caballito, de quienes tanto bueno le oía hablar, las hubiera ocurrido alguna desgracia; también el mozo, servilleta al hombro, le salió al encuentro, solícito y preguntón.... Dió los buenos días Monreal y anunció:

—¡Mi mujer ha muerto!

—Sea en horabuena, D. Juan,—exclamó alegremente la fondista,—ahora descansará usted.

—Albricias, señor D. Juan,—dijo el mozo....—por muchos años.

No había en la sala otros parroquinos, y ama y mozo se despacharon á su sabor comentando el suceso feliz que de tamaño peso libraba al pobre hombre; Doña Manuela dispuso festejarlo con un Jerez abocado, de que gustaba Monreal, pero él se negó con breves palabras: apenas sonrió á la ocurrencia del mozo, que no quiso traer calamares con su tinta por parecerle plato de duelo. El se sentó en su mesa taciturno, sin mostrar ganas de hablar ni de comer:

—Pero, D. Juan—observó la viuda de Romacha,—está usted más triste que nunca, y lleva usted una temporada.... Cuando debiera usted bailar de cabeza.... sin agravio para la difunta, á quien no he conocido sino por los malos recuerdos que ha hecho usted siempre de ella.

—Siempre, sí, Doña Manuela—dijo Monreal;—pero no se saca un clavo sin que la fatalidad meta otro en su lugar, y clavado se vive, y clavado, entre cuatro tablas, le llevan á uno á la sepultura.... ¿Qué tal va Carmencita? ¿Salió bien de su cuidado?

—Muy bien; ha parido un muchachón que espanta de grande.

Dejó desbordar Doña Manuela la espita de su orgullo maternal, y entretanto Don Nepomuceno apenas probaba los platos que el amable mozo le ponía delante, contestando con sies distraídos y mirando, como si jamás lo hubiese visto, el cuadro de enfrente.

Tenia Monreal sus secretas razones para estar pensativo. Sólo de acordarse de la prima mayor (y no se le despegaba un punto de la imaginación) se le caían las alas; esto á pesar de que, humillada y corrida, era ella quien lo solicitaba, después de quebrar con él altanera y haber hecho lo que la daba la gana de modo tan desastroso, y á pesar de que las estupendas declaraciones de Pietro Calli y Giacomo Verola, que le pasmaron, indignaron y encolerizaron hasta decidirle á ir al Caballito; él, el flojo, el pacato y el maula, le prestaban fuerza incontrastable y aseguraban el triunfo de su idea, puesta en peligro por la ligereza y el tardío acceso amoroso de misia Jerómida y que él juzgó perdida y por perdida la tuvo hasta su visita á la ferretería en la tarde del 30 de Mayo.... Cubriose Monreal los ojos con ambas manos, sufriendo el vaho de cebolla frita que subía del plato, y reconstituyó la escena de la trastienda, el gesticular de Giacomo y sus dicitérios contra el bonillo Fortunato, la pasiva aquiescencia de Pietro, y sus *ecco* de conformidad en todos los extremos del relato indigno, su propio enojo, sus amenazas de castigo, las súplicas de ambos en premio de su sinceridad. Luego, cuanto anduvo é imaginó para deshacer la trama sin ruido, y la valerosa resolución de presentarse en el Caballito. Indudablemente, lo que era baldón y oprobio para la prima mayor, vilmente engañada, importaba la continuación del pacto de familia, la seguridad del porvenir de Leona....

Apartó las manos D. Nepomuceno, y vió juntó á sí á Doña Manuela, que le interrogaba afectuosa por su desgana y sus cavilaciones. ¿Qué le pasaba al señor Monreal, que ni un grano de arroz había catado? Preocupábale mucho las tristezas de su parroquiano, y hacia dos meses que éstas iban de mal en peor: ¿lloraba la desgracia de su mujer ó sus esperanzas de jubilado? Sentose en una silla próxima, tegiendo con unos palitos un gorro de lana para el nieto, sin perder pisada del mozo, ni bocado de los dos pensio-

nistas que habían entrado mientras divagaba Monreal en sus reflexiones.

—Señora Doña Manuela— dijo D. Nepomuceno metiendo la enrollada sevilleta en el anillo de hueso:— ya comprenderá usted que cuando un hombre se olvida, como yo, de disfrazar la cara ante el público, es que muy graves cosas le pasan; si de estas cosas pudiera usted sacarme con bien, á usted acudiría ¡porque mire usted que nos conocemos de años! eche usted la cuenta: Pepita y Carmencita tenían seis ú ocho, y el pobre D. Benito no pensaba aún morir de su pulmonía.... Paes, mientras todo se ha transformado á mi alrededor, y unos se han casado, otros han fallecido, los demás subieron ó bajaron, yo soy el mismo empleado de Hacienda, petrificado en su puesto y que sólo espera la jubilación y la muerte; el hijo del Estado sin voluntad, sin independencia y sin ilusiones de fortuna, como no sea por los caminos del prevaricato, que me venda mi limpia y honrada historia. ¿No ha de entristecerme, señora, esta inmovilidad mía, en medio del torbellino de progreso que á todos arrastra, á ustedes los Romacha los primeros, que yo les conocí pobrecitos y hoy no le cortan á usted un brazo por menos de cincuenta mil pesos.... sí, señora, sí... esta inmovilidad, digo, y la exposición diaria á un puntapié ministerial que me arroje á la calle sin más defensa que estos dos brazos inútiles, no por enfermos, sino por perezosos? ¿Invalido de oficina, ¿á qué asilo me acogeré? ¡Ay, Doña Manuela, las abejas matan á los zánganos y hacen bien!

—Siempre ha dicho usted lo mismo—observó la fondista, que compadecía el sospechado desequilibrio del cliente;—y que usted debía de ser diputado, por lo menos....

— Naturalmente— amó afnuimándose Monreal;— ahl está mi error, que pude meterme en política y no me metí, ¡pues no era todopoderoso mi tío Rodríguez de Eneene! Si

en la época de su influencia abro yo la boca, saco lo que quiero, lo que hubiera querido, Doña Manuela, pero, ya me lo decía mi tía Damiana: «Hijo, ¿a dónde vas con el trapo sucio de tu mujer?» Y no fui á ninguna parte... Se ha muerto tarde, demasiado tarde.

— De todos modos, usted no es hombre de lectura ni de estudio, D. Juan, y me parece que ya nació así, destinado á no moverse, á quedarse donde le pusieran, y dé usted gracias á su tío Eneene que le puso donde está y que no ha habido Ministro que le tocara.

— Las doy, señora, todos los días al levantarme: Gracias, Señor, porque me conservas mi empleo y le quitas al Ministro la mala idea de suprimirme... En cuanto á eso de que no soy hombre de lectura, ¿se necesita, acaso el acreditarlo para ocupar cargos públicos? Al contrario, si creo yo que estorba. ¿Quién lee hoy día, señora, otro impreso que los periódicos? pues ninguno más abonado que yo, que ni los avisos de mi *Opinión* y de mi *Cotidiano* perdono. En una banca del Congreso haría yo el mismo papel de muchos, y quizá más airoso... Esto de la incertidumbre del mañana carcome la vida, señora: me faltan aún dos años para alcanzar la jubilación. ¿La alcanzaré? ¿Dios sabe! Está uno á lo que El disponga, sin que las admirables facultades que nos dió para guiarnos y ayudarnos, nos sirvan de nada á los Pérez Orza de mi clase (yo soy hijo de una Pérez Orza, Eufrosia, la hermana de D. Jesús). A veces, quisiera amputarme las dos manos para dar una disculpa decente á mi conciencia. ¿Cómo he de trabajar en esta columna, si soy manco y no pudo valerme? Y aun así, debería trabajar con los pies, que hay quien toca instrumentos y pinta con ellos muy diestramente.

Se rió la de Romacho de aquellos resquemores que la propia inutilidad despertaba á menudo en D. Nepomuceno, y le dejó para atender su mostrador. El cayó de nuevo en su melancolía, y triturando el mondadientes y acariciando la perilla se quedara adormilado, si no sonaran las doce en

el reloj que debajo de Prim marcaba el tiempo con su reluciente péndulo de metal.

Con algún atolondramiento se levantó D. Nepomuceno, y, saludando á Doña Manuela y al mozo, salió de la fonda. El sol le ofuscó en la calle, y le aturdió más el ruidoso movimiento de las humanas abejas en plena labor; aquellas excusas que le sirvieron para disculpar su tristeza ante la viude preguntona, le picotearon cual si realmente se hubieran convertido en los agentes encargados de dar muerte al zángano mayor que existió en colmena alguna, y él agachaba la cabeza de reo que á su suerte se resigna: no merecían otro premio sus sesenta años de vida vegetativa. ¿Qué le debía la patria? Unas cuantas resmas de papel, llenas de garrapatos oculosos, que la polilla tranquilamente comería en el rincón de empolvado archivo... Muchas veces, en los momentos más crueles de aplanamiento moral, sentía D. Nepomuceno el vacío de su existencia, y ciertamente si á las angustias del alma desorientada se agregan las del estómago, da con su cuerpo en el fondo del río. Es decir que, falto de sueldo, moriría como si el aire ó el alimento le faltaran, pájaro olvidado en la rama y que dejó papá Estado con tamaño pico para llenar el buche de otros tragaldabas.

Zumbarónle, pues, más que otras veces, las razones que él mismo exponía, con lucidez que revelaba mediana inteligencia y no escasa delicadeza, para censurar su ingenua holgazanería, caminando maquinalmente hacia la oficina, calle del Veinticinco de Mayo abajo, entre el rumor efervescente de la gran ciudad, y el picoteo de ellas producía esta idea consoladora: la de que si por inútil le mataran, se vería libre de la entrevista con misia Jeromita, duelo ineludible y de dudosas consecuencias...

Porque, en primer lugar, misia Jeromita no se dejaría convencer, y quizá la encontraría más embrujada por el otro, precisamente en virtud de la amorosa zurra que suele ser de admirables efectos en casos tales; luego, el otro ¿no se defendería de la denuncia? ¿Qué pruebas materiales lle-

vaba el desprevenido y acuitado Monreal? ¡Valiente gracia que el otro sacara los puños en su defensa, á falta de mejor disculpa! Estremeci6se D. Nepomuceno. ¡Ay! su inutilidad no era sólo relativa al buen servicio de la República y de su propia conveniencia, sino general y absoluta: era él un ser anodino, y bien hizo quien le colocó en el torno de una oficina, como enjendro imperfecto que jamás sabría valerse de sus miembros: en su vida pacífica y soñolienta de molusco, no tuvo ocasión de ejercitar, si es que en realidad lo poseía, su valor personal, entumecidas como estaban sus facultades miserablemente, y aquel alarde de Quijote por fuerza le asustaba. Si no fuera por Leona, por su adorada Leoncita...

Confesábase Monreal muy por lo bajo, que el trance en que la prima Jerónima se veía le interesara poco, si no comprometiera la situación de Leona, muy poco, á la verdad, á pesar de los catamarqueños recuerdos que se alzaban en el fondo de su memoria para acusarle: como que la dejaba en la estacada y no afrontaba los peligros que suponía el arreglar tan vidrioso asunto. ¡Arreglarlo! Aquí de la duda de Pantaleona, y eso que Pantaleona no estaba al cabo de la calle: ¿qué arreglo cabía? La honra es cristal, que una vez roto, las soldadas trizas, si es que soldarse pueden, muestran la indeleble huella del desperfecto sufrido. ¿Qué arreglo cabía? Desde la revelación de la antevíspera, Monreal lo preguntaba á su almohada, la más sabia consejera, y la almohada permaneció muda como un canto, muda como en las pasadas noches de insomnio que también le preguntaba acerca del medio de salvar á Pantaleona; Leona, su norte, su mundo, su cielo; Leona, joya única, desasosegado afán de su vida entera, compendio de sus aspiraciones todas... ¿No le oía nadie? Pues sí no le oía nadie, y nadie había de descubrir el secreto que celoso guardaba, ¿por qué no dejar cantar dentro de su alma aquel amor purísimo, y recrearse con su música?

Se distrajo y olvidóse del motivo que á la casa de Go-

bierno le llevaba; ya cerca de ella, entre el enjambre de empleados, pretendientes, periodistas y ociosos, á más de un conocido, que deseó saber la causa de su riguroso luto, anunció la buena nueva, y sufrió apretones de mano, afectuosas palmadas, frases de felicitación como esta: «¡Que sea enharabuena! ¡Al fin se salió usted con la suya!...» y otras muy crudas que á él mismo le disgustaron. Antes de llegar, la casualidad le puso delante del negrazo que hacia de portero en su oficina, quien al verle estiró la elefantina trompa, en forma de saludo, y él se apresuró á detener al risueño orangután de librea color de café con hotones amarillos.

—¿Ha venido el Subsecretario?—progrntó D. Nepomuceno.

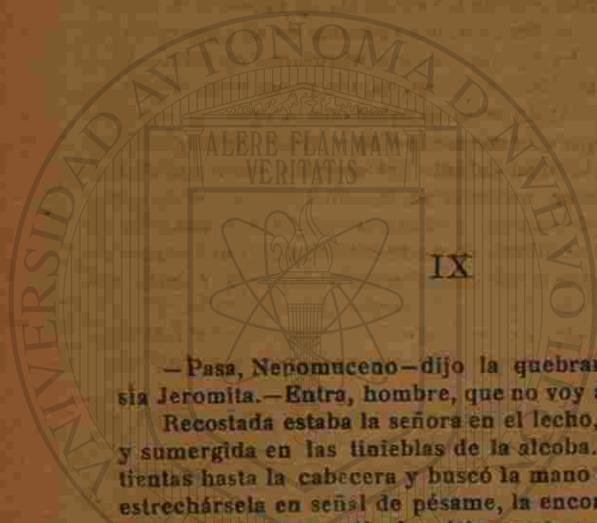
Para contestar que no, enseñó el negro una caja de dientes amenazadores, cual si ofreciera morder, y añadió Monreal:

—Bueno; pues le dices de mi parte, cuando venga, que hoy faltará á la oficina: ¡se ha muerto mi mujer!

—¿De veras, señor Monreal?—aulló el horrible mono;— ¡qué *suertudo* es usted! Me alegre mucho...

Huyó D. Nepomuceno. La mirada que él arrojó al tranvía de la tablilla roja con letras blancas, que esperaba en la esquina, debía de ser la misma angustiada de los gladiadores que á luchar con las fieras bajaban al circo. Porque fieras eran aquellas del Caballito, el criminal florentino y su formidable prima mayor...





—Pasa, Nepomuceno—dijo la quebrantada voz de misia Jeronima.—Entra, hombre, que no voy á comerte crudo.

Recostada estaba la señora en el lecho, ceñida la frente y sumergida en las tinieblas de la alcoba. Monreal llegó á tientas hasta la cabecera y buscó la mano de la prima para estrechársela en señal de pésame, la encontró calentarienta, y empujado por ella despóticamente se sentó á los piés en una silla, sin distinguir nada más que el bulto, que rebullía con inquietud alarmante. No abrió la boca, y se puso á la defensiva, tirando de la perilla como si quisiera arrancársela.

—Si no te mando llamar no vienes—indicó la prima disparando la primera bala.

—Dispensa, Jerónima; hoy mismo pensaba venir.

—¡Mentira! digo que no vienes, aunque la casa se nos cayera encima. Te conozco. Eres cobarde, Nepomuceno, y soberbio al mismo tiempo. Y sin embargo, tu deber era venir, porque sí, porque sí. Tú pasas por santo, por hombre que no ha tenido debilidades en su vida; tu bendita pereza, tu sistema de dejar hacer á los otros y no hacer nada personalmente, te ha servido para engañar al público, mostrándote incapaz de todo, especialmente de lo malo. Pues

no: eres perverso, Nepomuceno, y tú lo sabes mejor que yo, y por qué te lo digo hoy precisamente que te acercas á mí preparado, sin duda, para motejarme, insultarme y humillarme: si, mis pecados serán grandes, pero los tuyos lo son más, muchos más, y no sé como no te aplastan. Al fin y al cabo, de esto que á mí me pasa tú tienes la culpa.

—¿Yo?—exclamó Don Nepomuceno doliéndose del recuerdo.

—¡Claro! pues quién? Pon la mano en tu conciencia y mira hacia atrás, muy atrás, á aquellos lejanos y olvidados tiempos en que Jerónima no era la vieja facha de ahora... ¡Quiet! repito que no voy á tragarte: de lo que no he de privarme es del placer de cantarte las verdades, de decirte cuántas son cinco, siquiera por aquella de que «el que da primero da dos veces.»

—Sabía que me recibirías así, Jerónima. Di lo que quieras, da cuanto quieras. Me resigno.

—No me provoques, Nepomuceno; mirá que no podré contenerme! Durante dos meses has estado conspirando contra mí y el señor Lucca, alentando en numerosas cartas la estúpida resistencia de Leona; ¡sabe Dios lo que le escribías! No imaginabas que hablar mal de mí era escupir á cielo para que te cayera en la cara.

—Te equivocas, Jerónima. No he hablado mal de ti, y menos á Leona.

—Entonces, ¿cómo sostenías su resistencia y la guerra que á los dos no ha hecho? Sabes que en dos meses no me ha dirigido la palabra ni salió de su cuarto? ¿Quién, si no tú, había de darle alas? Si algo tenías que decir, más noble fuera venir aquí y entendernos, que no faltarian términos de avenencia.

—Dispénsame. Vine, antes de que llevaras á efecto tu proyecto (que renunció á calificar) y me echaste con cajas destempladas.

—Nepomuceno, ¡tengamos la fiesta en paz!

—Tú me has llamado, Jerónima.

—Te he llamado, pero no para discutir lo que no ha de ser discutido. E indiscutible es mi derecho de hacer mi santa voluntad. No ha sido floja tiranía la que me impusiste durante veintitantos años, esterilizando mi juventud; esclava de las apariencias, en mi toda inocente expansión pareció crimen, y para asegurar mi docilidad me pusiste una argolla al pie y me diste de guardián á la mentira. De mentiras he vivido hasta el día, feliz ó desgraciado, que se cruzó el señor Lucca en mi camino, haciendo mi nefanda suerte que, al romper la cadena, debiera seguir mintiendo... Hoy la verdad me muerde los labios por salir, y dejaré que salga, así estalle el mundo en mil pedazos. ¡Porque me siento tan desventurada, lo que me sucede es tan horrible!

—¡Cálmate, cálmate—dijo Monreal agustado.

—¡Que me calme!—repitió la señora con exaltación;—¿y quién me lo aconseja? ¡el verdadero culpable, el criminal, tú, Nepomuceno! Aunque te cubras la cara con esa mancha, que parece la de tu pecado mortal, veo que te pones pálido... Y es que aquí no se trata de una ligereza de vieja á quien se le calentaron los cascos, sino de algo que no da lugar á la risa: la rebelión de una víctima, de la mujer sojuzgada que recobra su libertad. Creías haber sofocado mis sentimientos y que los años afirmaban tu victoria ¡campana de egoísmo feroz! Pretendiste suprimir en mí la mujer, convertirme en una cosa que sólo sirviera á tus fines, y te equivocaste de medio á medio; como todo está cerrado y no hay quien escuche, voy á sacar á orear tus trapitos: es conveniente, á veces, y la desesperación, si ha de reventar por algún lado, mejor que se desborde amargamente por ahí. Ya lo creo: tarea muy fácil es acusar á Jerónima, levantarla un caramillo, ahora que la han vencido; pero Jerónima sabe defenderse, y armada de una piedra en cada mano, se las tira á su acusador, diciéndole: La culpa es tuya, mal hombre, hipócrita, falso, tú que me engañaste

en Catamarca, que me seduciste y me dejaste con una hija en los brazos para casarte con otra!

Como si hubiera sentido el golpe, D. Nepomuceno se llevó las manos al rostro. Distingufa ahora perfectamente del inquieto bulto la cabeza sin peluca, el pañuelo blanco, los ojos febriles, la boca despostillada, manando hiel...

—Dirás que eso es historia antigua,—presiguió misia Jeromita—y que bastante has hecho por enmendar tu falta. ¿Qué enmienda cabe en crimen semejante? Ninguna, ninguna. Te casaste con Socorro porque te gustaba más que yo, pues (lo que yo siento es no poderlo decir á gritos) este caballero modelo enamoraba á las dos primas al mismo tiempo.

—Pero, Jerónima, ¿á qué viene eso ahora?—dijo con humilde y sentido acento Monreal.

—A qué ha de venir sino á refrescarte la memoria, hombre, y persuadirte que la locura de Jerónima no es tanta que iguale á tu hipocresía; para probarte que procede de muy lejos la causa de cuanto ha ocurrido. Si no te casas con Socorro... Y veamos, ¿por qué te casaste? acuérdate bien: Socorro tenía amores secretos con Márquez, el oficial del Juzgado, Aciscrito Márquez; pero como se dejaba festejar por tí, nadie creía que estuviese enamorada de Márquez. Era tanta tu poca vergüenza, que nos engañabas á las dos, á Socorro de plico, y á mí con malas obras: sin duda te gustaba más Socorro que yo, porque más bonita era Socorro. ¿Por qué te hacía caso Socorro estando enamorada de Márquez? Pues porque Márquez era casado en Salta, donde vivía olvidada su mujer, y al saberlo Socorro, demasiado tarde, cedió á los consejos de su padre, el tío Tadeo, que te empujaba y alentaba. Rabias, ¿eh? rabias sólo de pensar en tu luna de miel, que duró un par de semanas, al cabo de las cuales Socorrito alzó el vuelo con Márquez... Y no te acuerdas cómo quedó la otra prima, ¡la verdadera agraviada! no te acuerdas de sus lágrimas, de su espantoso dolor, al tener que confesar al padre su triste estado, que si el valor no

me falta y antes lo confieso, mejor fuera, porque no te casas. Pero, era yo tan estúpida y estaba tan ciega, que no di por cierto lo del casamiento hasta que se realizó... Las horribles escenas que siguieron entre mi padre y tú y el tío Tadeo después de la fuga de Socorrito, y que descubri yo tu infamia, no son para referidas; la marejada envolvió á toda la familia, rompió mi padre con el hermano, te pegaste tú con el tío Tadeo, el hermano mayor de Socorro, Estanislao, casi te mata de un balazo, y de un palo en el hombro á poco más te desloma mi padre.... ¡Ah, buen peine el primito Nepomuceno! Para que le canonicen, á él que venía tan camuante á dispararme rayos y centellas, él, el indigo seductor.... ¡Tira, tírate de los pelos y aguanta!

—¿Has acabado ya de dar gusto á la lengua?— articuló cada vez más sofocado D. Nepomuceno.

—Aún falta, lo mejor.... Nos vinimos á Buenos Aires mi padre y yo, y tú detrás, puesto á matar con Socorrito, que se metió de beata en un convento de arrepentidas.... Sí, ya sé que falleció ayer, ¡Dios la haya perdonado!.... Pues, te viniste detrás muy arrepentido, tú también, ¡oh! y bien castigado, para que luego digan que no hay Providencia... Pero ni yo ni mi padre quisimos recibirte, no te recibimos hasta que nació Leona, y por disimular mi situación, con habilidad digna de un gran intriguante, arreglaste aquello de que la niña pasara por hermana mía y por hija natural de mi padre, que á todo se prestó... ¡Estábamos tan pobres! Yo me presté con la condición solemne que entre tú y yo no habría mas relaciones que la del parentesco. Tú dirás si esta condición se ha cumplido, en vida y en muerte de mi padre... Estábamos pobres y tú nos ayudaste, confieso que siempre has ayudado....

—¿Luego?— suspiró Monreal, cobrando ánimos.—Estátones, ¿por qué este furioso rencor?

—Si no me quejo por eso. ¡Buena fuera! Leona era tu hija y no podías echarla á los perros; no podías tampoco rechazarla, pues llevaba tu marca en la nuca, la mancha de

vino desparramada en mil Innarcitos. ¡Cumplías, por lo tanto, un deber vulgar, el único que has cumplido! Después que el tío Adrián hizo de mi padre un guerrero de la Independencia, para que pudiera comer, y el pueblo nos regaló esta finca, no necesitamos más de tí: la mentira, que era ya nuestra norma, nos sostenía, y gracias á ella salimos adelante. Tú decías: ¡mentir es vivir! Y con engaños y tapujos vivimos muy bien; cada cual desempeñó admirablemente su papel en la comedia. A mí me tocó hacer el de madre hermana de Leona y el de esclava tuya: pretendiste atarme con un compromiso....

—¿Que has violado!—resolló Don Nepomuceno.

—¡Cansada, aburridísima de tí! ¡Vamos, hombre, veintitantos años de virtuoso encierro, de constante dedicación á mi hija, envejeciéndome como en la austeridad de un claustro, no significan nada, no disculpan y hasta autorizan lo que haya cometido posteriormente, error ó falta, ¡jamás tan graves y odiosos como los tuyos! Te digo que no te admito aquí de juez: el juez debe tener las manos limpias, y tú las traes manchadas; á una acusación tuya, te haré morder el polvo.... Si pues pretendiste atarme con un compromiso, el de que no había de casarme nunca, para que la casa y cuanto recibiera en herencia de mi padre pasara luego íntegro á Leona á mi muerte; con esto y lo que tú pudieras dejarla en testamento (que si no son trampas, no sé qué la dejarás) á la niña no la faltaría pan el día de mañana. La cláusula del traspaso de la pensión afirmó este compromiso, y me ató más que mi palabra....

—Pero saltaste por todo.... Arriesgaste la pensión misma, cegada por un amor ridículo y vergonzoso á tu edad....

—¡Eh! Poco á poco; no me levantes el gallo, Nepomuceno, no me irrites.... Yo he luchado antes de caer, he resistido, he llorado inútilmente: lo que se creía muerto, vivo estaba y rompió vallas: ¿O piensas que el corazón es juguete, al que la voluntad domina y los años inutilizan? Tú, en cambio, con qué frescura y desparpajo me engañas.

te.... ¡Ah! ¡Tú no luchaste, ni discutiste: la razón está siempre de parte de los hombres! Sus crímenes de seducción amorosa son caprichos juveniles, gracias y donaires de la edad; en la mujer, todo lo contrario. ¡Socorruto ha muerto en un convento, y yo lo menos que merezco es el manicomio! Bueno, allá iré, si te parece, junto contigo, verdugo, hipocritón....

—¿Has acabado, Jerónima?

—No he acabado... El mucho hablar me ha resentido la cabeza, pero necesitaba desahogarme. La verdad, me amarga la boca y me vienen mareos.... ¡Quíto, no quiero nada! Quiero acabar de una vez, morirme, si es que Dios me concede la muerte como una gracia. La atmósfera de mentira en que vivo, me ahoga, me ahoga.... Por conciliarlo todo, buena discípula de tus malas artes, he mentido al señor Lucca, el señor Lucca ignora todo, todo; también el matrimonio se ha mantenido en secreto: así la pensión no se perdía.... ¡Mentir es vivir, Nepomuceno....

Este se irguió, ya dueño del terreno que pisaba, y preguntó con la voz más entera:

—Me has llamado, Jerónima, ¿para qué?

—¿Para qué? ¡Ay, Dios mío! —exclamó misia Jeromita abatiéndose sobre la almohada;— esta venda te lo dirá, si Leona no te lo ha dicho. Estoy en medio de una horrible crisis y á ti acudo en defensa de lo que á Leona ha de pertenecer un día y que él intenta arrebatarla: ¡hipotecar la casa es perderla! Ya me quitó las alhajas y cuantas economías guardaba: Nepomuceno, perdona lo que te he dicho, que no por ser justo, debí decirlo.... Me figuraba que vendrías á renovar los reproches de la última vez y quise parar el golpe. Estoy nerviosa, malhumorada, disgustadísima; sufrí accesos de ira, seguidos de espantoso abatimiento. Disculpame que te haya recordado aquellos sucesos, y llamado tantas cosas feas: es cierto que no eres la persona cabal que pareces, pero á ¿qué refregártelo ahora?.... Aconsejame, Nepomuceno, defiéndeme, ¡sálvame! ¿Qué haré yo,

si me abandonas? Es tu deber velar por los intereses de tu hija, á quien más quieres en el mundo, lo confieso y lo he reconocido siempre... Odíame, si te parece, échame encima todos los cargos, que bien anchas son mis espaldas para soportar la injusticia; pero piensa en Leona: no se trata de mí, se trata de Leona. Busquemos el remedio á la situación: ¿sabes que ese hombre?... ¿Sabes que es tal el terror que me infunde, que tiemblo de que llegue la noche y vuelva?... ¿Salió?

—Está en su cuarto. Leona me lo ha dicho al entrar.

—¡Encerrado aún! ¡qué extraño! A ver, Nepomuceno, acércate... Perdóname y hablemos.

—Hablemos, siempre que me prometas no insultarme y poner freno á tu lengua.

—Lo prometo. Pero, mucho cuidado con la tuya. Sobre todo, no me acuses, porque entonces ya comprenderás que no habla yo de callarme.

—No te acusaré, Jerónima. Y sin embargo, si me pusiera á darte el vuelto... ¡Desgraciada!

—Acabaríamos por arañarnos, pues te sacaría de nuevo á relucir tus milagros de Catamarca. Mejor será que doblémos la hoja.

—Doblémosla, Jerónima, doblémosla. Convéncete que yo no te odio, ni te he querido mal, al contrario, te compadezco, aunque esta compasión mía sea de naturaleza propia para soliviantar tu orgullo.... Ya ves: mientras te has complacido en remover el pasado, me tapé con las manos la cara, porque ese lodo apestoso de mi juventud me avergüenza y humilla; si no defiendo mis errores, ni los disculpo: los juzgo y condeno más severamente que tú todavía. Así los he pagado, Jerónima, y los pago, privado del derecho de llamar *hija* á ese ángel, en obsequio de tu honra y del porvenir tuyo. Ojalá esta hora la hubieras sabido defender tan bien ahora....

—¿Emplezas, Nepomuceno?

—Iba á decirte....

— ¡No me digas nada; nada!

— Bueno, sea. Pero permíteme, al menos, hacer constar que no soy el pícaro desalmado que has pintado: soy un hombre de carne y hueso, como todos; ni mejor que los que gozan fama de buenos, ni menos malo que otros. Si la ocasión fuere propicia, te explicaría en qué consiste eso que llamas mi sistema de la mentira, y por qué lo considero útil en la vida social, ya que de él formas un cargo tan grave contra mí....

— Déjalo para otro día, Nepomuceno.

— Dejado está. Para que después me salgas con que te disputo y provoco.... Tú misma, Jerónima, á este mal hombre le has hecho la justicia de reconocer que nunca te abandonó; que he tratado, en lo posible, de remediar el daño, y que he sido, en secreto, el padre cariñosísimo que habría deseado parecer en público. Y si este cariño profundo no existiera y este interés por vuestro bienestar y felicidad ¿me hubiera preocupado de coartar tus caprichos, de vigilarte y de aconsejarte, Jerónima? ¿Qué me daba á mí que te casaras y perdieras la pensión? ¿Por qué me opuse tenazmente desde un principio y llegué á romper contigo? ¿Por qué he sufrido tanto en estos dos meses, viendo tu desatinada conducta y los perjuicios y sinsabores que á Leona le ocasionaba? ¿Por qué no tengo para amar otros seres que tú y ella, y en el derrumbamiento que me quitó familia y hogar, y que has recordado con tan mala fe, sólo me restastéis vosotras, ella sobre todo!

Ahogósele la voz á Don Nepomuceno, y misia Jeromita le oyó suspirar. No hablaron en largo largo rato, armisticio muy eficaz para que compusieran y serenaran el ánimo uno y otro, acometiendo valerosamente el importante asunto que les había reunido. Y dijo Misia Jeromita con flaco y compungido acento:

— Acércate, Nepomuceno: hab'emos de eso. Ayer le escribiste á Leona no sé qué.... Explicate ¿Hay arreglo para ello? ¿Cómo salgo yo de este berengena?

— En verdad, Jerónima, que antes de dar mi opinión—le contestó Monreal muy despacio y temeroso—deseo que me digas cuáles son tus intenciones respecto de ese hombre.

— ¿Mis intenciones? Las peores, las peores. Le aborrezco. El golpe de anoche me ha servido para recuperar la razón. ¡Quiero separarme de él, arrojarle de casa!

— Perfectamente. Facilitas el camino de mis revelaciones, que me costaría mucho más hacerlas si tus ideas fueran otras; pero que, á pesar de todo, hubiera hecho. Aunque no me llamaras, iba á venir hoy, arrojando tu cólera.

— ¡Nepomuceno, por Dios! Mis sospechas son horribles.... El no ha sabido excusarse.... Ya me previno el doctor Barbado que....

— Te suplico que te calmes. Oigas lo que oigas, te aguantas. Nada de alborotos. Y cuando te enteres de todo, resolverás lo que la dignidad te dicte y pida la justicia. Con una advertencia más, Jerónima: que si tu resolución no es la que debe ser, yo tomo cartas en el asunto para arrancar á Leona de tu lado. ¿Estamos conformes?

Incorporose en el lecho misia Jeromita. Monreal sintió cerca de sí su aliento febril, y sobre su mano la de ella, helada y húmeda.

— ¡Habla! —murmuró la señora angustiosamente.— ¡Habla de una vez! Quiero saberlo todo.... Tendré calma.... Aunque me partas el corazón en pedazos no gritaré, no chistaré.... Estuviste en la ferretería, ¿verdad?

— Sí.

— Bueno; ¿y qué?

Vaciló aún Monreal y atusó gravemente su perilla. La prima esperaba, retorciendo sobre la colcha sus dedos nerviosos.

— ¿Qué? ¿qué? —insistió notando el paréntesis embarazoso de D. Nepomuceno.— ¿Temes soltarlo? Por malo que sea, te juro que no me asustará.... ¡Hiere, estoy pronta!

— En la ferretería de Barbarossa —comenzó Monreal con apagada voz— hay dos dependientes.

—Pietro y Giacomino. Del apellido no me acuerdo. Adelante.

—Eso es: Pietro Calli y Giacomino Verola... Pues, desde que tuve conocimiento de tu aventura con el caballero Lucca, pensé adquirir informes suyos que me dieran la explicación de lo que tan sospechoso y turbio me parecía. Apenas descansé en averiguar de qué casta de pájaro era este florentino, introducido con escándalo en el nido del Caballito, donde reposaba tranquilamente mi Leona... pero sin mejor resultado que si lo preguntara a las estrellas. Nadie conocía al *signore* Fortunato Lucca, de Florencia. Dirás que lo derecho fuera avistarse con Barbarossa y los Neros, sus patronés; mas ¿qué habían ellos de declarar sino sus excelencias de carácter y de familia? Sin duda que llegaban a certificar que jamás rompió un plato ni mató una mosca. Por esto me excusé, de ir a la ferreteria. Corrieron los días, tan amargos como puedes suponer, y el enigma del Sr. Lucca me preocupaba cada vez más; ¿quién me encontraba noticias del Sr. Lucca? Porque si eran tales cual yo sospechaba, podían arreglarse las cosas de modo de alejarle (siempre que no te opusieras, naturalmente), bien tapada la boca para que no divulgase lo del matrimonio secreto, y mantenerle alejado con una pensoncita mensual.... En fin, que no recuerdo ya qué disparates imaginaba yo, hasta que el penúltimo día de Mayo me levanté con la idea firmísima de ver a Barbarossa.

—¿Y viste a Barbarossa?

—Ni a Barbarossa, ni a ninguno de los Neros, que no estaban en la tienda cuando entré. Estaban solos ambos dependientes, y a uno de ellos, creo que a Giacomino, me dirigí para darle cuenta de mi embajada; apenas dije Lucca, los dos se enfurecieron y le llamaron *briganti*, embrollón, con otros moles análogos y tan honrosos. —Me hacen ustedes el favor de explicarme... le rogué. —Todo lo que usted quiera, me contestaron; el Fortunato es un pijo, nos ha engañado y no merecemos que le guardemos las espaldas. Nos

prometió regalarnos mil nacionales a cada uno por nuestro silencio, y no nos ha dado más que cincuenta.....

—¡Ay!—exclamó misia Jeromita,—¡qué pícaro! bien que me los sacó con ese pretexto!

—Pues no les dió más que cincuenta y estaban los dos trinando contra él.—Venga usted a la trastienda, me dijo Pietro, y le contaré cosas que le pasmarán. ¿No es usted de la policía? mejor, porque entonces no desembuchaba nada: si la policía mete la pata... Siendo de la familia castigará, arrancándole las orejas, al sinvergüenza de Fortunato. ¿Nos promete usted no descubrirnos?... Les prometí cuanto pidieron y pasé con Pietro a la trastienda; Giacomino se quedó al cuidado del mostrador.

Calló de nuevo Monreal, pagando la perilla la cuenta de sus vacilaciones.

—Pasaste con Pietro a la trastienda,—insistió ahogándose misia Jeromita—¿qué te contó Pietro? no me sirvas a gotas el veneno....

—Me contó las mayores perrerías del señor Lucca,—repuso D. Nepomuceno continuando el relato como quien recorre un pedregoso y empinado camino—que si era un tal y un cual, que si tenía ó no una querida en un café ó bodegón del paseo de Julio....

—¿Una querida! ¿de veras? ¿una querida?

—Si empiezas a exaltarte, me callo.... En el paseo de Julio, una genovesa que se llama Assunta....

—Jamás le vi bajar al paseo de Julio. Y yo le he seguido a todas partes, dejándole siempre a la puerta de la Bolsa.

—La Bolsa tiene dos puertas, Jerónima, y ha podido entrar por la de la plaza y salir por la calle de la Piedad, ó viceversa.

—Es cierto, es cierto. Bien puede ser.... ¡Infame! ¡infame!... ¿Tendrá esa señora Assunta respingada la nariz, flequillo muy hueco y aire de descarada, como la de cierto cartón?....

—No sé; ya comprenderás que lo que menos me intere-

saba á mí era la nariz de esa señora Assunta. Los datos que aquel bribón iba dándome, estimulado por su despecho, eran tan importantes, que seríya á mi curiosidad sin la molestia de preguntas ni rodeos: él habló por los codos y yo le escuché hasta la última sílaba, pasando de la estupefacción á la cólera y de la cólera á la amenaza.... Porque ¡ay, Jerónima! ¡desgraciada Jerónima!

—¿Quieres matarme, Nepomuceno? ¿Acabarás?

—Que me cuesta decirte lo... No te imaginas la indignidad... Pero te lo diré, que á eso he venido.

Respiró con trabajo, sin duda de la fatiga de la pendiente. Y más quedo, escogiendo las palabras, voltejeando alrededor del punto dificultoso, cosió estas nuevas frases á su relato:

—Lo de la Bolsa es otra de sus grandes mentiras: no hay tal juego de Bolsa, sino el vulgar y arrastrado de los naipes en la timba de la señora Assunta, de modo que al paseo de Julio han ido á parar tus alhajas, tus economías, y fuera á parar también la casa esta en forma de hipoteca, si el amor de Leona no te ayuda á resistir y te salva. En cuanto á la confabulación, ¡y qué tenebrosa y bien urdida! me ha declarado Pietro que el alma de ella fué Lucca, entrando todos, los Neros y Barbarossa por burla y espíritu de broma, él y y Giácomo por interés: acaso á Nero el joven le impulsara también el interés, pues contaba explotar junto con Lucca á la vieja de Pérez Orza... Así te llaman, hija, y no debes ofenderte... Otros motivos no te faltarán para ofenderte é indignarte, como yo, más que yo. ¿Con qué palabras referirte ó explicarte en qué consistía esta confabulación inicua? Mejor será hacerlo con las menos posibles y las más sencillas... Llegaste tú aquel día de Marzo en carruaje á la ferretería, donde recogiste á Fortunato Lucca, á Barbarossa y á Nero el viejo; Felipito, con Pietro y Giácomo, los dos obligados testigos, les esperaban á ustedes en la calle de la Reconquista. Pareció que, ya en el camino, tú observaste que habían olvidado de designa-

una madrina, á lo que Fortunato expuso que no era indispensable llevar madrina, porque con la firma del padrino Nero el viejo, y los otros testigos, bastaba; que, para mayor seguridad, podía firmar también Barbarossa: así, por escasez de firmas, el certificado de la ceremonia no había de ser invalidado... Y mientras ibas tú cándidamente al lugar de la cita, Felipito Nero con unos hábitos de franciscano, procurados no sé dónde... con unos hábitos de franciscano disfrazaba á su criado... disfrazaba á su criado de padre Anselmo!

No fué grito, sino alarido feroz el que arrojó misia Jeromita. Se desplomó en la cama con epilépticas contracciones, sin modular palabra, gimiendo de dolor, clavado el puñal en las entrañas. D. Nepomuceno decía, furioso y apenado:

—Calma, Jerónima, calma, ¡por Dios! Ya te lo advertí y tú me lo prometiste... No había más remedio que decirte de alguna manera, y por más vueltas que le diese... Ahora estoy satisfecho de haberlo soltado, me incomodaba como un tumor doloroso, que reclama el auxilio del cirujano. Ya reventó, ya reventó, Jerónima, Serénate. Discutámos tranquilamente lo que hacemos con ese hombre... Nada de mezclar á la justicia, que sería el gran campanazo... En silencio, Jeronima, en el más absoluto silencio. Cálmate, que no se entere nuestra Leona...

Más que á las advertencias de Monreal, se rindió misia Jeromita al cansancio de la violenta tensión en que su espíritu estuvo durante prolongado rato, y lloró, lloró su deshonra y el humillante desengaño. Dejó el contristado primo que se desahogara libremente, intercalando de tiempo en tiempo, cuando arreciaban los sollozos, breves palabras de consuelo:

—¡Calma! sobre todo, calma! Lo que tiene remedio, se remediará... El llanto alivia... Lloro, hija, que te sobra razón para llorar... No quisiste escucharme, llevada de tu injusto rencor contra mí...

La señora gemía sordamente. ¡Infame! ¡Si se lo daba el corazón! y ellos... Como á un niño de la escuela! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Qué castigo! ¡Bajo las garras mismas de la mentira había caído!... ¡Sí, sí, el de la risita era el falso padre Anselmo! Lo veía todo tan claro... Las revelaciones de Pietro eran ciertas, ¡ciertas! ¿Dónde estaba el hoyo más hondo de la tierra para esconderse?

—No, no hay tal matrimonio secreto, pobre Jerónima; —decía D. Nepomuceno como quien repite una letanía,— ¡y ese hombre te ha engañado miserablemente!

Misia Jeromita sollozaba, y de pronto se arrojó del lecho, descompuesta toda, con la enagua y la ligera chambra que vestía, descalza y vacilante. Monreal se precipitó á detenerla.

—Jerónima, ¿á dónde vas?

—¿A dónde?— dijo ella con extravío, —á matarle, á desmenuzárle en pedacitos menudos, que tiraré luego [por la tapia. ¡Verás, verás! Bonita venganza que concebí el día de mi primera sospecha. ¡Infame! ¡Verás, verás! ¡Oh, te juro que no se sentirá el menor ruido! Está en la ratonera...

Entre tanto se calzaba de prisa, pasaba una falda sobre la enagua, echaba un mantón sobre los hombros, y en la cabeza, que afrontaba la calvicie, un pañuelo recogido del armario con tanteos de ciego. Monreal, decididamente, se le puso delante; no, no consentiría en que saliera de la alcoba, ¿qué disparates decía? ¿estaba en su juicio? Eso no era lo convenido: lo convenido y lo razonable era que, ahora que sabía todo, resolviera lo que debía de hacerse y la forma en que esta resolución se comunicara al otro... Le arrancó el mantón, al mismo tiempo, y forcejeó con ella, cada vez más exaltada.

—Porque si no, ¡valiente algarada en el barrio, Jerónima! Ya me parece que suben á su observatorio las vecinas, y las Cadenas se ponen á la ventana, y que todas, todo el mundo se entera de tu vergüenza. ¿Sabes cómo ese hombre vá á recibirte? Se resistirá á tu orden de desalojo in-

mediato, lo único, en mi opinión, que debes hacer. Pero no así, con violencia. Ya encontraremos la fórmula... Hay que echar tierra á este asunto, Jerónima. Lavemos en familia esta ropa sucia. Trae acá. ¡Quieta, quieta!

Resistía misia Jeromita á las razones y á los esfuerzos de D. Nepomuceno. Este hubo de devolverla el mantón, porque ella le amenazó con golpearle si no se lo daba. como en la lucha se le cayera la venda, apareciendo la sangrienta herida, ella se enfureció más, pugnó con Monreal por salir.

—¡Déjame! Te digo que me dejes. Pero, ¿crees en que de veras voy á matarle? Desgraciadamente, con mis uñas no lo conseguiría, y no tengo otra cosa: mira, regístrate, no tengo otra. Déjame pasar, no seas terco, gritaré si no me dejas...

No cedían ni uno ni otro, enloquecida misia Jeromita y bramando Monreal. Y en esto, la dulce voz de Pantaleona sonó en el jardín como arpegio melódioso:

—¡Jerónima! ¡Nepomuceno! ¿Me permiten ustedes que entre?

—Entra, sí, entra,— contestó Monreal, satisfecho de la celeste intervención.

Huyendo de la luz y de la vista de la joven, misia Jeromita se refugió en una butaca, tapándose toda con el mantón, y murmurando:

—¡No entres, no entres!

Entró Pantaleona asustada, y comunicó sus temores de que algo hubiera ocurrido al señor Lucca, porque...

Gerrada permanecía la habitación, dentro no se escuchaba ruido alguno; eran pasadas las dos de la tarde; ni comió, ni llamó, ni le vió nadie... ¿Por dónde pudo salir y cuándo salió? La llave del portón la entregó ella misma á Aurora para ir á la compra, y ni ella ni Aurora sintieron el timbre de aviso: la puertecilla falsa del patio estaba condenada. Y si no salió, ¿qué significaba el silencioso recogimiento de su cuarto, mudo como una tumba?

Bruscamente, misia Jeromita se había levantado, la misma siniestra idea de la mañana la empujó fuera, y Monreal y Pantaleón, aunque intentaron contenerla, no lo lograron, siguiéndola hasta la puerta de Fortunato, á que llamó con los nudillos y los puños. Golpeaba ella y temblaban los cristales, remedando burlescamente el eco el furioso *pam, pam*; dentro nadie respondía, ni á los porrazos ni á las voces, y el silencio puso miedo al propio D. Nepomuceno, más que si la fortaleza se abriera y armado se presentara el florentino á defenderse. Acaso iban á encontrarle colgado de un pasador, sacando la lengua toda, aquella lengua de las dulces mentiras, postrera mofa que hacía á la engañada señora... Miráronse los tres, con terror indefinible. Era preciso abrir, ¿cómo? por la fuerza, fracturando la cerradura. ¿Pero, quién llamaba á un cerrajero, divulgador seguro en el barrio del raro suceso? Pidieron á Aurora un hierro de la cocina, y con él dió golpes inútiles D. Nepomuceno, que, dominado por la emoción, fallaba todes y hubo de ceder á la fornida mulata la improvisada palanca. Atacada vigorosamente, crojió la puerta, resistiendo siempre, defensora tenaz del secreto que la confiaran, y sudando la mulata, bregando en su ayuda Monreal, pálidas y agitadas misia Jeromita y Pantaleón, y ladrando la bullanguera *Diamela*, dieran todes pábulo suficiente para la más sbrosa gacetilla chismográfica, si á cualquiera de las tres Marías se le ocurre montar en el observatorio.

Al cabo, fatigados, interrogábanse, cuando entre las matas de violetas que festonaban la vereda columbró una llave Pantaleón. ¡Una llave! la llave de la pieza grande quizá, de la habitación misteriosa. D. Nepomuceno la zampó en la cerradura, y dócilmente la puerta se entregó... Abrieron, ¡Y con temerosas precauciones asomaron todos la cabeza, tropezando unos con otros; misia Jeromita apoyada en el primo, ¡al que comunicaba su temblor nervioso, escudada Pantaleón por Aurora, que tendía la movable geta de marrano. *Diamela* se precipitó ladrando va-

lientemente, y esta fué la señal de la irrupción: nadie, nadie había en el cuarto, ni debajo de la cama, ni detrás de los muebles; el armario, de par en par, estaba vacío, las perchas desnudas, los cajones barridos y todo con el sello del abandono apresurado y reciente. El aroma del toscano impregnábalo todo, como el reguero de azufre que deja el diablo á su paso; los boles, sin tapón, sobre el lavado, despedían las últimas moléculas tentadoras. En la pared, Víctor Manuel, Mazzini y Garibaldi, cruelmente olvidados, parecían mover los labios de bermellón, deseosos de contar los detalles de aquella fuga vergonzosa, que acababa de humillar á misia Jeromita y desataba en Pantaleón la curiosidad, traducida en esta pregunta muña á Monreal.

—Explicame Nepomucenito, ¿qué piensas tú de esto? la escapatoria del señor Lucca me asombra. ¡Un marido que toma el portante de esta manera! Te digo que no lo entiendo.

Y Don Nepomuceno, que sentía estremecerse el brazo de la prima desventurada, con gesto sombrío expresaba la única respuesta posible:

—No sé... Conténtate con lo averiguado... Las niñas no deben ser preguntonas... Mira y calla.

Lo que Pantaleón no se atrevió á decir lo formuló Aurora con chillidos impertinentes:

—¡Qué manera de mudarse la del señor! Se ha despedido á la francesa... Pero ¿por dónde? ¡Virgen mía de Luján!

Revolviase como un sabueso, rastreando la huella del fugitivo, y chilló más, con palmoteos de triunfo, mostrando en las dos varas de jardín que mediaban entre la vereda y la tapia, delante de la misma pieza grande, hondas pisadas en derechura á un arbusto de *floripondio* destrozado, como si sus ramas hubieran servido de escalones, y con las enormes campanillas blancas mezcladas las punzantes agujas de vidrio que defendían la cresta del muro y que fueron arrancadas para saltar con menos peligro, no tan escaso

que quien las arrancó y saltó por cima de ellas no pagara su temeridad con pinchazos, cuyas sangrientas señales quedaban aún para delatarle.

Ni misia Jeromita, ni Pantaleona, ni Don Nepomuceno pronunciaron palabra. ¡Había huído! como ladrón vulgar, llevando al hombro el lio de la última rapiña. Sin duda después de su derrota en la alcoba de misia Jeromita, considerándose descubierto y perdido, determinó escapar antes que naciera el sol y se iniciaran las ya inevitables consecuencias de su bellaquería. Figurábasele levantarse matrecho y embarrado del sitio donde le derribó el fiero empellón de Pantaleona, colarse en su cuarto y proceder febrilmente á amontonar en un atadajo la mejor ropa, cuanto era de su uso y podía cargar sin dificultad. ¡Lástima que el espejo no conservase la imagen del ángel malo que en aquel momento debió de reflejar, desfigurado por la rabia del vencimiento, los azules ojos torvos y amenazadores, los finos labios contraídos, el dorado cabello revuelto, las líneas todas de su cándida fisonomía endurecidas y siniestras, convulso, desesperado, escupiéndole al cielo su maldición, plegadas las alas ya impotentes! Con el lio bajo el brazo se arrastraba hasta el jardín, y allí, el recuerdo del cerrado portón y de la condenada puertecilla le detenía, le trastornaba, le enfurecía: de un extremo al otro, como encerrado lobo que busca una readija libertadora, iba del portón al corral, y acaso su blanca manecita se lastimó en los garfios protectores, y fué ofendida por las graseas defensas de la tapia; el tiempo le metía prisa, y del corral al portón seguía huroneando, cada vez más rabioso, tentando, ensayando, discurriendo, ya encaramado á una rama, ya derribado entre el lodo. Al fin decidese á desarmar la bien guarnecida crestería, y la desarma á costa de su piel, que se desgarró y sangra, y se empina, se aferra, se esfuerza, rugió, trepa, llega, salta, y se hunde en la negrura de la noche...

Misia Jeromita vaciló, embrolláronsele las ideas, se la turbó el sentido, y ante su vista, objetos y personas dan-

zaron, se agrandaron, se confundieron y sufrieron transformaciones singulares: vió á D. Nepomuceno sin cabeza; dividida en dos, á Pantaleona; adornada á Aurora con las lanas de *Diamela*, y á ésta hablar por boca de la mulata, los tres personajes italianos saludaron desde sus marcos, animándose sus colorines de cromo, y hasta el armario se movió para enseñar la vacía entraña, y anduvo la cama sobre sus cuatro patas, y fuera los árboles corrieron como fantasmas. Greyose ella también prisionera, en desesperada busca de luz y de aire, perseguida por la risita sardónica del padre Anselmo, que vestía hábitos de franciscano apócrifo, por ambos Neros y Barbarossa, por Pietro y Giacomo, mofadores é inslentos.

Huía de ellos, y tropezaba en todos lados; luego le pareció que caía de muy alto, y en vez de chocar en el duro suelo, de brazos cariñosos era recogida y cerca escuchaba voces que no figuraban ser las de sus enemigos. Y sentía en la frente algo muy fresco, lo mismo que si uno de los ángeles de Dios, de los buenos, de los que en torno de su trono cantan y le guardan, la abanicara con el ala de plumas irisadas, y envolverla sano perfume, que arrojaba de sus fosas nasales, como enjambre de gusanos; á los que en ellas los perversos botes del toscanito habían depositado. Lleváronse la enseguida, con precauciones tan grandes y tan grande silencio, que no gastaran los demonios si se apoderasen de ella, ni sus burlones enemigos tampoco, y sabiéndolo ella vagamente, no se resistió á que la llevasen, abandonado el cuerpo y el alma inconsciente casi; y cuando la dejaron sobre tibias blanduras que convidaban al reposo, se entenebreció más su cerebro y le poblaron nuevas visiones.

Desaparecieron el padre Anselmo, Barbarossa, los Neros, Pietro y Giacomo, y surgió la prima Socorrito y su padre D. Jesús con el sable guerreador y la turba toda catamarqueña. Con éstos, las dos Cadenas y el cotarro de vecinas charlatanas. Todas reían estrepitosamente, y hasta los obje-

los inanimados mostraban bocas enormes para reír; reíanse todos; carcajada universal que atronaba el espacio.

El frescor que oreaba su frente disipó las sombras fantasmagóricas, y á éstas sucedieron lucecitas de colores girando y girando en continuo movimiento; extinguióse el eco burlon, y alazáronse otros cercanos y reales, de pasés y sollozos. ¿Lloraba el ángel bueno de las plumas irisadas? Quiso tocar su mano, para ampararse de ella en el caos en que se hallaba, y lanzó angustioso grito al sentir que la mordían cruelmente en el brazo, mordisco atroz, por donde brotó un chorro de sangre. ¡Qué dolor! Ángel no era aquel, porque los ángeles no hacen padecer; era la Mentira, con su fea catadura de vieja hipócrita, la Mentira, su madrina y obligada compañera de camino, que se rebelaba contra ella y en la carne le hincaba las garras.

Agitóse profundamente y otra vez se despeñó en el delirio. Las coloreadas lucecitas juntáronse y formaron una hermosa figura, la de Fortunato, el Fortunato de los primeros días, dulce, rendido, hipnotizador supremo de voluntades, que la seguía á ella amoroso; luego, ella le seguía á él, cambiado en otro Fortunato distinto, y él corría y ella también, y cuanto más corría él y le perseguía ella, más cambiaba y se desfiguraba y afeaba el Fortunato prófugo y más distinto aparecía del Fortunato enamorado. Y le veía saltar sobre la tapia, y á caballo sobre ella desanudar las cuatro puntas del lio, para sacar el misterioso contenido, que no era ni ropa, ni alhajas, ni dinero. Lo que se había llevado Fortunato era la honra de misia Jeromita.

X

El médico inglés (cuyo nombre no ha pasado á la historia) diagnosticó la enfermedad con un sustantivo cualquiera, al que puso de cola ó sufixo el *itis* correspondiente, pero es lo cierto que misia Jeromita se moría de vergüenza (devolviendo á esta frase, que el abuso ha hecho vana, su verdadera expresión), de chafado orgullo y de amor burlado, contra los cuales ni la farmacopea ni la ciencia pueden ejercer acción defensiva ó curativa. Cuatro días y sus cuatro noches llevaba la señora en pugna con reales é imaginarios enemigos, consumida por la fiebre, y al revés de D. Quijote, que al aproximarse la muerte recobró la razón, ella la perdió del todo, sin duda por causa del amor mismo, llamando en su delirio á Fortunato, abrasándose más que con la calentura. Le llamaba para regañarle dulcemente, ofreciéndole perdón y olvido, cuanto él deseara y exigiera, siempre que volviese al Caballito; decía á todos, sin reconocer á ninguno:—¿Ha venido Fortunato? ¿Está Fortunato? ¡Quiero ver á Fortunato!..... tan ansiosamente, ya con lágrimas ó desesperado esfuerzo, que D. Nepomuceno se emberrinchaba, á pesar suyo, y allígábase Pantaleona de tanto desatino.

Fuera de las horas que el empleo le exigía, las dedica-

los inanimados mostraban bocas enormes para reir; reíanse todos; carcajada universal que atronaba el espacio.

El frescor que oreaba su frente disipó las sombras fantasmagóricas, y á éstas sucedieron lucecitas de colores girando y girando en continuo movimiento; extinguióse el eco burlon, y alazáronse otros cercanos y reales, de pases y sollozos. ¿Lloraba el ángel bueno de las plumas irisadas? Quiso tocar su mano, para ampararse de ella en el caos en que se hallaba, y lanzó angustioso grito al sentir que la mordían cruelmente en el brazo, mordisco atroz, por donde brotó un chorro de sangre. ¡Qué dolor! Ángel no era aquel, porque los ángeles no hacen padecer; era la Mentira, con su fea catadura de vieja hipócrita, la Mentira, su madrina y obligada compañera de camino, que se rebelaba contra ella y en la carne le hincaba las garras.

Agitóse profundamente y otra vez se despeñó en el delirio. Las coloreadas lucecitas juntáronse y formaron una hermosa figura, la de Fortunato, el Fortunato de los primeros días, dulce, rendido, hipnotizador supremo de voluntades, que la seguía á ella amoroso; luego, ella le seguía á él, cambiado en otro Fortunato distinto, y él corría y ella también, y cuanto más corría él y le perseguía ella, más cambiaba y se desfiguraba y afeaba el Fortunato prófugo y más distinto aparecía del Fortunato enamorado. Y le veía saltar sobre la tapia, y á caballo sobre ella desanudar las cuatro puntas del lio, para sacar el misterioso contenido, que no era ni ropa, ni alhajas, ni dinero. Lo que se había llevado Fortunato era la honra de misia Jeromita.

X

El médico inglés (cuyo nombre no ha pasado á la historia) diagnosticó la enfermedad con un sustantivo cualquiera, al que puso de cola ó sufixo el *itis* correspondiente, pero es lo cierto que misia Jeromita se moría de vergüenza (devolviendo á esta frase, que el abuso ha hecho vana, su verdadera expresión), de chafado orgullo y de amor burlado, contra los cuales ni la farmacopea ni la ciencia pueden ejercer acción defensiva ó curativa. Cuatro días y sus cuatro noches llevaba la señora en pugna con reales é imaginarios enemigos, consumida por la fiebre, y al revés de D. Quijote, que al aproximarse la muerte recobró la razón, ella la perdió del todo, sin duda por causa del amor mismo, llamando en su delirio á Fortunato, abrasándose más que con la calentura. Le llamaba para regañarle dulcemente, ofreciéndole perdón y olvido, cuanto él deseara y exigiera, siempre que volviese al Caballito; decía á todos, sin reconocer á ninguno:—¿Ha venido Fortunato? ¿Está Fortunato? ¡Quiero ver á Fortunato!..... tan ansiosamente, ya con lágrimas ó desesperado esfuerzo, que D. Nepomuceno se emberrinchaba, á pesar suyo, y allígábase Pantaleona de tanto desatino.

Fuera de las horas que el empleo le exigía, las dedica-

ba todas Monreal á la asistencia de la prima y á la compañía de la joven, que, sin él, se viera sola con Aurora, pues ninguna de las vecinas se hizo presente, ni de palabra. El día que sacramentaron á misia Jeromita acompañó á los santos óleos únicamente el monaguillo, lo que amargara aún más el alma de Pantaleona, si no pusiera toda ella en la consoladora visita que recibía y en los preparativos de religioso agasajo en obsequio de Aquel que rechazaba el estado mental de misia Jeromita; de rodillas, é inclinada la frente, contempló los detalles todos de la lúgubre ceremonia, y cuando en la boca de la moribunda trazó la cruz de aceite, pronunciando el nombre de Jesús, y ella, poseída del dominio, opuso al nombre divino el del toscano, hundió la joven la cabeza entre las mantas del lecho y rezó, ahogada por el llanto.

Las fatigas de la asistencia y los temores de un desenlace en que nadie dudaba ya, abrumaban á Pantaleona. ¿Qué sería de ella cuando muriera misia Jeromita? Volvía-se tímidamente á Don Nepomuceno, el único arrimo posible y la sola protección con que contaba en el mundo, y aquellas ideas despertadas por la noticia de su viudez saltaban al punto, turbándola, desanimándola y haciéndola bajar los ojos, como avergonzada de un mal pensamiento: hula entonces, con el vaso de agua azucarada ó pócima en preparación, más confusa é inquieta respecto de su destino que en los dos meses últimos de rebeldía. Pero antes de que ella recogiera la mirada y diese la espalda, Don Nepomuceno había pescado, si no la causa del movimiento, la brusquedad de éste y la contrariedad del gesto, y quedaba sobando la perilla mucho rato.

Porque igual reconcomio inquietaba á Don Nepomuceno: si, ¿qué sería de Pantaleona cuando misia Jeromita muriese? ¿De qué manera podrían conciliarse los impulsos del propio afecto, los escrúpulos indudables de la joven, los deberes sociales y el interés, que exigía la perpetuidad de la mentira? Parecía todo esto de tan difícil amasijo, que

el digno empleado no daba paz á la capilácea compañera. En sus paseos desde la cama de la prima á la puerta y por el triste jardín, mientras Aurora en la cocina y Pantaleona en la alcoba proveían á los menesteres del momento, añadise á estas cavilaciones otra tan grave, formulada por una pregunta, que las manos subrayaban con golpecitos nerviosos: ¿existiría el testamento otorgado por misia Jeromita, cuando ambos acordaron el solemne compromiso en favor de la hija secreta? Y de tal pregunta se derivaban, naturalmente, estas otras: ¿habría obcecado á la prima su demencia hasta destruirlo, ó anularlo para dar á Fortunato lo que quitaba á Pantaleona? Si la razón de la enferma se aclarase, con ella se despejaba también la duda, y la falta, en caso de haberla, sería de seguro remediada; pero, lejos de ofrecer esperanzas de mejoría, la locura, ó llámese inconciencia febril de misia Jeromita, amenazaba terminar con la vida misma.

Cuando el médico le anunció, con reserva, que el fatal desenlace era ya cuestión de días, se quedó helado Monreal: la responsabilidad de sus errores juveniles, como enorme piedra, le cayó encima de golpe, haciéndole flaquear. Si, ¿qué iba á ser de Pantaleona? Y si estaba desheredada, ¿qué porvenir el suyo! Pidió el llavero á la muchacha, y en las dos cómodas, en el armario, en un baúl y en cuanto mueble había en la casa rastreó el documento codiciado sin hallarle; varias veces renovó la pesquisa yendo del baúl al armario y de una cómoda á otra cómoda, y cada vuelta de llave estéril afirmaba en él la idea de la anulación y de la transferencia al pícaro italiano. Pantaleona le veía abrir y cerrar, muda de sorpresa, pero él poco se cuidaba de explicarle nada; al contrario, con más ardor, cuando tropezaban sus ojos, seguía husmeando por todas partes, y con voz muy baja, emocionadísimo, la preguntaba dónde tenía costumbre de guardar la prima sus valores. ¿Dónde? ¡cualquiera lo sabía! Debajo de un ladrillo, en el hueco de una tapia, en el resquicio de una viga de la te-

chumbre... en sitios escondidos, donde á nadie se le ocurriera llegar. Y Don Nepomuceno se desesperaba. Se marchó á su empleo, seguro de que no existía el documento, calculando las mil dificultades para reivindicar los derechos de Pantaleona y dejar tapado lo que la honra de la familia y el interés querían que continuara en secreto; el interés sobre todo, puesto ya á discurrir sutilmente cómo engañar al Estado para sacarle la transmisión de la pensión famosa, causa de tanto desacierto y malaventura.

Por la tarde volvió dispuesto á comenzar la pesquisa; darse él á partido, abandonar la acariciada ilusión de Leoncita feliz y con suficientes recursos para vivir desahogadamente! Encontró peor á misia Jeromita, y sin contestar á las preguntas de la muchacha desolada, se fué al jardín á inspeccionar piedras y ladrillos, arrastróse bajo el cobertizo, sabió á la azotea... Seguramente, el testamento no existía. Mohino y preocupado tornó á la alcoba y se apoyó en el respaldo de la cama en que la señora agonizaba; y como del boliche de bronce colgara aún la falda negra de su uso diario, la cogió para entregarla á Pantaleona. La cogió y la sintió pesada; deslizó la mano en el bolsillo, vacío, y palpó el ruedo, abultado sospechosamente; entre la percalina y la lana crujieron los escondidos papeles, que descubrió temblando D. Nepomuceno, y pasó á examinar á la sala con libertad y calma necesarias. Era el primero la escritura de la casa, otro la falsa partida de matrimonio y el último el buscado documento, intacto, el mismo hecho bajo su dictado é inspección, con la resuelta firma de la madre á quien Amor no pudo vencer completamente.

Sucedía esto el 6 de Junio, entrada ya la noche y por lo mismo en tinieblas la sala, de modo que el mezuino resplandor de un farol de la acera fuera insuficiente para el interesante examen, si la memoria no supliera á la vista en el reconocimiento de cláusulas inolvidables. Guardó el papel en su cartera y volvió á la alcoba, más tranquilo, ensanchado el pecho, templadas las fibras del corazón y con

un picor en los lagrimales que, por impropio, se empeñó en calmar contrayendo los párpados; pero, no apartaba los ojos del cadavérico semblante de misia Jeromita sino para acariciar con ellos la dolorida figura de Pantaleona, arrodillada á la cabecera, y cuantos esfuerzos hacia porque se distrajera la imaginación y evitar el desbordamiento de su amargura fracasaron, cayendo gota á gota sus lágrimas, que él ocultaba con la mano. El peso de sus culpas abatió su cabeza... Vió á la abandonada prima de Catamarca luchando entre su juventud y sus deberes de madre, y por salvar la honra acogiéndose al amparo de la mentira, abdicando todos sus derechos, dejando marchitar en silencio sus hechizos y sus ilusiones. Guerra de muchos años, tanto más terrible cuanto más sofocada, y que la madurez de la edad, al debilitar las energías, como el torrente que socava la entraña de la tierra y se abre paso, dejó triunfar al cabo. El, menos que nadie, podía arrojarle la piedra de la censura.

Sintió conmiseración profunda D. Nepomuceno y grande alivio llorando las faltas de la prima, que eran las suyas propias. Pensó (porque en estas ocasiones en un sólo revuelo del pensamiento se abarcan horizontes infinitos) pensó en que la muerte de la desventurada señora marcaba para él la hora de la expiación y sería ésta completa haciendo ante la hija confesión general, que, disculpando resoluciones ulteriores y ya ineludibles, quitaba todo pretexto á repugnancias naturales que adivinaba. Pensó también que en aquella hora suprema, lo que el labio maternal no acertaba á expresar y seguramente hubiera expresado de estar la razón libre de sombras, á él tocaba descubrir, porque el primer beso de la hija borrara milagrosamente el estigma del pecado.

Le oyó agitarse Pantaleona, y la miró con el triste interés con que seguía aquellos días sus extraños manejos; y no cuidándose Monreal de demostrar sus lágrimas, la hizo señas de que se levantara, la cogió por la cintura y blandamente la empujó hacia un lado: ella, creyendo que la arran-

caban del de misia Jeromita porque no asistiera á sus últimos momentos, se resistía, y desesperadamente quiso tornar á su puesto de vela, pero D. Nepomuceno la obligó á que se estuviera apartada, y sin soltarla las manos, que apretó febrilmente, la preguntó sofocado:

—Leona, hija, ¿qué vas á hacer?

A la sola luz de la lamparilla de aceite, única que alumbraba la alcoba, la media cara del primo, en que parecía reflejarse todo cuanto la otra media escondía, asustó á la joven, espantándose de lo que sospechaba iba á decirlela....

—¿Qué vas á hacer, Leona?—repitió Monreal.—¿Sabes que Jeromita se muere? ¿Sabes que quedas sola en el mundo? ¿Qué vas á hacer?

Ella resumió todos sus dolores, sus dudas y vacilaciones en esta frase desconsolada:

—¡No sé!

Juntó entonces D. Nepomuceno su cabeza con la de Leona, y reteniéndola, pues ella se esquivaba, la ofreció el asilo de su casa y la custodia de su cariño, entrecortadas las palabras, tartamudeando de emoción: no quedaba sola, no viviría sola; á su lado por siempre, en su amante compañía eternamente. La muchacha le rechazó decidida, exclamando:

—¡Nunca!

Y D. Nepomuceno lloró. Pantaleona no olvidaría jamás el eco de aquellos sollozos en la misteriosa penumbra, aliándose al rumor del palabreo febril de la enferma, ni los sacudimientos de aquel cuerpo robusto encorvado por el dolor sobre la butaca; ni el rápido movimiento con que se incorporó y vino hacia ella, que retrocedía, acercándola de nuevo la extraña faz, que le pareció toda negra. Y jamás olvidaría tampoco lo que escuchó luego, y cuanto en la breve confidencia, mientras sus manos, prisioneras en las de él, se enfriaban y sudaban de congoja, sintió y sufrió, sorprendida, espantada, absorta; poco á poco, como la luna que el nubarrón descubre, la misteriosa faz se iluminaba,

resplandecía, y su mirar era otro mirar y otra sonrisa su sonrisa, cambiando de tal modo, no sabía si real ó imaginariamente, que la carátula del primo Nepomuceno cayó ante su vista y desenmascarada apareció distinta persona.

Alojósele la voluntad, y Don Nepomuceno hubo de cogerla en sus brazos. Pantaleona ya no se resistía, y sólo por instinto apartó de sí la boca pedigüeña que mendigaba una caricia. Quiso ordenar ideas, rebuscar pasadas sensaciones y recuerdos, que dieran algún fundamento á la revelación extraordinaria, y no podía, idiotizada. Turbadísima, huyó de él y en el descompuesto semblante de la madre buscó la confirmación de la verdad. Apasionadamente la besó..... Pero misia Jeromita deliraba y no la conocía. Y antes de mediar la noche lúgubre, el nombre de Fortunato se escapó con el último suspiro de su boca, sintiendo Pantaleona, abrazada á ella, y Don Nepomuceno, [que la Muerte pasaba....

El estado de estupefacción en que cayera luego Pantaleona, permitió que, sin gritos ni esfuerzos, la arrancasen de la cámara mortuoria y la decidieran á recogerse en su alcoba; de nada se dió cuenta, ni del transcurso de las horas: alboró el día, saltó el sol, vino la noche y tras de ella el nuevo día, y la luz y la sombra la encontraban echada en el sofá, con la misma fijeza reflexiva en los ojos secos, que relampagueaban singularmente cada vez que Monreal se acercaba en humilde ademán. Volvíase desgastada, mordiéndose los labios, y cuando él, agobiado, se marchaba, gemía por aquella idea renegrosa que en la balumba de su cerebro sobreponíase á todas las otras. Figurábasele que odiaba á Monreal, desde que lo sabía todo. Y ella se horrorizaba de este sentimiento instintivo contra el que hasta entonces creyó su primo; mas no se paraba á analizarlo ni á combatirlo, y recibía á Monreal y le despedía en la misma actitud silenciosa que la visita de la luz y de la noche. Varias veces intentó forzar la consigna que la separaba de la muerte, pero ni su voluntad ni sus fuerzas la ayudaron.

Así no se enteró del día y la hora que enterraron a misia Jeromita, ni dónde la enterraron, ni quiénes fueron. Se lo dijo Don Nepomuceno, y este anuncio de la eterna separación tuvo la virtud de abrir la fuente de sus lágrimas, arrastrando la corriente de su dolor cuantas impurezas la obstrucción había amontonado, el feo sentimiento rencoroso. El la preguntó de nuevo qué pensaba hacer, y ella, resignada y abatidísima, contestó que lo que él quisiera; sólo opuso recelos de que el público juzgara mal su conducta, es decir, si al público se le seguía engañando respecto de su verdadera situación.

—Al público nada le importa,—replicó sombríamente Don Nepomuceno—Mi edad es la mejor garantía y suficiente para trabarle la lengua. Y si no, á ambos nos basta con la propia conciencia. Además, debemos callar, no sólo por nuestra pobre Jerónima, sino por los proyectos que guardo. Leona, hija mía, en esta semana nos mudaremos.

Pantaleona calló. Y como el horrible vacío de la casa les entristecía, dióse prisa Don Nepomuceno á buscar otras en barrio igualmente lejano del Caballito y del Salvador, en cuyas cercanías habitaba misia Mercedes, lo que le llevó á parar al de la Concepción, en pleno Sol soñoliento, donde alquiló una en la calle de Chile, muy mona, baja, con dos patios y muchas comodidades. Los muebles del Caballito y los de la calle de Montevideo bastaron para alhajarla de manera casi lujosa; y en una mañana de niebla, que lez de fendía de la curiosidad de aquellas Marías, los tres diablitos soplonos de la vecindad, colocados los papeles de alquiler en las ventanas, encerrados en una cesta los mininos, *Patitas blancas* y *Barcino*, sujeta *Diamela* por el cuello y despedida *Aurora*, cuyos servicios no convenían ya, se trasladaron á la nueva casa.

Hay que decir que todo esto lo ejecutó Pantaleona maquinalmente; obedeció y seguía á Monreal sin discusión, y mientras se ocupó en las tareas de la mudanza, los graves acontecimientos que en pocos días revolucionaron y trans-

formaron su vida, no fueron objeto del examen que merecían é imposibilitaba su estado de ánimo.

Pero cuando quedó cada objeto en su sitio, puesto el último clavo y la serenidad de la nueva existencia establecida, el alma se despertó de aquel letargo; con los recuerdos de la triste noche en que murió misia Jeromita, acudieron otros más lejanos, de la época de su niñez, escenas inocentes, frases que enseñaban ahora la intención, todo en tropel para testificar de la verdad jamás sospechada, tan bien oculta que nada pudo denunciarla, á prueba de arranques, estímulos ó olvidos que la vendieran. ¡Dolorosa comedia! Comprendiendo muchas cosas que antes parecían dudosas ó inexplicables, pudo apreciar aquel primer movimiento suyo de rencor contra el padre, que la había negado su verdadera condición y causado, sin duda, la desgracia de la que en realidad no usurpó el título que por sus cuidados maternos le confirió la gratitud. Sus pasadas rebeldías la confundían y avergonzaban.... Y víctima de la mentira, consumíase en el más penoso afán, cual es el de juzgar al padre y á la madre.

Con D. Nepomuceno andaba desconfiada y huraña: le quería como antes, acaso más que antes, pero le respetaba más y le temía como nunca le había temido. Mirábale á hurtadillas, le hablaba poco, y más á gusto parecía lejos de él que á su lado; las familiaridades anteriores, las donairosas salidas eran hoy comprimida reserva y miedoso silencio, que su traje de luto, su palidez y su tristeza acentuaban y hacían más patentes á cualquiera menos observador que D. Nepomuceno, quien, comprendiéndolo, se callaba, aceptando el cambio como el más duro y merecido castigo.

Así, nunca, ni por coincidencia, casualmente ó de propósito, se mentaron en sus escasas conversaciones los sucesos pasados, ni se explicó lo que faltaba aclarar y disculpar, sellando la boca á Pantaleona la discreción y el respeto, y á Monreal su propia conciencia.

Pero, en medio de esta tirantez inevitable, complaciase

el viejo de su nueva vida, del orden que en ella reinaba gracias á la hacendosa niña, y tomando buenamente lo que el destino le ofrecía, sentíase feliz, á pesar de todo, junto á la hija, cuyo recuerdo en la oficina y en su vista en la casa le embatesaban; y cuando entraban por el patio, de vuelta de la sujeción diaria, venía alegre como chiquillo á quien espera la golosina cariñosamente guardada.

Los grandes sacudimientos morales sólo en la comunión del alma con Dios se apaciguan; otro amor, otra confianza menos altos la reemplazarán en aquellas enfermas de tibieza ó de la despreocupación que ha impuesto la moda; fuera tibia la de Leona también (y á la verdad, ni ejemplos, ni enseñanzas labraron más que la costumbre de prácticas superficiales, cumplidas según el capricho), no contaba ella con nadie que la fortaleciera, aconsejara y consolara en la medida que sus penas y sus escrúpulos demandaban angustiosamente. En sus horas de soledad, cuando terminando el avío doméstico la ociosidad permitía el libre funcionamiento de la imaginación, el toque de la campana de la iglesia, cuyas torres con montera de azulejos distinguía desde la ventana, la recordaban que allí cerca moraba el único Amigo del desgraciado y del triste.

Pasó muchas horas en la Concepción, una de las tantas iglesias sin carácter de la capital, vulgar hacinamiento de ladrillos, cuya falta de arte, la pintura mercenaria, substituyendo el oro y los colorines al humilde enjalbegado, ha pretendido disculpar con el lujo... Allí iba envuelta en sus crespones; por la mañana, luego de dar el desayuno á D. Nepomuceno y sus órdenes á la criada gallega que les servía, y por la noche, algunas veces, con el permiso de Don Nepomuceno, quien solía acompañarla. No llevaba Pantaleona en estas visitas á la divinidad libro ni rosario, que le marcaran la oración vulgar, leída de corrido ó dicha de memoria; sino que se complacía, desde el rincón más obscuro en mantener dulce diálogo mental acerca de un proyecto que la desesperación y el dolor engendraron y

se desarrollaba al inflajo del ambiente místico, saturado de incienso.

Una mañana (al mes justo de la muerte de misia Jeromita, ó sea el 6 de Julio), como saliera ella de la iglesia recogido el velo, y á punto ya de atravesar para su casa, dió el gran encontronazo con aquella Sebastiana del Caballito, la que plantó seguidamente la cesta en el atrio, con tales aspavientos de regocijo y poderoso tufo de cebolla, que la muchacha retrocedió.

—Ay, niña de mi alma! —exclamó la mujer.

—Bastiana, pobre Bastiana! —murmuró Pantaleona.

—No me diga usted nada, niña, ya lo sé, ya lo sé....

Y apartándose un poco, restriega que restriega los ojos con el delantal, charló más de una hora: que esperase su ama la vuelta de la compra, ¡después de tanto tiempo que no veía á la niña de su alma! Ya lo creo que lo sabía todo: la foga de *sua eccellenza*, el príncipe florentino; la muerte de la señora, la mudanza de casa; porque si ahora servía en el barrio á una médica criolla de muy mal genio, hasta fines de Junio estuvo en el Caballito, con una familia amiga de las de Cadenas.

—¿Se acuerda usted, niña?

—Sí, sí; —dijo Pantaleona poniéndose amarilla.

Pues, las Cadenas, naturalmente, habían seguido las peripecias todas del famoso hospedaje de las de Pérez Orza con interés malévolo, sobre todo, la gorda misia Elvira, que, como del oficio, las cortaba unos sayos y capirotos muy reidos luego y admirados en la vecindad; Dolorcitas era le encargada de exhibirlos, yendo de casa de la Escopeta á la de Blumen, y de ésta al observatorio de las Marias con el consabido: «Pero no saben ustedes? Ahora resulta.....» Al principio, Jorgito andaba de murria y no tomaba parte en la noble campaña; hasta parece que tuvo con las mujeres disputas y gritos por esta causa. Pero, de buenas á primeras, se volvió tan furioso como ella, y haciendo el mismo uso de la pluma que ellas de las lenguas, dicen que en *El sí de*

las ñiñas disparó rípios y asonantes contra Pantaleona, lo que era tirar al aire, porque ningún cristiano lo entendía.

En estas y las otras, á misia Elvira se le quitaron las ganas de despellejar á trochemoche. ¡Castigo de Dios! según afirmaba Sebastiana sentenciosamente. Diverfos rumores corrían del suceso: unos favorables, otros contrarios, mas categóricos todos respecto al hecho capital; que le pescara con caña en la ventana, ó fueran las Marias las encubridoras y en su casa le conociera y se citaran, lo indudable es que por una carta que interceptó misia Elvira, llegó á averiguar las relaciones, si honestas poco ventajosas, entre Doloretas y un pobrete empleadillo del gas, quien, á falta de buen nombre, ni buena figura tenía. ¡Qué ignominia! Aún resonaba en el Caballito el eco de las críticas, murmuraciones, dichos y lengüetazos profundos, que tumbaron á las Cadenas de su tribuna de censoras impecables. Suceso que las puso á mal con sus aristocráticas amistades de la ciudad, y en el que hubo de intervenir, sin resulta lo, su pariente Sangil. Total: que se casaban prontito, á despecho de la familia entera.

Pero misia Elvira estaba inconsolable. Y fuera de sí Jorgito que, por no sancionar alianzas que le humillaban, acudió á su papá el Estado pidiéndole le diera fuera de la República otro empleo digno de sus recomendables servicios. Decían que el bondadoso papá se enterneció grandemente, é iba á nombrar á Jorgito secretario de legación en una corte europea, donde luciría sus exquisiteces decadentes y unas polainas color de te con leche, de lo más *fin de siglo* que el refinamiento parisién había creado.

Es imposible copiar la manera cómo refería Sebastiana todo esto, en el singular caló que la mezcla del gringo y del criollo ha producido para desesperación y agravio de puristas y filólogos; el expresivo manoteo que acompañaba cada palabra, hozando gustosamente en el lodazal de la chismografía, desagrado á Pantaleona, que apenas dijo:

—¿Has visto, Bastiana? ¿Has visto?

Distraída, miraba al cielo, dorado por el sol purísimo, pensando en cosas más altas, con impaciencia denunciadora del escaso interés que la prometían los milagros de las Cadenas. ¡Las Cadenas! ¡Cuán lejos de ellas estaban ya, y el Caballito, y su pasado! ¡Tan torpe era la fregona parlanchina, que no lo comprendía, ni reconocía en su velo negro la señal de su transformación extraordinaria! Bruscamente, la italiana preguntola dónde vivía ahora; y con quien vivía, pues acerca de este punto quedaron todos en duda; y antes de contestar, se encendió la joven de vergüenza, como si fuera reo de algún delito.

—Aquí cerca, Bastiana, en la calle de Chile—balbuceó—puedes ir á verme cuando quieras. Estoy con... el primo Nepomuceno.

—¡Hola, hola!—replicó la criada.

—Nepomuceno es aquí mi único pariente y un anciano respetable—añadió Pantaleona, rechazando con dignidad á la malicia.—¿Quién mejor para ampararme en mi orfanidad? Adiós, Bastiana, y que tengas buena suerte.

La mujerona quiso abrazarla, y ella se resignó á que le rozara la mejilla su morro baboso y mal oliente. Separáronse en el mismo atrio, y cargada Sebastiana con su cesta y Pantaleona con sus pensamientos, se alejaron; Pantaleona, calle del Tacuarí arriba, muy despacio, sin que el frescor de la mañana, que era frío invernal por la acera que ella llevaba, templase el fuego encendido al choque de la mala intención de su antigua cocinera, ebo inconsciente de la opinión pública, y que la quemaba aún bajo el velo.... Parece que el espíritu colonial, victoriosamente desalojado del Norte, hubiérase refugiado en la parte Sud de la gran ciudad, entorpeciendo iniciativas é imponiendo el silencio, de modo que no sea turbado el sueño de este mal enemigo del progreso; cuantos pasaban andaban de puntillas, ó el rumor de sus pisadas en la calle desierta lo fingía, estremeciéndola toda el más insólito de algún carromato como a

a'ídea tranquila, en que cualquier ruido sorprende, y así es la tesis del Norte bullicioso, donde hierve la agitada vida moderna.

Iba, pues, Pantaleona muy despacio, cuando el estrépito de un tranvía la distrajo y un fulgor repentino, de piedra que chispeaba al sol, la dió en los ojos, cegándola; el tranvía pasaba junto á ella, y el relampagueo de la piedra la deslumbró otra vez: ella conocía ese coral rosado con la orla de diamantinos, ese alfiler de corbata que la saludaba de lejos... Miró bien á la plataforma, al grupo de viajeros, y descubrió al ángel malo, á Fortunato Lucca, en toda la insolencia de su bellaquería impune. El espeso crespón impedía que la reconociera, y sin embargo, volvió la cara la muchacha, con angustioso temblor de todo el cuerpo y tan grande mareo, que se amparó de una reja próxima. Pasó el tranvía, desapareció la visión ingrata, y el alfiler de piedras continuaba chispeando en la obscuridad de los ojos cerrados, penoso recordatorio de sucesos no descifrados del todo é incomprensibles.

Cuando llegó Pantaleona á su puerta había resuelto irrevocablemente muchas cosas. Es á veces sorprendente cómo la voluntad, parada é indecisa largo tiempo, en un instante, aspada rueda que un golpe de aire hace girar, se mueve de pronto en determinado sentido bajo la influencia de un acontecimiento fortuito y sencillísimo; de los dos encuentros de aquella mañana, el último, sobre todo, perturbó á Pantaleona en modo tal, que en el escaso trayecto que hasta su casa faltaba, desde el sitio donde amparada quedó á la reja y desfallecida, recorrió fácilmente el de una determinación que un mes de vacilaciones le había costado. Decidió no decir nada del encuentro con Fortunato á Don Nepomuceno, pero sí hablarle de aquello otro conforme la ocasión propicia se presentase y en la forma que menos lastimara al pobre hombre.

Hallábase éste en el patio tomando el sol, y la recibió con un «Pero, hija, ¿en qué piensas? el comerte los santos

te hace olvidar la hora de alimento más necesario: son las diez y media... » que obligó á Pantaleona á excusarse y dar por único motivo de su tardanza el paliagueo de Sebastiana en el atrio de la Concepción, sin añadir más detalles; se quitó el velo en el mismo comedor, fué á la cocina para activar el almuerzo, que debía estar listo á las once en punto, y volvió al comedor en que D. Nepomuceno la esperaba con evidentes ganas de charlar. Ella lo notó y, como de costumbre, trató de escurrirse hacia su alcoba.

—Leona, ven acá, muchacha, ¿por qué huyes?—dijo resentido Monreal.

Retrocedió lentamente Pantaleona, pero no le miró, y Monreal se acercó á ella, le cogió la barbita y le hizo levantar la cabeza para que le mirara frente á frente... ¡Ah! de veras, de veras prefería la Leona de antes, la risueña y franca del Caballito, á esta ensimismada y triste de ahora! ¿Qué tenía? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? Viera en él siempre al primo Nepomuceno, que ya el cambio de título había producido aquel otro tan doloroso. ¿Sabía que su actitud era una protesta, una queja contra él? ¿Quién autorizaba á sus pocos años para ser juez de hechos que no podía comprender? Dulcificaba el tono de suerte que más parecía lamentación su discurso que regaño; pero la joven, con los ojos bajos, semejava una figura de piedra, por lo inmóvil.

—Á ver—continuó D. Nepomuceno sentándose en el sofá, con ánimo de explayarse sobre un asunto que tanto le dolía—á ver, ¿qué chismes te ha contado Sebastiana? que si misia Elvira, que si Dolorcitas... Tonterías, tonterías. Y note ha dicho que tu ex Jorgito se marcha á Europa de Secretario de Legación? ¿A que acerté? ¿Y eso es, acaso, lo que te entristece y desalienta? Lo que... aún le guardas... (rolundas negativas de la muchacha) ¿no? ¿Pues entonces?... Las penas que son resultado de sucesos irremediables, y á que todos estamos sujetos, tienen un límite: se entibian con el tiempo y de ellas no queda más que un triste recuerdo; y aun en su mayor fuerza no conturban el ánimo,

ni transforman el carácter de la manera que á ti la muerte de nuestra pobre Jerónima. ¡Ah, es que tú te encuentras, de pronto, cambiada en la hija de tu hermana y de tu primo, y en la nieta de tu padre! Horrendo y garrafal disparate, que sólo se le ocurre á un escritorzuelo de esos que inventan dramas de brocha gorda, y mal hilvanadas noveluchas. Pues no, hija mía, inocentona de mi alma; eso ocurre también en la vida, y si pudiéramos, como aquel diablo cojuelo que miraba por los tejados de las casas, ó fueran estos de vidrio, si pudiéramos curiosear en cada una, ¿qué no descubriríamos? El que parece marido, no lo es, y tampoco esposa quien pasa por mujer, y quién por hijo, y quién por madre, y quién por hermano, no son lo que pretenden ser; las apariencias engañando siempre, y la mentira reinando en todas partes. Por generoso se empeña el mezquino que se le tenga, y por honrado el vicioso, por hermosa la fea, por robusto el flojo, por discreto el tonto, por joven el viejo. Esclavos somos de la mentira, y créeme, hija, tal cual está la vida social organizada (y ha debido estarlo antiguamente, digen lo que quieran las historias, que no he leído), no hay más remedio que mentir siempre, si queremos vivir y merecer algún respeto. Por algo nos pintan desnuda á la verdad: la desnudez escandaliza. Yo mismo, que me considero un zángano en esta colmena inmensa, ¿no miento al fingir que trabajo, cuando lo que hago en la oficina, de doce á seis, es fumar y charlar? Y observa cómo del convencimiento de esta gran verdad nació mi oposición á tu matrimonio con Jorgito Cadenas, un pichón de zángano, y mi deseo de que á la sangre de los Pérez Orza se mezclara, para regenerarla, otra que viniera de más abajo, de donde brota el trabajo fructificado. Ahora bien....

Siguió, á este tenor, ensartando sofismas y agudezas, sin que Pantaleona se mostrara propicia á sus razones, ó al menos distinguiera alguna de ellas con señal de benévolo asentimiento; todo lo contrario: cuantas más vueltas daba

él al asunto, aumentaba la tiesura de la estatua y al cabo Don Nepomuceno temió acertar con el resorte que diera súbita salida al flujo amargo de aquella almita reconcentrada. Se retiró del palenque con visos de derrota, y ya la joven iba á hacer lo propio, satisfecha del triunfo de su silencio, cuando una nueva salida de Monreal la desconcertó.

—¿A que no sabes en qué he empleado mi mañana, — dijo Monreal — mientras tú les contabas á los santos lo que á mi me ocultas? Ven acá, ven acá... Escúchame, que te interesa. Pues, con el doctor Barbado. El doctor Barbado es miembro de la Comisión de Peticiones del Congreso, y era el único que me faltaba por conquistar y el más difícil para asegurar la transferencia de la pensión de Jerónima á la hija soltera de Don Jesús Pérez Orza, la señorita Pantaleona, aquí presente. Es gran palauca este título de *guerrero de la Independencia*, y á pesar de las dificultades que ciertas circunstancias oponían, el doctor Barbado se riñó, y eso que el doctor Barbado es de los puritanos que tienen la manía de perseguir los abusos como agentes policíacos. Tengo, pues, á la Comisión en el bolsillo, que es lo mismo que tener al Congreso....

No acabó él de hablar, y ya la figura de piedra se había movido, como galvanizada, y venía á él en derechura, fulminando tremendas palabras.

—¡Jamás, Nepomuceno (no podía llamarle de otra manera) jamás me prestaré yo á eso! Lo rechazo, lo condeno. Es una estafa, un robo. Muerta de hambre me vea antes que consentir. O retiras esa indigna pretensión, ó salgo hoy mismo de esta casa. Trabajo honrado sobra para quien lo busca, y pan para quien lo pide. Aunque una Pérez Orza sea, no me asusta el trabajar. ¿Pretendes también á mi enredarme en la mentira, como á Jerónima? Te engañas, Nepomuceno; no podrás, no podrás. ¡Cuento con un recurso supremo, que me defenderá de ti y del mundo! ¡Y tal veo éste y con tales colores me lo pintas, y tan grande amargu-

ra y asco me inspira todo, que sólo entre las cuatro paredes del convento me juzgaré sana y salva!

Espantose Montreal. Sólo con los brazos opuso resistencia á la descarga que reventó sobre su cabeza... Temblando, Pantaleona se calló. Y entretanto recobraba Montreal la serenidad, se excusaba con balbuceos....

—¡Leona, hija, dispensa, óyeme! ¿por qué dices eso? ¿Por qué....

El era un hombre honrado, honradísimo. Ni en mientes le vino jamás atentar contra la hacienda del prójimo. Tampoco ejecutar acción alguna de estas que deshoaran de por vida. Desde pequeño vegetalaba en una oficina, porque no servía para otra cosa, ó porque las circunstancias le fueran contrarias. Pero el no saber hacerse rico, ó descollar sobre los demás, ó subir á las cumbres políticas, no es ningún crimen que merezca castigo ni desprecio. Sus jefes le querían, sus compañeros le respetaban, y todos, y todos.... Bueno, ¿de qué se escandalizaba ella entonces? De que tratase de sacar una ventaja del Estado, valiéndose de estos ó de los otros medios, y que en él confiara sólo y el peso entero de su vida le echara encima. Lo que todos hacen, lo que todos hacen, siempre que pueden. El Estado es rico, y granos de arena son para él tales beneficios, debiendo tener en cuenta, además, que lo que unos no quieren, por timoratos ó melindrosos, otros se lo toman. Y tanto agradece el Estado á los que le respetan, como á los que le roban. A veces, más á los que le roban, á quienes celebra, mima y encumbra. ¿Por qué, pues, renunciar á la pensión de trescientos pesos mensuales, que el Estado, con muchísimo gusto de su parte, estaba dispuesto á darla? ¿A qué meterse á revolver los orígenes de tal pensión, y si era ó no legítima? Cargara con la culpa el doctor Eneene, su egregio tío, y ellos con el provecho, que si ante el público pasaba por la hija única superviviente de un guerrero de la Independencia, menguada candidez sería no aceptar la espléndida generosidad oficial.

—Si no, hija mía, Leoncita injusta de mis pecados, ¿qué harás mañana que yo falte? ¿Te bastará, para vivir con el alquiler de la finca del Caballito? Pensión por servicios míos no te alcanzará, pues todos ignoran la verdad de nuestro parentesco, y no has de salir revelándola á última hora, con desdoro de todos nosotros; te he oído decir que no quieres casarte, por más que el enlace con un industrial de estos que tienen el porvenir en el puño, fuera seguramente provechoso.... Entonces, Leoncita iracunda y desagradecida? ¿así me pagas? ¿así retribuyes mi cariño y mis desvelos, con palabras crueles y amenazas? (Levantándose y rodeando la mesa para acercarse á ella). Por supuesto que esas son bravatas, Leoncita perversa; ni tú me juzgas tan mal, ni tu oposición á la transferencia, ni la del convento van en serio.

—He dicho—repitió con firmeza Pantaleona.—que no sólo rechazo la pensión, porque no me corresponde y fuera indigno de mi parte el aceptarla, prestándome á una supercheria, sino que decidida estoy á alejarme del mundo.... Poco puede preocuparme el porvenir!

—¡Ah, ah!—hizo D. Nepomuceno tartamudeando.—De monjita... de monjita, ¿eh?

—De monja, no, el rezo perpetuo, el encierro y la inacción, me matarían; de Hermana de la Caridad. Quiero servir de algo, probar que Pérez Orza y todo, puedo ser útil aún. Quiero ponerme á cubierto de la maledicencia. Además, los Pérez Orza tienen cuentas pendientes con Dios, y á mí me toca pagarlas.

—Y si yo... ¿y si yo me opusiera?

—¡Bah, el primo Nepomuceno carece de todo derecho legal á oponerse!

La mesa los separaba; y clavado en un extremo, no se atrevió Montreal á contestar: como las olas en la playa, se atropellaron las palabras en su boca, deshaciéndose en roncó marmullos. Buscaba en el moreno y agraciado rostro de la muchacha el leve signo que anuncia la sonrisa y atenúa la expresión, y le vió contraído como nunca le había visto: aquella figura de piedra, que decía tan duras verdades, le infundió pavor. Imaginose que le arrojaban del paraíso y rodaba al vacío... Se aferró á la mesa, instintivamente, mientras soltaba estas quejas, moduladas con el sentimiento de un niño que llora:

—¡Tienes razón! el primo Nepomuceno carece de todo derecho legal sobre ti; para ti no soy yo, no puedo pretender jamás ser otra cosa que el primo Neponuceno. Hasta

comprendo, para que mi castigo sea mayor, que me miras con prevención, no sé si con desconfianza ó con odio.... Pues bien, Leona, Leoncita de mi alma, no lo merezco, los errores no son crímenes y los defectos de educación no son delitos. Yo no te pido á ti más que indulgencia. Si tienes memoria, convendrás en que he hecho todo lo posible por alcanzarla. Bueno. Eres libre, completamente libre. Hoy, mañana, cuando quieras puedes abandonarme. No te ocupes en lo que será de mi solo y triste en el mundo: figúrate que vuelvo á caer en las manos mercenarias que no se negarán á cerrarme los ojos.... Repito que eres libre. Y además, te advierto que serás obedecida; esta tarde quedará retirada del Congreso la solicitud. Otra cosa.... Dispénsame si me explico tan mal.... Estoy nervioso, me ahogo.... Si crees que mi permanencia en la casa te perjudica, también esta tarde puedo marcharme, á un pobre viejo no le falta muladar que le recoja. Hermana, hermanita de la Caridad.... ¡ay por qué no la tienes conmigo? Ya me parece verte con la toca de alas blancas; llámate sor Angélica, el nombre que mejor te cuadra. Bueno, Leona, Leoncita mía.... figúrate que sor Angélica se encuentra un día á un pobre viejo, enfermo y arrepentido, que le suplica: «¡Hermana, tú que vas curando heridas por el mundo, sana las mías; apiádate de mí, hermanita y, por lo menos, acompáname este poco trecho que me resta hasta la puerta del cementerio, que está allí cerca, y luego que me dejes acostadito en la tumba, continúa tu camino, sor Angélica; ya el pobre viejo no te molestará más, y dos almas, que la bondad de Dios habrá perdonado, te bendecirán allá arriba!

Las últimas palabras apenas se oyeron.

La figura de piedra, conmovida intensamente, dejaba correr las lágrimas. Y Don Juan Nepomuceno estampó sobre la frente de Pantaleón el primer beso paternal de su vida.

FIN.



FC
6
MS
CEG